BIBLIOTECA CLÁSICA.

MURCIA
eneral
iguo
X

UNIVERSIDAD DE MURCIA
Biblioteca General
Fondo Antiguo

S. XIX

830

2897

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MURCIA
ARMARIO N.º 1
ESTANTE C
VOLUMEN N.º 239

UNIVERSIDAD
DE MURCIA
BIBLIOTECA
S
239

LOS POEMAS ERÓTICOS DE OVIDIO

R. 13404

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO CCXXXIX

239

LOS
POEMAS ERÓTICOS DE OVIDIO

TRADUCIDOS Y ANOTADOS POR

DON GERMÁN SALINAS

—

TOMO I

Los amores. — El arte de amar. — El remedio del amor. Los cosméticos.

—

BIBLIOTECA PROVINCIAL
MURCIA

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

—

1917

ES PROPIEDAD

Imprenta de Perlado, Páez y C.ª (Suc. de Hernando), Quintana, 33.

LOS POEMAS ERÓTICOS DE OVIDIO

La Biblioteca Clásica ha reimpreso en un tomo las *Heroidas* que tradujo Diego Mexía en tercetos castellanos, estrofas algo atadas y dificultosas que favorecen sobremanera la ilación de los conceptos poéticos, y se avienen admirablemente a la llaneza del estilo epistolar, tan lejano de la pompa y magnificencia que reclaman las odas de Píndaro, cuanto dista el sentimiento tierno y efusivo de los arrebatos del entusiasmo; y ha reproducido también, en tres tomos, la versión que Pedro Sánchez de Viana hizo de las *Metamorfosis*, ora en tercetos como el anterior, ora en octavas reales, más adecuadas al carácter épico del poema, aunque muy pocas veces dejan sentir la elegancia, facilidad y soltura que se advierten en los exámetros del vate de Sulmona, y, sin duda, esta consideración impulsó a D. Francisco Crivell a dar la suya a la estampa, con profusión de bellas láminas, persua-

dido de que para ilustrar a los artistas, pintores y escultores en los sucesos de la Mitología, dignos de conocerse por la huella profunda que sus hermosas ficciones han dejado en los pueblos cultos del planeta, era preferible una traducción en prosa llana y corriente, que ofreciera el atractivo de sucesos maravillosos, relatados con ingenuo candor, a pretender, lleno de arrogante confianza, seguir los giros audaces y vuelos libres del poeta, con unas alas harto endebles para explorar las regiones del Olimpo, inaccesibles a los ingenios mediocres.

Nuestros escritores y humanistas profesaron como axioma inconcuso, que los vates griegos y latinos debían traducirse en verso, porque así lo reclamaba la naturaleza intrínseca de sus producciones; considerando a la prosa incapaz de seguir los raptos atrevidos de la fantasía, y menos de encarnar las efusiones del sentimiento con la galanura, precisión, fluidez y gracia encantadora del lenguaje versificado. No les faltaba en ello razón; pero los repetidos fracasos de los que se empeñaron en la ardua labor de vestir a la española los clásicos antiguos, intentando producir con sus lánguidas versiones los efectos sorprendentes de los respectivos originales, convenciéronles de la inutilidad de sus afanes y de que, en vez de contribuir a la glorificación de aquellos a quienes consagraban

sus vigilias, laboraban en su descrédito, convertidos en inconscientes detractores de su fama: que así merecen llamarse los que falsean y degradan al autor que pretenden divulgar en otra lengua, pues nadie les exige que rivalicen en ella con los méritos de la nativa en que sus obras vieron la luz.

Nada más fácil a la imaginación ardiente del alumno de las musas que revestir de formas ideales el pensamiento, y expresarlo con el ritmo y la medida en estancias magníficas, rebosantes de vigor y lozanía; pero nada más difícil, si no toca los términos de lo imposible, que acomodar esta expresión a conceptos extraños, imágenes no concebidas en nuestro cerebro, o sentimientos que jamás haya experimentado nuestro corazón. Poetas eminentes, metidos a traductores, han fracasado casi siempre en tal empeño, y no presumimos que nos sobre la pericia al sortear los escollos en que tan buenos pilotos naufragaron. Cierto que, amén de alguna que otra, podríamos citar la traducción de *La Ilíada* por Gómez Hermosilla, una de las mejores, acaso la mejor de Homero. Tuvo el intransigente crítico del pasado siglo, tan docto en las letras clásicas como difícil admirador de la rica y exuberante poesía castellana, el buen acuerdo de trasladar el inmortal poema que narra los estragos producidos por la cólera de Aquiles, en

verso libre o suelto, muy parecido a la prosa, fuera de la medida regular de la frase; y así no se sintió oprimido por la ley estrecha del consonante, ni por la necesidad de distribuir los pensamientos en estrofas de igual extensión, y elaboró sus versos con un aire de espontaneidad y sencillez poco común en esta clase de trabajos, logrando que el lector le siga con gusto desde las primeras páginas al desenlace final; pero la misma rareza del acierto viene a corroborar nuestras aserciones: el haber sido tan pocos los que escalaron la cima detiene a los que respiran con menos alientos, por no exponerse a quedar rezagados en la mitad del camino, y, cautos y desconfiados, renuncian a la total resurrección de los vates que fueron hace veinte siglos, con su propia fisonomía, su acento peculiar y el tono de su voz, porque hay algo que la muerte se lleva irremisiblemente consigo y lo sepulta en eternas tinieblas.

Reconocemos, como versados en la estructura del lenguaje poético de griegos y latinos, que sus estrofas y medidas se parecen poco a las de las lenguas modernas, y oponen obstáculos formidables a ser trasladadas en métricas diferentes, conservando la elegancia y eufonía que supieron darle sus autores, y limitamos nuestras pretensiones a verter en el patrio idioma los conceptos e imágenes de sus obras imperecederas en estilo llano y

castizo, a fin de que el lector se aproveche de sus reflexiones sobre la vida y el Arte, ya que no le sea dado saborear las galas del decir, el sorprendente efecto de sus audaces trasposiciones, la melodía deliciosa de los sonidos y el placer inefable de las cadencias que sólo se consiente gozar a quienes con la debida preparación consagran estudiosas vigilias a leerlos en su propio idioma; y en prosa hemos traducido las poesías líricas de Catulo y Horacio, y en prosa traducimos los dísticos del desterrado del Ponto, por no encontrar en castellano combinación parecida a la que resulta del exámetro unido con el pentámetro, y aunque existiese, no acertaríamos a emplearla con la soltura del jovenzuelo que hasta cuando prometía la enmienda de su conducta y juraba no componer versos, éstos afluían espontáneos a sus labios, negando con los hechos el valor que pretendía dar a sus promesas. En prosa, pues, ofrecemos al lector sus poemas eróticos, que tanto escandalizaron a los defensores de las antiguas costumbres romanas, y en prosa le ofreceremos sus lastimosas *Elegías* y el poema de los *Fastos,* si las ocupaciones y los achaques no nos impiden continuar nuestra grata labor. Supla la benevolencia de quien lea esta versión lo que falte al deleite de los oídos, y regale sus ojos con los matices de las flores del poeta, ya que el perfume se haya evaporado al

pasar a la lengua de Castilla por el tamiz de nuestro flaco entendimiento.

La personalidad de Ovidio nos es bastante conocida por las noticias de sus *Elegías*, fuera de aquellas circunstancias especiales en que se impuso una delicada reserva, o el recelo de encender en contra suya el horno de la ira augustal le incitó una y varias veces a la declaración de su falta, sin precisarla, por miedo de despertar resentimientos que empeorasen su situación y le forzasen a vivir en perpetua desgracia del nuevo Júpiter que vibraba sus rayos en la tierra, como el padre de los dioses desde el Olimpo. En la elegía X del cuarto libro de las *Tristes*, nos asegura que vió la luz en Sulmona—*Sulmo mihi patria est*—, que dista de Roma 90 millas, en aquel año fatal en que los cónsules Hircio y Pansa, vencedores de Antonio ante los muros de Módena, pagaron con sus vidas el precio de la victoria, el 43 antes de la Era cristiana, y el mismo en que nació Tibulo, ligado a nuestro vate por los lazos de la amistad y la decisiva inclinación que arrastraba al uno y al otro a los goces del amor y al trato de las musas. Con el año de su nacimiento anota también el día, uno de los cinco consagrados en honor de Minerva, el que se celebra con el primer sangriento combate, o sea el 13 de las Calendas de abril, que corresponde al 20 de marzo del año 711. El sobrenom-

bre de Nasón lo heredó de uno de sus ascendientes, distinguido por una pequeña excrecencia en la nariz, como el de Cicerón notó por análoga circunstancia al padre del inmortal orador, que en aquellos nefastos días de discordias civiles iba a recoger el premio de sus magistrales filípicas, y de los saludables consejos con que guió los primeros pasos de Octavio en el maremágnum de la política, adornando con su cabeza ensangrentada la tribuna de las arengas, y teniendo la dicha de no asistir al naufragio de la República expirante, cuya conservación y gloria fué el principal anhelo de su laboriosa existencia.

Al principio de la misma elegía pone en conocimiento del lector que heredó de sus antepasados la dignidad de caballero —*usque a proavis vetus ordinis heres*—, no conseguida por favores del azar o la suerte; como nuestra rancia nobleza, se enorgullece de los timbres de sus antepasados, y mira con cierto compasivo desdén los títulos nuevos, garantía menos que dudosa de justos merecimientos; y al par nos comunica que no era el único varón de su familia, porque en el mismo día, y doce meses antes, había nacido su hermano primogénito; así que celebraban los natalicios de los dos en una sola fiesta.

Una celebrata est per duo liba dies.

Muy jóvenes todavía, fueron enviados a Roma, y puestos bajo la disciplina de reputados maestros como Porcio Latrón, que vino de España; Plocio Gripo, profesor de Elocuencia y gramático insigne, y Aurelio Fusco, retórico elegantísimo, de quienes aprendieron el arte declamatorio, no la genuina elocuencia, que había caído para no levantarse en muchos siglos, al golpe criminal que separó del tronco la cabeza del sublime Cicerón. Séneca, el retórico, nos recuerda que Ovidio compuso una original arenga sobre la controversia del juramento de un marido y su mujer, tema que se avenía cual ninguno a la naturaleza de su ingenio maleante y a la propia experiencia dentro de sus pocos años, puesto que había repudiado dos mujeres y se disponía a las terceras nupcias, empeñado, por lo visto, en resolver definitivamente el problema del casamiento, que tan mal le salió en los primeros ensayos.

Dada su manera de pensar sobre la fuerza de los juramentos amorosos, y la facilidad con que los númenes absuelven a los perjuros, riéndose desde el Olimpo de los cándidos que fían de huecas palabras pronunciadas en momentos de obcecación y furor, no es aventurado suponer que en esta su estudiantil perorata se pondría de la parte del perjuro, y que no le faltarían argumentos que abonasen la iniquidad, y cuando no venciera por

el peso de las razones, cautivaría por la agudeza y el ingenio, que nunca persuaden a un tribunal serio y concienzudo, pero conquistan el aplauso del vulgo, más atento a las galas del decir y las paradojas brillantes que a reconocer la fuerza de una argumentación sólida y abrumadora.

No obstante, le repugnaban los ejercicios escolásticos, que pretenden forjar los rayos de la elocuencia, y sólo consiguen remedarla, como el simio las actitudes humanas, y no sentía por ellos la inclinación de su hermano mayor,

Frater ad eloquium viridi tendebat ab aevo,

porque su carácter independiente, con puntas de rebelde, no se sometía de buen grado a las reglas; y la asombrosa facilidad con que se encontraba hechos los versos, le oponía infranqueables barreras al componer los rotundos y numerosos períodos que mueven a un auditorio, o porque las musas le reclamaban como uno de sus predilectos alumnos, y sabida es la fuerza irresistible de la vocación, alentada por la inexperiencia y el brío de la juventud. Su padre le reprendía con severidad, intentaba torcer sus inclinaciones, impropias del caballero que aspirase a desempeñar cargos honrosos, y le persuadía de que un buen orador conquistaba pronto amigos, valedores y clientes, mientras la poesía y la pobreza eran inseparables

hermanas que peregrinaban siempre desnudas por las sendas de la adversidad; y el joven Publio, acorralado por las advertencias y medroso ante la amenaza del castigo, prometía la enmienda, abandonaba sus favoritas lecturas, dedicábase a componer los períodos que exornasen sus enfáticas declamaciones, sufriendo los trasudores y angustias de los que *invita Minerva* pretenden escalar la doble cima del Parnaso, y al moldear sus cláusulas fastuosas y rotundas notaba, estupefacto, que las palabras se ajustaban a la medida.

Et quod tentabam dicere versus erat.

Por complacer al autor de sus días, estudió lo que en aquellos tiempos se exigía al caballero inclinado a desempeñar cargos civiles de relativa importancia, dado que su débil complexión y su horror a las escenas sanguinarias le impedían distinguirse en los cruentos servicios de Marte; pero siguió rindiendo culto fervoroso y secreto a las musas, y en sus primeros esbozos ya preludiaba que su nombre iba a resplandecer pronto entre los más brillantes que inmortalizaron el siglo de Augusto. Cuando pudo hacerlo sin trabas, visitó con su amigo Macer las principales ciudades de Sicilia y el Asia Menor, deteniéndose en Atenas, centro de la Filosofía y el Arte, emporio del saber, gimnasio del entendimiento y templo para los

artistas tan sagrado como la Meca para los árabes y Roma para los católicos del orbe. A los veinte años perdió a su hermano, quedando universal heredero de los bienes paternos, bastantes a colmar su ambición y sufragar sus necesidades, y entonces dejó que sus días resbalasen en los dulcísimos ocios de las musas y los enredos de las aventuras galantes, hasta que sus padres, como si presintiesen que aquella cabeza había de cometer locuras sin cuento que comprometiesen su salud y reputación, determinaron casarlo

Paene mihi puero nec digna, nec utilis uxor
Est data quae tempus per breve nupta fuit,

con una mujer que sobre necia y vulgar no fascinaba por su belleza, y lo que se le impuso a modo de freno no tardó en convertirse en acicate que le impulsara a lanzarse por la carrera del escándalo. Al poco tiempo se divorció, cediendo el puesto vacío de su tálamo a una segunda esposa, no tan repulsiva ni vulgar como la primera; y acaso más exigente, pues se cansó pronto de llamarle marido,

Non tamen in nostro firma futura toro,

conducta atropellada que nos inclina a sospechar si sería acaso una de esas mujeres volubles y antojadizas, que se casaban y descasaban sin la menor

aprensión, y mudaban de hogar y familia al tenor de sus caprichos; más predispuestas a regalarse con las presas cogidas que a sacrificarse en aras de la fidelidad, y contribuir a la dicha del que las admitía como legítimas esposas. La facilidad del divorcio aumentaba de día en día el número de estas damas volanderas, menos parecidas a las púdicas matronas que a las cortesanas, entre las que se sumaban al fin después de pertenecer legalmente a unos cuantos maridos. No escarmentado con tales fracasos, volvió a encender la antorcha de Himeneo, y esta tercera vez no tuvo que arrepentirse de su mala elección, pues en la hora de la desgracia halló un bálsamo que aliviase sus dolores en la nueva consorte, que supo llevar con entereza el título nada recomendable de esposa del desterrado, ya que no le fuese permitido acompañarle y dividir entre los dos la pena que uno solo mereció, o por la libertad de sus escritos, o por la imprudencia de sus ojos en ocasión en que le hubiera valido más estar ciego, y no divulgar como Tántalo los secretos de los dioses que imperaban en la tierra.

Sustinuit conjux exsulis esse viri.

¡Lástima que nos calle el nombre de tan insigne matrona, robándole las alabanzas de la posteridad! Sábese que era rama del tronco de aquel

Fabio Máximo conocido por el *Cunctator*, que con su táctica prudente y calculada estrategia comenzó á quebrantar las arrogancias de Anníbal, soberbio con sus repetidas victorias; una matrona chapada a la antigua, orgullosa de su linaje y resuelta á enaltecerlo con sus personales virtudes; de esas que no se desvanecen en la altura a que están acostumbradas, ni se humillan en la tribulación, como si la sangre heroica de sus antepasados al discurrir por sus venas les impidiese abatir la frente, que siempre llevaron levantada; esposa digna, afable, indulgente, que si averiguó los devaneos de su esposo, no creía que le autorizaban a imitarlos ni reprenderlos, sino a apartarle con su noble ejemplo de la senda extraviada, y acaso lo fué consiguiendo a medida que los años amansaban el brío del potro desbocado, y la reflexión de la edad viril le hacía aborrecibles las locuras de pasados tiempos.

Como no era lícito a ningún ciudadano ilustre permanecer retraído de la cosa pública, Ovidio, a poco de tomar la laticlavia y rasurar su primera barba, aceptó el nombramiento de triunviro de aquel gobierno imperial que se esforzaba en conservar las antiguas magistraturas decaídas de su esplendor, al paso que acentuaba sus procedimientos absolutos, para que el rebaño del vulgo siguiese imaginándose que aun sesteaba a la sombra de

la república de los Régulos y Camilos; después fué elegido centumviro, uno de los tres magistrados administradores de la justicia que escogían las treinta y tres tribus romanas, desempeñando cargo tan honroso con la conciencia de no haber hecho jamás traición a lo que la ley y la equidad exigen de un juez intachable, y por último ejerció el decemvirato, que en pasados siglos substituyó al poder de los cónsules, y se conservaba todavía con atribuciones distintas de los encargados de redactar el código de las *Doce Tablas*. Asimismo se le ofreció en el Senado un asiento que rehusó por modestia, temeroso de no poder sustentar la representación del cargo a que le llamaban sus méritos y el lustre de sus ascendientes, o más bien porque, inaccesible a la ambición política que tanto trastorna los sesos de las medianías, y engolfado en proyectos trascendentales, no quiso ligarse a la cosa pública con empleos que reclamaban más tiempo y atención que él podía dedicarles, y prefirió volar libre como el pájaro por los espacios encantados que su fantasía exuberante le ordenaba recorrer.

Apolo y las nueve hermanas le quitaban el sueño, convidábanle a beber en las fuentes del Parnaso las inspiraciones creadoras de partos del entendimiento que viven los siglos negados al mismo que los produce, y como nada ni nadie es

capaz de contrarrestar una vocación sincera e irresistible, se ofreció en cuerpo y alma al dios de la lira y al coro de sus dulces compañeras, que no alargan la mano a sus devotos adoradores ni les piden en oro la recompensa de los deleites que les proporcionan y las mercedes que sobre ellos acumulan. Cultivó también la amistad de los vates coetáneos, a quienes en su entusiasmo reverenciaba como entes superiores,

Quotque aderant vates rebar adesse deos,

mereciendo la estimación de los que habían llegado a la cumbre y los que se aprestaban a escalarla con el arrojo de los pocos años. Propercio le recitaba sus fogosas elegías, Macer dábale a conocer su poema sobre las Serpientes, Póntico y Baso le amaban con afecto entrañable, y él por su parte estudiaba las odas y epístolas del Venusino, los poemas del tierno Virgilio, forjaba lazos de íntima amistad con el dulcísimo Tibulo, y bien pronto conquistó las primeras lisonjas de la celebridad, tan justas en esta ocasión, que sólo la funesta desgracia de sus últimos años pudo acallarlas en vida para resonar después más estrepitosas en los anales de la fama inmortal.

Apenas la navaja del barbero, según expresión suya, había pasado una vez o dos por su cara, fecha que un romano conservaba en la memoria,

porque marcaba su entrada en la categoría de los hombres; cuando recitó al pueblo los ensayos de su musa incipiente, que con audacia sin igual atrevióse a cantar los denodados esfuerzos de los titanes que pretendieron escalar el Olimpo y dispersar a los dioses que lo habitaban; arrogancia que pagaron con bochornosa derrota, que quizás alcanzó al cantor de sus descomunales hazañas por atreverse con una carga que el mismo Homero tal vez encontrase aplastante y abrumadora.

Versate diu
Quid ferre recusent, quid valeant humeri.

Es el eterno vicio de la inexperiencia desconocedora del peligro, y excesivamente confiada en su valor, acomete empresas capaces de retraer a los héroes, se deja seducir por lo extraño y maravilloso, aspira a lo sublime, mide las propias facultades por su entusiasmo, y suele caer despeñada en lo pedantesco y campanudo, hallando en el escarmiento lecciones provechosas que le impiden las reincidencias de la vanidad, y, más precavida, renuncia a beber en las cumbres la fuente de la inspiración, que acaso lleva dentro de sí misma sin haberse percatado, hasta que cualquier circunstancia imprevista le revela los tesoros ocultos en el fondo de su alma.

Ovidio, ingenio fino y delicado con sus puntas

de irónico, pero de una ironía sutil que se adivina antes de percibirse; Ovidio, tan apegado a los placeres y satisfecho de sus dotes personales, tan caro a sus amigos y adicto a las bellezas frágiles que repugnaban la austeridad de las antiguas Sabinas; Ovidio, tan distinguido por Augusto y los personajes conspicuos de su corte, donde el lujo y la distinción imperaban en absoluto; Ovidio, en quien el talento dominaba a la sensibilidad arrastrada por el torrente de la fantasía, no nació para lo grandioso, altisonante y sublime, como lo comprueba un detenido examen de sus *Heroidas* y *Metamorfosis*. En las *Heroidas*, género del cual se dice inventor, pero que ya aparece en los cantos de Propercio, las célebres heroínas de la antigüedad se lamentan con ayes doloridos de la inconsecuencia, deslealtad y abandono en que las dejan sus respectivos amantes o esposos, sin rebasar el nivel de lo humano sus gritos conmovedores. Las misivas de Penélope a Ulises, tantos años ausente del tálamo conyugal; de Enome a Paris, el raptor de Helena; de Dido al piadoso e impasible Eneas; de Ariadna, relegada en la isla de Naxos, al infiel Teseo; de la implacable Medea a su esposo Jasón; de la sin par Laodamia a su caro Protésilas, y otras que no citamos por evitar prolijidades, descienden a un tono harto familiar que desdicen de la categoría de las heroínas que las escriben, y su fondo

siempre semejante en las situaciones de los personajes, da cierta monotonía a este nuevo género, a pesar de la fecundidad de recursos del novel poeta para variar en lo posible un tema tan uniforme; y esto, unido al abuso de la fábula, junto con los lunares del estilo, no siempre puro y elegante, explica el que no se lean con tanto placer como las *Metamorfosis*, proclamada su obra maestra por la crítica universal, bautizada con el hiperbólico título de la *Biblia de los poetas*, y condenada por su propio autor a las llamas antes de partir al destierro, persuadido de que le faltaba la corrección escrupulosa a que la hubiera sometido de no impedírselo sus recientes desgracias, y a la cual, en los últimos versos, que no pecan de modestos, se atreve a prometer una gloria imperecedera, confirmada por el transcurso de los siglos.

Ningún libro de la antigüedad pagana nos enseña con tanta riqueza de datos la genealogía de los dioses y los héroes, y las transformaciones que por sus yerros o delitos se ven obligados a sufrir, convertidos en duras rocas y árboles insensibles, si no se liquidan en las aguas de purísima fuente aumentada con el caudal de lágrimas que les hace verter su desventura; el plan es tan vasto que apenas omite ninguna de las fábulas mitológicas de verdadero interés, y a pesar de su número extraordinario y la diversidad de los personajes y los con-

flictos, las enlaza con tal arte que nada falta ni sobra; comienza donde debe y termina como era forzoso terminar: en medio de su libertad aparente reina un orden y concierto maravilloso, y la vista más perspicaz no distingue los hilos de la trama donde se destacan las figuras sobresalientes de la Mitología y la leyenda; la narración es viva e interesante; el desenlace de una fábula excita la curiosidad por conocer la siguiente, y, como en los cuentos de *Las mil y una noches*, el lector siente interrumpir la lectura hasta el fin del poema. Las bellezas de dicción innumerables, la lozanía y espontaneidad de los exámetros, que hasta cuando juraba no escribirlos le daban un soberano mentís, desprendiéndose de sus labios sin darse cuenta de la contradicción; la variedad y riqueza de las expresiones que matizan y coloran cuadros cuyo fondo venía siempre a ser el mismo; la gracia sin rival, no exenta de ironía, que se advierte en algunos pasajes escabrosos en que las travesuras de los númenes dejaban tamañitas las trapacerías de los simples mortales, y la asombrosa erudición, que revela haber consultado un número respetable de autores al componer su poema, son títulos suficientes para agradecer el servicio prestado a las letras por aquellos amigos de Ovidio que evitaron la desaparición de su obra con las copias sacadas que se multiplicaron de día en día, hasta asegurarla contra las

injurias del tiempo y la barbarie de las guerras, que tantos tesoros literarios y artísticos han destruído en el mundo.

Y ya que hemos notado sus primores, bueno será que hagamos constar que no todo es admirable y digno de proponerse a la imitación. Más que una verdadera Teogonía, las *Metamorfosis* resultan una serie de encantadoras leyendas sobre las flaquezas y debilidades de los dioses helénicos y los héroes que por sus hazañas llegaban casi a su inmortal categoría. Ovidio no penetra en la profunda significación de los mitos como fuerzas inmanentes de la Naturaleza o manifestaciones eternas del espíritu de la Humanidad encarnadas en formas simbólicas, perfectas y seductoras. Horacio y Virgilio en ocasiones elevan a sus héroes a la alteza de los dioses; el cantor de Corina, al contrario, se complace en rebajarlos, poniéndolos al nivel del hombre. Asustado por el ejemplo de Semele, que abortó, llena de espanto, al niño Baco, por haber querido contemplar en su imponente grandeza al dios del rayo y el trueno, que la dejó anonadada y sin deseos de ver de nuevo a su amante fulminar los dardos de su diestra vengadora, o por el estrago de los Titanes, sepultados en las entrañas del Etna, que pretendieron escalar la excelsa mansión de los númenes, o retraído por el escarmiento de Dédalo, que vió

flotar las plumas de Ícaro sobre la superficie de los olas, no quiso penetrar muy hondo en la esencia de la divinidad, ni medir su inconmensurable grandeza, ni asomarse al abismo que las separa de la débil criatura humana, aun revestida de sus formas carnales, y se contentó con prestar a los dioses un poco más de poder para transformarse y disfrazar su condición divina, y con este salvoconducto entregarse al amor prohibido, al estupro, al adulterio, al incesto y la bestialidad, dando a los mortales la certeza de que sus yerros eran casi juegos de niños, en comparación de las hazañas que se permitían los inmortales.

Libros semejantes, exornados con las galas de una fastuosa imaginación, seguramente que no contribuyeron a fortalecer las creencias, y aun debieron ejercer letal influjo en los progresos del escepticismo, predisponiendo a la burla de mitos absurdos que rechazaban las personas sensatas, y dejando al estólido vulgo la misión de quemar incienso y sacrificar víctimas en aras de tan fantásticas y poco escrupulosas divinidades. En cuanto a la forma, reconocemos las innumerables bellezas que contiene y la riqueza de giros y frases con que diversifica escenas en el fondo semejantes; pero hemos de notar las frecuentes redundancias, hijas de una verbosidad incorregible; la manía de desleír el pensamiento hasta los últimos límites,

y la especial complacencia con que exorna algunas de sus fábulas con tan fastidiosa multitud de pormenores, que llega a producir tedio y desaliento. No le basta decirlo todo : va más lejos; y ora repite, ora desmenuza un concepto general, haciéndole piezas, y aburre al lector con lo mismo que pretende captarse su aprobación; así, cuando Néstor refiere la descomunal batalla que trabaron con los Lapitas los biformes Centauros, trastornados por la embriaguez y la lujuria, al punto de arrebatar a los primeros sus hijas y esposas, comenzando el inicuo despojo por la bellísima Hipodamia, que celebraba sus nupcias con Piritoo, nos da cuenta con una minuciosidad abrumadora de todos los encuentros parciales de aquel día, y hace sonar los nombres de cien combatientes, desconocidos los más, y aun pasa en silencio al invencible Hércules, por no renovar antiguos resentimientos que el tiempo nunca extinguiría. En la caza del monstruoso jabalí de Calidón, que devastaba campos y selvas, júzgase obligado a darnos los nombres reales o supuestos de cuantos compañeros seguían al intrépido Meleagro, sirviéndole más de estorbo que de ayuda al rematar la hazaña sólo a su valor encomendada; y si nos pinta a Orfeo inconsolable por la pérdida de su amadísima Eurídice, que errante entre las asperezas del Ródope y el Hemo se detiene a pulsar aquella lira

que amansaba las fieras, movía los peñascos y arrancaba de cuajo los árboles, anhelantes de oír sus divinos acordes, no para hasta enumerar todas las especies de los mismos generalmente conocidas, fatigándonos con estas prolijidades enfadosas que no exige la verdad y menoscaban el primor de la narración. ¿Y qué diremos de la interminable y estupenda nomenclatura de los perros que al olor de la presa se lanzaron furiosos a despedazar al ciervo en que por enojo de Diana quedó convertido el infeliz Acteón, pagando con la vida el delito, si así puede llamarse la inadvertencia, de haberla sorprendido en el baño, rodeada de sus ninfas, como una constelación de hermosuras capaces de cegar al mortal más indiferente a los atractivos femeninos? Esta verbosidad inagotable, fruto de su lozana fantasía, le induce en otras ocasiones a tomar el tono declamatorio del orador, que desdice del discurso poético, y en la contienda de Ayax y Ulises, pretendientes a las armas del intrépido Aquiles, nos parece oír a dos leguleyos que han estudiado perfectamente sus alegatos, y no dos héroes homéricos, en quienes la eficacia de las grandes acciones debe acallar en gran parte las garrulerías de la lengua. Y es que la imaginación de Ovidio se asemeja a esos campos fértiles en extremo, que tienen fuerza y substancia para devolver con creces las semillas que en su seno se

depositan, y aun les sobra para alimentar multitud de hierbas inútiles y nocivas, por no haberlos limpiado el agricultor de los gérmenes que los infestan. En descargo de estas censuras viene el argumento de su destierro, que le impidió corregir y cercenar las superfluidades abusivas en que incurre su vena desatada como raudal caudaloso e inagotable.

Ahora volvamos la vista a su juventud regocijada, y examinemos en ella las manifestaciones que reflejan al vivo su temperamento y carácter personal, absorbido por las aventuras galantes y la ambición de lauros, que le hacían despreciar como ruines y deleznables los cargos y oficios que persiguen afanosos los espíritus vulgares.

En la flor de la edad, mal casado o casado a disgusto, amigo de los placeres, elegante, jovial y mujeriego, no era difícil vaticinar su predilección por el género erótico, que había de ceñir su frente con la corona de hiedra de los insignes vates. Por algún tiempo fluctuó indeciso con penosas vacilaciones: de una parte, le desvelaba la gloria de Esquilo, Sófocles y Eurípides; ansiaba los aplausos de las multitudes que reunidas en el teatro sancionan en un momento la reputación del dramaturgo que sabe conmoverlas con sus escenas interesantes y sus catástrofes espantosas; de la otra, una voz íntima le impulsaba a dar rienda suelta

a sus emociones juveniles, que pugnaban por salir a la luz en versos tiernos y arrulladores. En uno de esos instantes de reflexión en que el ánimo se detiene a meditar sobre sus futuros destinos, se le aparece la elegía con el porte distinguido, la túnica transparente, la sonrisa de enamorada y la desigualdad de los pies que realza sus naturales hechizos, y la violenta tragedia que empuñando el cetro real barre con el manto el suelo de la escena que pisan sus coturnos de Lidia, y le reprocha la frivolidad de malgastar tanto ingenio en componer elegías amorosas, testimonio fehaciente de sus trapisondas, comentadas con malignidad entre el pueblo, que le señalaba en las calles con el dedo, por buscar una celebridad poco envidiable narrando sus hazañas de libertino, que valiera más quedasen eternamente sepultadas por el respeto que merecen las leyes del pudor, con tal desahogo y frecuencia en sus versos conculcadas. La elegía le sale al paso con aire apacible y gesto menos conminatorio, recaba el timbre de ser la mejor intérprete del lenguaje que Venus habla por boca de los mortales, y enumera los múltiples servicios que presta a los enamorados, cosa de que nunca podrá envanecerse la que le disputa la primacía en el ánimo del poeta, y éste, que es el premio de la contienda, toma la palabra, y sin desairar a la una, antes pidiéndole una corta espera, se

entrega en los brazos de la última, que le brinda una fama clamorosa y le sirve para comunicar sus impresiones y desahogar el pecho de las inquietudes que lo atormentan.

Acertó en la elección; ante todo y sobre todo era un poeta erótico, rendía acatamiento al amor, y a Venus, adoración casi rayana en el delirio. La sangre le horrorizaba, la ambición no le movía, los honores dejábanle indiferente; pero Cupido le clavó sus saetas en las entrañas, y tenía que amar y traducir en verso sus quejas y satisfacciones, orgulloso de que sus libros sirviesen de texto a la juventud loca y calavera que se encenagaba en los deleites carnales. Aunque el fondo de sus elegías parezca el mismo que ofrecen las de Tibulo y Propercio, el lector atento distingue las notas que las diferencian. No busquemos en ellas la ternura arrobadora de Tibulo, alma sensible y delicada que había de vivir forzosamente sometida al imperio de la mujer; tampoco el brío enérgico de Propercio, revelador de una pasión honda y sincera por aquella Cintia que amargó con sus violencias y continuas infidelidades las horas del que la inmortalizaba en los fastos de la Literatura. Ovidio no es tan tierno como el primero, ni tan arrebatado como el segundo; es galanteador impenitente del bello sexo, porque no halla ocupación más grata a los ocios de la moceded, ni lances más entrete-

nidos que los que surgen a menudo de las relaciones de un jovenzuelo y una astuta cortesana. Poco feliz en sus dos matrimonios, no sabemos si por las culpas propias o las de sus consortes, buscaba fuera de casa los esparcimientos que el hogar doméstico le rehusaba, y alentado por la fortuna, llegó a ser uno de los niños mimados de las mujeres, y a ellas consagró las asiduidades que le permitía una constitución física no privilegiada ni robusta, y un afán desmedido de placer como el que siente el avaro por acrecentar sus tesoros. Si alguien le reprende porque no da mejor empleo a su actividad sirviendo en los ejércitos de la patria, le responde con agudeza que todo amante es soldado; que Venus y Marte reclaman la misma edad a los que se alistan en sus banderas, y la una y el otro someten a duras pruebas el valor de sus secuaces; que el soldado arriesga la vida por orden de su general, y el amante se sacrifica por su adorada con la misma abnegación; que entrambos sufren resignados el frío, los torrrentes de lluvia, las noches en vela, y rechazan con heroísmo las emboscadas de un enemigo o las insidias de un rival; que ninguno de los dos se duerme sobre sus laureles, para evitar que una sorpresa se los arrebate, quedando vencidos los que blasonaban de vencedores; y aun asigna a los triunfos de Cupido dos circunstancias que los elevan sobre los

del furibundo Marte: la primera, que sus adalides no manchan en sangre inocente las manos, ni elevan sobre montones de cadáveres los títulos de su gloria; y la segunda, que pelean solos, sin infantes ni caballeros, y a ellos solos toca la vergüenza de la repulsa o la satisfacción de la victoria, que con nadie tienen que compartir: motivos suficientes para declararse soldado de esta milicia y aborrecer a los jefes y centuriones que volvían de remotos países con el cuerpo acribillado de cicatrices y la bolsa llena del oro que arrebataron en el saqueo de las ciudades expugnadas.

Ovidio es constante como pocos en amar, pero varía al infinito los objetos de su predilección: una sola mujer era incapaz de reducir su voluntad impresionable y tornadiza, que le ocasiona grandes sinsabores, y, sin embargo, obedece a esta versatilidad que tanto le perjudica; quisiera ser de otro modo, y no acierta a dominar su natural propensión, y si lo intenta, las fuerzas le abandonan, dejando incumplidos sus buenos propósitos. Cuantas ve, tantas le atraen: si la doncella pudorosa baja la vista en presencia de un varón, le quita el sosiego su inocencia; y si otra le desafía con sus ardientes miradas, le place por concepto distinto, ya que su resolución alienta la esperanza de conseguir lo que una mujer áspera e intratable sólo concede a su legítimo esposo; le enloquece la que

recita con primor sus versos insinuantes, la que canta emitiendo la voz con inefable dulzura, la que pulsa las cuerdas de la lira que acompañan a las estrofas del poeta, la que sobresale en la danza y alborota a los que contemplan sus movimientos cadenciosos y lascivos, la de estatura eminente, que recuerda a las antiguas heroínas, y la pequeña y diminuta cual un dije caprichoso que envanece a su poseedor. Si tiene buena cara, no despreciará a la negligente, y si es fastuosa, aplaudirá el gusto y elegancia de su atavío; la blanca como la nieve le deslumbra, y en la de cutis moreno no halla tampoco ingratos los hurtos malignos de Citerea; los cabellos de ébano le retratan a la fecunda Leda, y le extasían los rubios que brillan en la cabeza de la Aurora. En suma, que le gustan todas, y para todas guardan frases lisonjeras sus labios, y fibras más o menos sensibles su juvenil corazón. Calígula deseaba que la Humanidad tuviese una sola cabeza para derribarla de un solo tajo; es posible que Ovidio, adorador de cuantas bellezas pululaban en la gran ciudad, quisiera fundirlas a todas en una, para saborear de una vez las dichas inagotables que prometen con largueza y cumplen con difícil parsimonia; mas como esto le fuese imposible, tuvo que someterse a las leyes del niño alado, que ordena a los hombres individualizar los ídolos a cuyas plantas se rinden; y así

vemos que sobre el montón anónimo de las jóvenes con quienes sostuvo tratos de intimidad, descuella la arrogante Corina, la que le infundió algo parecido a una profunda pasión, y de cuyo cautiverio no acertó a libertarse ni en los momentos en que un rival obtenía lo que de derecho juzgaba a él solo reservado.

¿Quién era esta Corina? Lo ignoramos. Las investigaciones de los eruditos nos han dado a conocer los auténticos nombres de la Lesbia de Catulo y la Cintia de Propercio; mas se estrellaron al inquirir el que se ocultaba bajo el seudónimo de esta ilustre poetisa griega. Con tanta y tan laudable reserva supo Ovidio substraerla a las murmuraciones de la gente maliciosa, que sus mismos amigos no dieron en el secreto, y hubo desvergonzada que pretendió suplantarla y quiso explotar los elogios sin tasa tributados a esta encantadora mujer. Del mismo misterio impenetrable en que el poeta consiguió envolverla, dedujeron algunos que debía estar emparentada con la familia de los Césares, y caminando más lejos en las suposiciones gratuitas, quién afirma que era Livia, la esposa del emperador, harto vieja para ilusionar a un jovenzuelo; quién Julia, la hija del mismo Augusto, casada con Marcelo y después con Marco Agripa, y tan célebre por su crápula desordenada y su fin desastroso. Sidonio Apolinar admite como proba-

ble esta última conjetura, basada en cimientos poco sólidos, lo que nos disuade proseguir investigaciones de no buen género, que nada sirven para aquilatar el mérito sobresaliente de las elegías que estudiamos. Baste a nuestra curiosidad saber que era hermosa, que apenas admitía comparación con la arrogante Semíramis o la fascinadora Tais, y que el vate que pudo contemplar las perfecciones internas de su cuerpo adorable, no encuentra frases bastante significativas para encomiarla y disculpar la insensatez que lo convertía en ciego instrumento de sus antojos. Un hecho por él confesado con sincero arrepentimiento comprueba que si en la mayoría de los casos dominaba la situación, en sus tratos con Corina perdía a menudo los estribos y cometía actos que pugnaban con la delicadeza. Fuese por alguna infidelidad que llegó a sus oídos, o por cualquier otra causa que le exasperase, puso un día, como brutal gañán, las manos en la cara de su amada, y le mesó furibundo los cabellos, olvidándose de su hidalguía caballeresca y su distinción reconocida. Tal ardía el horno de la cólera encendida, según nos declara, que en aquel momento hubiese golpeado sin piedad a sus caros padres, y lastimado con sus puños crueles a los mismos dioses; mas cuando la ve estremecida de terror, silenciosa y esquiva, fulminando con las miradas gravísimos reproches, siente la brutalidad

de su hazaña, y revuelve el rencor contra sí mismo, capaz de cometer bajezas que deshonrarían al último de los plebeyos; y con una ironía que deja sentir honda amargura, al comparar la fuerza de los campeones que han intervenido en aquel desigual combate, se apostrofa diciendo: «Ve, pues, insigne triunfador, prepárate un magnífico triunfo; ciñe las sienes de laurel, ofrece tus votos a Jove, y que la turba apiñada siga tu carroza gritando: «Gloria al fuerte varón que ha vencido a una débil mujer.» (VII del lib. I.)

Estas escenas violentas, indignas de persona bien nacida, y más todavía de quien cifraba su felicidad en la adoración de la hermosura, parecen revelar lo difícil o imposible que le era soportar en calma los agravios de la mujer de quien tenía derecho a esperarlo todo, por haberse entregado a ella a discreción; y así lo creeríamos si las propias manifestaciones no declarasen en otro lugar hechos que le ponen al nivel de un falso galanteador sin ápice de decoro. Había sospechado Corina que se entendía con Cipasis, su peinadora, y es de notar la indignación con que responde a las suspicacias del recelo, o pretensiones de tiranizarlo y no dejarle vivir tranquilo, descubriendo la malicia a través de actos en el fondo inocentes. Él, todo un caballero, un alumno predilecto de las musas, un adorador ciego de su belleza, iba a con-

sagrarse a una mujer de condición despreciable, recreándose a la vista de sus espaldas amoratadas por los azotes; él solicitar a la esclava de su señora, que podía delatarle y sumirle en la desesperación; no es tan imprudente que se atreva a tal desafuero, y jura, por Venus y por el arco del niño volador, ser inocente del crimen que se le imputa; pero a vuelta de hoja se encara con Cipasis, la diestra peinadora que merecía dirigir el tocador de las diosas, le pide cuentas porque ha dejado traslucir claros indicios de sus secretas relaciones, y le reprende su falta de serenidad que agolpó la sangre a sus mejillas cuando Corina la miraba fijamente para descubrir en el espejo del semblante la insolencia de la esclava, y el sonrojo de tener por competidora a la que mantenía con su caudal; y alardea de su perjurio, se envanece del engaño, la invita de nuevo a reanudar las pasadas citas, y la amenaza convertirse en acusador, si no se aviene de buen grado a satisfacerle, en pago del disgusto que le ha producido su indiscreción; y falso con la una y despótico con la otra, prosigue en sus aventuras sin asomos de remordimiento por las víctimas que ocasiona, como si el éxito fuese una victoria que autorizase las estratagemas de peor índole a trueque de conquistar nuevos laureles. Esta desaprensiva manera de sentir, jurar en falso con atroz desfachatez, enorgullecerse del aplomo

con que sostiene su perjurio, pagando la credulidad con una nueva traición que añade la burla al ultraje, pinta el retrato moral de nuestro poeta, caprichoso, voluble y antojadizo, que parecía haber perdido por completo la noción de lo justo y decente, creyendo legítimo y hacedero todo lo que satisfacía su sed inextinguible de voluptuosidad, y aun se quejaba con aspavientos indignados de que Corina se enredase en los brazos de un soldadote rudo y brutal, cuyas manos se habían bañado en la sangre del enemigo, y cuya bolsa se abría con facilidad para satisfacer las caprichosas exigencias femeninas; y él, ¡angelito!, el sacerdote puro de las musas, el que contribuyó a darle una celebridad estruendosa, se veía rechazado de sus umbrales y expuesto a ser reconocido por el rival que salía a las altas horas de la casa que imaginó el nido de sus amores. Tales contratiempos casi le sumen en la desesperación; herían su vanidad de conquistador, poco propenso a creer que las dádivas son dardos más eficaces en las contiendas de Venus que las lisonjas y galanterías versificadas, y que la beldad se rinde con gusto al polvo reluciente en que se convirtió Jove para atravesar la torre de bronce, burlarse de Acrisio y vencer a Dánae, deslumbrada por la brillantez esplendorosa de su divino amante; y como tenía la resolución de aparecer tan largo en las promesas, que a nadie arruinan,

como circunspecto en las dádivas que diesen cuenta de su caudal, de ahí que se viese con frecuencia suplantado, y que Corina se burlase de sus lamentaciones cuando recreaba los ojos con los valiosos regalos de cualquier advenedizo, más inclinado a la prodigalidad.

No queremos pasar en silencio un hecho punible que la pinta de cuerpo entero, como el prototipo de la esposa adúltera, la amiga infiel y la madre desnaturalizada. El autor, con una candidez infantil, denuncia a los lectores el haber tomado la resolución de administrarse un abortivo que destruyese el fruto que llevaba en las entrañas, y la librase de carga tan enojosa que abría un largo paréntesis en su vida mundana, obligándola a los exquisitos e incesantes cuidados que impone a la madre el niño que acaba de dar a luz; pero no la recrimina por acción tan abominable, no le pide cuenta del fruto de sus comunes amores, ni trueca éstos en el merecido aborrecimiento, ni se aparta de ella como de un ser que se ha puesto por debajo de las fieras, ni la entrega a la sanción de las leyes que castigan estos desmanes, horror de la Naturaleza; y aunque sólo la diferencia de Procne y Medea en haberse anticipado al crimen, destruyendo la vida en el mismo seno que la concibió, por un refinamiento de brutal egoísmo que rehusa tolerar el incomodo de la gestación: los dolores

del parto y los desvelos de la lactancia; en vez de rechazarla por su infame conducta, la reprende con dolor el que haya acudido a procedimiento tan radical sin consultarle, exponiendo a serios peligros su para él tan preciosa existencia, y se cree en la obligación de dirigir a Isis repetidas plegarias, suplicándola que salve aquella vida de la que pende la suya. El fervor de estas preces y la suavidad de la reprimenda nos autorizan a colegir, o que Ovidio aun estaba preso en las redes amorosas, o que el sentimiento moral del uno y la otra corrían parejas; pues la disculpa del crimen parece que entra a la parte en la responsabilidad del miserable que lo ejecuta, sin miedo a las consecuencias ni al oprobio con que mancilla su reputación.

El conjunto de las elegías comprendió al principio cinco libros, mas el autor las redujo a tres, suprimiendo aquellas que no consideraba bastante perfectas, y un expurgo escrupuloso aun hubiera suprimido otras, como la dedicada a un riachuelo engrosado por las lluvias, que alardea de una erudición hidrológica intempestiva, o la que lamenta la muerte del papagayo de su amada, paráfrasis del madrigal de Catulo al prematuro fin del pajarillo de Lesbia, impregnado de ironía tan fina y sutil, que desafía la competencia de cuantos pretendan imitarlo; fuera de éstas, las elegías son lo más selecto que produjo el numen de Ovidio, las

que mejor lo dan a conocer como joven de lozanos arrestos y poeta de altos vuelos, y cuando en ellas zahiere a los guardianes esquivos de las puertas, a los siervos que traen y llevan las misivas, a los eunucos que vigilan los pasos de las casadas, a los porteros inexorables y siempre despiertos, a los ruines delatores de los hurtos amorosos, a las sórdidas fautoras de tercerías, a los maridos rígidos y severos, o, al contrario, a los que viven con tanto descuido que permiten osadas licencias a sus cónyuges, sin que el obstáculo ni el temor estimulen en el adúltero el afán de poseer aquello que se le prohibe, entonces brota de sus labios tanta ironía, aduce tan ingeniosas ya que no sólidas razones, y revela tan hondo conocimiento de la sociedad, que la crítica no ha vacilado en colocar los dísticos escritos para el desahogo de sus personales afectos, muy por encima de otras obras de mayor trascendencia, que no interesan ni conmueven con la intensidad de estas que pudiéramos llamar sus confesiones, en las que a veces una circunstancia insignificante le brinda ocasión de escribir una pieza magistral: *ex fumo dare lucem;* patentizando un arte exquisito en la pintura de las frivolidades y pequeñeces de la vida, y dando tan simpático colorido a sus cuadros realistas y disolventes, que no nos atrevemos a censurar su jactancia por considerarse uno de los predilectos alumnos de la

diosa Venus, llamado a extender por el orbe su incontrastable dominación.

Efectivamente, después de darnos su autobiografía moral en esa edad dichosa en que la sangre hierve, el instinto desautoriza a la razón o la relega a segundo término, y en la que todos, sin embargo, quisiéramos plantarnos, deteniendo el curso del tiempo que nos trae apresurados los frutos acedos de la experiencia; cuando las flores de su guirnalda caían marchitas y no se doblegaba a la servidumbre de una segunda Corina, juzgó oportuno el momento de recogerse en el archivo de sus recuerdos y recopilar las observaciones que las borrascas pasadas habían sugerido a su espíritu sagaz, penetrante y nunca perdido en las nebulosidades de la abstracción escolástica, aleccionando con ellas a los jóvenes a fin de que caminasen con pie firme por los derroteros en que los incautos hallan la perdición. Escribió el *Arte de amar*, o más bien, el código de la galantería, ya que el amor lo enseña o lo impone la Naturaleza a los vivientes con la fuerza incontrastable de sus leyes absolutas, y nadie necesita maestros para aprender lo que sabe tan bien o mejor que quien pretenda explicarlo con el aparato de una disertación académica.

A los sangrientos combates de Marte, que le infunden horror, Ovidio prefería esas contiendas que la diversidad de los sexos traba en campo

más estrecho, y en que el vencedor y el vencido concluyen por fundir sus almas y cuerpos en un nuevo ser, fuente perenne de delicias y esperanzas inagotables; y como no habla de héroes o dioses, sino de simples mortales sujetos a las flaquezas de su condición, no empuña la trompa épica, no finge que Apolo le dicta sus cantos, ni que los aprendió en los arrullos de las palomas que anidaban en las encinas de las selvas de Dódona, ni que se le apareció Clío con sus ocho restantes hermanas obligándole a morder el poético laurel, como al pastor que guardaba los ganados en el valle de Ascra: en sus versos, excesivamente humanos, no se percibe nada de divino; son suyos, de la propia cosecha, y no ha consultado otros modelos que los risueños, audaces y provocativos que, con las túnicas transparentes, los hombros medio desnudos y los cabellos flotantes sobre la ebúrnea espalda, eran el orgullo y la ruina, la delicia y el escándalo de la opulenta Roma, que Venus por respeto a su hijo Eneas había escogido como habitual residencia.

Este poema obtuvo desde su aparición un éxito colosal, un exitazo, según la fraseología corriente aplicada a partos literarios de bastante menos fuste; convirtióse en el libro favorito de la juventud borrascosa, que olvidaba las glorias de la libertad, envanecida con los triunfos de sus ejércitos y la adorable tiranía de sus cortesanas o de las que,

sin pertenecer a la clase, suspiraban igualmente por la corte de adoradores arremolinados a las puertas de las Tais y las Frines, que ejercían su lucrativa profesión a las márgenes del Tíber. Los tiempos de la epopeya heroica habían pasado con Virgilio, y con Ovidio empieza ese otro poema más intenso y humano, porque todos los nacidos tomamos parte en sus contiendas, y nos hemos atribulado con sus reveses o enorgullecido con sus triunfos; poema en que a la par que lectores somos personajes integrantes de la lucha que a nuestra presencia se desarrolla. El plan es perfecto, como el de las *Metamorfosis;* aunque la índole del asunto algo uniforme, inconstante y movediza, parece rechazarlo, Ovidio se sobrepone a la dificultad, y la vence, como acostumbrado a vencer obstáculos mayores. Lo primero, según su dictamen, es elegir la merecedora de nuestro particular afecto, que cada cual ha de agenciarse por sí mismo, sin esperar a que el cielo se la envíe en las alas del céfiro; en seguida, poner en juego los obsequios, finezas y rendimientos que la situación impone al que solicita no pasar inadvertido a los ojos de una beldad, y por último, si son tolerables las cadenas que le sujetan, esforzarse un día y otro por conservar la dicha conquistada, atenido al adagio de «más vale pájaro en mano que buitre volando»; y para que el sexo débil no se queje con razón de

que arroja inermes en los dientes del lobo los inocentes ovejas, le dedica el tercer libro, tan substancioso y útil como los precedentes.

«No necesitas — dice a su alumno — ir a Grecia con Paris, ni a la India con Perseo, si quieres encontrar una joven que satisfaga tus anhelos de felicidad. Sin salir de Roma hallarás tal número de adolescentes y de edad adelantada, que dejarán por algún tiempo indecisa tu elección. Paséate por el pórtico de Pompeyo o el de Livia, centros de distinción y elegancia; preséntate en el certamen de los briosos corceles, donde te será lícito colocarte al lado de la que persigues, y dirigirle palabras obsequiosas y persuasivas, que resonarán en sus oídos como una música de inefable dulzura; no faltes al simulacro de la batalla naval, que congrega las hermosuras del orbe, y en que el orgulloso soldado romano corre inminente peligro de verse cautivo en las redes de una extranjera, o toma asiento en los alegres festines, que con la profusión de las viandas y la variedad de los vinos incitan al placer y despiertan los sentidos, cuando la embriaguez y la hartazón no los amodorra y aletarga en profundo sopor; y no dejes tampoco de frecuentar las representaciones teatrales, adonde acuden las damas a divertirse con el espectáculo, y a ofrecerse como parte integrante del mismo, dejando indecisa la atención de los espectadores

entre los cómicos que pisan la escena y las beldades fastuosas y provocativas que con sus preseas y boato les advierten que hay allí algo superior al poema escénico representado, y es ese ramillete de bellezas que, sin provocar aplausos, representan su papel mejor que los histriones calzados con el humilde zueco o el orgulloso coturno. A nadie extrañaba que el teatro se convirtiese en palenque de osadías y violencias. Rómulo dió el ejemplo a su pueblo, que carecía de mujeres, impulsándolo al robo de las Sabinas reunidas frente al rústico escenario de césped y ramaje, pues a una señal convenida, los soldados se lanzaron cada cual sobre la presa, como el águila sobre la tímida paloma: el terror las paraliza; las unas pierden el sentido; las otras se mesan el cabello, invocan a los dioses o llaman a sus madres; las de más allá guardan un silencio sombrío, como si el miedo las privase de la voz; mas sus raptores las confortan con palabras menos rudas de lo que prometía tal hazaña, y les aseguran que pronto quedarán convertidas en sus esposas, bendiciendo aquella violencia que las llena de espanto; y desde entonces las funciones del teatro fueron, son y seguirán siendo un escollo peligroso en que naufraga la inocencia, y el sitio donde el recato traba luchas desiguales con la seducción, resuelta a atropellarla sin miramientos.

»Ya que has elegido *in pectore* la que merece

reinar en tu corazón, no desperdicies el tiempo, ofrécele tu vasallaje, y abriga la confianza de que no hay mujer tan arisca a quien amarguen las dulces solicitudes; la más tiesa y entera se reducirá a la postre, vencida por los agasajos; la que concede y la que niega, se regocija por igual de ser rogada; no te descorazones ni arredres a la primer repulsa, insiste, persevera, y así que vea en tu constancia la prenda de un afecto no mentido, sentirá que flaquean sus energías, y lo imposible se convertirá en una satisfactoria realidad. Si no puedes llegar a ella, dirígete a su criada, que te allanará los inconvenientes; estimula su celo con el acicate de las promesas, y vencerás dificultades y obstáculos; pero no te corras demasiado, no te pases de listo, no pretendas seducirla antes de obtener el favor de la señora, exponiéndote a desagradables contingencias. Ahora, si la intermediaria que recibe y devuelve las epístolas te atrae por su garbo y buenos servicios, apresura la posesión del ama y siga pronto la de la criada; así que entre a la parte de tus devaneos, callará como muda para no lamentar los contratiempos de las humildes que rivalizan con sus señoras, evitando que la cuerda se rompa, como siempre sucede, por lo más delgado. No economices el prometer, que a nadie arruina, ni precipites el cumplimiento de tus promesas; alienta las esperanzas

y dilata la fecha de satisfacerlas; los presentes que la hicieres de antemano podrían incitarla a abandonarte; logra de balde los primeros favores, y el miedo a dártelos sin provecho la inducirá a seguírtelos concediendo.

»Si resiste al principio, ofendida de tus pretensiones, y te devuelve sin leer el billete que le has escrito, no te amilanes a las primeras de cambio: ya te leerá más adelante; el que desconfía de sí mismo, se declara indigno del premio que pretende; insiste, y llegarás al fin; con el tiempo, el toro dobla al yugo su cuello, el potro se somete al incómodo freno, y la gota continua de agua socava la roca. Un día te leerá sin enojo, otro sentirá gusto con tus misivas, y al siguiente perdonará tus audacias. Si eres elocuente, te aconsejo que olvides la elocuencia, y la trates en estilo llano y natural, pero sugestivo y ardiente: que tus palabras quemen encendidas al calor de tus labios y sean una imagen fiel de la llama que te devora.

»Si presumes de elegante, preséntate gentil y aseado, sin detenerte horas y horas en rizar tu cabello: un poco de negligencia sienta de perlas a la complexión varonil. Cuida que tus dientes luzcan su esmalte, que no se te ericen los pelos mal cortados de la cabeza y la barba, ni menos asomen por las ventanas de la nariz; que te venga justo el calzado, que tu toga se mueva airosa, y

deja los refinamientos y los perfumes a esos mozalbetes, deshonra del sexo, que disputan a las mujeres la presa que de derecho les corresponde.

»Si además sabes acomodarte a la variedad de caracteres y temperamentos, y no usas el mismo estilo con todas, sino que tratas a cada cual de la manera que exige su condición, y no te pasas de atrevido con las gazmoñas, ni de tímido con las avisadas, ni de astuto con las jovenzuelas cándidas e inofensivas, y tienes presentes las circunstancias de tiempo y lugar, como capitán experto que coloca las fuerzas en el sitio más favorable, y en el momento crítico eres impetuoso y audaz, porque Venus y la Fortuna desprecian a los pusilánimes y los condenan a perpetua impotencia, no te quepa duda: por difícil y arriesgado que sea tu empeño, por costoso que te haya sido el período de pretendiente y grandes los sinsabores padecidos, llegarás un día a cantar victoria, y ese día lo señalarás con piedra blanca en los anales de tu existencia, y borrará de tu mente el recuerdo de las pasadas incertidumbres, que temiste iban a ser eternas en momentos de duda y desesperación.

»Ciñe tus sienes de verde lauro, entona el peán de los victoriosos: ya has llegado al colmo de tus aspiraciones, ya eres dueño de la que te sumió en la esclavitud que Citerea impone a los mortales, ya gozas la amable compañía de una beldad que

se desvive por complacerte y embalsama el aire que respiras con las rosas de sus mejillas y los claveles de su boca; sin embargo, no te desvanezcas en las embriagueces de la posesión, y pierdas, por excesivamente confiado, el botín que ganaste con tu valor. Tan arduo esfuerzo pide el conservar como el conquistar la fortuna sujeta a la rueda que gira sin punto de reposo. No recurras a los ensalmos o hechicerías, incapaces de torcer las inclinaciones humanas: lo atestigua el fracaso de la astuta Circe y el frenético rencor de la madre criminal abandonada por Jasón. Si ella abrevia tus horas monótonas, si es el consuelo de tus penas y una dulce compañera de que no sabes prescindir, afánate por conservarla con la misma constancia que brío pusiste en el vencimiento, y te verás poseedor tranquilo del bien que te pertenece. No confíes mucho en la belleza de la cara o la gentil apostura, que pasan con la edad; un día las canas blanquearán tus cabellos, las arrugas surcarán tu tez y los achaques encorvarán tu cuerpo. ¿Quieres resistir los estragos del tiempo volador? Eleva tu ánimo, ennoblece tus sentimientos con el sacrificio, y en ti mismo hallarás el galardón que pretendes recibir de manos ajenas. Cuida que ella te vea nunca con aspecto huraño y sombrío, ni oiga de tus labios palabras ofensivas que la llenen de confusión. Las reyertas y peloteras entre las casa-

das son la dote funesta del matrimonio. Vosotros no os reunís en el tálamo por el ministerio de la ley que regulariza vuestros derechos y deberes: la mutua inclinación os junta, y el dueño afortunado no ha de desmentir las promesas del sumiso pretendiente. ¿Es antojadiza y recia de condición? Con la blandura acabarás por suavizarla mejor que si te empeñas en ir contra la corriente desbordada. Cede a su imperio, finge que te sometes, y dominarás la situación. Reprueba o alaba a tenor de su capricho, confirma lo que dice, y asiente a sus negativas; ríete, si se ríe; llora, si vierte lágrimas, y aparezca una copia exacta del suyo tu semblante. Cuando apriete el sol, resguárdala con la sombrilla; si rompe por medio de la turba, ábrele a empujones el camino; quítale las sandalias al acostarse en el lecho, y sosténle sin rubor el espejo en que examina la disposición artística de sus cabellos. Que te da una cita, pues relega a segundo término tus quehaceres apremiantes, y no te retrase ni la inclemencia del tiempo, ni los ardores del sol, ni la calzada cubierta con espeso manto de nieve. Venus rechaza a los tímidos y apocados que no defienden con resolución sus banderas: obligó a hilar la lana al gran Alcides, y a Febo a guiar a los pastos las vacas de Admeto; ¿y tú no resistirás trabajos menores que los que sobrellevaron en paciencia el dios de la poesía y el héroe de los tra-

bajos inmortales? Ánimo; y si te cierra la puerta, introdúcete por la ventana, y tu audacia le ofrecerá irrecusable testimonio de la fe que le juraste. No te sonroje solicitar la ayuda de las criadas y los servicios de los esclavos; salúdalos a todos con su nombre, estrecha sus manos con efusión, y no olvides hacerles algún regalillo de poco coste, que les confirme el aprecio en que los tienes; y en cuanto a tu adorable tormento, acredítale, sin sensibles desembolsos, que nunca la apartas de tu memoria, y arréglate de modo que te exija aquello mismo que estabas dispuesto a conceder. Si perdonas a un siervo los azotes que le preparaba tu indignación, envíale a que interponga en su favor los ruegos de tu prenda; y si prometiste manumitirlo, deba a su intervención la libertad que le habías acordado: así creerá que ejerce sobre ti un dominio omnipotente, y no perderás tu casa porque siga ilusionada con tal creencia; ayude el remo a las velas de tu nave, y bogarás sin riesgo entre las sirtes y los escollos; que la lisonja se desprenda de tus labios como la hoja seca al impulso del viento, y la considere natural homenaje tributado a su hermosura y elegancia. Elogia el manto de púrpura en que se envuelve, la túnica finísima de Cos que delinea las formas incitantes de su cuerpo, las franjas de oro que brillan como la lumbre de sus ojos, lo bucles que le caen por la espalda,

la morbidez de sus brazos y la dulzura de su voz, doliéndote que se desvanezcan tan pronto las notas argentinas de su garganta, sin que jamás descubra el áspid oculto bajo las flores de la adulación.

»Si a la llegada del otoño cae víctima de la fiebre, apresúrate a cuidar su preciosa salud; ríndele cuantos servicios réclame su postración, no te enoje el fastidio de una larga enfermedad, ni lea en tu afligida cara la pesadumbre que te ocasiona; cuéntale el sueño de feliz augurio que has tenido, y ordena que una vieja purifique su dormitorio con el azufre y los huevos de la expiación; evita provocar el disgusto de la enferma con tu extremada solicitud, y mientras viva conservará grato recuerdo de tu abnegación, creyendo deberte la salud y la vida, que la devuelve a tus brazos amantísimos.

»Cuando abrigues la certeza de ser el único dueño de su albedrío, de que sólo piensa en ti, vive por ti y por ti se siente capaz de aventurarlo todo, sométela a duras pruebas; finge que los negocios te obligan a partir, y emprende el viaje sin demora, aunque tu ausencia la llene de inquietud: así reconocerá lo que vales, y el sentimiento del bien perdido avivará el fuego que comenzaba a extinguirse, percatándose de lo profundamente arraigado que vives en sus entrañas; pero no retrases la vuelta, no sea que la ausencia demasiado

larga te perjudique, y, cansada de la soledad, busque quien la distraiga del tedio y el aburrimiento a que la condenas. También te recomiendo que no la irrites con suspicacias celosas que hagan estallar el volcán de su cólera; el ejemplo de Medea te avisa de los crímenes que puede perpetrar una mujer ofendida, sin que por esto te prohiba regocijarte con otras bellas, pues un manjar siempre el mismo termina por engendrar el hastío. Lo que te advierto es que obres con reserva, que no pregones tus venturas por una estúpida jactancia, y que le infundas más confianza cuanta menos fidelidad le guardes; y si a despecho de tus precauciones llegase a traslucir un día tus nuevas trapisondas, ten serenidad, no te descompongas, y aunque los hechos sean más claros que la luz del sol, niégalos audaz, y no aparezcas ante ella ni más sumiso ni más complaciente de lo acostumbrado; y en el caso de que tus protestas no consigan desvanecer los recelos de una traición, déjate de vanas palabras, acude a las obras, no economices tu juvenil vigor hasta dejarla satisfecha, y la paz volverá a reinar entre vosotros, sin que una nube ligera empañe el horizonte de vuestra dicha.

»Esta regla de conducta que te prescribo tiene sus excepciones, y en ciertas circunstancias acaso te fuera conveniente dejar traslucir que tu amiga no ejerce sobre ti imperio tan absoluto como pre-

tende. La sospecha de una rival vuelve a encender el fuego casi apagado, y el corazón que languidece necesita nuevos estímulos que lo vigoricen y despierten; ingéniate de modo que los recelos vayan más lejos que sus averiguaciones, y si te ultraja con atroces denuestos, si pierde el color y el sentido, y los sollozos ahogan su voz, y un torrente de lágrimas inunda sus mejillas, o, recobrada del abatimiento y estupor, se lanza sobre ti y te mesa los cabellos, y te clava las uñas en la cara, y se desata en los violentos apóstrofes que se dirigen al más ruin de los hombres, regocíjate y salta de contento: conseguiste tus propósitos, has asegurado tu triunfo, nada tienes que temer; templa generoso su resentimiento, enjuga solícito sus lágrimas, y ríndete sumiso a las plantas de la que declara que no sabe ni quiere vivir un momento sin ti: las palomas, después de reñir, se picotean dulcemente, y diríase que sus arrullos suenan como palabras de ternura.

»Desearía que nunca olvidases la inscripción del templo de Delfos, que ordena al hombre conocerse a sí mismo, para que guíes con firmeza tus pasos por cualquier camino, sin lanzarte a luchas que rebasen la medida de tus fuerzas. ¿Estás dotado de buena presencia? Pues saca de ella el mejor partido; la hermusura, según Publio Siro, es una muda recomendación, y aun pudo añadir que en

las campañas galantes un arma invencible: el que se distinga por su buen trato, amenice la conversación con las anécdotas y chistes que le sugiera su conocimiento de la sociedad; el elegante, haga ostentación, con aparente descuido, de su gusto refinado; el que posea buena voz, entusiasme a las bellas con sus canciones; el diestro bailador, embriáguelas con el movimiento expresivo de su cuerpo, y cada cual afánese en poner de manifiesto las dotes en que sobresale; pero tenga entendido que no ha de tocar la meta sin probar antes lo que son zozobras, dilaciones, inquietudes y amargos sinsabores. No vuelan tantas abejas en el monte Hibla como penas se padecen en las contiendas amorosas. El engaño, la injuria, el desdén, la negativa o la repulsa no han de abatirte. Redobla la asiduidad y los agasajos en los trances difíciles, y la tormenta amenazadora se resolverá en lluvia benéfica y refrescante. A serte posible, no te encorajines por la presencia de un rival, déjala andar suelta, hazte el sordo y el ciego a la vez, sin obligarla a la confesión de su culpa, pues ella recobraría la libertad, y tú saldrías perdiendo el pleito, con las costas por añadidura. Ten prudencia, reprime la lengua, siempre pronta a deslizarse en los impulsos de la cólera, y dominarás a la que te subyuga. Los secretos de Venus no quieren ser divulgados; los hombres primitivos, eruc-

tadores de la silvestre bellota, buscaban para sus uniones instintivas los antros y la espesura de las selvas, hurtando los goces a las miradas impertinentes de la curiosidad. Lo que ocultamos de obra, ocultémoslo de palabra, y no deshonremos con falsas imputaciones a la que se nos niega por conservar el pudor, ni con verdaderas a la que tuvo, por complacernos, la debilidad de no fingir siquiera la resistencia. Tántalo, por la indiscreción de la lengua, no consigue tocar los frutos del árbol suspendidos sobre su cabeza, y se ahoga de sed en medio de las ondas. El noble caballero respeta la fama de la mujer, no se vanagloria de los éxitos obtenidos por su diligencia, y, respetuoso hacia sus debilidades, las suaviza con eufemismos delicados y las disfraza con el nombre de las virtudes que a ellas se aproximan, ya que nadie deja de tenerlas y todos reclaman para sí generosa indulgencia. El trato y la costumbre son dos fuerzas poderosas; el tiempo llega a borrar la impresión desagradable de lo que notamos con extrañeza, y tal vez se convierte en incentivo que alienta nuestra decisión; con el tiempo el toro se acostumbra al yugo, el potro al freno, el perro al bozal y a la cadena; y el que se acomoda a las exigencias de la realidad, con el tiempo sabe convertir las impresiones ingratas en motivos que le llenan de satisfacción y contento.»

Instruído el mancebo en el arte de la seducción, se acuerda de las pobrecitas mujeres, a quienes dedica el tercer libro de su poema. No le parece justo que peleen sin armas contra enemigos bien pertrechados: la victoria de éstos en tales condiciones sería depresiva y casi deshonrosa; se juzga incapaz de ofender a las bellas, y confía en que nadie le reproche jamás tal conducta; las ama demasiado para ser juez riguroso de sus flaquezas, y proclama que la virtud es femenina por el traje y el nombre, lo que le inclina a favorecer al sexo débil, que resiste con dificultad las flechas de Cupido. No estudiaron el arte, y la ignorancia les apareja la ruina; mas no quiere entregarlas como ovejas desvalidas a la voracidad del lobo que las acecha, y así habrá instruído a las dos partes en lo necesario para sortear sin graves peligros los escollos opuestos a su navegación. No vaya nadie a creer que las exhorta a la resistencia y a conservar la buena fama en medio de los riesgos que las amenazan; la ética del poeta no se aviene a tanto rigor, y, al contrario, les brinda las delicias y entretenimientos que menos se compaginan con un rígido proceder. Hasta pretende persuadirlas que nada pierden concediéndolo todo, como si nada significasen las palabras de honradez, pudor y fidelidad, con que se distingue la buena esposa de la entretenida que rinde culto a los placeres livia-

nos y ganancias deshonrosas. De su escuela no saldrán modelos a lo Penélope y Evadne, pero sí mozas avisadas que sepan sacar partido de sus dotes especiales y aprovechar las circunstancias según se vayan ofreciendo. Fiel a sus doctrinas, las amonesta que no dejen pasar las flores primaverales, porque la edad corre de prisa como las ondas del río y la flecha que se dispara, y ni la onda vuelve hacia su fuente, ni la flecha al arco que la despide, ni la hora que pasa resiste a las siguientes que traen los años, y con ellos la vejez, que arruga el semblante y platea la cabeza con las canas, convertidas en despojos inútiles del dios alado, que se regocija con las caras frescas, los ojos vivaces y las cabelleras sedosas y abundantes. Y como no todas son hermosas, aunque pretendan plaza de tales, las induce a poner los cinco sentidos en lo que toca al adorno y compostura personal, ya que la rústica sencillez de las antiguas Sabinas sería impropia en la Roma de Augusto, que brillaba con las espléndidas riquezas del orbe sometido; mas les prohibe cargar sobre las orejas las perlas de alto valor de los mares orientales, embarazar los pasos con los vestidos recamados de oro y ostentar lujos fastuosos que provoquen la curiosidad o la envidia, porque esos lujos excesivos relegan a segundo término la belleza, obscurecida por los relumbrones, y ponen en fuga

al mancebo, sobrecogido de terror al comparar los recursos de su bolsa con los dispendios a que puede obligarle la que necesita cargar sobre su cuerpo las rentas y el capital de un crecido patrimonio. Prefiere el aseo pulcro y la negligencia estudiada, dentro de la aparente sencillez, a las exhibiciones aparatosas, que provocan las miradas del vulgo y hielan los corazones, ansiosos de caras frescas, espontáneas sonrisas y ojos incitantes y abrasadores; y por eso las inculca que sepan escoger el peinado que las favorece, ya tendido sobre la espalda, ya ligado en trenzas, como el de Diana la cazadora, ya en graciosos bucles, ya hueco y vagaroso, ya partido sobre la frente; pues el capricho de la moda inventa cada día nuevas maneras de disponerlo, y las hierbas de Germania proporcionan tinturas que desmienten las canas y simulan una juventud perpetua, a despecho de los estragos que el tiempo o la enfermedad producen con su influjo desolador. Mucho tienen adelantado para agradar las que aciertan con aquel color de la túnica y el manto que contraste o armonice con el de la cara y los brazos; y como no se dirige a las rudas montañesas del Cáucaso, ni a las que beben las aguas del Caico de Misia, se abstiene de indicarles, con irónica preterición, la necesidad de conservar el esmalte de los dientes, el depilarse el vello de brazos y piernas, el neutralizar el hedor

insoportable de los sobacos, el blanquearse el cutis con albayalde y pintar con carmín las mejillas, prestándoles el color de la sangre, y prolongar las cejas mal definidas, agrandar los ojos y limpiar las granulaciones de la tez con el auxilio de los cosméticos que propone en un libro de pocas páginas, pero de excelente y substanciosa doctrina.

Estas operaciones se han de ejecutar sin testigos; el arte mejora la naturaleza, a condición de encubrir los medios de que se vale; cosas agradables en sí repugnan en el momento de ser hechas, y el instinto advierte a la mujer que no aparezca en público hasta el instante más favorable a la sorpresa del enemigo. Si además acierta a disimular hábilmente la estatura corta, las carnes desmedradas, la palidez anémica del rostro, la deformidad de los pies, la pierna escuálida, las espaldas desiguales y, por medio de una banda, el pecho excesivamente voluminoso; si sabe contenerse en los manoteos la que tenga recios los dedos y toscas las uñas, y a distanciarse del que quisiera estar cerca la que molesta con la fetidez del aliento, y a reprimir la risa cuando negrea su dentadura mal dispuesta; si en el baile mueve con intención las caderas, y deja tremolar la túnica acariciada por el viento; si en el andar descubre tesoros de sugestión irresistible, y enloquece con su inmaculada blancura, dejando descubierta la parte superior

del brazo y de la mórbida espalda, sus triunfos terán tan ruidosos como los de los héroes, y el número de las víctimas excederá al solicitado por su arrogante presunción.

No ha de desdeñar, la que pretenda ser bienquista, el aprendizaje de la música y el canto : lo persuade el mito de las Sirenas, que encierra una lección provechosa; y le servirá de gran provecho la lectura de los poetas eróticos, y el recitar sus odas o cantos con voz argentina y conmovedora. Tampoco desprecie entender esos juegos de sociedad que entretienen el aburrimiento, a condición de que refrene los impulsos de la cólera si un accidente imprevisto echa por tierra sus cálculos interesados.

Después de instruirlas en el arte de pulirse el rostro y componer el cuerpo, pasa a trazarles la línea de conducta que les conviene, y las exhorta a que no permanezcan recluídas en sus hogares, como Dánae en la torre, porque nadie solicita lo que no ve, y lo oculto permanece siempre en las tinieblas; quiere que luzcan sus galas en el pórtico de Pompeyo o los alrededores del templo consagrado a Apolo Naval, sin escasear las visitas a las aras en que se quema el incienso en honor de la vaca de Menfis, sin dejar de acudir a las representaciones teatrales en los sitios de preferencia, ni a la arena del circo, húmeda todavía con la sangre

vertida de las fieras y los hombres; en una palabra, quiere que se ofrezcan a la pública expectación, como el actor en escena, dándoles la seguridad de que entre tantos no dejarán de hallar, cuando y donde menos lo piensen, el ídolo de sus sueños; y les advierte que, llegado el caso, sepan conducirse con aquel tino y cautela, salpicada de astucia, proverbial en el sexo femenino, a quien el temor y las conveniencias sociales imponen un recato ficticio que alienta y detiene a la vez los arrestos juveniles. La casada que recibe las tablillas de un mozo que la asedia, no cometa la imprudencia de entregar a un cualquiera la respuesta favorable, sino a la criada más astuta o al siervo más redomado, y aun así, escriba con toda clase de precauciones, substituyendo el pronombre *él* por el de *ella*, de suerte que parezca dirigida a una amiga la contestación que en términos ambiguos se envía a un gentil seductor.

Huya el desbordamiento del orgullo, que sienta mal a la belleza e infunde general aversión, y refrene las impetuosidades de la cólera, que desmienten la dulzura del sexo; y no se deje vencer de la melancolía, que ennegrece los risueños horizontes de la dicha esperada y conduce al tedio o al aburrimiento: la que vive a disgusto consigo misma, no es verosímil que plazca a los demás. Pida al poeta canciones, su único tesoro, al galán

pobre rendimiento y constancia, y estruje la bolsa del rico hasta dejarla agotada, disimulando la codicia, como se ocultan en los breñales las redes en que el gamo viene a caer; condúzcase de distinto modo con el mancebo que frisa en la flor de la edad y el hombre de seso inaccesible a las violencias del primero, y así que le tenga cogido y asegurado, no facilite de prisa la satisfacción de sus apetitos: lo que se logra con suma facilidad, con la misma suele despreciarse. Hágale sentir a tiempo la inesperada repulsa, y halle más de una noche cerrada la puerta de su casa; sospeche, por fin, la existencia de algún odioso rival, sin que la sospecha se convierta en certidumbre, y su pasión estallará con la fuerza de la lava del Etna, y no languidecerá el fuego por falta de incentivo. A éstos siguen otros documentos no menos útiles, y el relato de la tragedia de Procris, muerta por la flecha de su esposo Céfalo, para advertir a todas que no se dejen llevar ciegamente de celos infundados, y se acarreen la propia desgracia por la precipitación en creer lo que temen, convirtiéndose con sus falsas aprensiones en las causantes de su eterna infelicidad.

Hasta aquí el poeta, aunque por lo resbaladizo del tema se olvide a ratos de lo honesto y decente, no se encenaga en lo sucio y pornográfico; pero al arribar casi al término de la jornada, sus versos,

por otra parte inspiradísimos, alardean de una procacidad escandalosa. Como si quisiera concluir su obra con la bomba final de una traca o la violenta catástrofe de una tragedia, envuelve en las últimas páginas las más crudas enseñanzas. Por un momento se finge indeciso, vacilante y temeroso; no se le oculta el atrevimiento a que se despeña, quiere recoger las riendas del carro que va a estrellarse; mas ¿quién dijo miedo? Adelante; la misma Venus le incita a revelar sus misterios: lo que le sonroja decir lo ha hecho cien veces, y es lo principal del culto que se tributa a la diosa de Pafos, y sin átomo de pudor pasa a exponer las diversas maneras de verificar la cópula sexual, a fin de agotar el deleite que estremece la medula de los huesos, impidiendo que cesen un momento las dulces palabras, los leves murmullos, el frenesí del deseo, la voz anhelante, la respiración fatigosa, los ojos velados por el desvanecimiento, y los gritos del espasmo que al unísono delatan el triunfo del amor que reparte por igual sus laureles entre los dos que yacen en el mismo lecho. ¡Digno remate del principio del poema que retrata la molicie del siglo, y se goza en celebrarla, envenenando las santas y misteriosas fuentes de la vida universal.

Ovidio tras el *Arte de amar* escribe el *Remedio del amor*, medicina más nociva que la enfermedad,

a cuya curación apresta muy solícitos cuidados. Incapaz de la enmienda, los remedios que preconiza son tan insidiosos y de baja ley como las tretas antes sancionadas con su indiscutible autoridad; algunos de ellos rayan en lo sucio y nauseabundo; cierto que no los aprueba, pero los anuncia con pérfida intención, sin prohibir que se pongan en práctica. «El que vive — dice — feliz en compañía de una mujer adorable, que le impide sentir el horror del vacío, aproveche el viento favorable a su navegación, y no se apresure en llegar al puerto, porque ningún peligro le amenaza y las olas sumisas se hienden para dejarle franco el camino del placer.» Son tan pocos los dichosos, que reputaría crimen de lesa humanidad separar a los unidos por los lazos de un afecto recíproco que les colma de ventura. No es a éstos a quienes se dirige, antes los envidia, y renuncia a ver el término de su felicidad, tan anhelada como poco frecuente en el mundo. Mas para el que soporta a disgusto la tiranía de una mujer indigna, cuya carga oprime sus hombros, para éste tiene medicamentos eficaces acreditados por la experiencia, y hay que convenir en que son los de un hombre que conoce a maravilla la naturaleza humana y los puntos flacos por donde el imperio de la mujer puede ser atacado, en la seguridad de que el éxito responda al esfuerzo hecho por alcanzarlo.

«Si el arrepentimiento se anticipa a la completa sumisión, la libertad será pronto reconquistada. El enfermo que acude a la medicina antes de la agravación del mal, consigue presto el recobro de la salud; pero si el incendio ha cobrado fuerzas con el descuido, no intentes apagarlo de súbito, deja que las llamas se vayan extinguiendo poco a poco por falta de alimento y te faciliten dominarlo, y al llegar esa hora experimentarás satisfacción más intensa que en los álgidos momentos de tu anterior locura pasional. Huye la ociosidad, madre del vicio y causa de percances sin número; ocupa los ocios de tu juventud, y romperás tus prisiones aborrecidas; dedícate al foro, a la política, o alístate en las legiones de Oriente que ciñan tus sienes con los laureles de Marte, y Venus huirá de ti avergonzada de su derrota. Cuando estas ocupaciones no te plazcan, distráete en el cultivo del campo o corre a perseguir en el monte la liebre voladora o el impetuoso jabalí que hace rodar por el suelo a tus sabuesos, y si te fatigan estos rudos ejercicios, mata el tiempo cazando pájaros con la red o pesca en el río con el anzuelo, y tus horas discurrirán en una tranquilidad paradisíaca que contraste con las tormentas pasadas que te llenaban de angustioso sobresalto; si aun así no logras vencer tu obsesión, rompiendo las ligaduras que te oprimen, huye lejos aunque siembres pedazos

del alma en tu camino; la vista del campo, el trato de los compañeros, los incidentes del viaje y las sorpresas inesperadas serán otros tantos lenitivos de tu corazón lastimado; y no apresures el regreso hasta la cura radical, porque si vuelves todavía convaleciente, te expones a que tus males se agraven tropezando tu desdicha irreparable donde pensabas hallar la salvación.

»Demos que te falta valor o que motivos poderosos te detienen en Roma cerca de tu adorado tormento: entonces renueva en la memoria los falsos juramentos que te hizo, las infidelidades en que la sorprendiste, las pérdidas que te ocasionó, las veces que yaciste tendido en sus umbrales mientras un indigno mercachifle gozaba los privilegios que a ti sólo se debían, y el recuerdo de tales ultrajes irá cultivando en ti los gérmenes del odio, y una saludable vergüenza de la miseria moral a que te redujo te apartará definitivamente de su trato, y llegarás a ser libre como el pájaro en la selva, y elevarás a tu libertad recuperada los himnos que un día compusiste a tu fatal servidumbre. Si esta medicina no surte el efecto apetecido, reflexiona sobre sus dotes físicas, obsérvalas bajo el aspecto menos favorable, y al compararla con otras que aventajen su hermosura, sorprenderás en ella algo de repulsivo que apague tu fogosidad, o con malévola intención exhórtala a lucir

en público habilidades que no posea, y el ridículo en que se ponga, satisfecha de sí misma, te dará medida de su menguado caletre. No te impediré que la sorprendas en el momento que salte del lecho y pase a su tocador a pertrecharse de las armas acostumbradas, porque si la coges desprevenida y al natural, tan otra de la que conocías, tengo la certeza de que sentirás hondo sonrojo de la esclavitud que un día te impuso tan despreciable enemiga. Acaso queda en ti el rescoldo oculto de la antigua llama: pues bien, proporciónate una mujerzuela que contribuya a apagarlo, o dos o más si es preciso, y el calor que pierdas en sus brazos hará que llegues frío y derrengado a los de la joven que intentas abandonar; tu indiferencia provocará la suya, sospechará con motivo que no ejerce sobre ti el poderoso influjo de otros días, y sin aguardar tu última resolución te buscará un substituto más fogoso y entusiasta, y tú, como el esclavo manumitido por la varilla del pretor, saltarás de contento y, escarmentado en cabeza propia, volverás al seno de la familia, a las tertulias de los amigos, a las obligaciones impuestas por el deber, y el esclavo de sus antojos se rendirá obediente a los mandatos de la razón, convirtiéndose en un hombre de veras el maniquí con que jugaba una descocada mujer.»

Siguen a éstas otras advertencias de maestro

ducho en el negocio que trata, y pone al discípulo en la alternativa de separarse de su amada huyendo de sus parientes, sus siervos y los sitios que frecuentaba, y de arrojar al fuego las misivas que de ella conserve, si le traen a las mientes recuerdos de días felices, o al contrario, pasar al extremo opuesto y no separarse nunca de su lado, y fastidiarla con tan tenaz asistencia, y hartarse de placer, y llenarse de hastío, y jurar no acercarse en mucho tiempo a ninguna mujer, avergonzado de los excesos que debilitan sus fuerzas y embotan su entendimiento y lo inutilizan para discurrir y obrar con nobleza, convirtiendo en un puerco de la manada de Epicuro la imagen de la divinidad que ha de elevar al cielo las miradas; y tras prescribirle algunas reglas sobre la alimentación y la bebida, pone punto a su obra, escrita para el remedio de una dolencia que se cura por sí misma, mejor que con la eficacia de medicamentos poéticos.

A pocas consideraciones se presta el incompleto poema de los *Cosméticos*, epílogo de los anteriores. Según confesión del autor, encerraba en pocas páginas enseñanzas provechosas que tendían a corregir los deslices de la naturaleza, y a borrar del rostro y el cuerpo las imperfecciones que lo deslucen; o, cuando esto sea imposible, a disimularlas con tan solícita previsión que un lince no las advierta. El arte lo hermosea todo y ejerce

coquetón su imperio sobre el rostro de las bellas, modificando el color, enrojeciendo los labios yertos, rasgando los ojos, definiendo la línea de las cejas, achicando la frente y adornándola con una aureola de rubios cabellos que resplandecen como ascua de oro sobre la cabeza que los adopta; pero confiesa que no hay cosmético de tanto valor como la afabilidad y dulzura del carácter; que las prendas morales acompañan a los días de la vejez y las dotes físicas las menoscaban y estropean los años con implacable crueldad; que apenas sorbemos el licor delicioso de la juventud, cuando las arrugas comienzan a surcar nuestro semblante, y entonces miramos con aversión el espejo que las delata, mientras la virtud, siempre fresca y sonriente, se fortalece con los años y mantiene la constancia de los que se prosternan ante sus aras. Luego entra en materia, y comienza a describir las manipulaciones de los ingredientes empleados para dar tersura al cutis, matar las granulaciones que lo afean y darle el color de la leche mezclado con la púrpura de las rosas de Pesto; y aquí se trunca este ingenioso libro, como frasco de esencia roto en el tocador de una hermosa, y aquí por falta de argumento terminan nuestras consideraciones.

LOS AMORES

EPIGRAMA

Nosotros, que éramos antes cinco libros de Ovidio Nasón, ahora somos tres. El autor de la obra así lo dispuso. Si no experimentas ningún placer con nuestra lectura, a lo menos aliviará tu fastidio la supresión de dos libros.

LIBRO PRIMERO

ELEGÍA I

Yo me disponía a cantar en tono elevado las armas y las sangrientas batallas, materia conveniente a mis versos, el primero de la misma medida que el segundo; Cupido, según dicen, se echó a reír, y arrebató al último uno de los pies. Niño cruel, ¿quién te dió tal derecho sobre mis cantos? Los vates somos esclavos de las Musas, y no tuyos. ¿Qué diríamos si Venus tomase la armadura de la rubia Minerva, y ésta agitase las encendidas antorchas? ¿Quién vería sin extrañeza reinar a Ceres en los montuosos bosques, y que los campos se cultivasen bajo las leyes de la virgen de la aljaba? ¿Quién armará de aguda lanza a Febo,

insigne por su cabellera, mientras Marte pulse la lira de Aonia? ¡Oh niño!, ya es demasiado grande y poderoso tu imperio. ¿Por qué aspira tu ambición a nuevos dominios? ¿Acaso porque reinas en los ámbitos del mundo, y son tuyos el Tempe y el Helicón, pretendes que Apolo pierda también su lira? Así que en la nueva página estampé el primer verso grandilocuente, se me aproximó el Amor y debilitó todos mis bríos. No me ofrecen asuntos de poemas ligeros ni un mancebo, ni una hermosa doncella de largos cabellos.

Apenas hube pronunciado estas quejas, Cupido, soltando de repente la aljaba, saca la flecha aguzada que ha de herirme, encorva brioso el arco con la rodilla, y exclama: «Ahí tienes, poeta, el asunto que debes cantar.» ¡Desgraciado de mí!, aquel muchacho estuvo certero al herir: me abraso, y el amor reina en mi pecho, antes vacío. Comience mi obra en versos de seis compases, seguidos de otros de cinco, ¡y adiós sangrientas guerras y metros en que sois cantadas! ¡Oh Musa!, ciñe tus áureas sienes con el mirto resplandeciente: sólo tienes que modular once pies en cada dos versos.

II

¿En qué consiste que la cama me parece tan dura, la cubierta se cae de mi lecho, y he pasado esta larguísima noche sin conciliar el sueño, y aun me duelen los cansados miembros, que se revolvían faltos de sosiego? Si el amor viniese a inquietarme, creo

que lo reconocería. ¿Acaso viéne, y su astucia me atormenta con secretas emboscadas? Así era en verdad; sus leves saetas se clavaron en mi corazón, y riguroso tiraniza el pecho que acaba de someter. ¿Cederemos, o con la resistencia encenderemos más la súbita llama? Cedamos; siempre es ligera la carga que se sabe soportar. Yo vi crecer el fuego encendido al removerse los tizones, y apagarse cuando nadie los agitaba. A los bueyes que se rebelan, oprimidos por la dureza del yugo, se les castiga mucho más que a los que soportan el peso del arado. Dómase el potro rebelde con el freno de dientes de lobo, y el que corre brioso al combate tiene que sentir menos su dureza. El amor se encona más cruel y despótico contra quien le resiste que con quien se reduce a tolerar su servidumbre. ¡Ah!, lo reconozco, soy tu nueva presa, Cupido, y alargo las vencidas manos, prontas a obedecerte. No se trata de guerrear: te pido la paz y el perdón; poca alabanza te reportaría vencer con tus armas a un hombre desarmado.

Corona tus cabellos de mirto, apareja las palomas de tu madre, y el mismo Marte te proporcionará el carro conveniente; tú, montado en él, y en medio de las aclamaciones que publiquen tus hazañas, regirás con destreza las aves que lo conducen; formarán tu séquito los jóvenes subyugados y las cautivas doncellas, y su pompa será para ti un magnífico triunfo. Yo mismo, que soy tu última presa, caminaré mostrando mi herida reciente, y, esclavo tuyo, arrastraré mi nueva cadena. Con las manos atadas a la espalda, seguirán tus vuelos la buena conciencia, el pudor y

cuanto se atreve a luchar con tu poderío. Todos te temerán, el pueblo extenderá hacia ti los brazos, y gritará en alto clamoreo: «¡Vítor, triunfo!» Al lado te acompañarán la molicie, la ilusión y la furia, cortejo que sigue asiduamente tus pasos. Con tales soldados dominas a los hombres y los dioses; si te privases de su auxilio, quedarías desnudo. Tu madre, orgullosa, aplaudirá al triunfador desde el alto Olimpo, y esparcirá sobre su rostro una lluvia de flores. Con las alas ornadas de piedras preciosas, lo mismo que la cabellera, volarás resplandeciente en el carro de áureas ruedas, y entonces, si te conocemos bien, abrasarás a no pocos en tu fuego, produciendo tu carrera innumerables heridas. Aunque lo intentes, no podrán reposar tus saetas; tu férvida llama abrasa hasta en el fondo del agua vecina. Así aparecía Baco al someter las tierras que baña el Ganges: tú, conducido por las aves; él, por los tigres. Puesto que yo tengo que formar parte de tu sacro triunfo, no vayas a perder los despojos de tu victoria sobre mí. Contempla las armas vencedoras de tu pariente César; protege a los vencidos con la misma mano que acaba de someterlos.

III

Mis preces son justas: la linda joven que me fascinó, o me ame, o consiga que yo la ame siempre. ¡Ah!, pedí demasiado: con que consienta ser amada, habrá oído Citerea todos mis ruegos. Acoge benévola al que te ha de servir mientras aliente con

vida, y escucha las protestas del que sabrá guardarte fidelidad inquebrantable. Si los nombres ilustres de mis antepasados no me recomiendan; si un simple caballero es el autor de mis días; si no labran mis tierras innumerables arados, y mi padre y mi madre vivieron con sobria economía, que me abonen Apolo, las nueve hermanas y el numen plantador de las viñas, el amor que me entrega a tu poder, mi constancia, que ninguna abatirá, y mis puras costumbres, mi ingenua sencillez y el pudor que colorea mi rostro.

No me placen mil jóvenes a la vez; no soy mudable en amar, y, puedes creerme, tú sola serás el norte de mi perenne inclinación. Así merezca vivir contigo los años que me hilen las Parcas, y morir antes que profieras una sola queja contra mí. Sé tú el tema dichoso de mis cantos, y éstos surgirán dignos del objeto que los inspira. A los cantos debe la celebridad Ío, aterrada por sus cuernos; Leda, seducida por el adúltero Jove bajo la figura de un cisne, y Europa, que atravesó el mar sobre las espaldas de un toro engañoso, sujetando los cuernos retorcidos con sus virginales manos. Nosotros asimismo seremos celebrados por todo el orbe, y nuestros nombres irán siempre inseparablemente unidos.

IV

Tu esposo debe asistir al mismo banquete que nosotros. ¡Ojalá sea ésta la última cena de su vida! ¿Conque podré contemplar a mi dulce tormento sólo como convidado, y otro tendrá el derecho de acari-

ciarlo? ¿Darás calor a su seno reclinada junto a él, y cuando quiera te echará las manos al cuello? Cese de admirarte que, en el festín de sus bodas, la hermosa Hipodamia impulsara al combate a los furiosos Centauros. Yo no habito, como ellos, las selvas, ni mis miembros se adhieren a los de un caballo, y apenas me parece posible dejar de poner sobre ti las manos. Oye, no obstante, lo que has de procurar, y no permitas que mis palabras se las lleve el Euro o el templado Noto. Preséntate antes que tu marido; no sé lo que podremos hacer si vienes primero; sin embargo, ven antes. Cuando se recline en el lecho, acuéstate a su lado con aire modesto, y ocultamente roza mi pie. Mírame, observa mis gestos y lo que te dice mi rostro; recoge mis furtivas señas, y contéstalas de igual modo. Sin hablar, expresaré mis pensamientos con el gesto, y leerás palabras en mis movibles dedos y en las gotas de vino que vierta sobre la mesa. Si asalta tu memoria el recuerdo de nuestros placeres, toca con la extremidad del pulgar tus purpúreas mejillas; si tienes que echarme a la callada alguna reprimenda, acaricia con suavidad el borde de tu oreja, y si te complacen mis dichos y acciones, luz de mis ojos, haz girar buen rato los anillos de tus dedos. Extiende la mano en la mesa como el sacrificador en el ara, y desea a tu marido todos los males que en justicia merece. Ordénale que beba el vino que mezcla para ti, y en voz baja pide al esclavo el que deseas. Yo tomaré antes que nadie la copa que devuelvas, y beberé en ella por la misma parte que hayas bebido. Si acaso te ofrece algún manjar que él

gustase primero, recházalo, porque lo ha tocado su boca. No consientas que ligue sus brazos a tu cuello, ni reclines tu linda cabeza sobre su helado cuerpo; no le dejes que introduzca la mano en tu seno turgente, y, sobre todo, evita darle ningún beso, pues si se lo das, me declararé a voces tu amante, gritando: «¡Esos besos son míos!», y extenderé hacia ti los brazos. Esto al menos lo veré; mas lo que cela el cobertor de la cama, eso es lo que teme la ceguedad de mi pasión. Que no se atraviese su pierna con la tuya, ni se choquen vuestras rodillas, ni tus pies delicados tropiecen con sus pies de gañán. ¡Ay, desgraciado!, temo muchas cosas, porque las hizo mi insolencia, y me atormenta el miedo de mi propia conducta. ¡Cuántas veces mi voluptuosidad y la de mi prenda supieron encontrar bajo el vestido dulcísimos entretenimientos! Tú no hagas cosa semejante, y para disipar mis sospechas, aligérate del manto que envuelve tu cuerpo. Insta a tu marido a que beba sin cesar, mas no acompañes tus ruegos con los besos; mientras bebe, echa furtivamente vino en la copa, y cuando caiga amodorrado por el vino y la embriaguez, tomaremos consejo del lugar y la ocasión. Al levantarte, dispuesta a volver a casa, nos levantaremos todos; apresúrate a mezclarte entre el bullicio de la turba, que allí me encontrarás o te encontraré yo, y entonces pálpame con tu fina mano cuanto puedas. ¡Ay infeliz!, mis advertencias sólo aprovechan pocas horas; la noche me obliga a separarme de mi dueño; por la noche su marido la tendrá encerrada, y yo, triste y anegado en lágrimas, sólo osaré seguirla hasta

la puerta cruel. Ya te llenará de besos, ya no se satisfará con ellos solamente; los favores que me concedes en secreto te los exigirá como débito; no se los concedas sin pesar (esto puedes hacerlo), como si cedieses a la violencia: enmudezcan tus caricias, y que Venus se goce en atormentarle. Si mis votos y deseos algo valen, no experimentará ningún placer; si nada valen, al menos no lo experimentes tú; mas sea cualquiera el proceder que adoptes durante la noche, a la mañana siguiente júrame que nada le has concedido.

V

Era el estío; el día brillaba en la mitad de su carrera, y me tendí en el lecho buscando reposar de mis fatigas. La ventana de mi dormitorio, medio abierta, dejaba penetrar una claridad semejante a la que reina en las opacas selvas, o como luce el crepúsculo cuando Febo desaparece del cielo, o la noche ha transcurrido sin presentarse el sol todavía; luz tenue que conviene a las muchachas pudorosas, cuya timidez busca los sitios retirados. De pronto llega Corina, con la túnica suelta, cubriendo con sus cabellos por ambos lados la marmórea garganta, cual se dice que la hermosa Semíramis se acercaba al tálamo nupcial, y Lais acogía a sus innumerables pretendientes. Le quité la túnica, cuya transparencia apenas ocultaba ninguno de sus encantos; pero ella pugnó por conservarla, aunque con la flojedad de la que ansía la victoria, y se aviene de buen grado a caer vencida. Así

que apareció a mis ojos enteramente desnuda, confieso que no vi en todo su cuerpo el más mínimo lunar. ¡Qué espalda!, ¡qué brazos pude ver y tocar!, ¡qué lindos pechos oprimieron con avidez mis manos! Bajo su seno delicioso, ¡qué vientre tan recogido!, ¡qué talle tan arrogante y esbelto!, ¡qué pierna tan juvenil y bien formada! ¿A qué particularizar sus atractivos? Cuanto vi en ella merecía fervorosas alabanzas, y oprimí contra el mío su desnudo cuerpo. ¿Quién no adivina lo demás? Por fin, agotados, nos entregamos los dos al descanso. ¡Ay!, ojalá consiga saborear muchos mediodías semejantes.

VI

Portero amarrado, ¡oh indignidad!, a la dura cadena, haz girar sobre sus quicios esa puerta tan difícil de abrir. Te pido poca cosa, entreábrela solamente, y por su media abertura penetraré de lado. Un amor constante adelgazó mi cuerpo y redujo el peso de mis miembros de tal suerte, que les permite pasar cualquiera estrechez. Él me enseñó a caminar sin ruido a través de los guardianes, y dirige mis pasos sin que nadie me ofenda. En otro tiempo me infundían pavor la noche y sus vanos fantasmas, y me maravillaba que alguien tuviese arresto para vagar en las tinieblas. Al oírme Cupido con su tierna madre, se puso a reír, y en tenue voz me dijo: «Tú también llegarás a ser bravo.» El Amor vino sin tardanza, y ya no temí las sombras veladoras de la noche, ni las manos resueltas a darme muerte. Sólo temo tu exce-

siva lentitud, sólo quiero ablandar tu crueldad, y sólo tú vibras el rayo que puede aniquilarme. Mira y, levantando la inhumana barrera que me detiene, verás cómo la puerta está humedecida con mis lágrimas. Sabes que digo la verdad: en el momento que los azotes iban a caer sobre tu desnuda espalda, viéndote lleno de temor, intercedí con tu dueño; y las súplicas que tanto valieron otros días en tu favor, ¡oh crueldad!, ¿no tendrán hoy en el mío ninguna eficacia? Paga los servicios que te presté; debes ser agradecido. Como lo deseas, las horas de la noche vuelan; corre el cerrojo del postigo, córrelo presto; así quedes por siempre libre de tu dura cadena, y en adelante no bebas jamás el agua de los esclavos.

Portero inexorable, ¿no oyes mis súplicas? La puerta de duro roble permanece cerrada. La fortaleza de las puertas sirve de gran defensa en las ciudades sitiadas; mas en medio de la paz, ¿qué peligros recelas? ¿Qué harías con un enemigo cuando así rechazas a un amante? La noche vuela ligera; corre el cerrojo del postigo. No vengo con séquito de soldados y pertrechos; llegaría solo, si el cruel amor no me acompañase; aun queriéndo, me sería imposible ahuyentarlo, antes me vería yo separado de mi cuerpo. Así, el amor, un poco de vino en la cabeza y la guirnalda que se deshoja en mis cabellos perfumados, son mis únicos compañeros. ¿Quién temerá tales armas?, ¿quién no osará pararles frente? Las horas de la noche vuelan; corre el cerrojo de la puerta. ¿Es tu lentitud o el sueño, tan poco propicio al amor, lo que permite al viento que se lleve mis palabras sin tocar

en tus oídos? Recuerdo que tiempo atrás, cuando pretendía substraerme a tus miradas, aparecías despierto a la claridad de las nocturnas estrellas. Acaso ahora mismo descansas en los brazos de tu amiga. ¡Ah, cuánto aventaja a la mía tu suerte! Por tal dicha, consentiría que descargases sobre mí tus recias cadenas. La noche vuela ligera; corre el cerrojo de la puerta. ¿Me engaño, o sus hojas resuenan al girar los goznes, y su ronco son me da la señal apetecida? Si me engañé, el ímpetu del viento la ha movido; ¡ay de mí, qué lejos se lleva mis esperanzas! ¡Bóreas, si te acuerdas aún del rapto de Oritia, ven aquí y quebranta con tus fuerzas las puertas sordas a mi dolor! El silencio reina en toda la ciudad, y bañadas en las perlas del rocío, las horas de la noche vuelan; corre el cerrojo de la puerta. Si no, con el hierro o el fuego de la antorcha que empuño colérico estoy dispuesto a incendiar casa tan orgullosa. La noche, el amor y el vino nunca dan consejos de moderación : aquélla desconoce el pudor, el vino y el amor desafían al miedo. Ya agoté todos mis recursos; no te mueven ruegos ni amenazas; eres más sordo que la puerta confiada a tu custodia; no te convenía vigilar la mansión de una linda joven, sino prestar tus servicios en una cárcel. El lucero de la mañana resplandece en el cielo, y el canto del gallo incita al operario a sus faenas. Y tú, guirnalda arrancada a mis tristes cabellos, quédate sobre esos umbrales, insensibles toda la noche, y cuando al amanecer te sorprendan los ojos de mi dueño, le serás testigo del tiempo que aquí malgasté inútilmente. Pásalo bien,

portero; ojalá sientas la pena de tu pretensión rechazada; pásalo bien, holgazán, que no te avergüenzas de mortificar a un amante; y vosotras, puertas crueles, umbrales despiadados, compañeros en la dureza del siervo que os guarda, pasadlo bien.

VII

Si me tienes por amigo, ahora que se me ha pasado el furor, carga mis manos de hierro, pues merecen las cadenas. La cólera me incitó a levantar los temerarios brazos contra mi amada que lloraba sintiéndose herida por mi loca mano. Tal estaba yo entonces, que la hubiese emprendido con mis caros padres, sin respetar mis golpes crueles a los santos dioses. Pues qué, ¿Ayax armado de un escudo impenetrable no degolló los rebaños sorprendidos en medio del campo, y Orestes, el funesto vengador de su padre en la sangre materna, no se atrevió a lanzar sus dardos contra las furias del Averno? ¿Y no pude yo de igual modo ensañarme en sus peinados cabellos?; mas el desorden en que los puse no les robó ninguno de sus atractivos. Aun así estaba tan hermosa como la hija de Esqueneo persiguiendo con el arco las fieras del monte Ménalo; como Ariadna cuando lamentaba que el rápido Noto se llevase los juramentos del pérfido Teseo, y como Casandra al caer desplomada en tu templo, ¡oh casta Minerva!, sin que las cintas sujetasen sus cabellos. ¿Quién no me hubiese llamado loco y tenido por un bárbaro? Pues ella no me dijo palabra; su lengua enmudeció de espanto, mas su rostro silencioso ful-

minaba graves reproches, y me acusaban a la vez su boca muda y sus lágrimas. Antes hubiera querido que se desprendiesen mis brazos de los hombros; podría vivir mejor sin una parte de mi cuerpo. Mi fuerza y mi delirio se revolvieron en contra mía y la propia violencia me impuso la condigna pena. ¿Qué necesidad tengo de vosotros, ministros de la sangre y el crimen? Manos sacrílegas, soportad el hierro que merecéis. Si golpeara al último de los plebeyos, sufriría el castigo; ¿y acaso tengo mejor derecho sobre mi amada? Diomedes nos legó un monumento infame de maldad, siendo el primero que se atrevió a herir a una diosa, y yo el segundo; pero aquél resulta menos culpable; yo he maltratado a la que confesaba amar, y el hijo de Tideo fué cruel con su enemiga.

Ve, pues, insigne vencedor, prepárate un magnífico triunfo, ciñe tus sienes de laurel, ofrece tus votos a Jove y que la turba apiñada siga tu carroza gritando: «¡Gloria al fuerte varón que ha vencido a una débil mujer!» Camine delante tu triste cautiva con el cabello suelto y toda blanca como la nieve, menos sus lívidas mejillas. Mejor fuera que su boca delatase las señales de mis labios, y en su cuello se notaran las suaves caricias de mis dientes; y, en fin, si me arrebataba el impulso de un hinchado torrente, y la ciega cólera me había hecho su presa, ¿no era bastante amedrentar con mis gritos a una tímida joven, sin apostrofarla con amenazas harto crudas, o bien arrancarle con violencia la túnica hasta mitad de la cintura, y no pasar más adelante en el enojo? Mas no, llegué a mesarle el cabello de la frente, y clavé fiero

las uñas en sus delicadas mejillas. Quedóse la infeliz atónita, pálida y sin gota de sangre en el rostro como el mármol que se corta en las canteras de Paros. Yo vi sus facciones sin vida y sus miembros temblorosos, cual las ramas del árbol sacudidas por el viento, cual la verde caña que agita el Céfiro o la superficie de las olas que riza el templado Noto. Las lágrimas suspendidas largo tiempo resbalaron por su faz, como el agua en que se convierte la nieve derretida. Entonces comencé a sentirme de veras culpable; el llanto que derramaba me parecía gotas de mi sangre. Suplicante quise arrojarme tres veces a sus pies, y otras tantas rechazó ella las manos que había aprendido a temer. La venganza aplacará tu dolor, no vaciles en lacerar con tus uñas mi rostro, no perdones mis ojos ni mis cabellos; la cólera dará bríos a tus débiles manos, y para borrar las vergonzosas huellas de mi arrebato, vuelve a arreglar tu descompuesta cabellera.

VIII

Oiga el que desee conocer a cierta meretriz: es una vieja llamada Dipsa; el nombre le viene del oficio. Jamás la sorprendió en ayunas la madre del negro Memnón desde su carro ornado de rosas. Ella conoce las artes de la magia, las canciones de Colcos y los conjuros que obligan a retroceder las rápidas aguas hacia su fuente. Sabe muy bien las virtudes de las plantas, del lino arrollado en el rombo y del virus que destilan las yeguas en celo. Si quiere amontona las

nubes en el vasto cielo, y si quiere brilla la luz del día en la atmósfera azulada. ¿Lo creerás? Yo he visto a los astros destilar gotas de sangre, y he visto asimismo ensangrentado el purpúreo cerco de la luna. Me sospecho que en vida revolotea entre las sombras de la noche con el cuerpo cubierto de plumas; lo sospecho, y es rumor acreditado que en sus ojos brilla una doble pupila y de las dos lanza rayos de fuego. Evoca de los antiguos sepulcros a sus remotos ascendientes y con sus cánticos hiende la sólida corteza de la tierra. Se propuso mancillar el tálamo púdico de los esposos, y no faltó a su lengua una pérfida elocuencia. Por casualidad fuí una vez testigo de sus discursos, oyéndola, detrás de la puerta que me ocultaba, dar tales consejos: «Luz de mi vida, sabes que ayer cautivaste a un joven opulento, que se detuvo y quedó largo rato suspenso contemplando tu linda cara. ¿A quién no cautivarás? A ninguna cedes en belleza; pero, ¡qué desgracia!, el atavío de tu cuerpo no responde a tus hechizos. Quisiera que fueses tan feliz como hermosa, y yo no sería pobre viviendo tú en la abundancia. Tuviste que sufrir el rigor de la estrella contraria de Marte; Marte ha desaparecido y Venus te favorece con sus señales. Observa su aparición, te es propicia, un rico amante te solicita y se dispone a darte cuanto te falta. Es además tan hermoso, que podría compararse contigo; si él no pretendiese comprar tus favores, deberías tú comprar los suyos.» La joven se ruborizó. «El pudor — continúa — enciende la blancura del rostro; disimulado aprovecha, y verdadero suele dañar. Cuando le mires bajando con

modestia al suelo la vista, tus miradas deben guardar proporción con los regalos que te ofrezca. Tal vez en el reinado de Tacio las adustas Sabinas no quisieran pertenecer a muchos amantes; pero hoy Marte impulsa a los romanos contra los pueblos extranjeros, y Venus reina en la ciudad de su Eneas. Hermosas, gozad vuestra juventud: es casta la que ninguno pretende, y si la cortedad no se lo impide, es la mujer la misma que ruega. Desaparezcan luego esas arrugas que surcan tu frente; las arrugas celan muchos crímenes. Penélope sometió a la prueba del arco las fuerzas de sus jóvenes pretendientes, y el arco que acreditaba los bríos era de cuerno. El tiempo volador resbala sin sentir y se nos escapa como el impetuoso río se precipita con las aguas que recibe en tributo. El metal se abrillanta con el frote, un buen vestido desea que lo luzcan, y se deteriora la casa abandonada por su mala situación. La hermosura envejece pronto si nadie le rinde sus obsequios; no le basta uno que otro amante, la presa arrancada de muchos es más segura y se envidia menos; los lobos encanecidos buscan las mejores presas en los grandes rebaños. Dime, ¿este tu amante poeta qué te regala sino nuevos versos? Tendrás que leer muchos millares. El mismo dios de los vates resplandece con áureo manto y tañe las cuerdas de una lira de oro: el que te lo prodigue, valga para ti más que el gran Homero. El que da revela muy sutil ingenio. No desprecies al esclavo que consiguió comprar su libertad; no es un crimen llevar los pies enyesados. No te seduzcan los títulos de una antigua nobleza; amante

pobre, carga contigo tus ilustres abuelos. El que por hermoso te pida una noche sin pagarla, vaya primero a sonsacar a su amante la cantidad que debe ofrecerte. Muéstrate poco interesada al tender las redes, no se te huya la víctima; pero una vez prendida, destrúyela con tus exigencias. La simulación del afecto no perjudica; crea enhorabuena que le amas y que este amor no sea del todo gratuito. A menudo le negarás tus noches fingiendo dolores de cabeza o poniendo por pretexto las fiestas consagradas a Isis; después le recibirás para que no se acostumbre a carecer de tu compañía, y a fuerza de repulsas se debilite su pasión. Tu puerta sorda a los ruegos, ábrase a las dádivas, y el amante que recibas oiga las quejas del que rechazas. Si le ofendes, monta en cólera como ofendida por él y desvanece sus inculpaciones abrumándole con las tuyas; mas no perdure tu resentimiento largas horas; la cólera prolongada engendró mil veces el odio. Además deben aprender tus ojos el arte de las lágrimas fingidas que resbalen humedeciendo tus mejillas. Si te propones engañarle, no te asuste el perjurio; Venus hizo los númenes sordos a las quejas del burlado. Toma a tu servicio un esclavo y una sirvienta que le indiquen lo que debe comprar para ti, y para ellos pídanle cosas de poco valor, que sonsacándolas a muchos, pronto una y otra espiga se convertirá en un gran acervo. Que tu madre, tu hermana y tu nodriza le asedien sin cesar; el botín anhelado se recoge pronto por muchas manos. Si te faltan motivos para exigirle un regalo, adviértele por medio de una torta que es el día de tu

natalicio. Obra de modo que no se considere libre de rivales; el amor dura poco si le quitas el miedo del peligro. Note en tu lecho los vestigios de otro afortunado, y en las lívidas manchas de tu cuello señales de sus lascivas caricias, y vea, sobre todo, los presentes que otro te envió; si nada te ofreciese, pídele los objetos que se venden en la vía Sacra, y después que le hayas sacado cuanto te proponías, aparentando no querer despojarle por completo, ruégale que te preste lo que nunca le has de volver. Que la lengua te ayude a celar tus designios; arruínale con tus mimosos halagos; en la dulce miel se oculta el mortífero veneno. Si sigues estos consejos, fruto de larga experiencia, y no dejas que el viento se lleve mis palabras, exclamarás muchas veces «vive feliz» y rogarás otras tantas que después de muerta descansen tranquilos mis huesos.» Aun seguía el discurso, cuando mi sombra me traicionó y apenas pude evitar que mis manos no le arrancaran sus escasos y blancos cabellos, sus ojos que lagrimeaban con el vino y sus mejillas surcadas por las arrugas. Que los dioses te nieguen el refugio de un hogar en tu vejez miserable, y te castiguen con un invierno sin fin y una sed eterna.

IX

Todo amante es soldado, Cupido tiene sus reales; créeme, Ático, todo amante es soldado. La edad apta para la guerra es la que conviene a Venus. Vergüenza al soldado viejo, vergüenza al amor senil. Los años

que requiere un jefe en el vigoroso recluta son los que exige una linda joven al compañero de su lecho. Los dos son vigilantes, los dos descansan a menudo en tierra; el uno guarda las puertas de su dueño, el otro la tienda de su general. El que cursa la milicia ha de emprender marchas penosas; el amante resuelto, si dispone un viaje su ídolo, le seguirá hasta el fin del mundo, franqueará los montes contrapuestos, los torrentes engrosados por la lluvia y los peligrosos ventisqueros, y teniendo que navegar no le arredrará el Euro desencadenado, ni aguardará que las estrellas le indiquen el momento propicio a la navegación. ¿Quién sino el soldado o el amante resiste los hielos de la noche y la nieve mezclada con raudales de lluvia? Al uno se le envía a descubrir los movimientos del enemigo, y el otro, como en un enemigo, tiene puestos los ojos en su rival. El primero sitia fuertes ciudades, el segundo el umbral de su rigurosa amiga; aquél ataca las puertas y éste los postigos. Muchas veces la sorpresa del enemigo dormido alcanzó la victoria, y la gente indefensa cayó al rigor de las manos armadas: así sucumbieron los feroces escuadrones del tracio Reso y sus cautivos caballos vinieron a poder de otro dueño. Muchas veces los amantes se aprovechan del sueño de los maridos y mueven las armas contra adversarios que duermen. Escapar a las manos de los guardianes y a los ojos de los atalayas, constituye el empeño del soldado y del mísero amante. La suerte de Marte es dudosa y no más segura la de Venus; los vencidos se reponen de sus descalabros y caen por tierra los que juzgabas

invencibles. Cállese el que tildó de holgazán al amor que vive sometido a difíciles pruebas. El gran Aquiles se abrasa por su cautiva Briseida que le acaban de arrebatar; troyanos, mientras le dura el enojo, destrozad las huestes de Argos. Héctor se desprende de los brazos de Andrómaca para lanzarse a la batalla, y su esposa le pone el yelmo en la cabeza. El vástago de Atreo, primer caudillo del ejército, en el momento de ver a la hija de Príamo con los cabellos esparcidos como una Bacante, se dice que enmudeció lleno de pasmo. El mismo Marte sorprendido cae en las redes de Vulcano; ninguna fábula es tan conocida en el cielo.

Yo también era perezoso y me entregaba a la muelle desidia porque el lecho y la inercia habían enervado mis ánimos; mas el deseo de enamorar a una bella joven me impulsó a tomar las armas en su defensa, y desde entonces me veis ágil y dispuesto a las luchas nocturnas. Ame, pues, el que no quiera consumirse en la desidia.

X

Como Helena arrebatada a las márgenes del Eurotas por las naves de Frigia, encendió la guerra entre sus dos esposos; como Leda, a quien el sagaz adúltero, bajo la apariencia de una ave, sedujo con la nitidez de sus plumas; como erraba por los sedientos campos Amimone con la urna en la cabeza, tal apareciste a mis ojos, y temía por ti al águila y al toro y

todas las transformaciones que el amor sugirió al omnipotente Jove.

Ahora no me aflige el temor, he sanado de mi dolencia y tu cara ya no es el recreo de mis ojos. ¿Me preguntas por qué tal mudanza? Porque te vendes a las dádivas, motivo suficiente para que no me entusiasmes; mientras fuiste ingenua y sencilla, amé tu cuerpo y tu alma; hoy la degradación de ésta ha disminuído mucho tu belleza. El amor es un niño desnudo, sus años desconocen la maldad, desecha las vestiduras y quiere revelarse cual es. ¿Por qué disponéis que el hijo de Venus se prostituya al oro? Anda sin ropa y no tiene sitio donde ocultar el precio de sus mercedes. Ni a Venus ni a su hijo conviene el rudo ejercicio de las armas; dioses tan débiles no pueden pelear a sueldo. La meretriz se ofrece al primero que llega por un precio establecido, y entrega su cuerpo por mísera ganancia; pero detesta la tiranía del avaro rufián y hace por fuerza lo que vosotras por gusto. Tomad ejemplo de las bestias privadas de razón, y os avergonzaréis al advertir en ellas un natural más delicado. La yegua no pide nada al potro, ni al toro la vaca; el carnero no cautiva con dones a la oveja que le atrae. La mujer sola se enriquece con los despojos del varón; ella sola pone a sueldo sus noches, ella sola se alquila, vende el placer que sienten los dos, que los dos anhelaban, y fija el precio en razón de los goces que espera. Si los deleites de Venus han de ser gratos y comunes a los dos, ¿por qué la una los vende y el otro los paga? ¿Por qué el goce ha de ser dañoso para mí y lucrati-

vo para ti, cuando uno y otro realizamos los mismos esfuerzos? Los testigos comprados delinquen con sus perjurios; el arca de un juez sin tacha nunca está abierta; es vergonzoso defender a los míseros reos por la retribución, y que un tribunal llegue a enriquecerse con sus fallos. El decoro prohibe acrecentar la herencia paterna con los réditos del lecho y prostituir al lucro los hechizos de una linda cara. Se debe agradecimiento a los favores no comprados, jamás a los que se conquistan a vil precio. El que los paga solventa su deuda, y una vez satisfecha, el deudor no tiene contigo ninguna obligación. Hermosas, evitad pactar el estipendio de las noches que concedéis; la ganancia impura trae malos resultados. No valían tanto los brazaletes de los sabinos, que aplastasen bajo el peso de los escudos la cabeza de una Vestal; un hijo atravesó con el acero las entrañas que le habían dado a luz, y un collar fué la causa de su crimen. Mas no hallo indigno exigir del opulento que sea liberal; sóbrale dinero para satisfacer al que le pide. Coged los racimos que penden de las cepas cargadas, y que los fértiles vergeles de Alcinoo os brinden sabrosísimos frutos. El pobre pague con sus obsequios sus servicios y su liberalidad; cada cual ofrezca a su amada aquello que posea. Yo sólo tengo ingenio que celebre en verso a las jóvenes que merecen este honor, y la que ame será de todos conocida por mis cantos. Se desgarrarán los fastuosos vestidos, las perlas y el oro se quebrarán; pero será eterna la fama de la que ensalcen mis escritos. No me indigna y solivianta dar, sino que me exijan el precio; lo que

niego a tus peticiones, lo obtendrás así que dejes de pedirlo.

XI

¡Oh!, tú, tan hábil en poner orden y concierto en una cabellera descompuesta y que no debías pertenecer a la humilde clase de las sirvientas; tú, tan conocida por la sagacidad con que preparabas secretas citas nocturnas, como ingeniosa portadora de tiernas misivas; tú, que a fuerza de exhortaciones pusiste tantas veces en mis brazos a la indecisa Corina, y que en medio de mis percances siempre me has sido fiel, recibe y entrega a tu ama por la mañana las tablillas que acabo de escribir, y triunfe tu diligencia de cualquier obstáculo. Tu corazón no es de pedernal o duro como el hierro, ni tu simplicidad pasa de la medida ordinaria; y aun creo que sentiste las flechas del arco de Cupido; defiende, pues, en mi ayuda una bandera que es también la tuya. Si te pregunta qué hago, dile que vivo en la esperanza de obtener una de sus noches; lo demás se lo dirá la blanda cera notada por mi mano. Mientras hablo, la hora huye; entrégale estas tablillas en el momento que la veas desocupada, pon la mayor diligencia en que las lea solícita, y observa sus ojos y su frente al leerlas, porque en su callado semblante podrás adivinar la respuesta; ves corriendo y suplícale que conteste largamente a mi misiva; me disgusta que la blanda cera deje grandes espacios sin signos y prefiero que las líneas estén muy apretadas y la vista se

detenga mucho tiempo en leer lo escrito hasta el extremo de las márgenes. ¿Mas qué necesidad hay de rendir los dedos manejando el estilo? Que en toda la tablilla sólo aparezca esta palabra: «Ven.» Entonces no retardaré ceñir de hojas de laurel mis tablillas vencedoras, y suspenderlas con esta inscripción en el templo de Venus: «Nasón consagra a Venus las fieles confidentas de sus cuitas que antes fueron un tronco vil de acebo.»

XII

Llorad mi desgracia: me han vuelto las tristes tablillas, y su letra fatal me anuncia que hoy es imposible verla. Los presagios no carecen de valor; el umbral lastimó el pie de Nape en el momento de salir; cuando te envíe otra vez afuera, cuida de atravesarlo con precaución, y que la sobriedad te permita levantar más el pie. Lejos de mí, tablillas desdichadas de fúnebre leño, y tú, cera, que los signos de repulsa señalaron, creo que fuiste extraída de la flor de la alta cicuta, y que la abeja de Córcega te labró con su miel de ingrato sabor; aunque parecías enrojecida por el bermellón, en realidad tu color era el de la sangre.

Trozos de inútil madera, volad arrojados a la calle, y que os triture el peso de la rueda al pasaros por encima. Persuadido estoy de que tenía las manos impuras el que os arrancó del árbol y dedicó a tales usos; aquel árbol sirvió sin duda de horca al cuello de un miserable; con sus ramas proveyó de cruces

infames al verdugo, prestó al buho funesta sombra, y en su ramaje sostuvo los nidos del buitre y el quebrantahuesos. Y yo, loco, depositè en ellas el testimonio de mis amores, y escribí en ellas las tiernas palabras que debían persuadir a mi amada. Mejor convenía su cera al señalamiento de un juicio, leído en tono adusto por el representante de la ley, y se acomodaría a las efemérides de un avaro que, viendo sus cifras, se lamenta de las sumas gastadas. Ahora comprendo la razón de que se os llame dobles, y por cierto que este número no es de buenos auspicios. ¿Qué os deseará mi cólera sino que os carcoma y pudra la vejez, y la suciedad inmunda cubra vuestra tersa superficie?

XIII

Abandonando el lecho de su viejo esposo, ya se levanta del Océano la rubicunda diosa que nos trae el día en su carro de púrpura. ¿Adónde te precipitas, Aurora? Detente, y así las aves caigan todos los años en solemne sacrificio ante la sombra de Memnón. Deléitame reposar ahora en los tiernos brazos de mi amada, y oprimir otra vez contra el mío su pecho palpitante. Al amanecer, el sueño es delicioso, el aire frío, y el ruiseñor modula las notas más argentinas de su tenue garganta. ¿Adónde te precipitas? Eres poco grata a los mozos, y menos a las jóvenes; recoge en tu púrpurea mano las riendas cuajadas de rocío. Antes de tu aparición, el navegante observa mejor las estrellas y no navega perdido en las olas. Leván-

tase el viajero lleno de fatiga así que amaneces, y el soldado empuña las armas belicosas. Tú ves la primera al labriego con la azada al hombro, y la primera unces los tardíos bueyes bajo el doble yugo; tú interrumpes el sueño de los niños y los diriges al aula del maestro, donde sus tiernas manos sufren los crueles latigazos de la férula; tú llevas al tribunal la caución que puede padecer grave detrimento por una sola palabra, siendo tan desfavorable al abogado como al juez, pues uno y otro se ven obligados a dejar el lecho para entender en nuevos procesos; y tú, cuando las mujeres podrían olvidar en el descanso las faenas, incitas sus manos laboriosas al hilado de la lana. Todo esto lo soportaría; mas despertar de madrugada a las jóvenes, ¿quién lo sufrirá sino el que no ame a ninguna?

¡Cuántas veces he deseado que la noche no desapareciese a tu fulgor, y que las estrellas fugitivas no se ocultaran en tu presencia! ¡Cuántas veces deseé que el viento destrozase tu carro, o que cayera uno de sus corceles envuelto en espesa nube! ¡Cruel!, ¿adónde corres? Si tuviste un hijo de piel atezada, debía su obscuro color al corazón de su madre. ¡Como si en otro tiempo no te hubieses abrasado de amor por Céfalo! ¿Ibas a creer que tu deshonra nos era desconocida? Yo quisiera que Titón pudiese hablar de tus pasos: entonces no habría mujer tan escandalosa en el cielo. Huyes de su tálamo porque la edad ha enfriado su sangre, y te lanzas de mañana sobre el carro que abomina su vejez; mas si oprimieses en tus brazos a otro Céfalo, te oiríamos gritar: «¡Corred lenta

mente, caballos de la noche!» Porque los años inutilizan a tu esposo, ¿ha de ser castigado mi amor? ¿Acaso intervine yo en que te casaras con un viejo? Observa cuántas horas de sueño concede la luna a su gentil amante, y su hermosura no cede en nada a la tuya. El mismo padre de los dioses no quiso verte con tanta frecuencia, y continuó sus dichas reduciendo a una dos noches. Ya había puesto fin a mis querellas, y como si me hubiese oído, enrojeció su frente; el sol, sin embargo, no resplandeció más tarde que de costumbre.

XIV

Le decía a menudo: «Desiste de teñir tus cabellos: ya no te queda uno solo que puedas cambiar de color.» Si así lo hubieras hecho, ¿qué habría más hermoso que los mismos cayendo ondulantes hasta tus rodillas? Temías peinártelos, porque eran tan finos como los tenues tejidos con que se cubren los Seres atezados, o como el hilo que con ligero pie extiende la araña al urdir su trama sutil en la viga abandonada. En verdad, no eran negros, ni tampoco rubios de oro, sino una mezcla feliz de uno y otro color. Tal en los húmedos valles del escabroso Ida se alza el arrogante cedro que ha perdido la corteza. Además, sometíanse dóciles y obedientes a tus caprichos, y no te producían ningún dolor. Jamás la fina aguja, jamás los dientes del peine se los llevaron tras sí, y tu peinadora jamás vió lesionado su cuerpo. Cien veces estuve presente en su tocador, y ni una

sola tomó la aguja para pincharle el brazo. Cien veces la vi de mañana, cuando aun no había puesto orden en los cabellos, medio tendida en el purpúreo lecho, y a pesar de su abandono, estaba tan seductora como la Bacante de Tracia, que deja reposar con languidez sobre el verde musgo su cuerpo fatigado. Ellos, tan sutiles que parecían un finísimo vello, ¡ay, cuántos daños y vejaciones hubieron de sufrir; con qué docilidad soportaron el hierro y el fuego, al convertirse en rizadas trenzas que se enroscaban en espiral! Yo gritaba: «¡Es un crimen, sí, es un crimen abrasar tales cabellos!; al natural son más lindos; ahorra a tu cabeza la visita del hierro, no los sometas a la violencia, no merecen ser quemados; ellos mismos indican su lugar a la aguja que se les aproxima.» ¡Ah!, pereció la hermosa cabellera que hubiese envidiado Apolo, y Baco querido que adornase su cabeza, sólo comparable a la que Venus recogía con su húmeda mano, al salir desnuda de las marinas olas. ¿Por qué lamentas la pérdida de tus cabellos martirizados?; ¿por qué, imbécil, con triste ademán, rechazas el espejo? Ya no te miras en él con el gusto que solías; para agradar aún, debes olvidarte de ti misma. No te perjudicaron las hierbas encantadas de una rival; no los lavó una vieja hechicera en las aguas de Hemonia, ni te los arrancó una grave enfermedad; ojalá este azote no caiga nunca sobre ti; ninguna lengua envidiosa te despojó de sus trenzas espesas; sientes el menoscabo que les ocasionó tu culpa con la propia mano, al verter sobre tu cabeza tinturas venenosas.

Ahora la Germania te proporcionará los cabellos

de sus cautivas, y te adornarán los regalos de la gente vencida por nuestras armas. ¡Oh!, ¡cómo te llenarás de sonrojo si alguien ensalza tu cabellera, y exclamarás!: «Sólo aplaude los postizos que compré; no sé al presente qué mujer Sicambra alaba en mi persona, y, sin embargo, recuerdo que en otro tiempo estos elogios se dirigían a mí.» ¡Ah, desventurada!, apenas reprime las lágrimas, cúbrese el rostro con la mano, y el rubor colorea sus tersas mejillas. No cesa de contemplar sobre su regazo los antiguos cabellos, ¡ay de mí!, no merecedores de estar en el sitio que a la sazón ocupan. Oculta el sentimiento que tu cara delata; el mal no es irreparable; bien pronto serás admirada con tu natural cabellera.

XV

¿Por qué, mordaz envidia, reprendes mi vida desidiosa y llamas a mis versos fruto de un ingenio sumido en la pereza? Aunque alienta con brío mi edad, no sigo las huellas de mis antepasados tras los laureles polvorientos de la guerra; no aprendo el lenguaje ampuloso de las leyes, ni prostituyo mi elocuencia en las luchas venales del foro. Los trabajos que me ofreces son mortales, y yo ansío una fama imperecedera que extienda mi celebridad por los siglos en la redondez del Universo. El cantor de Meonia vivirá mientras permanezcan en su asiento la isla Tenedos y el monte Ida, y el Símois lance al mar su rápida corriente. Vivirá el poeta de Ascra mientras la uva fermente en el mosto y la espiga de Ceres caiga al filo

de la hoz encorvada; todo el mundo ensalzará siempre al hijo de Bato, más sobresaliente por el arte que por el ingenio; el coturno de Sófocles dominará siempre la escena, y Arato vivirá eterno, como el sol y la luna. En tanto que el esclavo sea falaz, el padre duro de condición, pérfida la alcahueta y fácil la meretriz, no perecerá Menandro. Ennio, poco conocedor del arte, y Accio, el de vigorosos alientos, han conquistado un nombre que desafía las injurias de los tiempos. ¿Quién olvidará a Varrón, el primer barco, y la áurea piel del Vellocino conquistado por el jefe Ausonio? Los versos de Lucrecio perecerán el día que perezca el orbe. Títiro, los frutos campestres y las hazañas de Eneas serán leídos mientras Roma impere sobre el Universo, conquistado por su valor, y también lo serán los tuyos, tierno Tibulo, en tanto que el arco y el fuego sean las armas de Cupido. Galo será conocido de los pueblos de Occidente y la Aurora, y con Galo su hermosa Licoris: que si el transcurso del tiempo desgasta las rocas y enmohece la reja paciente del arado, los poemas burlan las amenazas de la muerte. Cedan a los cantos de la poesía los reyes y sus pomposos triunfos, y con ellos cedan asimismo los opulentos raudales del aurífero Tajo. Que el vulgo admire lo deleznable, y el rubio Apolo me permita apurar los vasos llenos del agua de Castalia, y mi cabellera resplandezca con el mirto, que aborrece las escarchas, y sea leído una y mil veces por la solicitud del amante. La envidia se alimenta con sangre de vivos, a la muerte los deja, y entonces el varón insigne se protege con la gloria que ha merecido. Así,

cuando el fuego de la pira haya consumido mis restos, aun viviré, y será inmortal la parte mejor de mi existencia.

LIBRO SEGUNDO

ELEGÍA I

Yo compuse esta obra, yo, aquel poeta Nasón, nacido en la lluviosa comarca de los Pelignos, que se divierte en cantar sus propios extravíos. Así me lo ordenó el Amor. ¡Lejos de aquí, muy lejos, bellezas intratables, no sois público adecuado a mis tiernos versos! Léame la virgen inflamada en presencia de su prometido, y el sencillo adolescente que sufre por vez primera las angustias amorosas. Quiero que algún joven, herido por la misma flecha que yo llevo clavada, reconozca, leyéndome, las señales del fuego que le consume, y tras larga admiración exclame: «¿Por dónde este poeta ha penetrado y descubierto mis ocultos dolores?»

Yo me atreví, aun lo recuerdo, y no me faltaba el aliento necesario, a cantar la lucha de los dioses contra Gías, el de los cien brazos, cuando la Tierra sació su horrible venganza y el Pelión cayó derrumbado con el arrogante Osa, que pretendía escalar el Olimpo. Yo tenía en mis manos los nublados, y a Jove con sus rayos, que vibraba impetuoso en defensa del cielo; mi amiga me cerró la puerta, y olvidé a Júpiter y sus rayos; sí, el mismo Júpiter se borró de mi mente.

Perdona, padre de los dioses: tus rayos no me servían de provecho; una puerta cerrada me infundía más pavor. Volví a las caricias y ligeras elegías, armas que me pertenecen, y mis dulces frases quebrantaron la dureza de las puertas. Los cantos obligan a descender hasta nosotros la luna ensangrentada, y detienen en su carroza los blancos corceles del sol; los cantos arrancan a la serpiente su dardo venenoso, y fuerzan al río a retroceder hasta su fuente; las puertas se han rendido a mis cantos, y mis cantos corrieron los cerrojos en los postes de dura encina. ¿Qué me hubiese aprovechado ensalzar al veloz Aquiles? ¿Qué habrían hecho en mi favor los dos Atridas y el héroe que vagó errante por el mar los diez años que perdió en la guerra, y el desdichado Héctor, a quien arrastraron los corceles del príncipe de Hemonia? Mas desde que alabé el rostro hermoso de una tierna joven, ella misma viene a recompensar al vate por sus canciones. Gran premio han merecido. Nombres ilustres de los héroes, pasadlo bien. Vuestro favor no me conviene. Muchachas hermosas, oíd con faz sonriente los versos que me dicta el Amor, de rosadas mejillas.

II

¡Oh Bagoa!, a quien confiaron la guarda de mi dueño, escúchame; tengo que decirte unas pocas y muy importantes palabras. Ayer la vi que paseaba por el pórtico de las hijas de Dánao; me declaré su cautivo, y en seguida la envié por escrito mi súplica,

y me contestó con mano temblorosa: «No es posible.» ¿Y por qué no puedes? Replicó sin demora a mi pregunta que tu vigilancia le era excesivamente molesta. ¡Oh, guardiana!, si tienes prudencia, créeme, cesa de merecer el odio. Todos desean la ruina del sujeto a quien temen. El marido es también un insensato; ¿a qué tantas prevenciones por defender lo que se conserva sin necesidad de vigilantes? Entréguese furioso, como quiera, a los arrebatos de la pasión, y juzgue casta a su esposa, que agrada a cuantos la ven; mas tú en secreto concédele algún rato de libertad, ella te pagará con creces lo que le dieres; trabaja por convertirte en su confidenta, y la señora quedará sometida a la sierva. ¿Temes la complicidad?; finge que no la ves. ¿Lee a solas un escrito?; supón que le escribe su madre. ¿Llega a hablarla un desconocido?; pues pase adelante como si lo conocieras. ¿Va a visitar una amiga enferma de mentirijillas?; que la visite, y figúrate que lo está realmente. Si viniese tarde, por no velar esperándola largas horas, échate a roncar con la frente apoyada en las rodillas. No pretendas saber lo que pasa en el templo de Isis, la diosa vestida de lino, ni te cause inquietud lo que sucede en las gradas del teatro. El cómplice de un delito se ve siempre colmado de mercedes: ¿hay ningún trabajo tan fácil como el de callar? Él es el predilecto, él gobierna la casa, él no teme los azotes, él es todopoderoso, y los otros soez rebaño que yace en la servidumbre. Oculta al marido los motivos de queja verdaderos, inventándolos falsos, y los dos, como señores, aprobaréis lo que convenga a la mujer. Si

el marido pone mala cara y arruga el entrecejo, una joven, con sus caricias, consigue pronto lo que pretende; sin embargo, de tarde en tarde conviene que provoque una reyerta contigo, y llore fingidas lágrimas, y te llame verdugo, y que tú le contestes con imputaciones que ella destruya fácilmente, y con su notoria falsedad impidan al esposo creer en los ultrajes reales.

Con tal conducta crecerán de día en día tus honores y verás cómo aumenta tu peculio; sigue mis consejos, y dentro de poco habrás recuperado la libertad. ¿Ves a los delatores con el cuello cargado de cadenas? Un hediondo calabozo vino a ser el premio de su perfidia. Tántalo muere de sed en medio de las aguas, y ansía coger los frutos que se le escapan; castigo impuesto a la garrulería de su lengua. El guardián celoso en extremo con que Juno atormentó a Ío murió antes de tiempo, y ella es hoy una diosa. Yo vi cargado de hierro, que amorataba sus piernas, al hombre que reveló a un marido el incesto de su mujer, y el castigo fué menor de lo que merecía la culpa, pues con su lengua perversa causó dos males: la pena del marido y la ruina de la fama de la esposa. Créeme, ninguno oye con gusto semejantes acusaciones; si les presta atención, lo hace a su pesar; si no se indigna, pierdes la delación en sus oídos indiferentes, y si ama de veras, con tu oficiosidad ocasionas su desgracia. Aun la culpa manifiesta es difícil de probar, y la mujer se asegura con la benevolencia de su juez: aunque él mismo vea el delito, dará crédito a las negativas, condenará sus propios ojos, se

reprenderá por sus sospechas, y al mirar las lágrimas de su esposa, las derramará también, gritando: «¡Este chismoso me lo ha de pagar!» ¡Qué lucha tan desigual acometes! Al caer vencido, te espera una tanda de azotes, mientras ella se sentará sobre las rodillas de su juez. No maquinamos ningún crimen, no nos escondemos para componer brebajes venenosos, no fulminamos la espada desnuda en nuestra mano: sólo deseamos poder amar sin riesgo gracias a tu favor. ¿Puede haber cosa más inocente que nuestras súplicas?

III

¡Ay de mí!; tú, que no eres hembra ni varón, guardas a mi amada; tú, incapaz de conocer los placeres recíprocos de Venus. El primero que mutiló las partes genitales de un niño, debió padecer el mismo suplicio. Tú serías más complaciente y menos sordo a los ruegos, si antes te hubieses inflamado por alguna mujer. Tú no naciste para regir un caballo ni manejar las pesadas armas; tus débiles brazos no pueden sostener la lanza belicosa. Éstos son oficios varoniles y tienes que renunciar a los esfuerzos del varón. Obligado a seguir los pasos de tu señora, llénala de satisfacción con tus buenos servicios y aprovéchate de sus mercedes. Si llegas a perderla, ¿de qué servirás en el mundo? Su linda cara y sus pocos años incitan al placer. La hermosura no debe marchitarse en torpe abandono. Por mucho que extremes tu vigilancia, sabrá engañarte con facilidad; siempre se realizan las aspiraciones de los amantes, y como es mejor partido

acudir a las súplicas, te rogamos que nos favorezcas ahora que puedes prestarnos excelentes servicios.

IV

Yo no me atrevo a defender mis relajadas costumbres, ni a esgrimir las armas de la falsedad en pro de mis vicios: los confieso, si de algo aprovecha declarar las propias culpas; los confieso y sigo como un loco aferrado a mis extravíos: los odio, y aun deseándolo, no puedo ser otro del que soy. ¡Qué pesado soportar la carga que uno quisiera echar de los hombros! Me faltan las fuerzas para dominarme a mí mismo, y me dejo arrastrar como barco impelido por rápida corriente. No subleva mis pasiones una sola belleza; son muchas las que me obligan siempre al amor. Si una doncella baja en mi presencia modestamente los ojos, me inflamo, y su pudor se convierte en el enemigo de mi tranquilidad. Si la otra se presenta provocativa, me subyuga, porque su resolución alienta la esperanza de mil placeres en el blando lecho. Si veo una intratable que imita la rigidez de las Sabinas, pienso que sabe querer y disimula con orgullo lo que quiere. La que juzga los versos de Calímaco sin primor, comparándolos con los míos, revela que le gusto, y bien pronto ella me rendirá a su vez; la contraria que reniega del poeta y sus versos, no me ofende, antes desearía yacer al lado de la que así me maltrata. Anda con aire diligente, y me cautiva con sus andares; tiene duras las facciones y no me importa, ya se suavizarán al contacto del varón.

Ésta me fascina por su voz dulcísima que emite sin ninguna violencia, y quisiera estampar mis besos en su boca deliciosa; aquélla recorre con sus ágiles dedos las vibrantes cuerdas de la lira, ¿y cómo dejaría de amar tan hábiles manos? Me sorprende la bailarina que agita los brazos a compás, por el arte insinuante con que tuerce su cuerpo lascivo; y no se hable de mí que me inflamo por la menor causa, póngase ante ella Hipólito, y se convertirá en Príapo. Tú igualas con esa arrogante estatura a las antiguas heroínas y puedes cubrir con tu cuerpo un lecho espacioso, y tú me vences por lo diminuta: las dos me encadenáis, las dos, alta y baja, convenís a mis gustos. Es algo negligente, ¿y qué puede añadir el ornato a su belleza?; se ofrece ataviada con lujo, y brilla su espléndida distinción. Me domina la blanca lo mismo que la morena; en las de cutis obscuro no son menos gratas las delicias de Venus. Si los cabellos de ébano le caen sobre la garganta de nieve, recuerdo que la hermosura de Leda consistía en su negra cabellera; si son rojos, que la Aurora sacude sus cabellos de color de azafrán, y me adapto por igual a todas las historias. Una novicia me atrae, una de edad madura me sugestiona; aquélla por sus carnes frescas, ésta por lo que sabe; en fin, que mi amor ambicioso quisiera llamar suyas a todas las bellezas que se admiran en la ciudad.

V

Vete lejos con tus flechas, Cupido; ninguna mujer vale tanto que me haga desear la muerte a todas

horas. Sí, deseo morir cuando recuerdo tu felonía, joven nacida para mi eterna condenación. Las tablillas engañosas no me han revelado tu proceder, ni delataron tu crimen los regalos furtivos que recibiste. ¡Ay!, ojalá al recriminarte salieses victoriosa de la prueba.

¡Desgraciado de mí! ¿Por qué es tan justa mi causa? Feliz el que ama y se atreve a defender en alta voz a su amiga, si ésta puede contestar: «Soy inocente.» Tiene un corazón de hierro y se complace demasiado en dar pábulo a su cólera, el que corre tras una palma ensangrentada con el castigo de la culpable. Por desgracia, cuando me creías dormido, vi yo mismo tu traición, porque no había apurado el vino que me sirvieron. Vi cómo hablabais largamente con el fruncir del entrecejo; con vuestros gestos os entendíais a maravilla: tus ojos no supieron callar, trazaste con vino en la mesa lo que querías, y hasta tus dedos se convirtieron en letras. No os riáis a mi costa; he comprendido vuestros coloquios, descifré las palabras ocultas en las señas que habíais convenido. Ya muchos comensales abandonaban la mesa sin manteles y no quedaban más que dos jóvenes detenidos por la embriaguez. Entonces os sorprendí dándoos culpables besos, y me pareció oír que se chocaban vuestras lenguas. No eran los besos que da una hermana a su honesto hermano, sino los que la tierna querida brinda a su arrebatado amante: no eran los que Febo imprime en el rostro de Diana, sino más bien los que Venus regala a su caro Marte. «¿Qué haces? — exclamo —; ¿a quién concedes esos favores

que son míos? Estoy dispuesto a defender con los puños mis derechos. Esos placeres sólo a mí corresponde darlos y exigirlos, son propiedad común de los dos. ¿Por qué un tercero ha de participar de tales dichas?» Así desahogué lo que me dictaba la cólera, y ella, reconociéndose culpable, se encendió de rubor. Como se pinta el cielo cuando aparece la esposa de Titón, o la doncella que ve la primera vez a su prometido; como brilla la rosa purpurina en medio de los lirios, o se detienen los encantados corceles de la luna, o cual tiñe la mujer Meonia el marfil de Asiria porque no se vuelva amarillento con los años, así se pintó de púrpura su rostro, o con matices muy semejantes, y acaso nunca resplandeció más hermosa. Miraba hacia el suelo, ¡y qué interesante estaba en su humildad!; la tristeza se reflejaba en su cara, multiplicando sus atractivos. Tuve la intención de mesar sus bien peinados cabellos y golpear iracundo sus tersas mejillas; pero mis robustos brazos postráronse ante la beldad, que supo defenderse con las propias armas. Yo que poco antes amenazaba, acudí rendido a las súplicas para que no me diese por tal motivo besos menos ardorosos. Ella se rió y me dió de corazón los más espontáneos, tales que podrían arrancar el mortífero rayo a las manos de Jove. Sólo me atormentaba el recelo de que hubiesen sido tan sabrosos los que concedió a mi rival, y quisiera que se los hubiese dado con menos ardor; porque, en efecto, revelaban más arte del que yo le enseñé, y que había a mis espaldas aprendido algo nuevo. Me sobresalté mucho al saborearlos, pues nuestras lenguas se juntaron ro-

zando con suavidad los labios; mas no es esto lo que me desazona, no me quejo de los muchos besos que os disteis, y ya son motivo bastante a mi alarma, sino que tales lecciones sólo pueden darse en el lecho, y no sé qué maestro ha recibido por ellos un premio tan grande.

VI

Ha muerto el papagayo, ese pájaro de las Indias Orientales que imita nuestras voces. Pájaros, acudid en tropel a sus exequias, acudid en demostración de piedad, golpeando con las alas vuestros pechos, y clavaos en las cabezas las uñas afiladas. En vez de plañideras que retuerzan sus cabellos, arrancaos las hirsutas plumas y que vuestros cantos resuenen substituyendo a la fúnebre trompeta. ¿Por qué, Filomela, pregonas el crimen del tirano de Ismara? Los años han debido poner término a tus lamentos. No llores más que el fin lastimoso de esta rara ave: grande es la causa del dolor de Itis, pero ya muy antigua. Condoleos todos cuantos atravesáis las aéreas regiones, y antes que todos, tú, fiel tortolilla. Vivió la vida entera con vosotros en armonía, y ni en el postrer instante desmintió su acendrada fidelidad. Lo que fué el joven de Focea para Orestes el de Argos, lo fué para ti la tórtola mientras viviste, ¡oh papagayo! ¿De qué te sirvió tanta fidelidad y la hermosura de tu raro plumaje? ¿De qué tu voz ingeniosa que imitaba los sonidos humanos, y por último haber hecho las delicias de mi amada desde el día que entraste

en su casa? ¡Infeliz!; tú, la gloria de las aves, ya no existes. Tus plumas podían eclipsar las verdes esmeraldas, y tu pico encarnado competir con el rojo de la escarlata. No hubo en la tierra pájaro que hablase con tanta facilidad repitiendo los sonidos que oyese, y a pesar de tus prendas la envidia te mató. No te lanzabas a sanguinarios combates, eras comunicativo y amante de las dulzuras de la paz. Vemos a las codornices que viven peleándose con saña, y acaso por esta razón llegan a la vejez. Estabas mantenido con poco, y fuera de la necesidad de hablar, podías pasar largo tiempo sin alimento: la noche te servía de pasto, la adormidera te incitaba al sueño y unas gotas de agua templaban tu sed. Goza luenga vida el ávido buitre, el milano que describe amplios círculos en el aire y el grajo que anuncia la proximidad de la lluvia. Prolonga sus días la corneja aborrecida de Minerva, que apenas se prepara a la muerte después de nueve siglos, y ha muerto el pájaro locuaz que tan bien imitaba las voces humanas, el papagayo, presente que nos envían los últimos confines del orbe.

Las manos avaras de la Parca casi siempre nos arrebatan de pronto las más óptimas cosas, y las más ínfimas tocan los últimos límites de la existencia. Tersites vió los funerales del hijo de Filaces, y Héctor quedó reducido a cenizas cuando aun vivían sus hermanos. ¿A qué referir los píos votos que hizo en pro de tu salvación mi tierna amada, votos que empujó hacia el mar el Noto preñado de tempestades? Llegaste al séptimo día que te negaba ver la mañana siguiente, pues la Parca había hilado el estambre de

su rueca; mas no por ello se helaron las palabras en tu yerto paladar, y tu lengua moribunda exclamó: «Corina, pásalo bien.» A la falda del Elíseo álzase una selva de espesas encinas; la tierra húmeda se ve tapizada siempre de verde musgo, y si merecen crédito los cuentos de la fábula, dicen que en aquel lugar de las aves inocentes no son admitidas las carnívoras y rapaces. Allí los cisnes inofensivos pacen a su sabor con el fénix, la única inmortal de las aves; el pavón de Juno despliega altivo su brillante plumaje, y la paloma besa el pico de su ardiente esposo. Recibido por ellos como un nuevo habitante de la selva, el papagayo con su charla se atrae la benevolencia de tan buenos amigos. Guarda sus huesos un túmulo de grandeza proporcionada a tal cuerpo, y sobre una pequeña losa se lee este breve epitafio: «Comprendo por este sepulcro que supe agradar a mi dueña, y tuve para hablarla más talento del que suelen las aves.»

VII

¿Conque he de ser a todas horas víctima de nuevas acusasiones? Estoy cansado de combatir tantas veces por la victoria. Si mis ojos se elevan a las últimas gradas del fastuoso teatro, escoges entre mil la mujer que justifique tu resentimiento. Si una cándida muchacha pone en mí silenciosa sus miradas, la acusas de entenderse secretamente conmigo por los gestos del rostro. Si alabo a ésta, te mesas con furia los inocentes cabellos; si la difamo, sospechas que

trato de disimular el engaño. Que el color arrebata mi semblante, me culpas de frialdad hacia ti; que palidezco, en seguida crees que me muero por otra. En verdad te digo que quisiera ser culpable del yerro que me atribuyes; al menos soportaría con entereza de ánimo el castigo merecido; mas ahora me recriminas sin motivo, y creyendo de mí todo lo que sospechas, tú misma destruyes los efectos de tu cólera injustificada. Contempla al asno de largas orejas y suerte miserable: no acelera los pasos por más golpes que lluevan sobre sus lomos. He aquí mi nuevo delito: Cipasis, tu hábil peinadora, es acusada de haberse revuelto conmigo en el lecho de su señora. Los dioses me preserven, si abrigo alguna vez intenciones pecaminosas, de entregarme a una mujer de condición despreciable. ¡Qué hombre libre querrá unirse con los lazos de Venus a una esclava y estrechar sus espaldas lívidas a fuerza de azotes! Añade que es la encargada del ornato de tus cabellos, y que debes excelentes servicios a sus diestras manos. ¿Había de solicitar a sierva tan fiel a tu persona? ¿Qué iba a conseguir sino una repulsa y una acusación? Te lo juro por Venus y el arco del niño volador, soy inocente del crimen que se me imputa.

VIII

Cipasis, tan entendida en dar mil formas a una cabellera, que merecías dirigir el tocador de las diosas, yo te conocí no menos versada en los hurtos deliciosos que dispuesta a servir a tu señora, y más

dispuesta a condescender a mis ruegos. ¿Qué indicio dejamos escapar de la unión de nuestros cuerpos? ¿Cómo Corina sospechó tus noches placenteras? ¿Acaso me delató el rubor o se me escapó cualquier palabra indiscreta que denunciase nuestros ocultos deleites? Pues qué, ¿no sostuve que si alguien quería holgarse con una sirvienta era sin duda porque había perdido el seso? El héroe de Tesalia se inflamó por la cautiva Briseida, y una sacerdotisa de Febo vióse amada por el rey de Micenas. Yo no soy más grande que el nieto de Tántalo o el invencible Aquiles; lo que pudo convenir a los reyes, ¿será en mí un estigma de vergüenza? No obstante, cuando ella fijó en ti sus ojos hechos brasas, observé que toda la sangre se agolpaba a tus mejillas. Si por ventura te acuerdas, ¡cuánta mayor fué mi serenidad, cómo juré poniendo por testigo el numen potente de Venus! ¡Oh diosa!, te conjuro que ordenes al templado Noto arrastrar a las olas del Cárpato el perjurio de mi ánimo sencillo! En pago del servicio, morena Cipasis, concédeme el dulce premio de estrecharte hoy en mis brazos. Ingrata, ¿rehusas y finges nuevos temores? Bastante es haber merecido la protección de uno de tus amos. Si te niegas, ¡insensata!, revelaré lo que ha pasado entre nosotros, y seré yo mismo el descubridor de mi falta: sí, Cipasis; contaré a tu señora en qué lugar y cuántas veces nos encontramos y la variedad que supimos dar a nuestros deleites.

IX

¡Oh Cupido, nunca bastante indignado contra mí, niño nunca perezoso en turbar mi sosiego!, ¿por qué me maltratas sabiendo que no deserté tus banderas y me clavas tus flechas dentro de mi propio campo? ¿Por qué tu antorcha abrasa, por qué tu arco hiere a los amigos? Alcanzarías más gloria humillando a los rebeldes. Por ventura el héroe de Hemonia después de hundir su lanza en el pecho enemigo, ¿no le sanó con ella la herida? El cazador persigue la presa fugitiva, la coge y la abandona, siempre afanoso por abatir otras nuevas. Nosotros que nos reconocemos tus súbditos sentimos el rigor de tus armas, y tus débiles brazos se detienen ante el que te ofrece resistencia. ¿Qué ganas con embotar tus finos dardos en mis huesos descarnados, ya que el amor me ha reducido a los huesos? Hay muchos mozos que no aman y muchas jóvenes en la misma situación; tu triunfo sobre ellos te conquistaría grandes alabanzas. Si Roma no hubiese desplegado sus fuerzas en la inmensidad del orbe, no sería al presente más que un hacinado montón de pajizas cabañas. Harto de pelear, el soldado trabaja los campos que se le han distribuído, deja la espada y echa mano a las rudas estacas. Los puertos espaciosos resguardan las naves de la tempestad; el potro libre de su prisión corre a pacer en los prados; el viejo gladiador depone la espada y recibe la vara que asegura el resto de sus días, y yo que tantas veces milité en las filas de Cupido, bien merezco

gozar al cabo una vida tranquila. Pero si un dios me dijese: «Vive por fin exento de cuitas», le disuadiría: ¡son tan dulces las penas del querer!

Fatigado de la incesante lucha y con el fuego del corazón casi extinguido, no sé qué vértigo se apodera aún de mi alma extraviada. Como el caballo de dura boca despeña en el precipicio al caballero impotente para sujetarle con los frenos cubiertos de espuma; como un viento repentino rechaza el barquichuelo que próximo a tierra iba a tomar el abrigo del puerto, así me arrastra con frecuencia el soplo incierto de Cupido, y el Amor de purpúreo rostro vuelve a lanzarme los dardos que ya conozco. Hiere, niño, te ofrezco mi cuerpo desnudo y sin armas; alardea de tus fuerzas y la habilidad de tu diestra. Como si las enviases, vienen a clavarse espontáneamente en mí tus saetas; acaso su aljaba les sea menos conocida que mi pecho. Desgraciado del que logra reposar toda la noche y considera el sueño un bien de alta estima. Imbécil, ¿qué es el sueño sino la fría imagen de la muerte? El destino te reserva largos siglos de descanso. Yo quiero que me engañen las dulces palabras de mi amiga; la sola esperanza del placer me proporciona inmensa satisfacción, y que ahora me diga ternuras, ahora me promueva reyertas; que hoy se entregue en mis brazos, y mañana me envíe noramala. Por tu causa, Cupido, es dudosa la suerte de Marte; tu padrastro mueve las armas siguiendo tu ejemplo. Eres versátil y mucho más ligero que tus alas, y das y niegas los placeres al tenor de tu capricho. Si a pesar de esto oyes mis súplicas,

Cupido, y las oye tu hermosa madre, no dejéis desierto mi corazón de vuestro imperio, y que la tropa demasiado voluble de los jóvenes se someta a tu poder; así serás venerado por los hombres y las mujeres.

X

Lo recuerdo bien : tú, Grecino, sostenías qne ninguno puede amar dos mujeres al mismo tiempo, y por ti he caído en el error, por ti me sorprendieron inerme, y amo torpemente a dos a la vez. Las dos son hermosas, las dos entendidas en las artes hasta el punto de ser difícil declarar cuál de ellas tiene superior talento. La una es más linda que la otra, y ésta más que aquélla, y ya me seduce la una, ya al reverso la otra. Como el esquife combatido por vientos contrarios, así estos dos impulsos comparten mi corazón. ¿Por qué, Ericina, duplicas mis tormentos sin fin?; ¿no me producía una sola bastantes zozobras? ¿Por qué esparces hojas sobre los árboles, multiplicas las estrellas del cielo y viertes sobre el vasto mar las aguas de los ríos? Sin embargo, prefiero este embarazo a languidecer en la indiferencia. A mis enemigos deseo una vida sin satisfacciones; a mis enemigos el dormir en un lecho solitario, y tender con lasitud el cuerpo sin dividirlo con nadie, y que el amor cruel interrumpa mi pesado sueño, y mis colchones no se hundan sólo bajo mi peso; que sin obstáculos una amiga agote mi pujanza, si puede una sola, y si no, que sean dos.

Me agrada un talle ligero, aunque no sin brío; que no le abone la pesadez, pero sí el vigor de los nervios; la voluptuosidad dará a mis músculos la fuerza necesaria; en este punto ninguna joven fué por mí engañada. Cien veces, después de pasar la noche entera entregado al placer, me hallé a la mañana todavía fuerte y vigoroso. Feliz el que sucumbe en el ardiente certamen de Venus; quieran los dioses que sea ésta la causa de mi muerte. Ofrezca el soldado su pecho a los dardos del enemigo, y conquiste con su sangre un nombre inmortal; corra el avaro tras las riquezas, y al naufragar, beba con perjura boca las olas salobres que barrieron su nave, y sea mi destino languidecer en las contiendas de Venus, y que la muerte me sorprenda en medio de sus placeres, y que alguno, con los ojos arrasados de lágrimas, diga en mi funeral: «Tu muerte ha sido en todo conforme con tu vida.»

XI

El pino arrancado de la cumbre del Pelión abrióse el primero una ruta peligrosa por las olas asombradas del mar, y sorteando con audacia los escollos que le salieron al paso, trajo de regreso, cual rico botín, el carnero de áureos vellones. Ojalá las funestas olas hubiesen devorado la nave de Argos, para que nadie en adelante bogase con los remos por el piélago extendido. He aquí que huyendo del lecho que tan bien conoce y los Penates domésticos, Corina se lanza a sus falaces derroteros. ¡Ay, desgraciado

de mí!, por tu causa habré de temer el Euro y el Céfiro, el frío Bóreas y el templado Noto. Allí no admirarás ricas ciudades ni amenas selvas; la vista del mar cerúleo y pérfido es lo que te aguarda. En medio del Ponto no tropezarás las conchas de nácar ni las pintadas pedrezuelas que esmaltan la húmeda arena de la playa, y los blancos pies de las hermosas pisan con seguridad completa; mas el resto del camino ofrece graves peligros. Otros os cuenten las batallas de los vientos, los mares que infestan Escila y Caribdis, y las violentas acometidas de las rocas que dominan los montes Ceraunios, en qué puntos se ocultan las Sirtes y en qué sitio el promontorio de Malea, que otros os lo refieran, y prestad crédito a sus relatos; ninguna tempestad amenaza al que los cree. Tarde vuelve a tierra el que suelta las amarras y lanza su barco a toda vela por la inmensa llanura. El navegante, lleno de zozobra, ve tan próxima la muerte como el agua al rugir de los contrarios vientos. ¿Qué será de ti si Tritón exaspera el hirviente oleaje? ¡Cómo la palidez se pintará en tu rostro! Entonces invocarás a los vástagos generosos de la fecunda Leda, y gritarás: «¡Feliz el que vive en la tierra natal!» Es más grato frecuentar el lecho, leer libros que interesen y pulsar con los dedos la lira de Tracia. Mas si la furia del huracán ha de llevarse mis vanas quejas, al menos que Galatea se muestre propicia a tu navegación. Nereidas, y tú, padre de todas ellas, la muerte de joven tan encantadora se os imputaría como un crimen. Parte acompañada de mi recuerdo, y vuelve con próspero viento cuyas impe-

tuosas ráfagas hinchen tus velas. Que el gran Nereo empuje las olas sobre estas riberas; que los vientos soplen hacia aquí, y hacia aquí el flujo impela las aguas. Tú misma rogarás al Céfiro que te ayude con su aliento, y con tu misma mano impulsarás la turgente vela. Yo, desde el litoral, descubriré el primero tu nave, bien conocida, y exclamaré: «¡Ésta me devuelve mis dioses!» Me arrojaré en tus brazos con aturdimiento, te daré mil besos, y caerá la víctima ofrecida por tu fausto regreso. Extenderé la arena en forma de lecho, y cualquier montículo nos servirá de mesa, y entre los brindis de Lieo comenzarás tus largos relatos: nos explicarás cómo tu nave casi fué tragada por el abismo; me jurarás que viniendo hacia mí no sentías el frío de la noche ni la violencia del huracán, y aunque sea falso, todo lo creeré verdadero. ¿Por qué no creer regocijado lo que deseaban mis votos? Que el lucero de la mañana que hermosea el firmamento me traiga cuanto antes este día en su veloz carrera.

XII

Laureles del triunfo, venid a ornar mis sienes: vencimos; al fin reposa en mi seno esa Corina que el esposo, el guardián, la puerta y tantos enemigos impedían que fuese víctima de la astucia. Aquella victoria es digna de solemne triunfo, en que se conquista la presa sin derramar una gota de sangre. No escalé débiles muros, ni cualquier fortaleza con pequeños fosos, sino que una bella ha sido el premio

de mi hábil estrategia. Cuando cayó Pérgamo vencida tras un asedio de diez años, ¿qué parte de alabanza cupo al hijo de Atreo, siendo tantos los héroes? Pero mi gloria me pertenece del todo; ningún soldado me ayudó a conquistarla, ningún otro puede ostentar los títulos de mi hazaña. El éxito coronó mis bríos como jefe y como soldado; yo mismo fuí el caballero, el infante y el portabandera; el azar no intervino nada en mis buenos sucesos, y el triunfo ha sido el galardón de mi constancia.

Yo no daré motivos a nuevas guerras. Si no hubieras sido raptada, hija de Tindaris, no se hubiera turbado la paz entre Asia y Europa. Una mujer armó las manos de los salvajes Lapitas y los biformes Centauros, torpemente entregados a los excesos de la embriaguez; una mujer impulsó a los troyanos en tu reino, justo Lalino, a lanzarse de nuevo a la feroz carnicería de las batallas, y una mujer, en los primeros tiempos de Roma, indujo asimismo a los habitantes a revolverse contra sus suegros. Yo vi a dos toros que se disputaban una blanca ternera, que, como espectadora del combate, alentaba su valor. A mí Cupido me ordenó enarbolar la bandera de sus numerosos secuaces, y la he conservado sin manchas de sangre.

XIII

La imprudente Corina ha puesto en peligro su vida, destruyendo con un abortivo el peso que abrumaba su vientre. En verdad que merece mi cólera

por exponerse a tanto riesgo sin mi conocimiento; mas la cólera cede ante el temor. Sin duda, o había concebido de mí, o al menos así lo creo; acostumbro a dar por cierto aquello que es posible. Isis, que habitas Paretonio y las feraces tierras de Canopo, con Menfis y Faros ceñida de palmeras, y las llanuras en que el rápido Nilo abandona su vasto lecho y por siete bocas tributa sus aguas al mar, te ruego por tu sistro y por la veneranda cabeza de Anubis, y así el pío Osiris acepte siempre gozoso tus sacrificios, la serpiente aletargada se deslice con lentitud en torno de las ofrendas, y Apis, con sus cuernos de oro, acompañe tu pompa, que vuelvas a esta parte tus miradas, y con la salvación de Corina salves a dos, pues tú darás a ella la vida y ella a mí. Con frecuencia la viste celebrar sentada tus sacros festejos a la hora en que los sacerdotes Galos se ceñían de laureles. Tú, que tanto compadeces en los difíciles meses de la gestación a las madres que retardan el paso con el fruto de sus entrañas; compasiva Ilitia, ven y oye favorable mis preces; es digna de contarse entre tus protegidas. Yo mismo, vestido de blanco, quemaré el incienso en tus aras humeantes y depositaré a tus pies las prometidas ofrendas, grabando estas palabras: «Ovidio Nasón, por la salud de Corina.» Diosa, inclínate a merecer tal inscripción y tales ofrendas. Y tú, amada mía, si me es lícito aconsejarte, viéndote sobresaltada de tanto temor, guárdate de repetir nuevamente lo que acabaste de hacer.

XIV

¿Qué aprovecha a las jóvenes no verse obligadas a la guerra ni a seguir, con el escudo al brazo, los fieros escuadrones, si se hieren con sus dardos, sin que Marte las provoque, y arman las ciegas manos contra la propia vida? La primera que se resolvió a abortar el feto de sus entrañas merecía caer al filo de sus mismas armas. Pues qué, para que el vientre no delate con sus rugosidades tu falta, ¿era indispensable arrasar el triste campo en que sustuviste la lucha? Si las antiguas matronas siguieran costumbre tan fatal, la raza de los hombres hubiese perecido por su culpa, y fuera preciso un nuevo Deucalión que, arrojando piedras en el orbe desierto, echase otra vez las semillas del humano linaje. ¿Quién habría quebrantado las huestes de Príamo, si Tetis, la diosa de los mares, rehusara alimentar nueve meses en su seno el fruto concebido? Si Ilia ahogara en el hinchado vientre los hermanos gemelos, hubiese perecido el fundador de la ciudad dominadora del mundo; si Venus en su preñez expulsara con violencia a Eneas, la tierra estaría hoy huérfana de los Césares, y tú también, hermosa, hubieras muerto antes de nacer, si tu madre llegara a imitar tu conducta. Yo mismo, que tengo por gran suerte morir amando, no habría visto la luz del sol, si mi madre me estrujara en su cuerpo. ¿Por qué despojas la fecunda viña de los nacientes racimos y coges del árbol los frutos verdes todavía? Así que maduren, caerán de su peso. Deja

crecer lo que nació; la vida cobra alto valor con una poca paciencia. ¿Por qué destrozáis vuestras entrañas con el hierro mortífero, y propináis crueles venenos a los niños que aun no nacieron? Nadie perdona a Medea haber derramado la sangre de sus hijos, y todos lamentan la suerte de Itis, degollado por su madre; una y otra fueron despiadadas; mas por tristes motivos, una y otra se vengaron de sus esposos en los hijos comunes. Decidme, ¿qué Tereo, qué Jasón os incita coléricas a poner en vuestros cuerpos una mano criminal? Tamaña atrocidad ni la cometen los tigres en los antros de Armenia, ni la leona se atreve nunca a malograr sus partos, y lo ejecutan las tiernas jóvenes, aunque no impunemente, pues muchas veces paga con la vida la madre que destruye en el útero el fruto de su fecundidad. Si sucumbe, con el cabello desgreñado se la tiende sobre el fúnebre lecho, y exclaman cuantos la ven: «Mereció su fin.» Mas que mis dichas se pierdan en la atmósfera vacía y mis presagios no traigan tan fatales consecuencias. Dioses clementes, perdonad la primera falta de mi amada; habréis hecho bastante, y que lleve el condigno castigo si osare reincidir.

XV

Anillo que has de ceñirte al dedo de mi hermoso dueño, y cuyo precio lo avalora el amor de quien lo regala, corre a su casa como un grato presente que reciba con franca alegría; resbala en seguida por sus flexibles articulaciones, y ajústate como ella a mí,

siendo la medida exacta de su dedo, sin lastimarlo. Feliz anillo, serás el juguete de mi señora; yo mismo, desgraciado, aparezco envidioso de mis dones. Así pudiera de súbito convertirme en mi regalo por las artes mágicas de Ea o del viejo de Cárpatos. Entonces intentaría rozar los pechos de mi amada cuando su mano izquierda penetrase bajo la túnica, y por más sujeto que estuviera, resbalaría del dedo, y suelto, gracias a mi habilidad, me dejaría caer sobre el turgente seno. Asimismo, cuando quisiera sellar las secretas tablillas, para impedir que la cera se adhiriese a la seca piedra, rozaría el primero los húmedos labios de mi hermosa, siempre que no sellase escritos que hubieran de afligirme. Si me relegara a permanecer oculto en el escritorio, me rebelaría, contrayéndome y quedando sujeto en mi sitio. Que no sea jamás para ti, vida mía, un motivo de sonrojo, ni grave carga que tu mano delicada rehuse llevar. No me abandones, ya introduzcas tu cuerpo en el agua caliente, ya resuelvas bañarte en las ondas del río; aunque temo que viéndote desnuda, el deseo despierte mis sentidos y el anillo haga el oficio del amante. Mas ¿a qué tantas protestas inútiles? Marcha, regalo insignificante, a que ella vea en ti el testimonio de mi fidelidad.

XVI

Estoy en Sulmona, tercer cantón del territorio de los Pelignos, comarca angosta, pero muy saludable por los arroyos que la atraviesan. Aunque desde la

ardiente constelación de la perra de Icario el sol hienda la tierra con sus rayos abrasadores, los campos Pelignos son regados por cien venas cristalinas, y la fresca hierba tapiza el fecundo suelo. Tierra fértil en espigas, y aun más fértil en racimos, amén de producir algunos de sus campos la oliva consagrada a Palas. Los arroyos que serpentean entre el musgo renaciente extienden una verde alfombra sobre la húmeda tierra; pero mi amor está ausente de aquí; dije mal, está lejos la que me lo inspira, pues siempre lo llevo conmigo. Si me honraran colocándome entre Cástor y Pólux, lejos de ella, no quisiera habitar el cielo. Sufran una muerte angustiosa y siéntanse oprimidos por la pesadez de la tierra los que emprenden largos viajes para recorrer el mundo, y ordenen que si los jóvenes han de vagar en interminables caminatas, las lindas muchachas vayan en su compañía. Entonces, aunque estremecido de frío escalase los ventisqueros de los Alpes, me parecería delicioso el viaje yendo con mi amada; con ella osaría atravesar las Sirtes de Libia y desplegar las velas al Noto enemigo; no me asustarían los perros portentosos que ladran en las caderas de la virginal Escila, ni los pérfidos golfos de la costa de Malea, ni las olas que vomita y sorbe por la boca Caribdis, hinchada con las naves que devora. Mas si los vientos desencadenados vencen a Neptuno, y la onda arrebata a los dioses que habían de socorrernos, cuélgate de mis hombros con esos brazos de nieve, y soportaré sin fatiga tan dulce carga. Cien veces el joven Leandro, por ver a su Hero, atravesó las olas a nado, y lo

consiguiera la última vez a no ocultarle el camino la obscuridad. Mas sin llevarte a mi lado, aunque esparza la vista por las tierras cubiertas de viñedos y los campos que riegan corrientes caudalosas, y vea al labrador que dirige por la acequia las ondas sumisas, y cómo el aura suave balancea las ramas de los árboles, no creeré encontrarme en el sano país de los Pelignos, ni pisar en el pueblo natal los campos de mi padre, sino más bien en la Escitia, entre los fieros Cilicios y los Bretones de verdosa tez, o en los peñascos enrojecidos por la sangre de Prometeo. El olmo ama la vid, la vid no abandona al olmo; ¿por qué yo me veo con tal frecuencia separado de mi prenda? ¡Ah!, tú jurabas ser siempre mi fiel compañera por mi dicha y por tus ojos, estrellas que guían mis plantas. Las promesas de las jóvenes se las llevan por doquier las aguas y los vientos más rápidamente que las hojas caídas. Si aun queda en ti un resto de piedad por mi aislamiento, comienza a traducir en hechos tus promesas. Engancha sin tardar a tu ligera carroza los fogosos caballos, y que sacudan las flotantes crines por estos lugares. Vosotros, montes altivos, inclinaos a su llegada y ofrecedle por vuestros sinuosos valles un camino sin obstáculos.

XVII

Si alguno considera cosa torpe el servir a una bella, quedaré a su juicio convicto de esa vergüenza; mas no me importa el dictado de infame, siempre que me trate con menos crueldad la diosa que reve-

rencian Pafos y Citera batida por las olas. Ojalá sea benigna la señora que me reduzca a la servidumbre, puesto que forzosamente he de perder la libertad por una hermosa. La belleza engendra el orgullo; Corina se enorgullece de su cara. ¡Desgraciado de mí!, ¿por qué se conoce ella tan bien? ¡Claro!, su arrogancia crece al contemplarse en el espejo, y nunca se mira en él hasta después de componerse a la perfección. Aunque la beldad te da sobre todos un absoluto señorío, y por ende ha conseguido fascinarme, no creas que te es lícito el desprecio comparándome contigo: lo inferior suele unirse a lo grande. Se dice que la ninfa Calipso, enamorada de un mortal, le detuvo a la fuerza en su isla; se sabe que una Nereida tuvo tratos íntimos con el rey de Pthia, y Egeria con el justo Numa, y Venus con Vulcano, que al dejar el yunque presentábase a su vista tiznado y tambaleándose con el pie cojitranco. Esta misma combinación métrica es desigual y el verso heroico se enlaza perfectamente con el segundo más corto. Así, pues, luz de mi vida, recíbeme afable con las condiciones que te plazca imponerme; pero dictame tus leyes tendida en el lecho. Nunca me convertiré en tu acusador, ni vengaré tus desvíos, y no tendremos motivos para renegar de nuestro mutuo afecto. Valgan para ti mis felices versos por una gran renta; son muchas las que quisieran que las nombrase en ellos. Sé de una que en todas partes pretende pasar por Corina; ¿qué no daría a trueque de serlo? Mas ni se deslizan por el mismo cauce el frío Eurotas y el Po sombreado de álamos, ni otra ninguna será como tú cantada en mis

libros. Tú serás la única que exalte la inspiración de mi ingenio.

XVIII

Mientras tú, Macer, celebras en tus cantos al indignado Aquiles, y vistes las primeras armas a los príncipes juramentados, nosotros reposamos a la sombra de la indolente Venus, y el tierno niño quebranta nuestros audaces arrestos. No pocas veces dije a mi amada: «Retírate por fin»; y me contestó sentándose de improviso sobre mis rodillas. Otras le dije: «Tengo vergüenza»; y mal reprimidas sus lágrimas, exclamó: «¡Desgraciada de mí!, ya te avergüenza el amarme.» Ciñó mi cuello con sus brazos y estampó en mi cara mil besos que fueron mi perdición. Caí vencido; mi ingenio ya no cantará encarnizados combates, sino mis guerras personales y las empresas que se realizan en la paz. No obstante, empuñé el cetro, la vocación me inclinaba al cultivo de la tragedia, y me sentí con aptitud para tan difícil empeño. El Amor se rió de mi manto, mis pintados coturnos y del cetro empuñado por una mano que no acertaba a sostenerlo: el influjo de mi tiránica amiga me apartó de la empresa, y triunfó del vate que se había calzado el coturno. Ya que sólo esto se me consiente, enseñaré las artes de que se vale el tierno Amor, y, ¡ay de mí!, soy la primera víctima de mis preceptos. Escribo la sentida carta de Penélope a su Ulises, y cuento las lágrimas de Filis en su abandono; lo que han de leer Paris y Macareo, el ingrato Jasón, el padre de Hipólito e Hi-

pólito mismo; las quejas en que prorrumpe la mísera Dido, y las de la poetisa de Lesbos acompañada por la lira de Eolia.

¡Con qué prontitud mi amigo Sabino ha recorrido el orbe trayéndome las respuestas de cien lugares distintos! La casta Penélope reconoció el sello de Ulises, y Fedra leyó la misiva de Hipólito. Ya el pío Eneas respondió a la desgraciada Elisa, y Filis, si vive todavía, habrá leído la epístola esperada. La carta fatal de Jasón ha llegado a manos de Hipsipila, y Safo, amada por Apolo, puede ya entregarle la lira que le ha consagrado. Tú, Macer, que bajo la tienda de campaña cantas las bélicas empresas, no olvides el amor en medio de los afanes de Marte. Allí está Paris con la adúltera famosa por su crimen, y Laodamia que acompaña a su difunto esposo. Si no me engaño, tratas estos asuntos con el mismo placer que las guerras, y desde el tuyo a veces te trasladas a mi campo.

XIX

Estólido, si no tienes necesidad de vigilar los pasos de tu mujer, vigílala por mí y me la harás mucho más apetecible. Lo que se nos permite lo estimamos en poco; lo que se nos prohibe enciende nuestro ardor. Tiene un corazón de hierro el que acepta lo que otro le consiente; los amantes debemos esperar y temer a la vez, y como estímulo de nuestra ansiedad llevar alguna que otra repulsa. ¿De qué me sirve la fortuna si no puede engañar nunca mis aspiraciones? Yo amo

lo que es capaz de ocasionarme un tormento. La astuta Corina advirtió en mí este flaco, y adivinó con sagacidad los medios más hábiles para prenderme. ¡Ah!, ¡cuántas veces estando sana fingió atroces dolores de cabeza, y me despidió y ordenó retirarme con paso lento!; ¡cuántas a su capricho simuló conocer mis traiciones, y siendo ella la culpable aparecía con el disfraz de la inocencia! Pero después de atormentarme y atizar el fuego casi apagado, satisfacía dulce y rendida mis exigencias. ¡Qué de caricias, qué tiernas palabras me decía y qué de besos, grandes dioses, tan ardientes me prodigaba!

Tú que hace poco cautivaste también mis ojos, muéstrate temerosa de la falsedad; rogada niega tus favores, y deja que tendido en el umbral de tu puerta me hielen los rigurosos fríos de una noche de invierno. Así perdura mi pasión y cobra bríos sin cesar; esto me estimula, éste es el alimento que conviene a mi ánimo. El amor tranquilo y demasiado fácil acarrea pronto el tedio, como un manjar dulce en extremo perjudica al estómago. Si la torre de bronce no encerrase nunca a Dánae, Júpiter no la habría hecho madre; y mientras Juno vigila a la coronada de cuernos, ésta aparece más graciosa que antes a la vista del padre de los dioses.

El que se contenta con los placeres fáciles y lícitos, vaya a coger las hojas de los árboles y tome el agua en la corriente de un río caudaloso. La que pretenda reinar largo tiempo, sepa engañar al amante. ¡Ay de mí!; que no me vea atormentado por mis propios consejos. Sea lo que quiera, me repugna un grato

acogimiento a todas horas; huyo de la que me sigue, y acoso a la que huye de mí. Mas tú que vives tan seguro de la fidelidad de tu hermosa compañera, comienza a cerrar tu puerta a la proximidad de la noche, comienza a indagar quién golpea furtivamente sus umbrales, y por qué ladran los perros en medio del nocturno silencio; qué tablillas le trae y le lleva una ladina sirvienta, y qué causa la obliga a dormir tantas veces en lecho separado. Que esta zozobra muerda alguna vez las medulas de tus huesos y preste ocasión y materia a mis astucias. El que pueda amar a la esposa de un estólido, puede lo mismo robar las arenas de la desierta playa; y, en fin, te lo prevengo, si no vigilas celoso a tu mujer, no tardaré en dejar de ser su amante. He sufrido mucho y por largo tiempo esperé con paciencia que un día vigilases su conducta de modo que no me avergonzase yo de mis solícitos afanes, y sigues tan tranquilo aguantando lo que no tolera ningún marido, y tendré que poner fin a unas relaciones que tú permites. ¿Seré siempre tan infeliz que nunca se me prohiba la entrada en tu casa? ¿No me asustará ninguna noche el vengador de sus ultrajes? ¿No temeré a nadie durante el sueño ni lanzaré suspiros de terror? ¿No harás alguna demostración por la cual yo desee con motivo tu muerte? ¿Qué tengo de común con un marido tan tolerante, que es el cómplice de su mujer? Tu vil consentimiento emponzoña mis placeres. ¿Por qué no buscas otro que se huelgue de tanta paciencia? Si quieres que yo sea tu rival, prohíbemelo ser.

LIBRO TERCERO

ELEGÍA I

Créese que se oculta el templo de una divinidad en cierta antigua selva que en muchos años no ha conocido los golpes de la segur; brota allí sagrado manantial bajo una gruta tallada en la roca, y las aves gorjean dulcemente por todas partes; allí me paseaba protegido por la sombra de los árboles, absorto en la obra que había de producir mi Musa, cuando se me acercó la Elegía con los cabellos perfumados y bien dispuestos, pareciéndome que el uno de sus pies era más largo que el otro: el porte distinguido, la túnica transparente, el aspecto de enamorada y hasta el vicio de los pies contribuía a realzar sus gracias. Acercóseme también a grandes pasos la violenta Tragedia, cuyos cabellos flotaban en la frente amenazadora, barriendo el suelo con el manto; en la mano izquierda empuñaba orgullosa el cetro real, y el coturno de Lidia ennoblecía sus plantas, y me dijo la primera: «¿Cuál será el fin de tus amores, ¡oh poeta!, tan remiso en desenvolver tu argumento? En los báquicos festines se comentan tus locuras lo mismo que en las angostas encrucijadas. Con frecuencia el dedo de alguno señala al vate que pasa, y exclama: «Éste »es el que se siente devorado por un amor intenso.» Sin percatarte eres la fábula de toda la ciudad, cuando falto de pudor relatas tus trapisondas. Ya es tiempo de que empuñes el tirso con vigoroso aliento;

harto has descansado; acomete empresas de mayor brío. Achicas tu ingenio con la insignificancia de los asuntos; celebra las hazañas de los héroes, y gritarás con razón: «Tal gloria estaba reservada a mi esfuer»zo.» Tu Musa juguetona se recrea en componer cantos que repiten las bellas, y en tan frívolo empleo pasaste la primera juventud. Ya es hora que por tu genio conquiste un nombre la tragedia romana; lo tienes de sobra para desempeñar tan alta misión.»

Así dijo, se irguió arrogante en los nobles coturnos y sacudió tres o cuatro veces la cabeza poblada de espesa cabellera. La otra, si mal no recuerdo, sonrió mirándola de reojo. ¿Me equivoco, o llevaba en la mano una vara de mirto? «Orgullosa Tragedia — le responde—, ¿por qué me intimidas con frases amenazadoras? No puedes dejar un momento tu severidad. A pesar de esto te has dignado acudir al empleo de medidas desiguales, y me has atacado con los versos que me son propios. Yo no pondré en parangón tus cantos sublimes con los míos; tu suntuoso palacio aplasta mi humilde cabaña. Soy ligera y sólo trato de Cupido, tan ligero como yo, y no elevo el tono más de lo que conviene al asunto. Sin mí la madre del Amor retozón pierde sus hechizos; soy a la par confidenta y compañera de la diosa. La puerta que tú no conseguirías abrir con tu fiero coturno cede con suma facilidad a mis caricias, y, no obstante, merecí más que tú, soportando muchas cosas que no podrías tolerar sin fruncir el entrecejo. Por mí aprendió Corina a burlarse de su guardián y a romper la cerradura de una puerta bien asegurada; a descender del

lecho medio cubierta con la túnica recogida, y mover los tácitos pies en las sombras de la noche. ¡Cuántas veces me suspendí ante su puerta inexorable sin temer que me reconociese la gente que pasaba! Hay más: recuerdo que la criada me acogió un día en el seno hasta que saliese el severo guardián de su ama. ¡Qué digo!, ¿no fuí yo el regalo que le enviaste el día de su natalicio, y ella lo rompió colérica y arrojó los pedazos al agua? Yo he sido la primera que fecundizó los gérmenes de tu talento poético; lo que la Tragedia te pide, de mí sola lo recibiste.»

Cesaron de contender y tomé así la palabra: «Por vuestro propio honor os ruego que escuchéis atentas mis tímidas voces. La una me brinda el cetro y elevado coturno, y ya brotan frases grandilocuentes de mi boca entreabierta; la otra da a mi amor una fama imperecedera; venga, pues, ésta y añada a los versos largos los cortos. Tragedia, concede al vate un momento de espera; tus obras reclaman mucho espacio y las de la Elegía breves instantes.» Persuadida al fin, accedió a mi súplica: que los tiernos amores se apresuren a gozar la ocasión; después me espera una obra de más grandeza.

II

No me siento aquí porque me interese el certamen de los generosos corceles, aunque deseo que venza aquel a quien favoreces; vine por hablar contigo, por acercarme a tu lado y porque no te sea desconocido el amor que me infundes. La carrera atrae

tus miradas; yo pongo en ti las mías; contemplemos los dos el espectáculo que nos place, y hártense en él de placer nuestros ojos. ¡Oh, feliz, sea quienquiera, el corredor que tú favoreces, puesto que alcanzó la dicha de tu preferencia! ¡Que no tuviese yo igual suerte! Entonces, librando los caballos de la estrecha cárcel, me lanzaría á la carrera con ímpetu esforzado, y ya aflojaría las riendas, ya sacudiría el látigo sobre los lomos, ya aproximaría las ruedas casi hasta rozar la meta; mas si llegaba a distinguirte en medio del torbellino, me detendría al instante, y las riendas abandonadas se me caerían de las manos. ¡Ay!, mientras contemplaba tu rostro, hermosa Hipodamia, cuán cerca estuvo Pelops de caer muerto por la lanza del rey de Pisa; pero al cabo venció, alentado por tu favor; así venzamos todos los jóvenes gracias a los votos de nuestras queridas. ¿Por qué te apartas en vano de mí? La grada nos obliga a estar unidos, las leyes del circo nos ofrecen tales ventajas; mas tú no la estrujes, pues se siente molestada por el contacto de tus codos, y tú, que asistes al espectáculo detrás de nosotros, recoge por favor un poco las piernas y no claves tus duras rodillas en su espalda. Veo que tu manto, medio desprendido, se arrastra por el suelo; recógelo, o lo levantará mi solícita atención. Se sentía celoso por cubrir tan lindas piernas; sí, se sentía celoso contemplándolas a su sabor. Tales eran las de la veloz Atalanta, que Milanión hubiera querido tocar con sus manos; tales las de Diana que, con la túnica a la rodilla, acosa intrépida las fieras del bosque. Si me abraso por tales piernas que no logré ver,

¿qué me habría pasado al descubrir las tuyas? Añades fuego a la llama y aguas al mar. Por lo que he visto, sospecho cuánto me enajenarían los tesoros que velan tus vestidos transparentes. En el ínterin, si quieres refrescarte la cara con un aire ligero, mi mano se encargará gustosa de agitar el abanico. ¿O es, más bien que el temple del aire, el fuego de mi alma lo que te abrasa y un amor arrebatado prende en tu cautivo pecho? Mientras charlo, tu blanco vestido se ha cubierto de negro polvo. Sucio polvo, huye de su níveo cuerpo.

Pero ya sale la pompa procesional; silencio y atención: llega el momento del aplauso, viene la brillante pompa. En primer lugar, resplandece la Victoria con las alas extendidas: ven aquí y haz, ¡oh diosa!, que triunfe mi amor. Aplaudid a Neptuno los que os fiáis demasiado de las olas: yo no tengo nada que ver con el piélago, y vivo contento en mi tierra. Soldado, aplaude a tu dios Marte; aborrezco las armas, soy amigo de la paz y del amor, que vive en medio de sus dulzuras. Que Febo sea propicio a los augures, Diana a los cazadores, y Minerva reverenciada por los artífices manuales. Labriegos, alzaos en presencia de Ceres y el tierno Baco, el púgil conquiste los favores de Pólux y el caballero los de su hermano Cástor. Nosotros reservamos los aplausos para ti, dulce Venus, y el rapaz de potentes flechas; diosa, favorece el principio de mi empresa, infunde en mi amada nuevos pensamientos, para que corresponda a mi predilección. Accede a mi súplica, y con el gesto me ha hecho una señal favorable. Lo que la diosa me con-

cedió, te ruego que lo prometas tú misma, y lo diré, con perdón de Venus: serás para mí una diosa mayor. Lo juro por todos los testigos presentes y por la pompa de los dioses: tú serás eternamente mi dueño adorado; pero tus piernas penden al aire; si gustas, puedes apoyar las puntas de los pies sobre estos listones.

Ya el circo se despejó; va a comenzar el espectáculo; el pretor da la señal, y las cuadrigas salen a la vez de sus cárceles. Veo por quién te interesas; vencerá con tu favor; diríase que los mismos corceles penetran tus deseos. ¡Desgraciado de mí!; describe un gran arco en torno de la meta. ¿Qué haces?; tu rival la pasa casi rozando. ¡Infeliz de ti!; inutilizas los buenos deseos de mi amada; por favor, recoge con vigorosa mano la rienda izquierda. Favorecimos a los inhábiles; pero, romanos, llamadlos de nuevo y dad la señal agitando las togas por doquier. ¡Ah!, los llaman, y si quieres evitar que el movimiento de las togas descomponga tus cabellos, puedes resguardar tu cabeza entre los pliegues de la mía. Ya se abren otra vez las puertas de las cárceles, y los combatientes con túnicas de distinto color, lanzan sus bridones a toda rienda. A lo menos ahora toma la delantera, y vuela por el espacio que libre se le ofrece, esforzándose por que se cumplan mis votos y los de mi amada. Los votos de mi amada se han cumplido; restan sólo los míos; el vencedor recoge la palma, yo tengo que ganarla todavía. Ella se rió, y con sus expresivas miradas me hizo alguna promesa. Me basta por hoy; mañana me concederá lo demás.

III

¿Creeré en la existencia de los dioses? Se burló de la fe jurada, y su rostro permanece tan hermoso como antes; tan largos como eran sus cabellos antes del perjurio lo son después de haber engañado a los números. Ayer las rosas purpúreas se fundían en la blancura de su tez, y hoy el rubor la colorea con más rojos matices; su pie era diminuto, y aun conserva su lindísima forma; alta fué y graciosa, y alta y graciosa sigue siendo; tenía unos ojos provocadores, y todavía resplandecen como estrellas los ojos con que me burló tan a menudo su perfidia. ¿Será que los dioses permiten eternamente a las muchachas los falsos juramentos, o que la hermosura es otra especie de divinidad?

Recuerdo que ella juró poco ha por sus ojos y los míos, y sólo los míos han llorado. Decidme, dioses, si ella os burla impunemente, ¿por qué sobrellevo el castigo que otra merece? ¿No os declarasteis sin reparo contra la virgen Cefea, condenándola a muerte por el orgullo que sintió su madre viéndola tan hermosa? ¿No bastó que fueseis para mí testigos sin crédito, y que ella, incólume, se riera de mí y de los dioses? ¿Se redimirá del perjurio con mi pena y, sobre engañado, seré además víctima de la engañadora? O el nombre de dios no tiene realidad y se le teme sin razón por la necia credulidad de los pueblos, o si existe un dios se declara amante de las tiernas doncellas y les permite atreverse a crueles iniquidades.

Empuña Marte contra nosotros la mortífera espada, y con invencible diestra Palas nos asesta su lanza; en nuestro daño se encorva el arco flexible de Apolo, y el potente brazo de Jove fulmina sobre nuestras cabezas el rayo; pero los dioses, aun agraviados, evitan ofender a la hermosura y hasta temen a las que desafían su cólera. ¿Y hay quien se afane por quemar el piadoso incienso en las aras? Es indudable que los hombres debían alardear de ánimo más esforzado. Júpiter, que lanza sus rayos sobre los bosques y las fortalezas, prohibe a sus dardos de fuego que hieran a las perjuras. Muchas merecieron el castigo, y sólo abrasó a la desventurada Semele, sólo ésta arrostró la pena de su excesiva complacencia. Si se hubiese substraído a los obsequios del amante, no habría llevado el padre la carga de Baco que correspondía a la madre. Mas ¿a qué me lamento y revuelvo airado contra el cielo? Los dioses también tienen ojos, los dioses también tienen corazón, y si yo fuese un dios consentiría, sin darme por ofendido, que la mujer con sus embelecos engañase mi divinidad; yo mismo afirmaría con juramentos que las doncellas no juraban en falso, y no dirían de mí que fuese un dios adusto; sin embargo, acostúmbrate a usar de su clemencia con moderación, o por lo menos, joven, ten piedad de mis ojos.

IV

Rígido esposo que pusiste un guardián a tu juvenil compañera, son inútiles tus precauciones: la mujer se defiende con su propia virtud. Aquella es casta

que no lo es por miedo, y la que no peca por falta de ocasión, es como si pecara. Si tu vigilancia preserva el cuerpo, su mente se goza en el adulterio, y nadie alcanza a vigilar a la que rechaza los guardianes. Aunque asegures bien los cerrojos, no aprisionarás el pensamiento, y después de despedir a todos, el adúltero se quedará dentro de casa. El que puede faltar sin miedo, falta menos, y sus apetitos languidecen por la misma libertad que goza. Óyeme, cesa de irritar el vicio con la persecución; lo vencerás más fácilmente con una obsequiosa complacencia.

Yo vi poco ha galopar tan presto como el rayo un corcel indómito, que se revolvía contra el freno, y detenerse de súbito así que cesó la opresión y sintió flojas las riendas sobre las espesas crines. Apetecemos siempre lo vedado y deseamos lo que se nos niega, como el enfermo ansía el agua que se le prohibe. Argos tenía cien ojos en la frente y otros cien en la cabeza, y el amor, siendo solo, le engañó cuando quiso. Dánae fué enterrada virgen en la torre infranqueable de hierro y piedra, y allí se convirtió en madre; y Penélope permaneció inmaculada entre sus jóvenes pretendientes, y eso que no la defendía ningún guarda. Anhelamos más lo que se nos veda, y la misma cautela llama al ladrón.

Pocos aman los placeres que otro les consiente. Más que por la cara, ella seduce por el interés que inspira al marido, y le supongo no sé qué hechizos que lo cautivan. No sea virtuosa la mujer que vigila su dueño, sino adúltera, y se verá amada. El temor que infunde le da más precio que la belleza. Indíg-

nate enhorabuena; me gustan los placeres prohibidos, y sólo me place la que suele decir: «Tengo miedo.» Tampoco te asiste el derecho de esclavizar a una mujer libre; este temor debe aterrar a las mujeres de pueblos extraños, para que el espía se jacte de decir con seguridad: «Yo lo conseguí», de modo que resulte casta por los méritos de tu siervo. Es harto simple el que se siente ultrajado por el adulterio de su esposa, y no conoce bastante las costumbres de la ciudad, en la que no nacieron sin mácula los hijos de Ilia y Marte, Rómulo y Remo.

Si la querías casta, ¿por qué la buscaste tan hermosa? Estas dos prendas de ningún modo saben ir juntas. Si tienes discreción, sé complaciente con tu consorte, no la trates con ceño severo, ni sustentes los derechos de un rígido esposo; acoge benévolo los amigos que ella te dé, y serán muchos, y con poco esfuerzo obtendrás grandes ventajas, pudiendo asistir cuantas veces quieras a los festines de la juventud y llenar tu casa de regalos que no te cuesten dinero.

V

Era de noche; el sueño cerró mis ojos fatigados, y tales visiones sembraron el terror en mi ánimo. Sobre la falda de un monte expuesta al Mediodía alzábase sacro bosque cubierto de encinas, en cuyas ramas se refugiaban innumerables aves; al pie se extendía un prado rebosante de verdor, humedecido por el raudal sonoro de un pequeño arroyuelo. Quise defenderme del calor bajo la sombra de los árboles,

pero hasta al abrigo de sus ramas me sentía sofocado. De súbito, paciendo las hierbas con las flores silvestres, se destacó ante mi vista una ternera más blanca que la nieve cuando acaba de caer y no ha tenido aún tiempo de convertirse en líquidos raudales, y más que la espuma bulliciosa de la leche de la oveja en el momento de ser ordeñada. Un toro la acompañaba, su feliz esposo; se recuesta junto a ella en el blando suelo, y mientras tendido rumia lentamente las hierbas que le devolvía el estómago y se alimenta de nuevo con lo ya pastado, el sueño viene de pronto a quitarle las fuerzas y deja caer en tierra su cabeza, temida por los cuernos. Entonces una corneja corta los aires con rápidas alas; llega a posarse, graznando, sobre la verde alfombra, y hunde tres veces su insolente pico en el pecho de la blanca ternera, arrancándole vedijas como la misma nieve. La ternera, indecisa breve rato, abandona por fin el prado y el toro, llevando en el blanco pecho la señal de una mancha negra, y así que ve a lo lejos su torada en los amenos pastos, pues más lejos pacía a sabor las viciosas hierbas, corre presurosa a mezclarse entre el rebaño y a buscar el sustento en suelo más fértil.

Ea, dime, intérprete de las pesadillas nocturnas, seas quienquiera, si entrañan algo verdadero, ¿qué significan estas visiones? Así le pregunté, y así me contestó el intérprete de los sueños de la noche, reflexionando con detenimiento sobre estas apariciones: «El calor que pretendías evitar con el toldo de las móviles hojas, sin conseguirlo, era el fuego de tu sangre; la vaca era tu amada; el blanco color la con-

viene como a ninguna, y tú el toro que seguía sus huellas; la corneja que hundió el agudo pico en su pecho es una vieja tercera que pretende corromper su disposición; la vaca que abandonó al toro significa la indiferencia con que te abandona en tu lecho solitario, y la lividez y las negras manchas advertidas en su pecho revelan la torpeza del adulterio que mancilla a tu amada.» Así dijo el intérprete; palideció mi rostro, falto de sangre, y en mis ojos reinó una sombría noche.

VI

Río que festoneas el limo de tus márgenes con verdes cañaverales, corro a ver a mi amada; detén el curso un instante; no tienes puente ni ligera barca que, sin ayuda de remos, me conduzca a la otra orilla cogido al cable; recuerdo que eras de escaso caudal, y no temí atravesarte, porque el agua apenas mojaba mis talones, y ahora te precipitas con estruendo, engrosado por las deshechas nieves del monte vecino, y revuelves tus profundas aguas en un lecho cenagoso. ¿Qué me sirvió la premura?; ¿qué dedicar al sueño tan corto rato y juntar la noche con el día, si había de detenerme aquí, no consiguiendo por ningún medio poner el pie en la opuesta orilla? ¡Que no tenga yo las alas del heroico hijo de Dánae, que arrebató la cabeza erizada de terribles serpientes, o gobierne el carro de Ceres, del cual caían sobre un suelo inculto las primeras semillas! Mas éstos son falsos prodigios que abortó la fantasía de los antiguos

poetas, que no han sucedido nunca ni tampoco sucederán.

Tú, río que derramas las aguas entre tan distantes riberas, así sea eterno tu curso; vuélvete a los antiguos límites. Créeme, reducido a torrente no serás víctima del odio que te persiga, si se sabe que has detenido los pasos de un amante. Los ríos deben ayudar a los enamorados en sus empeños, puesto que ellos mismos sintieron un día los efectos del amor. Es fama que el pálido Ínaco, apasionado por Melia la de Bitinia, se abrasaba en medio de sus heladas ondas. El sitio de diez años aun no había destruído a Troya cuando Neera cautivó tus sentidos, ¡oh Janto! Pues qué, ¿la ciega inclinación que le inspiró una virgen de Arcadia no obligó al río Alfeo a discurrir por diversas tierras? También se cuenta de ti, Peneo, que escondiste en las comarcas de Phtiotida a Creusa, prometida de Janto. ¿Hablaré del Asopo, a quien subyugó la varonil Teba, que vino a ser madre de cinco hijas? Si pretendiese inquirir, Aqueloo, dónde tienes ahora tus cuernos, te lamentarías de habértelos roto la mano de Hércules iracundo. Lo que no sintió por Calidón ni toda la Etolia, lo hizo por la sola Deyanira. El opulento Nilo, que por siete bocas paga al mar su tributo, y sabe tener oculta la fuente de sus aguas caudalosas, es fama que no pudo templar en el hondo abismo el ardor que le abrasaba por Evadne, hija de Asopo; como el Enipeo, empeñado en obtener los abrazos de la hija de Salmoneo, mandó que las aguas se retiraran, y las aguas obedecieron su mandato. No te pasaré en silencio a

ti, que, rompiendo entre las duras peñas, riegas con tus espumosos raudales los campos de Tibur Argeo; ni a ti, a quien sedujo Ilia, aunque descompuesta, mal vestida y delatando las señales de sus uñas en el cabello y semblante. Quejosa de la crueldad de su tío y el crimen de Marte, erraba por las márgenes solitarias; el río la vió desde sus rápidas ondas, y alzando por encima de ellas la cabeza, en ronca voz le dijo: «¿Por qué, ¡oh Ilia!, linaje de Laomedonte el de Ida, recorres mis riberas con tal ansiedad?; ¿por qué desechas tus adornos?; ¿por qué vagas solitaria?; ¿por qué la blanca cinta no sujeta tu esparcida cabellera?; ¿por qué lloras y empañas el brillo de tus húmedos ojos, y con irritada mano golpeas el desnudo pecho? Tiene un corazón de roca o de hierro quien sin lástima ve deslizarse las lágrimas por una hermosa cara. Ilia, depón el miedo; mi palacio te acogerá, y los ríos formarán tu cortejo. Ilia, deja de temer; dominarás sobre cien o más Ninfas, porque en mis ondas habitan cien o más. Sólo te ruego, vástago de la sangre troyana, que no me desprecies, y ten la seguridad de que mis regalos excederán a mis promesas.» Dijo, y ella, inclinando con modestia la mirada al suelo, humedecía en tibio llanto su seno. Tres veces quiso darse a la fuga, y otras tantas quedó inmóvil al borde de las próximas aguas: el miedo le privó del aliento para huir; por fin, se mesó con enemiga mano el cabello, y sus trémulos labios prorrumpieron en amargas quejas: «Pluguiese al cielo que, virgen todavía, mis cenizas fuesen recogidas y sepultadas en la tumba de mis padres. ¿Por qué siendo

vestal fuí invitada a las antorchas de Himeneo, y con vergüenza mía quedé incapacitada para velar el sacro fuego de Ilión? ¿Qué me detiene? Ya los dedos del vulgo me señalan como una adúltera; acabe esta atroz ignominia que delata mi frente.» Dice así, y cubriendo con el vestido los tímidos ojos, se precipita resuelta en la veloz corriente; mas el río lascivo, al caer, le puso las manos sobre el pecho, y se dice que la admitió en su tálamo a título de legítima esposa.

Es harto creíble que te encendiera la sangre alguna otra beldad; pero los bosques y las selvas ocultan tus hazañas. Mientras hablo, el raudal de tus ondas va engrosando, y tu álveo profundo se niega a contener las aguas que recibe. Río furioso, ¿qué cuentas tengo contigo?; ¿por qué difieres los goces de dos amantes?; ¿por qué interrumpes osado mi camino? ¿Qué no harías si el propio caudal te convirtiese en un río generoso, si tu nombre fuera conocido en todas las regiones? Pero no tienes un nombre, recoges tus aguas de los arroyos secos en verano, y ni conocemos la fuente de donde naces ni la morada que habitas. Forman tu nacimiento las lluvias y las nieves derretidas que el invierno perezoso te suministra por únicas riquezas en la estación de los hielos, y ya tu corriente se precipita llena de fango, ya durante el estío apenas humedece su árido cauce. ¿Qué viajero sediento pudo entonces apagar su ansiedad en tus ondas?; ¿quién te dijo nunca con voz agradecida: «Corre eternamente»? Tu curso es funesto a los rebaños, y más funesto a los campos; acaso otros sientan

estos males, yo me quejo de los míos. ¡Ay!, en mi demencia le he contado los amores de los grandes ríos, y me sonrojo de haber recordado nombres tan excelsos a un indigno riachuelo. No sé cómo contemplándolo pude mentar los timbres insignes del Aqueloo y el Ínaco junto con el famosísimo Nilo. Sólo te deseo, en pago de tus méritos, torrente cenagoso, que no veas nunca más que soles abrasadores e inviernos sin lluvias.

VII

¿Acaso esta joven no es hermosa y distinguida por su elegancia, y no fué por mucho tiempo el ídolo de mis votos? Sin embargo, la languidez me impidió gozar sus favores, y, ¡qué sonrojo!, caí como una masa pesada en el lecho perezoso. Yo anhelante de placer, y ella encendida en el mismo ardor, no pudimos saborearlo por la impotencia a que me redujo mi lasitud. Ella pasó en torno de mi cerviz el ebúrneo brazo, más blanco que la nieve de Sitonia; su lengua ardiente estampó cien besos en mi boca, cruzó con la mía su pierna lasciva, me prodigó mil ternuras, me llamó su dueño, me dijo todas aquellas palabras que excitan el vigor, y, no obstante, mis fríos miembros, como si estuviesen emponzoñados por la cicuta, se negaron a satisfacer sus deseos. Yacía como un tronco inerte, como una estatua, como un peso inútil, y llegué a dudar si era un cuerpo o una sombra.

¿Cuál será mi vejez, si logro alcanzarla, cuando en la misma juventud desfallecen mis fuerzas? ¡Ah!, me

avergüenzo de mis años; soy un hombre joven todavía, y mi amiga no me encuentra ni hombre ni joven, y se alza del lecho como la casta sacerdotisa que ha de velar el fuego eterno de Vesta, o la hermana se aparta de su querido hermano, y eso que hace poco cumplí como bueno dos veces con la rubia Clide, tres con la blanca Pitho y otras tantas con Libas, y estrechado por las instancias de Corina, recuerdo que en una corta noche repetí nueve veces el asalto. ¿Entorpece mi cuerpo por ventura un veneno de Tesalia, o los ensalmos y las maléficas hierbas han hecho mi desgracia? Tal vez alguna hechicera escribió contra mí nombres siniestros en la cera de Fenicia, y me clavó en el mismo hígado sus agujas sutiles. Los dones de Ceres, sometidos al influjo de un encantamiento, se convierten en hierbas estériles, y con el poder de los ensalmos se agotan los raudales de una fuente, la bellota asimismo se desprende de la encina, las uvas caen de las cepas y los frutos del árbol, sin que nadie sacuda sus ramas. ¿Quién, pues, impedirá que las artes mágicas paralicen mis nervios? Acaso su influencia convirtió mi cuerpo en un tronco insensible. Añádase el sonrojo por lo que me sucedía, que acrecentó mi flojedad y fué la segunda causa de la impotencia a que me vi reducido. ¡Y qué hermosa estaba cuando la vi y la toqué tan cerca como la túnica que roza su lindo cuerpo! A tan dulce contacto, el rey de Pilos hubiera podido rejuvenecerse, y Titón alcanzar fuerzas impropias de sus años. Ella se ofrecía a mi voluntad, y no encontró en mí un hombre. ¿Qué súplicas concebirán mis votos ahora? Creo

que los altos dioses se arrepintieron de favorecerme en vista del mal uso hecho de los presentes concedidos. Deseaba ser bienquisto, y lo fuí; darle a mi gusto cien besos, y se los he dado; yacer junto a ella, y lo conseguí. ¿De qué me sirven las mercedes de la fortuna y poseer un reino sin reinar? Como rico avaro, guardé las riquezas sin usufructuarlas. Así el divulgador de los secretos de los dioses muere de sed en medio de las ondas, y contempla próximas las frutas que nunca ha de probar; así el esposo deja por la mañana el lecho de la tierna consorte y se acerca puro a las santas aras de los númenes. Pero tal vez no me prodigó los besos más incitantes y ardorosos y no puso en juego todas las habilidades que estimulan el apetito. Ella puede ablandar con sus caricias las robustas encinas, el duro diamante y la insensible roca; ella tiene recursos para conmover a quien aliente con vida y sea hombre; mas en aquel momento yo no vivía, ni era hombre como antes. ¿Qué placer proporcionarán al que esté sordo los cantos de Femio, o una tabla pintada al miserable Tamiras? ¡Y qué goces me habían prometido mis secretos deseos!; ¡cuántos diversos modos de holgarme no imaginé y dispuse a placer!; pero mis miembros yacían torpemente como muertos y marchitos, como la rosa cogida el día anterior, y ahora, que no es tiempo, lozanean vigorosos, se sienten con brío y reclaman el puesto a que los invita la lucha. ¿Por qué no te abates llena de confusión, torpísima parte de mi ser? Así me dejé burlar anteriormente por tus promesas. Tú engañaste a mi amada, por ti me hallé inerme en la

lid, y con no poca afrenta soporté daños gravísimos. Mi bella no se dignó acariciarte con su mano delicada, viendo que no conseguía excitar tu pujanza por ningún medio, y que languidecías olvidada de tus antiguas proezas. «¿Por qué me burlaste?—dijo—; insensata, ¿quién te obligó a extender los helados miembros en mi tálamo? O una hechicera de Ea te ha trastornado con sus franjas de lana, o vienes a mis brazos ya rendido en los de otra.» Sin demora salta del lecho, cubierta con la tenue túnica, y con los pies descalzos huye lejos de mí; y a fin de que su sierva no creyese que salía intacta de mi lado, disimuló esta afrenta lavándose el cuerpo.

VIII

¿Habrá quien admire todavía las bellas artes y crea que tienen algún mérito los versos enternecedores? En otro tiempo el ingenio se apreciaba más que el oro; hoy el no poseer nada es una gran barbarie. Mis libros deleitaron a mi hermoso tormento; han podido penetrar en su casa, y a mí se me niega este permiso. Los alabó en extremo; pero después de alabarlos me cerró la puerta, y a pesar de mi genio, vago sin rumbo fijo de acá para allá. Apareció un rico de ayer, un caballero harto de sangre, que al precio de sus heridas se labró una cuantiosa renta, y fué suya la victoria. Insensata, ¿podrás estrecharle en tus hermosos brazos y reposar en el lecho oprimida por los suyos? Si lo ignoras, su cabeza solía cubrirse con el yelmo; el cuerpo que pretendes gozar ceñía la

espada; la mano izquierda, en la que sienta mal el anillo de oro, traía el escudo, y si tocas su diestra sentirás aún su crueldad. ¿Serás capaz de oprimir sin repugnancia esa diestra cansada de matar? ¡Ay!, ¿dónde está aquella delicadeza de tu corazón? Repara en sus cicatrices, vestigios de las pasadas luchas; cuanto tiene, con su sangre lo ha comprado. Tal vez te relate a cuántos hombres degolló, y tu avaricia osará tocar las manos que lo atestiguan; mientras yo, el sacerdote puro de las Musas y de Febo, canto mis versos inútiles a tu puerta cerrada.

Los que sabéis vivir, no aprendáis las artes sin provecho que cursamos, sino a seguir la carrera de las armas y los crueles campamentos. En vez de componer inspirados versos, alístate, Homero, entre los primípilos, y así conquistarás las caricias de tu amada. Júpiter, persuadido de que no había nada tan poderoso como el oro, se convirtió en él para seducir a una virgen. Sin el aliciente de las dádivas, fué duro el padre, la hija desdeñosa, las puertas infranqueables y la torre de bronce; mas así que el adúltero astuto ofreció ricos presentes, Dánae descubrió el pecho, accediendo a sus pretensiones. En la edad en que el viejo Saturno ocupaba el trono del cielo, la tierra celaba en su seno tenebroso todos los metales; el bronce y la plata, el oro y el pesado hierro pertenecían a los Manes, y no existían los tesoros; el suelo, en cambio, daba otros más ricos: sin romperlo el corvo arado, producía las espigas, los frutos y la miel destilada del hueco tronco de la encina; nadie abría los surcos con la aguda reja, ni el agrimensor

señalaba los límites de los campos; los remos, aun desconocidos, no azotaban las olas imponentes, y la costa era el último confín de los mortales. La índole de los hombres, industriosos contra sí mismos, ingenióse en acarrear infinitos males. ¿Qué ganó en ceñir las ciudades de torres y murallas, poniendo el hierro en las manos de los pueblos enemigos? Si te hallases contento en la tierra, ¿para qué necesitabas surcar el piélago? ¿Por qué no intentaste escalar el cielo como un tercer reino? Mas en lo posible también aspiras al cielo. Quirino, Baco, Hércules y César tienen templos como los dioses. Despreciando los frutos, arrancamos a la tierra filones de oro, y el soldado granjea las riquezas adquiridas a costa de sangre. La curia se cierra a los pobres; la renta concede los honores; de aquí salen el juez adusto y el bravo caballero; háganse dueños de todo, dominen en el campo de Marte y en el foro, sean árbitros de la paz y la guerra sanguinaria; mas no lleven su avidez hasta desposeernos de nuestras queridas, y nos daremos por satisfechos si permiten a los pobres poseer alguna cosa. Pero hoy, aunque una joven iguale a las ásperas Sabinas, obedece como sierva a los que pueden dar a manos llenas. El guardián me rechaza, ella teme verme víctima de la cólera del marido; si diese con prodigalidad, el uno y el otro me franquearían la casa. ¡Oh!, si hay algún dios vengador del amante desdeñado, reduzca a polvo las riquezas tan mal adquiridas.

IX

Si la madre de Memnón, si la madre de Aquiles lloraron la muerte de sus hijos; si los mismos dioses sienten los golpes de un destino cruel, tú también, lastimera Elegía, desata los trenzados cabellos, y así merecerás con razón el nombre que llevas. El vate que te cultivó tan solícito, que constituía tu gloria, Tibulo, al fin es un cuerpo exánime que consumen las llamas de la pira. Contempla al hijo de Venus cómo lleva la aljaba invertida, rotos los arcos y extintas las antorchas; mírale avanzar, digno de lástima, con las alas caídas, y de qué modo se golpea el pecho con los crispados puños; sus cabellos, esparcidos por la cara, se bañan de lágrimas, y su boca prorrumpe en violentos sollozos. Así, marchando a los funerales de su hermano Eneas, se dice, ¡oh hermoso Julo!, que salió de tu palacio. La desolación de Venus por la muerte de Tibulo no fué menos intensa que la sentida cuando un feroz jabalí destrozó el pecho de Adonis.

Se nos llama a los vates, seres sagrados y favoritos de los dioses, y hay quienes piensan que alentamos con un numen divino; pero la muerte intempestiva profana todo lo sagrado y pone por igual en todos las invisibles manos. ¿De qué le sirvieron su padre y su madre a Orfeo de Ismara, y haber dominado con sus cantos las feroces alimañas? Lino, que tuvo el mismo padre, Lino fué llorado a los acordes de la lira en el fondo de las selvas. No olvides al cantor de Meonia, fuente perenne que brinda raudales de

inagotable inspiración a los labios de los poetas; llególe su última hora y se hundió en el tenebroso Averno. Sólo los cantos se libran del rigor de las llamas; la obra del vate es imperecedera. Vive eterna la fama del sitio de Troya, y la de la tela interminable que la astuta Penélope destejía por la noche. Así Némesis y Delia alcanzarán un nombre inmortal: su cuita reciente la una, la otra su primer amor.

¿De qué os sirven los sacrificios? ¿Qué os aprovechan ahora los sistros de Egipto, y el haberos abstenido de admitir a nadie en el lecho? Cuando el destino fatal nos arrebata a los buenos, perdonad la blasfemia, llego a creer que no existen los dioses. Vive piadoso, morirás; frecuenta devoto los altares, la muerte implacable te arrancará del templo para hundirte en la tumba. Confía en tus excelentes versos; mirad cómo yace Tibulo: de su grandeza apenas quedan los restos que caben en la urna cineraria. Tú, egregio vate, eres consumido por el fuego de la pira, que no temió alimentarse con tus despojos; el que ha cometido tan horrendo crimen, lo mismo consumiría en las llamas los áureos templos de los inmortales. La diosa que reina sobre el monte Erix apartó la vista, y aun hay quien dice que no pudo reprimir el llanto; y con todo, fué preferible su suerte a que la tierra de Feacia lo sepultara ignorado en extraño suelo. Aquí, al menos, su madre le cerró los húmedos ojos al expirar, y ofreció a sus cenizas los últimos dones; aquí su hermana, mesándose los revueltos cabellos, tomó parte en el dolor de la mísera madre. Némesis y tu primera amante juntaron sus

labios con los tuyos y no abandonaron un momento la pira. Delia, al separarse, dijo: «Yo fuí la más venturosa de todas; viviste mientras te abrasaba el fuego de mi pasión.» Y Némesis le contestó: «¿Vienes a insultar mi dolor? En su lecho de muerte oprimió la mía con su mano desfallecida.»

¡Ah!, si de nosotros queda algo más que el nombre y la tenue sombra, Tibulo pisará los Campos Elíseos, y con tu amigo Calvo saldrás a recibirle, docto Catulo, ceñidas de hiedra las sienes juveniles, y tú también, Galo, tan pródigo de la sangre y la vida, si es falsa la imputación de que ultrajaste a un amigo. Por éstas se verá acompañada tu sombra, si hay algo de real en la sombra del cuerpo, y a sus piadosos acentos se mezclarán los tuyos, elegante Tibulo. ¡Ojalá tus restos reposen tranquilos en la urna que los guarda, y la tierra no caiga pesada sobre tus cenizas!

X

Llegó el aniversario de las fiestas de Ceres; la doncella descansa sola en el vacío lecho. Rubicunda Ceres, que coronas de espigas tus finos cabellos, ¿por qué en el día de tu festividad nos prohibes los placeres? En todas partes, ¡oh diosa!, las gentes pregonan tu munificencia, y ninguna es tan favorable a la dicha de los mortales. Antes los incultos labriegos no conocían el pan, y la era fué entre ellos un nombre ignorado; mas las encinas que promulgaron los primeros oráculos les sustentaban con su bellota;

ésta y la tierna hierba arrancada del césped constituían su alimentación. Ceres les enseñó la primera a arrojar en los campos la semilla, que luego se hinchaba, y a segar con la hoz las áureas espigas; la primera forzó a los toros a doblar sus cervices al yugo, y a remover con el corvo diente la tierra endurecida. ¿Quién creerá que se alegra con las lágrimas de los amantes y quiere ser festejada con los tormentos de la continencia? Aunque ame los campos feraces, no es una diosa rústica, ni su pecho está cerrado al amor. Creta será testigo, y no todo son ficciones en Creta, tierra orgullosa de haber nutrido a Jove. Allí, de niño, el soberano que reina en los cielos bebió la leche con sus labios infantiles. Este testimonio merece fe completa; el testigo fué alabado por el dios, y creo que Ceres confesará una flaqueza harto conocida. La diosa de Creta vió a Jasón por las faldas del Ida, atravesando con mano vigorosa los costados de las fieras; lo vió, y así que el fuego prendió en la ardiente sangre de sus venas, el pudor y el amor comenzaron a disputarse la presa. El pudor cayó rendido ante el amor, y vieras en seguida los surcos estériles y secos, sin producir una mínima parte del grano que en ellos se depositaba; los azadones cavaban esforzados el suelo, la reja penetrante rompía el duro seno de la tierra, las semillas se esparcían con igualdad por los anchos campos, y las ruines cosechas defraudaban las esperanzas del cultivador. La potente diosa de los frutos erraba por los espesos bosques; la guirnalda de espigas habíase desprendido de su larga cabellera, y sólo la fértil Creta disfrutó

un año abundantísimo, pues todas las regiones que visitaba la diosa se cubrían de ricas mieses. El mismo Ida las vió crecer abundantes en sus bosques, y el feroz jabalí del monte se alimentó con su trigo. El legislador Minos deseaba a su patria años semejantes, y que fuese eterno el amor que embargaba a Ceres. Rubia diosa, las noches tristes que lloraste en el desierto lecho, yo tengo que lamentarlas por fuerza en el día que se consagra a tu fiesta. ¿Por qué he de entristecerme, cuando tú has encontrado una hija, una reina, que por azar de la suerte sólo reconoce superior a Juno? Los días festivos incitan al amor, los cantos y los festines: éstas son las ofrendas que debemos brindar a los dioses inmortales.

XI

He sufrido mucho y por largo tiempo; tu perfidia acabó con mi paciencia: amor bochornoso, huye de mi pecho quebrantado. Al cabo ya soy libre, ya rompí las cadenas, y me avergüenza haber soportado tanto desprecio sin rubor. Vencimos y pisoteamos al tirano que nos esclavizaba, tarde sentí el ultraje de mi altiva frente. Sufre y endurece tu condición: acaso el dolor te sea algún día de provecho; un jugo amargo fortalece en mil ocasiones al viajero cansado. ¿Conque después de verme rechazado cien veces de tu puerta, yo, hombre libre, llegué a reposar en sus umbrales?; ¿conque yo, como un esclavo, me constituí en guardián de tu casa cerrada, en tanto que estrechabas en tus brazos a no sé qué rival? He visto a tu amante

que salía rendido de allí, con paso inseguro, como un inválido del servicio; pero esto es una nonada en parangón del sonrojo que sentí al verme descubierto por él: que ese oprobio confunda a mis enemigos. ¿Cuándo dejaste de verme a tu lado en los paseos, siendo tu defensor, tu amante y tu fiel compañero? Todos saben que por mis cantos llegaste a ser querida del pueblo, y que nuestro amor fué el principio de otros muchos amores.

¿A qué recordar los torpes embustes de tu pérfida lengua, y los juramentos hechos a los dioses que en mi daño burlaste?; ¿a qué insistir en las secretas señales de los jóveues que asistían al festín, y los signos convenidos para descifrar la intención de las palabras? Me dijeron que estaba enferma; como un loco corrí precipitado, llegué, y vi que no estaba enferma para mi rival. Insensible toleré estos sofiones y otros que me callo; búscate al que quiera desde hoy tolerarlos por mí. Ya he ceñido mi nave con la corona votiva, y segura en el puerto, oye el estruendo de las olas. Cesa de prodigarme tus caricias y tus palabras, otros días poderosas; no soy un estólido como antes lo fuí. Siento mi corazón versátil luchar de una parte con el amor, de la otra con el odio, y sospecho que vencerá el primero. Si puedo, odiaré; si no, amaré mal de mi grado; tampoco el toro ama el yugo, y lo sobrelleva aborreciéndolo. Huyo su perfidia, y su beldad me impide la fuga; aborrezco sus perversas mañas y amo la gentileza de su cuerpo. Así, no puedo vivir sin ti, ni contigo, y yo mismo no sé lo que deseo. Quisiera que fueses menos hermosa o menos

falaz: tanta hermosura no encaja bien en tan ruines costumbres. Tus actos merecen mi odio, tu rostro se capta mi amor; desventurado de mí, que doy más precio a los hechizos que a las falsías. Perdóname, por los derechos del tálamo que compartimos; por todos los dioses, que consienten tus repetidos engaños; por tu cara, que admiro como la de una suprema divinidad, y por tus ojos, que cegaron los míos. Seas como fueres, serás siempre mi amada; elige entretanto si quieres que te quiera de corazón o que te ame por fuerza. Desplegaré mejor las velas, y aprovecharé los vientos que las impulsan: pues aunque lo rehuse, me veré obligado a amarla.

XII

¿Cuál fué el día, aves siniestras, en que predijisteis que mis sucesos habían de ser siempre desgraciados?; ¿qué astro debo considerar como el enemigo de mis dichas?; ¿a qué dioses acusaré por la guerra que me declaran? La que ayer se dijo prenda mía, la que sólo fué amada por mí, hoy recelo que tenga que compartirla con mis rivales. ¿Me equivoco?; ¿no la hicieron famosa mis versos? Así sucedió: mi ingenio la convirtió en una cortesana, y con razón; ¿a qué pregoné tanto el hechizo de su hermosura? Yo tengo la culpa de que venda sus gracias; yo la he servido de cebo; yo guié los pasos de sus pretendientes, a quienes abrí las puertas de su casa. Dudo que los versos me aprovechen de nada, y estoy bien seguro de los males que me han acarreado. Sí; ellos concitaron a los

envidiosos de mi ventura. Cuando pude cantar el sitio de Tebas, la ruina de Troya y las hazañas de César, Corina fué la única que exaltó mi ingenio. ¡Ojalá las Musas se me declararan enemigas al componer los primeros versos, y Febo me abandonase en la prosecución de mi faena! Como se suele dar crédito al testimonio de los poetas, deseaba que mis ficciones no careciesen de valor. Por nosotros, Escila, que cortó los canos cabellos a su padre, ciñe las caderas con una traílla rabiosa de perros; nosotros pusimos alas en los pies, sierpes en los cabellos, y condujimos vencedor al nieto de Abas, sobre alado corcel; nosotros dimos al gigante Ticio su enorme corpulencia, y sus tres bocas al Cancerbero erizado de víboras; dimos a Encélado los mil brazos con que arroja sus dardos, y forjamos los héroes sorprendidos por los cantos de una virgen hechicera. En las odres del rey de Itaca encerramos los vientos huracanados de Eolia, y dejamos a Tántalo, por su indiscreción, morir de sed en medio del río. A Níobe la transformamos en roca, y a una virgen la convertimos en osa. El ave de Cecrops llora la tragedia del Odrisio Itis; Júpiter se transfigura ya en ave, ya en lluvia de oro, ya en el bruto que rompe las olas con una virgen sobre la espalda. ¿Hablaré de Proteo, y los dientes que engendraron a los tebanos, y los bueyes que vomitan llamas por la boca, y las lágrimas de ámbar que surcaron las mejillas de tus hermanas, desventurado Faetonte, o de aquellas naves convertidas en diosas marinas, y del sol que huyó horrorizado del espantoso festín de Atreo, o de las duras rocas que

siguieron los acordes de la lira? La fecunda libertad de los vates recorrió los infinitos espacios sin sujetar sus creaciones a la fidelidad histórica; así os debieron parecer falsos los elogios que tributé a Corina, y así vuestra credulidad no ocasionaría mi tormento.

XIII

Como mi esposa nació en la comarca de los Faliscos, rica en vergeles, llegamos un día a tocar los muros de la ciudad que expugnaste, ¡oh gran Camilo! Los sacerdotes preparaban la fiesta de la casta Juno y los célebres juegos en que se sacrifica una vaca indígena. Estos ritos valían la pena de que me detuviese a estudiarlos, sin retraerme por lo escabroso del camino que conduce entre riscos al lugar de la ceremonia, que es un antiguo bosque sagrado y casi impenetrable por la espesura de las ramas. Contémplalo, y no dudarás que en tal sitio reside un numen. El ara recibe las preces y el incienso de las almas piadosas; ara fabricada sin arte por la mano de nuestros antepasados. Aquí, luego que resuenan los acentos solemnes de la flauta, el cortejo anual pónese en marcha por veredas cubiertas de césped; entre los aplausos del pueblo, son conducidas unas blancas terneras que alimentó la fresca hierba de los prados Faliscos, unos novillos poco temibles por las cortas astas de sus frentes, un puerco, víctima menor arrancada a la humilde choza, y un carnero, jefe del rebaño, con los cuernos retorcidos hacia atrás. Sólo la cabra es aborrecida de la potente diosa. Se dice que

sus señales descubrieron la presencia de Juno en el espeso bosque, retrayéndola de proseguir en la fuga. En castigo, los niños la persiguen ahora con sus dardos, y constituye el premio del que antes la hiere.

Por donde ha de pasar la diosa, los jóvenes y las tímidas doncellas convierten sus ropas en tapices que cubren el camino; los cabellos de las vírgenes deslumbran con el fulgor del oro y las piedras preciosas, y un soberbio manto desciende hasta sus pies, cuajados también de oro; y vestidas de blanco, según la costumbre de sus padres griegos, llevan sobre las cabezas los objetos del culto que se les confían. El pueblo permanece silencioso a la aproximación del brillante cortejo, y la misma diosa viene detrás de las sacerdotisas. Es la imagen de una fiesta griega. Muerto Agamenón, Haleso huyó del lugar del crimen, abandonando los tesoros de su padre, y después de errar prófugo por tierras y mares, edificó con dichosos auspicios una ciudad ceñida de fuertes murallas. Él enseñó a los Faliscos a conmemorar la fiesta de Juno, que así sea favorable siempre a mí y a mi pueblo.

XIV

No pretendo que permanezcas inocente siendo tan hermosa; mas tampoco creo que haya necesidad de que lo sepa, por mi desgracia; mi censura no intenta convertirte en una mujer irreprochable; sin embargo, querría que te esforzases por parecerlo. No falta la que sabe negar el delito: sólo la culpa vanagloriosa

trae la infamia. ¿Qué furor sientes de sacar a la luz del día lo que oculta la noche, y revelar públicamente lo que hiciste en secreto? La meretriz que entrega el cuerpo al primer desconocido, aparta antes las miradas del público cerrando la puerta de su tugurio. Tú alardeas del oprobio que mancilla tu fama y eres la pregonera de tus escándalos. Vuelve a mejor acuerdo, imita a las honradas, y aunque no lo seas, que yo te admire como un dechado de probidad. Lo que hiciste, hecho está; pero niégalo rotundamente, y no te sonroje hablar en público el lenguaje de la modestia. Hay un sitio adecuado a la crápula; llénalo con todas las impurezas, y que el pudor se aleje de allí; mas en el momento que lo abandones, relega al olvido tu lascivia, y que tu cama sola sepa tus desafueros. Allí no repares quitarte la túnica, ni cruzar tus piernas con las de tu amigo, ni que roce con su lengua tus labios de púrpura, ni que la pasión invente mil modos de gozar; no cesen las tiernas promesas ni las palabras incitantes, y estremézcase la cama con la movilidad de vuestros cuerpos; pero al vestirte la túnica, toma el aspecto de la inocencia temerosa, y que un falso pudor disfrace tus noches obscenas. Burla a la gente con tus palabras; engáñame, déjame vivir ignorante, y que labre mi dicha una estúpida credulidad. ¿Por qué veo tantas veces las tablillas que envías y recibes?; ¿por qué apenas advierto espacio de tu lecho que no esté hundido?; ¿por qué tus cabellos andan más alborotados de lo que suele ponerlos el sueño, y distingo en tu cuello las señales impresas de los dientes? Sólo te falta realizar tus deli-

tos a presencia mía. Si no te condueles de tu fama, conduélete de mi. Pierdo el seso y me pongo a morir cuantas veces me confiesas tus extravíos, y la sangre discurre helada por mis arterias. Te amo; deseo odiarte, y siento que me es imposible, y entonces quisiera morir, pero junto contigo. No pretendo averiguar tus pasos, ni descubrir lo que tratas de ocultarme; estimo tus faltas como una acusación desprovista de fundamento. Si te sorprendo alguna vez en medio de la culpa y mis ojos llegan a ser testigos del oprobio, aquello que haya visto bien niega que lo he visto, y desmentiré a mis ojos por creer tus palabras. Te será muy fácil la victoria sobre el que desea ser vencido como tu lengua se acuerde de decir: «Es falso.» Con estas dos voces puedes subyugarme a tu antojo; vence, si no por la justicia de tu causa, por la lenidad de tu juez.

XV

Madre de los tiernos amores, busca un nuevo vate; ya mis elegías pasan rozando la última meta. Los cantos que compuse yo, nacido en los campos Pelignos, han hecho mis delicias y acrecentado mi fama. Si este honor vale algo, herede la dignidad ecuestre de mis antiguos ascendientes, y no la conquiste en el tumulto de los campos de batalla. Mantua se enorgullece de Virgilio; Varona, de Catulo, y yo pretendo que se me aclame la gloria de la comarca de los Pelignos, a quienes la defensa de su libertad obligó a pelear por una causa justa cuando Roma temía, llena

de incertidumbre, los resultados de la guerra social. Y algún viajero que contemple los muros de Sulmona, ceñidos de pantanos que dejan pocas yugadas al labrador, exclamará: «Ciudad que pudiste engendrar poeta tan ilustre, por pequeña que seas, yo te proclamo grande.» Amable niño, y tú, diosa de Amatunta, madre del mismo, llevad vuestras áureas banderas lejos de mi campo. Baco, el de los cuernos, mueve con fuerza el resonante sistro, y me incita a recorrer mayor espacio con mis briosos corceles. Voluptuosas elegías, musa juguetona, pasadlo bien; la obra que voy a emprender me sobrevivirá después de muerto.

FIN DE «LOS AMORES»

NOTAS

LIBRO PRIMERO

Elegía I

V. 1. *Arma.* — Alude al poema de la *Gigantomaquia*, que comenzó en la juventud, y del cual vuelve a ocuparse en la primera elegía del libro segundo.

V. 4. *Atque unum subrripuisse pedem.* — Tiene imponderable gracia la imagen de Cupido arrebatando un pie al verso heroico para formar el dístico de exámetro y pentámetro que tan felizmente se compadece con la elegía, ya lastimosa, ya placentera, y dar libre rienda a las penas y satisfacciones del ánimo en versos menos grandilocuentes y aparatosos que los consagrados a las hazañas de los héroes.

V. 15. *Tempe.*—Valle pintoresco de Tesalia, entre el Olimpo y el Osa, regado por las ondas del Peneo, donde tuvo Apolo su favorita residencia.

II

V. 51. *Adspice cognati Caesaris.* — Los Césares, descendientes de Venus, madre de Eneas, el fundador del Imperio romano. Ignoramos si este penúltimo verso alude a Julio César o a Octavio, como parece más verosímil, pues los dos se distinguieron por su clemencia con los pueblos vencidos.

III

V. 13. *Sine crimine mores.*—Nos engañamos con harta frecuencia al valorar los quilates de nuestra honradez, y buen testimonio de ello son las palabras de Ovidio, que se proclama poco menos que un dechado de virtudes en medio del libertinaje audaz que alentaba en sus poemas.

IV

V. 2. *Ultima coena.* — Los astutos y maquiavélicos consejos de esta elegía corroboran el aserto de la nota anterior.

V

V. 9. *Ecce Corrinna venit.*—Los elegíacos latinos disfrazaron con nombres supuestos las heroínas de sus cantos; mas la sagacidad de la erudición ha dado a conocer los verdaderos de las amigas de Catulo, Tibulo y Propercio. No ha sucedido lo propio con respecto a Corina. Los mismos contemporáneos de Ovidio no consiguieron averiguar quién se ocultaba con este poético seudónimo: tanta y tan digna de alabanza fué la discreta reserva del autor, que sus amigos se devanaron en balde los sesos, y no faltó alguna desvergonzada que se fingiese la auténtica Corina, pretendiendo usurpar la aureola de celebridad con que los versos del poeta la coronaban.

V. 11. *Semíramis.* — La cuna, educación y belleza de esta reina de Nínive, así como sus empresas bélicas y sus maravillosas construcciones, más pertenecen a los dominios de la fábula que a los anales históricos, y no es aventurado suponer que esta relevante figura sea una creación del sentimiento religioso, tan exaltado entre los orientales.

V. 12. *Lais.* — Hubo en Grecia dos cortesanas céle-

bres así llamadas: la una expuso en Corinto al público la belleza de que el Cielo la había dotado, y contó al filósofo Arístipo entre sus innumerables amantes, y la otra, rival de Frine, sirvió de modelo al inmortal Apeles.

VI

V. 26. *Serva bibatur aqua.* — Esto es, *así recobres pronto la libertad*; porque los siervos no podían mezclar el agua con el vino, teniendo que beberla pura; y sólo cuando se les manumitía la mezclaban como los demás ciudadanos, *aquam biberam bibere.*

V. 53. *Memor Orithyae.* — Oritia, hija de Erecteo, fué arrebatada por Bóreas a Tracia, y allí dió a luz a Cleopatra, Quione, Zetes y Cálais.

V. 74. *Conservae... fores.* — Puertas tan esclavas como el encargado de vigilarlas.

VII

V. 13. *Talem Schoeneida.* — Las dos Atalantas que la tradición menciona, la una hija de Jaso en la Arcadia, y la otra de Esqueneo en Beocia, son tan parecidas, que no tiene nada de particular que los poetas las confundiesen tomando la una por la otra.

V. 31. *Tydides.* — El impetuoso Diomedes, hijo de Tideo y Deipile, luchó con sin igual bravura contra Héctor y Eneas, y hasta puso las atrevidas manos en Venus y Marte, defensores de la causa troyana.

V. 36. *Forti victa puella viro.* — Ironía delicada y amarga a la par con que se reprocha la acción vituperable que el arrebato le impulsó a cometer.

VIII

V. 2. *Nomine Dipsa.* — Ovidio imita en esta elegía la quinta del cuarto libro de Propercio, que retrata a la

tercera Acantis, como se convencerá el que coteje una y otra composición. El nombre de Dipsa procede de un verbo griego que significa *tener sed;* y cuadraba de perlas a la repulsiva vieja que no vió jamás el despuntar de la aurora sin hallarse embriagada, y a la que desea el tormento de una sed inextinguible, amén de una espantosa miseria.

V. 45. *Quas frontis rugas.* — No se refiere a las arrugas de la vejez, que roban la tersura del semblante, y se disimulan lo posible con mejunjes y afeites, cuya confección da a conocer en el poema de los *Cosméticos,* sino a las que surcan un rostro juvenil, ceñudo y sombrío, que delatan propósitos siniestros, capaces de infundir temor al amante menos receloso. *De rugis crimina multa cadent.*

V. 49. *Volubilis aetas.* — Que la edad resbala con presteza aterradora es observación al alcance del entendimiento más romo; pero deducir de ella la conveniencia de entregarnos sin rienda a placeres y diversiones sólo se ha ocurrido a los epicúreos conscientes o inconscientes, que en la satisfacción de los apetitos fundan la dicha y gloria de la existencia.

V. 64. *Gypsati... pedes.* — Los esclavos puestos a la venta en el foro, como señal de su condición, llevaban los pies enyesados.

V. 65. *Veteris quinquatria cerae.* — Los romanos de noble alcurnia conservaban las imágenes de sus ascendientes labradas en cera, adornando con ellas las galerías de sus casas respectivas, y sacándolas a relucir en los cortejos fúnebres.

V. 74. *Isis erit.* — Durante las fiestas de Isis, que se prolongaban en ocasiones hasta treinta días, las mujeres se proponían observar una castidad irreprochable; de ahí que fuesen tan a menudo maldecidas por los amantes.

V. 94. *Natalem.* — En el natalicio, como hoy en el día del santo, las jóvenes recibían valiosos regalos de sus adoradores, y multiplicando por el número de éstos las diversas fechas de aquél, las cortesanas interesadas conseguían al cabo del año una excelente recolección.

IX

V. 24. *Agmina Rhesi.* — La suerte de Troya pendía, según el oráculo, de la de los caballos blancos como la nieve del príncipe Reso, hijo del rey de Tracia, que apenas llegado al territorio troyano, por exceso de confianza, incitó a Ulises y Diomedes a penetrar en su campamento, para darle muerte y arrebatarle tan famosos corceles.

X

V. 2. *Conjugibus... duobus.* — Los dos esposos de Helena: Menelao, el legítimo, y Paris, el raptor.

V. 7. *Aquilamque... taurumque.* — Júpiter se transformó en águila para robar a Ganimedes, y en toro para seducir a Europa.

V. 6. *Qualis Amimone.* — Hija de Dánao y madre de Nauplio, dió su nombre a la fuente Amímone, en Argos.

V. 21. *Stat meretrix.* — Las meretrices de Roma y las restantes ciudades de Italia habitaban en casas dispuestas ad hoc para su inmundo tráfico, divididas por un largo corredor a cuyos lados se abrían las celdas con los nombres verdaderos o supuestos de las que allí entregaban su cuerpo al primer advenedizo que había pagado de antemano el precio estipulado. Se las llamaba también *profesas,* por la obligación que se les imponía de declarar ante el pretor su voluntad de dedicarse a la vida alegre, profesión que se las permitía bajo la tolerancia de la autoridad. Sentadas en las puertas de los tugurios

esperaban la llegada del cliente, y vivían sometidas a rigurosas prescripciones, de las que aparecen copiados en parte los reglamentos de higiene de los pueblos modernos.

V. 23. *Lenonis avari.* — En los antros de prostitución mandaba el alcahuete o rufián, *leno*, que exigía y cobraba el precio en que se tasaban los servicios de las rameras.

V. 42. *Et faciem lucro.* — La que prostituía su cuerpo quedaba declarada infame, al igual que los rufianes sus explotadores, los que comerciaban con las gracias de sus siervas, y los taberneros y hosteleros que tomaban mozas desgarradas y dispuestas a servir a los parroquianos en toda clase de exigencias.

IX

V. 1. *Colligere incertos... crines.* — El oficio de las peinadoras era más complicado en los tiempos del poeta que al presente. No bastando una sierva a levantar el edificio de la cabellera, se empleaban hasta tres, que lucían su habilidad en la disposición de la misma. La primera ensortijaba los rizos y bucles en forma artística, la segunda esparcía sobre ellos pomadas olorosas, y la tercera, la *ornatrix*, a cuya clase pertenecía la inteligente Nape, terminaba la difícil labor, según los caprichos de la moda o el gusto particular de su señora.

V. 23. *Graphio.* — Estilo o punzón con que escribían los romanos sobre tablillas enceradas, sirviéndose de su extremidad plana para borrar las letras o palabras que necesitaban corrección. El estuche en que iba encerrado se llamaba *graphiarium*.

V. 28. *Vile fuistis acer.* — Las tablillas enceradas que servían como hoy el papel, por lo regular se fabricaban de madera; pero los ricos solían usarlas de ébano, marfil

y otras materias preciosas. Si se unían por una pequeña correa dos, tres o más láminas, recibían los nombres de díptico, tríptico y políptico.

XII

V. 27. *Duplices.* — La palabra dobles entraña dos sentidos: el literal, por referirse a dos, y el intelectual, de pérfidas o engañosas, por la repulsa que contenían.

XIII

V. 33. *Si non Cephali.* — La Aurora, rechazada por Céfalo, que amaba tiernamente a su mujer Procris, se valió de hábiles estratagemas que le infundiesen sospechas de la fidelidad conyugal que reinaba en su casa, para obtener el acogimiento que solicitaba.

XIV

V. 40. *Haemonia.* — La Tesalia, famosa por sus hechiceras.

XV

V. 11. *Asecaeus.* — Hesíodo.

V. 13. *Battiades.* — El hijo de Bato, Calímaco, autor de numerosas elegías eróticas totalmente perdidas.

V. 16. *Aratus erit.* — El poema astronómico de Arato mereció ser traducido por Cicerón.

V. 21. *Varronem.* — Varrón Atacino trasladó a la lengua del Lacio *Los Argonautas*, de Apolonio de Rodas.

V. 42. *Vivam.* — Ovidio, como Horacio, tuvo la certeza de su fama imperecedera, y nunca es arrogante, aunque lo parezca, la profecía que el éxito se encarga de confirmar.

LIBRO SEGUNDO

Elegía I

V. 12. *Centimanumque Giam.*—La leyenda pone a los Gigantes, monstruos nacidos de la unión de Urano con la Tierra, en las montañas volcánicas, lo que induce a sospechar que la fantasía poética consideraba sus violentas erupciones como luchas pavorosas con que aquéllos amenazaban al cielo, defendido por los rayos de Júpiter.

V. 23. *Sanguinae Lunae.* — El color sangriento de la luna, debido a la mayor o menor densidad de la atmósfera que atraviesa, según las creencias supersticiosas de aquel tiempo, era la sangre que la obligaban a destilar los cantos de las hechiceras, forzándola con sus conjuros a descender sobre la tierra.

V. 30. *Atrides alter.* — Los dos Atridas, Agamenón y Menelao.

V. 31. *Quisquis tot errando.* — Ulises.

II

V. 25. *Linigeram... ad Isim.* — Los sacerdotes de Isis vestían de lino blanquísimo, color que simboliza la castidad.

V. 45. *Custos Iunonius.* — Argos, el guardián de la ninfa Ío, convertida en vaca por Juno.

III

V. 2. *Mutua... gaudia.* — Los desdichados eunucos, incapaces de comprender ni sentir los placeres recíprocos del sexo.

IV

V. 10. *Centum sunt causae.*—Sin juramento, podemos creer en la sinceridad del poeta, que había nacido para el amor, no de una mujer, sino de todas las que ofreciesen algún atractivo que mereciera la pena de consagrarles sus atenciones.

V. 44. *Leda.* — La hija de Testio, seducida por Jove bajo la figura de un cisne, puso dos huevos, de los que nacieron Helena y Clitemnestra, Cástor y Pólux.

V

V. 17. *Conscriptaque vino.*—Con poca razón se lamenta de que Corina hubiese aprendido y puesto en práctica sus lecciones, aventajando la astucia del maestro, prenda en que siempre descuellan las mujeres; y es ya muy antigua costumbre en los enamorados el empleo de signos convenidos que burlen la vigilancia de los que se oponen a sus planes amorosos, pues si la sospecha tiene cien ojos, el amor cuenta con mil disfraces y estratagemas que la pongan en ridículo y comprueben la perfecta inutilidad de sus desvelos.

VI

V. 7. *Ismarii... tiranni.*—Tereo, rey de Tracia, designada aquí por el monte Ismaro.

V. 10. *Doloris Itis.* — Víctima de la cólera de una madre vengativa, el cuerpo del desgraciado Itis sirvió de manjar en la mesa de su padre, y por último vióse metamorfoseado en faisán.

V. 15. *Juvenis Phoceus.*—Pílades, hijo de Estrofio, rey de la Fócida y amigo entrañable de Orestes.

V. 41. *Tristia Phylacidae Thersites.* — Este campeón,

de ruin catadura, charlatán y provocativo, excitó la venganza de Aquiles por haberse burlado del sentimiento que le produjo la muerte de Pentesilea. Ovidio llama Philacides a Protesilas, porque era natural de Filace, ciudad de Tesalia.

VII

V. 17. *Cypassis.*—Hábiles son y rotundas las excusas del poeta, mas no bastaron a desvanecer los recelos harto fundados de Corina, que se sintió vergozosamente humillada al descubrir que su peinadora la suplantaba en la predilección del que había jurado ser siempre de ella; y admira la serenidad imperturbable del delincuente, que rechaza las acusaciones como torpes calumnias, sabiendo que eran tan justas como desaprensivo y poco digno su proceder.

V. 27. *Per venerem.*—Poco podían persuadir los juramentos del que, siguiendo la general creencia, asegura repetidas veces que los de los enamorados carecían de valor, y los dioses absolvían de antemano al que los pronunciaba en los momentos críticos del arrebato o la cólera.

VIII

V. 11. *Facie Briseidos.* — Siempre acuden prontos a la memoria del autor los extravíos de los héroes o los dioses que cohonestaban los suyos. «Si Aquiles — dice — se abrasaba por Briseida, y el rey de Micenas por la hija de Crises, ¿habrá de parecer en mí reprensible el enamorar a una sirvienta?» Claro que sí, porque Cipasis era la intermediaria de sus relaciones clandestinas y la sierva del ídolo de sus pensamientos, a la que expone a la venganza furiosa de los celos; y desleal con la una e inconsiderado con la otra, hubo de tolerar los reproches de la elegía anterior, en la que no queda muy bien

parada su formalidad ni el crédito de su palabra, puesta al servicio de la mentira y la traición.

V. 22. *Fusca Cypassi.* — A las consideraciones de la nota antecedente agréguese que Cipasis era una de esas esclavas negras de África que las damas opulentas escogían con predilección, por considerarlas insubstituíbles en los servicios domésticos y listas sobremanera en las intrigas galantes, y habremos de convenir en que el enojo de Corina no pasó de la raya, pues merecía mayor severidad el que la puso en tal afrenta.

IX

V. 7 *Haemonius.* — Telefo, rey de Misia, por su casamiento con Laodice, hija de Príamo, se comprometió a pelear contra las huestes aqueas y trató de impedir que desembarcasen en las costas de su reino; pero cayó al primer encuentro herido por la lanza de Aquiles, y sabedor luego por un oráculo que sólo curaría su herida la mano que la causó, trasladóse al campo enemigo como suplicante, y Aquiles accedió a sus ruegos aplicándole la herrumbre del arma que se la produjo, y convirtiendo en auxiliar de sus planes al que había sido un resuelto adversario.

V. 22. *Tutaque... rudis.* — El gladiador que después de haber dado buena cuenta de sí, abrumado por los años y achaques, se sentía incapaz de continuar en su peligroso oficio, solicitaba ante el público el retiro, y se le concedía, entregándole una vara en substitución de la espada que esgrimió en los combates.

X

V. 11. *Erycina.* — Sobrenombre de Venus por el templo que se le levantó al pie del monte Erix, de Sicilia.

XI

V. 2. *Peliaco pinus.* — La nave de los Argonautas construyóse con madera de los pinos del Pelión, escarpado monte de Tesalia entre el lago Bebeis y el golfo Pagaseo, en cuya cima se abría la caverna del centauro Quirón.

V. 19. *Violenta Ceraunia.* — Cadena de montañas que se extiende desde Iliria por la costa del Epiro, y célebre por las horrorosas tormentas que se fraguaban en sus cumbres.

V. 20. *Syrtes... Malea.* — Las sirtes, dos golfos del Noroeste de Africa, tan peligroso el mayor por sus bancos de arena como el menor por las rocas que bordean su costa. Malea, promontorio al Sudeste de Laconia, que separa otros dos golfos.

V. 29. *Feminae sidera Ledae.* — Cástor y Pólux, númenes propicios a los navegantes.

V. 34. *Galatea.* — Una de las hijas de Nereo, a quien se invocaba especialmente al emprender cualquier expedición marítima.

XII

V. 20. *Tyndaris.* — Helena y Pólux se suponen frutos del comercio de Leda habido con Júpiter la misma noche en que concibió de su esposo Tíndaro a Cástor y Clitemnestra; por consiguiente, sólo bajo el aspecto que pudiéramos llamar legal cuadra a Helena el dictado de Tindaris.

V. 21. *Femina.* — Hipodamia.

V. 23. *Femina Troyanos.* — Lavinia.

V. 25. *Femina Romanis.* — Alude a la guerra provocada por el robo de las sabinas.

XIII

V. 7. *Paraetonium... Canopi.* — Paraetonio o Ammonia, ciudad del Noroeste de Egipto. Canopo, situada a la desembocadura más occidental del Nilo, y famosa por el lujo, la molicie y el refinamiento de sus moradores.

V. 8. *Memphin... Pharon.* — A diez millas de las pirámides alzábase Menfis, segunda capital de Egipto, fundada por Menes. Faros, pequeña isla unida por un muelle, en tiempo de Alejandro Magno, a la ciudad de su nombre.

V. 11. *Anubidis.* — Divinidad egipcia, con cuerpo humano y cabeza de perro, que se identificaba con Hermes o Mercurio.

V. 12. *Osiris.* — El esposo de Isis, civilizador de Egipto.

V. 14. *Apis.* — El toro sagrado de Menfis.

V. 21. *Ilithyia.* — La diosa que ayudaba a las mujeres en el crítico momento de dar a luz.

XIV

V. 12. *In vacuo... orbe.* — La razón aducida no admite réplica, y aun es más poderosa la del instinto maternal, que hace llevaderos a las hembras los mayores trabajos por gozar las caricias del fruto de sus entrañas.

V. 13. *Quis Priami.* — Los argumentos con que prueba la tesis son tan evidentes, que los consideramos de todo punto innecesarios.

V. 30. *Itin.* — La cólera pudo disculpar en parte los atroces crímenes de Procne y Medea; mas la imprudente Corina fué criminal por egoísmo; no tiene perdón: expuso su vida y echó al arroyo su fama por no sobrellevar los dolores del parto.

XV

V. 10. *Aeais.* — La isla de Circe.

XVI

V. 1. *Peligni... ruris.* — Los Pelignos, de origen Sabelio, ocupaban el centro de Italia, y en la guerra social pretendieron que su capital, Corfinio, lo fuese de toda la península.

V. 4. *Icarii... canis.* — La Canícula.

V. 31. *Petens Hero.* — Sobre la historia de Hero y Leandro escribió Museo un poema interesante y patético, que nuestro celebérrimo Góngora se halló casualmente — así lo asegura — en el bolsillo de los gregüescos, y se dispuso a narrarla en castellano, parodiándola en dos largos romances, con la gracia peculiar de sus poesías festivas, no superada por ningún ingenio castellano.

V. 39. *Cilicosque feros viridesque Britannos.* — La Cilicia, al Sudeste del Asia Menor, se dividía en dos regiones: la montañosa y la llana; los habitantes de la primera, rudos y crueles, se entregaban al bandolerismo y la piratería, no siendo dominados en realidad hasta los tiempos de Vespasiano. Los Bretones, según César, tenían la costumbre de pintarrajearse la cara.

V. 49. *Esseda.* — Carros de dos ruedas que usaban los bárbaros en la guerra; los romanos los adoptaron por su ligereza, y bien pronto llegaron a ser vehículos de lujo y ostentación entre los elegantes.

XVII

V. 17. *Phthio... regi.* — La comarca de Phtia, al Sudeste de Tesalia.

V. 23. *Mea lux.* — Frase cariñosa que suena en casi todos los idiomas. Nosotros decimos «luz de mi vida», y por *oculus meus*, te quiero como a las niñas de mis ojos, y otras hipérboles que la pasión pone en boca de los enamorados.

XVIII

V. 3. *Macer.* — Poeta contemporáneo y amigo de Virgilio, Tibulo y Ovidio, que escribió dos poemas: el uno titulado *De Serpentibus* y el otro *De rebus Troyanis*, y los dos completamente perdidos.

V. 13. *Sceptra tamen sumpsi.* — En varios pasajes alude a la *Medea* que compuso, y por la cual sentía cierta orgullosa satisfacción, hasta el punto de haber estado más de una vez indeciso entre dedicarse al cultivo de la tragedia o al de la elegía, en que daba rienda libre a los sentimientos personales, y que al cabo triunfó de sus vacilaciones. La *Medea*, según el testimonio de los que la conocieron, merecía ponerse al lado del *Tiestes* de Vario, y es de veras lamentable que no nos hayan quedado de ella más que dos versos, el citado por Quintiliano y el que traen las *Suasorias* de Anneo Séneca. Véase el primero:

Servare potui, perdere au possim rogas.

Y el segundo:

Feror huc illuc ut plena deo.

V. 33. *Hypsipyle.* — Un día determinaron las mujeres de Lemnos matar a los varones de la isla; pero Hipsipila, más piadosa, halló el modo de salvar a su padre, Toas, y cuanto los Argonautas desembarcaron allí, se enamoró de Jasón, que la hizo madre de dos gemelos. Desterrada de la patria por faltar al compromiso, cayó en poder de unos piratas, que la vendieron a Licurgo, rey de Nemea.

XIX

V. 25. *In taedia nobis.* — Tal es la humana naturaleza: la privación exalta el apetito, y una fácil victoria humilla a quien la consigue. Más se estiman las cosas por lo que cuestan que por el valor intrínseco, y nada amortigua tanto la pasión como la excesiva libertad para satisfacer sus locos antojos. Mujer fácil, mujer despreciada; tal vez se renuncia a la demasiado dificultosa, pero no la ultraja el desdén. La avisada y astuta sabe mantenerse lejos de tales extremos, y triunfa en las situaciones más comprometidas.

LIBRO TERCERO

Elegía I

V. 11. *Violenta tragoedia.* — La tragedia romana jamás alcanzó el florecimiento de la comedia. Los primeros ensayos fueron simples traducciones o refundiciones de Sófocles y Eurípides, hechos por Ennio y Livio Andrónico; y aunque la perfeccionaron sus sucesores, no llegó a realizar las obras maestras que se representaron en el teatro de Atenas. Ovidio, que se sentía con fuerzas para acometer el arduo empeño, vaciló largo tiempo entre seguir la ruta que Venus le señalaba, cultivando la elegía erótica, o lanzarse a conquistar los aplausos que tributan las muchedumbres a las representaciones escénicas interesantes y conmovedoras; y tras penosas indecisiones, optó por la primera, que se avenía singularmente con el estado de su ánimo, más pronto a deslizarse en raudales de poesía ingeniosa, sutil y retozona, que dispuesto a sembrar el terror en el público con las violentas catástrofes de la musa trágica. No obstante, compuso la *Medea*, en competencia con Eurípides, de la cual, según

hemos dicho, sólo han llegado a nosotros los dos versos conservados por Séneca y Quintiliano.

V. 49. *Per me decepto.* — Sigue las huellas de Tibulo cuando incita a Delia a burlarse de los guardianes y a tener atrevimiento, porque Venus rehusa favorecer a los tímidos y apocados.

II

V. 73. *Revocate, quirites.* — Cuando un carro se quedaba rezagado en el circo, los espectadores le alentaban a seguir la carrera agitando las togas.

III

V. 2. *Et facies illi.* — Era común creencia que los griegos transmitieron a los romanos la de considerar a los dioses resueltos a castigar el perjurio de las hermosas afeándoles el rostro, las uñas, los dientes o cualquier otra parte del cuerpo; y Horacio alude a ella en su oda a la encantadora Barina; mas no contaba menos prosélitos el dogma opuesto, que suponía a Venus y Cupido sordos a los juramentos amorosos, y les negaban todo valor, como pronunciados casi siempre en momentos de arrebato, cuando el perjuro no sabe lo que dice, o si lo sabe, desea en el fuero interno que no se cumpla lo que solicita de los dioses.

V. 15. *Cepheia virgo.* — Andrómeda, hija de Cefeo.

V. 37. *Semele miserabilis arrit.* — No perdió a Semele la lengua perjura, sino la curiosidad, empeñada a toda costa en contemplar a Jove en su imponente grandeza.

IV

V. 3. *Si qua metu demto, casta est.* — Pensamiento que desenvuelve de modo magistral Séneca en el tratado *De Beneficiis*, pues la honestidad fundada en el temor, tarde

o temprano se arroja a desafiarlo, y olvidándose de sí misma, halla en la victoria su ruina.

V. 41. *Quo tibi formosam.*—Ignoramos si Shakespeare recordaría estos versos al poner en boca de Hamlet una opinión muy semejante sobre lo difícil de que vivan concordes la honestidad y la hermosura. Juvenal y Petronio participaron de las ideas de Ovidio, creyendo que la extremada belleza era poco compatible con la honradez femenina.

V. 31. *Nocturnae imaginis augur.* — El augur interpretaba la voluntad de los dioses y declaraba los arcanos del porvenir; mas la superstición del vulgo, propensa a tomar los sueños como indicios precursores de sucesos infalibles, acudía a falsos intérpretes que, como los augures, desentrañaban su sentido y satisfacían la curiosidad.

VI

V. 13. *Quas habuit pennas.* — Perseo, hijo de Dánae y Júpiter, conquistó de las Ninfas el casco de Plutón y las sandalias aladas.

V. 25. *Inachus.* — Hijo de Océano y Tetis, y rey de Argos, que dió su nombre a este río.

V. 28. *Xanthe.* — Riachuelo de la Tróada que nace en el Tauro, atraviesa la Licia y desemboca en el Mediterráneo, cerca de Patara.

V. 29. *Alpheon.* — Alfeo, río del Peloponeso que en parte corre oculto bajo tierra, lo cual autorizó la fábula de sus amores con Aretusa. En sentir de los griegos, así los ríos como las fuentes y los bosques reconocían la tutela de un numen que los simbolizaba, y hermosearon sus poemas con estas ficciones llenas de encantadora poesía.

V. 31. *Penee.* — El Peneo de Tesalia surge en el Pin-

do, y riega el valle de Tempe. Como dios fluvial, se tiene por hijo de Océano y Tetis, y padre de la ninfa Dafne.

V. 41. *Asopon.* — Entre las hijas de Asopo se cuentan Evadne, Eubea y Egina.

V. 43. *Acheloe.* — El río más caudaloso de Grecia, que brota en el Pindo, cruza entre la Etolia y la Acarnania y se precipita en el Jonio. Luchó con Hércules, bajo la forma de un toro, disputándole el amor de la bella Deyanira.

VII

V. 13. *Veluti gelida... cicuta.* — Preparábase con la cicuta una especie de brebaje que extinguía los ardores de Venus, y los sacerdotes de Ceres Eleusina lo usaban a fin de guardar mejor la continencia.

V. 41. *Pylius juvenescere possit.* — Néstor, respetado por su sabiduría y prudencia, y entre los príncipes que acudieron al sitio de Troya el más anciano, pues llegó a reinar sobre tres generaciones.

V. 61. *Phemius.* — Célebre cantor que divertía a los pretendientes de Penélope en el palacio de Ulises.

V. 62. *Thamiras.* — Quiso disputar a las Musas el premio del canto, y éstas, en venganza, lo dejaron ciego.

VIII

V. 27. *Primum... pilum.* — El primípilo, centurión del primer manípulo de los triarios, a quien se confiaba el águila, y se distinguía con el derecho de asistir a las deliberaciones de los jefes.

V. 28. *Pretium... ipse fuit.* — Júpiter burló a Dánae, convertido en lluvia de oro, lo que induce al poeta a proferir en este rasgo atrevido y feliz que convierte al mismo dios en el precio de la corrupción de una virgen.

V. 49. *Affectas coelum.* — ¿Qué diría hoy Ovidio si resucitara y viera los prodigios de la navegación aérea?

IX

V. 1. *Memnona si mater.* — La Aurora.

V. 76. *Et sit humus.* — Frase consagrada en el ritual de las inhumaciones, porque se creía que la tierra pesaba muy ligera sobre los restos de los mortales bienaventurados.

X

V. 1. *Annua venerunt Cerealis.* — El día quinto de los idus de abril tenían lugar las fiestas de Ceres con inusitado esplendor, y las mujeres no podían asistir dignamente a sus misterios si antes no se purificaban con la abstinencia del trato sexual, privación muy sentida del poeta, que se subleva contra la diosa, afrentándola con el recuerdo de sus antiguos devaneos.

V. 19. *Cretes erunt testes.* — Los cretenses no gozaban fama de testigos irrecusables; mas no siempre faltaban con descaro a la verdad.

XI

V. 6. *Venerunt capiti cornua sera meo.* — La traducción literal es *los cuernos brotaron tarde en mi frente,* y en el lenguaje de la procacidad aun llamamos cornudo al marido que se deja engañar mansamente por su consorte y al que mantiene una amiga que le afrenta con otros rivales.

V. 37. *Sic ego nec sine te.* — Pensamiento delicado que traduce un popular cantarcillo nuestro, diciendo:

Ni contigo ni sin ti
tienen mis penas remedio;
contigo, porque me matas,
y sin ti, porque me muero.

XII

V. 21. *Per nos Scylla.* — Ovidio confunde a la hija de Niso con el monstruo espantable que aúlla en el estrecho de Sicilia.

V. 24. *Victor Abantiades.* — Abas, rey de Argos y abuelo de Perseo.

V. 28. *Ambignae... virginis.* — Circe.

V. 31. *De virgini fecimus ursam.* — Calixto, amada de Júpiter, víctima de los celos de Juno y puesta por aquél en el número de las constelaciones con el nombre de Osa.

V. 32. *Cecropis... ales.* — La golondrina en que quedó transformada Procne, esposa de Tereo y madre de Itis.

XIII

V. 1. *Pomiferis... Faliscis.* — Los Faliscos de Etruria, después de sostener una lucha tenaz con Roma, fueron sometidos por Camilo: descendían de la colonia que Haleso condujo a Italia para pelear en favor de Turno contra Eneas y los troyanos.

XIV

V. 1. *Non ego ne pecces.* — A pesar de las continuas infidelidades de Corina, se le ve en esta penúltima elegía batallar entre el resentimiento y la inclinación, que pone la súplica en sus labios, cuando debieran estallar en amarguísimos reproches.

XV

V. 20. *Superstes opus.* — Tal vez alude al grandioso poema *Las Metamorfosis*, llamado la *Biblia de los poetas*.

EL ARTE DE AMAR

LIBRO PRIMERO

Si alguien en la ciudad de Roma ignora el arte de amar, lea mis páginas, y ame instruído por sus versos. El arte impulsa con las velas y el remo las ligeras naves, el arte guía los veloces carros, y el amor se debe regir por el arte. Automedonte sobresalía en la conducción de los carros y el manejo de las flexibles riendas; Tifis acreditó su maestría en el gobierno de la nave de los Argonautas; Venus me ha escogido por el confidente de su tierno hijo, y espero ser llamado el Tifis y el Automedonte del amor. Éste en verdad es cruel, y muchas veces experimenté su enojo; pero es niño, y apto por su corta edad para ser guiado. La cítara de Quirón educó al jovenzuelo Aquiles, domando su carácter feroz con la dulzura de la música; y el que tantas veces intimidó a sus compañeros y aterró a los enemigos, dícese que temblaba en presencia de un viejo cargado de años, y ofrecía sumiso al castigo del maestro aquellas manos que habían de ser tan funestas a Héctor. Quirón fué el maestro de Aquiles, yo lo seré del amor: los dos niños temibles y los dos hijos de una diosa. No obs-

tante, el toro dobla la cerviz al yugo del arado y el potro generoso tiene que tascar el freno; yo me someteré al amor, aunque me destroce el pecho con sus saetas y sacuda sobre mí sus antorchas encendidas. Cuanto más riguroso me flecha y abrasa con sin par violencia, tanto más brío me infunde el anhelo de vengar mis heridas.

Yo no fingiré, Apolo, que he recibido de ti estas lecciones, ni que me las enseñaron los cantos de las aves, ni que se me apareció Clío con sus hermanas al apacentar mis rebaños en los valles de Ascra. La experiencia dicta mi poema; no despreciéis sus avisos saludables: canto la verdad. ¡Madre del amor, alienta el principio de mi carrera! ¡Lejos de mí, tenues cintas, insignias del pudor, y largos vestidos que cubrís la mitad de los pies! Nosotros cantamos placeres fáciles, hurtos perdonables, y los versos correrán limpios de toda intención criminal.

Joven soldado que te alistas en esta nueva milicia, esfuérzate lo primero por encontrar el objeto digno de tu predilección; en seguida trata de interesar con tus ruegos a la que te cautiva, y en tercer lugar, gobiérnate de modo que tu amor viva largo tiempo. Éste es mi propósito, éste el espacio por donde ha de volar mi carro, ésta la meta a la que han de acercarse sus ligeras ruedas.

Pues te hallas libre de todo lazo, aprovecha la ocasión y escoge a la que digas: «Tú sola me places.» No esperes que el cielo te la envíe en las alas del Céfiro; esa dicha has de buscarla por tus propios ojos. El cazador sabe muy bien en qué sitio ha de tender

las redes a los ciervos y en qué valle se esconde el jabalí feroz. El que acosa a los pájaros, conoce los árboles en que ponen los nidos, y el pescador de caña, las aguas abundantes en peces. Así, tú, que corres tras una mujer que te profese cariño perdurable, dedícate a frecuentar los lugares en que se reunen las bellas. No pretendo que en su persecución des las velas al viento o recorras lejanas tierras hasta encontrarla; deja que Perseo nos traiga su Andrómeda de la India, tostada por el sol, y el pastor de Frigia robe a Grecia su Helena; pues Roma te proporcionará lindas mujeres en tanto número, que te obligue a exclamar: «Aquí se hallan reunidas todas las hermosuras del orbe.» Cuantas mieses doran las faldas del Gárgaro, cuantos racimos llevan las viñas de Metimno, cuantos peces el mar, cuantas aves los árboles, cuantas estrellas resplandecen en el cielo, tantas jóvenes hermosas pululan en Roma, porque Venus ha fijado su residencia en la ciudad de su hijo Eneas.

Si te cautiva la frescura de las muchachas adolescentes, presto se ofrecerá a tu vista alguna virgen candorosa; si la prefieres en la flor de la juventud, hallarás mil que te seduzcan con sus gracias, viéndote embarazado en la elección; y si acaso te agrada la edad juiciosa y madura, créeme, encontrarás de éstas un verdadero enjambre. Cuando el sol queme las espaldas del león de Hércules, paséate despacio a la sombra del pórtico de Pompeyo, o por la opulenta fábrica de mármol extranjero que publica la munificencia de una madre añadida a la de su hijo, y no olvides visitar la galería, ornada de antiguas pintu-

ras, que levantó Livia, y por eso lleva su nombre. Allí verás el grupo de las Danaides que osaron matar a los infelices hijos de sus tíos, y a su feroz padre, con el acero desnudo. No dejes de asistir a las fiestas de Adonis, llorado por Venus, ni a las del sábado que celebran los judíos de Siria, ni pases de largo por el templo de Menfis que se alzó a la ternera vendada con franjas de lino; Isis convierte a muchas en lo que ella fué para Jove.

Hasta el foro, ¿quién lo creerá?, es un cómplice del amor, cuya llama brota infinitas veces entre las lides clamorosas. En las cercanías del marmóreo templo consagrado a Venus surge el raudal de la fuente Appia con dulcísimo murmullo, y allí mil veces se dejó prender el jurisconsulto en las amorosas redes, y no pudo evitar los peligros de que defendía a los demás; allí, con frecuencia, el orador elocuente pierde el don de la palabra: las nuevas impresiones le fuerzan a defender su propia causa; y Venus, desde el templo vecino, se ríe del desdichado que siendo patrono poco ha, desea convertirse en cliente; pero donde has de tender tus lazos sobre todo es en el teatro, lugar muy favorable a la consecución de tus deseos. Allí encontrarás más de una a quien dedicarte, con quien entretenerte, a quien puedes tocar, y por último poseerla. Como las hormigas van y vuelven en largas falanges cargadas con el grano que les ha de servir de alimento, y las abejas vuelan a los bosques y prados olorosos para libar el jugo de las flores y el tomillo, así se precipitan en los espectáculos nuestras mujeres elegantes en tal número, que

suelen dejar indecisa la preferencia. Más que a ver las obras representadas, vienen a ser objeto de la pública expectación, y el sitio ofrece mil peligros al pudor inocente.

¡Oh Rómulo, tú fuiste el primero que alborotó los juegos escénicos con la violencia, cuando el rapto de las Sabinas regocijó a tus soldados, que carecían de mujeres! Entonces los toldos no pendían sobre el marmóreo teatro, ni enrojecía la escena el líquido azafrán; con el ramaje que brindaba la selva del Palatino, dispuesto sin arte, levantábase el rústico tablado; el pueblo se acomodaba en graderías hechas de césped, y el follaje cubría de cualquier modo las hirsutas cabezas. Cada cual, observando alrededor, señalaba con los ojos la joven que para sí codiciaba, y revolvía muchos proyectos a la callada en su pecho; y mientras el danzante, a los rudos sones de la zampoña toscana, golpea cadencioso tres veces el suelo con los pies, en medio de los aplausos, que entonces no se vendían, el rey da a su pueblo la señal de lanzarse sobre la presa. De súbito saltan de los asientos, y con clamores que delatan su intención, ponen las ávidas manos en las doncellas. Como la tímida turba de palomas huye las embestidas del águila, como la tierna cordera se espanta en presencia del lobo, así huyen, aterradas, de aquellos hombres sin ley que las acometen, y no hubo una sola que no reflejase la palidez en la cara. El espanto fué en todas igual, mas no se manifestó de la misma manera. Las unas se arrancan los cabellos, las otras pierden el sentido; éstas guardan un sombrío silencio, aquéllas llaman a

sus madres; quiénes se lamentan, quiénes quedan embargadas de estupor, algunas permanecen inmóviles y no pocas se dan a la fuga. Las doncellas robadas, presa ofrecida al dios Genio, desaparecen de allí, y el temor multiplicó en muchas los naturales encantos. Si alguna se resiste tenaz a seguir al raptor, éste la coge en brazos, y estrechándola contra el ávido seno, la consuela con tales palabras: «¿Por qué enturbias con el llanto tus lindos ojos? Lo que tu padre es para tu madre, eso seré yo para ti.» Rómulo, tú fuiste el único que supo premiar a los soldados; si me concedes el mismo galardón, me alisto en tu milicia. Desde entonces sigue la costumbre en las funciones teatrales, y hoy todavía son un peligro para las hermosas.

No dejes tampoco de asistir a las carreras de los briosos corceles; el circo, donde se reune público innumerable, ofrece grandes incentivos. Allí no te verás obligado a comunicar tus secretos con el lenguaje de los dedos, ni a espiar los gestos que descubran el oculto pensamiento de tu amada. Nadie te impedirá que te sientes junto a ella y que arrimes tu hombro al suyo todo lo posible; el corto espacio de que dispones te obliga forzosamente, y la ley del sitio te permite tocar a gusto su cuerpo codiciado. Luego buscas un pretexto cualquiera de conversación, y que tus primeras palabras traten de cosas generales. Con vivo interés pregúntale a quién pertenecen los caballos que van a correr, y sin vacilación toma el partido de aquel, sea el que fuere, que merezca su favor. Cuando se presenten las imágenes de marfil

en la solemne procesión, aplaude con entusiasmo a la diosa Venus, tu soberana. Si por acaso el polvo se pega al vestido de la joven, apresúrate a quitárselo con los dedos, y aunque no le haya caído polvo ninguno, haz como que lo sacudes, y cualquier motivo te incite a mostrarte obsequioso. Si el manto le desciende hasta tocar el suelo, recógelo sin demora y quítale la tierra que lo mancha, que bien pronto recabarás el premio de tu servicio, pues con su consentimiento podrás deleitar los ojos al descubrir su torneada pierna. Además, observa si el que se sienta detrás de vosotros saca demasiado la rodilla y oprime su ebúrnea espalda. La menor distinción cautiva a un ánimo ligero. Fué útil a muchos colocar con presteza un cojín o agitar el aire con el abanico, y deslizar el escabel bajo unos pies delicados. El circo brinda estas ocasiones al amor naciente, como la arena del foro que entristecen las contiendas legales. Allí descendió a pelear mil veces el hijo de Venus, y el que contemplaba las heridas de otro, resultó herido también; y mientras habla, toca la mano del adversario, apuesta por un combatiente, y, depositada la fianza, pregunta quién salió victorioso, solloza al sentir el dardo que se le clava en el pecho, y, simple espectador del combate, viene a ser una de sus víctimas.

¿Qué espectáculo iguala en lo emocionante al simulacro de una batalla naval en la que César lanza las naves de Persia contra las de Atenas? Desde uno y otro mar acuden mozos y doncellas, y el orbe entero se da cita en Roma. Entre tanta muchedumbre, ¿quién no hallará la mujer de su predilección? ¡Ah, cuántos

se dejaran abrasar por una hermosa extranjera! César se dispone a sojuzgar pronto lo que le falta del orbe, y pronto serán nuestros los últimos confines del Oriente. ¡Reino de los parthos, vas a sufrir rudo castigo! ¡Alborozaos, manes de Craso; estandartes que, a pesar vuestro, pasasteis a poder de los bárbaros, aquí está vuestro vengador, acreditado de insigne caudillo en los primeros encuentros, pues muy joven obtiene victorias no concedidas a la juventud! ¡Espíritus apocados, no preguntéis el día natal de los dioses: el valor de los Césares se adelanta siempre a la edad, su genio soberano brilló desde los tiernos años, rebelde a los tardíos pasos del crecimiento! Hércules, de niño, ahogó con sus manos dos serpientes, y ya en la cuna se mostró digno vástago de Jove. ¡Tú, Baco, que seduces con tus gracias juveniles, cuán grande apareciste en la India, conquistada por tus tirsos victoriosos! Joven príncipe, combatirás alentado por los auspicios y el valor de tu padre, y gracias a los mismos reportarás la victoria; debes ilustrar con hazañas heroicas tu nombre glorioso, y si hoy eres el príncipe de la juventud, luego lo serás de la vejez. Hermano generoso, venga la injuria de tus hermanos; modelo de hijos, defiende los derechos de tu padre. Tu padre, que lo es también de la patria, te puso las armas en la mano; el enemigo arrebató con violencia el reino al autor de tus días, pero tus dardos serán sagrados, y las saetas de aquél sacrílegas; la justicia y la piedad combatirán bajo tus enseñas, y el partho, ya vencido por su mala causa, lo será asimismo por las armas, y mi joven héroe añadirá a las del Lacio las riquezas

del Oriente. ¡Marte, que eres su padre, y tú, César, su padre también, prestad ayuda al guerrero, ya que uno de vosotros es dios, y el segundo lo será presto! Sí, te lo aseguro: vencerás; yo cantaré los versos ofrecidos a tu gloria, y tu nombre resonará en ellos con sublime acento. A punto de combatir, animarás las huestes con mis palabras, y ojalá no sean indignas de tu esfuerzo. Pintaré al partho fugitivo, el brío animoso de los romanos, y los dardos que lanza el enemigo volviendo las riendas de su caballo. Partho, si huyes para vencer, ¿qué dejas a los vencidos? Al fin tu Marte te amedrenta con presagios funestos. Pronto lucirá el día en que tú, el más hermoso de los hombres, aparezcas resplandeciente en el carro de cuatro blancos corceles. Delante de ti caminarán los jefes enemigos con los cuellos cargados de cadenas, sin que puedan, como antes, buscar su salvación en la fuga; los jóvenes, al lado de las doncellas, contemplarán regocijados el espectáculo, y este día feliz ensanchará todos los corazones. Entonces, si alguna muchacha te pregunta los nombres de los vencidos reyes, y cuáles son las tierras, los montes y los ríos de las imágenes conducidas en triunfo, responde a todo, aunque no seas interrogado, y afirma lo que no sabes como si lo supieses perfectamente. Esa imagen con las sienes ceñidas de cañas es el Éufrates; la que sigue, de azulada cabellera, el Tigris; aquélla, la de Armenia; ésta representa la Persia, donde nació el hijo de Dánae; estotra, una ciudad situada en los valles de Aquemenia; aquél y el de más allá son generales; de algunos dirás los nombres verda-

deros, si los conoces, y si no, los que puedan convenirles.

Las mesas de los festines brindan suma facilidad para introducirse en el ánimo de las bellas, y proporcionan además de los vinos otras delicias. Allí, con frecuencia, el Amor de purpúreas mejillas sujeta con sus tiernos brazos la altiva cabeza de Baco; cuando el vino llega a empapar las alas de Cupido, éste queda inmóvil y como encadenado en su puesto; mas en seguida el dios sacude las húmedas alas, y entonces, ¡desgraciado del corazón que baña en su rocío! El vino predispone los ánimos a inflamarse enardecidos, ahuyenta la tristeza y la disipa con frecuentes libaciones. Entonces reina la alegría; el pobre, entonces, se cree poderoso, y entonces el dolor y los tristes cuidados desaparecen de su rugosa frente; entonces descubre sus secretos, ingenuidad bien rara en nuestro siglo, porque el dios es enemigo de la reserva. Allí, muy a menudo, las jóvenes dominan al albedrío de los mancebos: Venus, en los festines, es el fuego dentro del fuego.

No creas demasiado en la luz engañosa de las lámparas; la noche y el vino extravían el juicio sobre la belleza. Paris contempló las diosas desnudas a la luz del sol que resplandecía en el cielo, cuando dijo a Venus: «Venus, vences a tus competidoras.» La noche oculta las macas, disimula los defectos, y entre las sombras cualquiera nos parece hermosa. Examina a la luz del día los brillantes, los trajes de púrpura, la frescura de la tez y las gracias del cuerpo. ¿Habré de enumerar todas las reuniones femeninas

en que se sorprende la caza? Antes contaría las arenas del mar. ¿A qué citar Bayas, que cubre de velas sus litorales y cuyas cálidas aguas humean con vapores sulfurosos? Los que salen de allí con el dardo mortal en el pecho dicen de ellas: «Estas aguas no son tan saludables como publica la fama.» Contempla el ara de Diana en medio del bosque próximo a nuestros muros y el reino conquistado por el acero de una mano criminal; aunque la diosa es virgen y odia las flechas de Cupido, ¡cuántas heridas causa a su pueblo y cuántas causará todavía!

Hasta aquí mi Musa, exponiendo sus advertencias en versos desiguales, te advirtió dónde encontrarías una amada y dónde has de tender tus redes; ahora te enseñará los hábiles recursos que necesitas poner en juego para vencer a la que te seduzca. Quienesquiera que seáis, de esta o de la otra tierra, prestadme todos dócil atención, y tú, pueblo, oye mi palabra, pues me dispongo a cumplir lo prometido. Primeramente has de abrigar la certeza de que todas pueden ser conquistadas, y las conquistarás preparando astuto las redes. Antes cesarán de cantar los pájaros en primavera, en estío las cigarras y el perro del Ménalo huirá asustado de la liebre, antes que una joven rechace las solícitas pretensiones de su amador: hasta aquella que juzgues más difícil se rendirá a la postre; los hurtos de Venus son tan dulces al mancebo como a la doncella; el uno los oculta mal, la otra cela mejor sus deseos. Conviene a los varones no precipitarse en el ruego, y que la mujer, ya de antemano vencida, haga el papel de suplicante. En

los frescos pastos la vaca llama con sus mugidos al toro y la yegua relincha a la aproximación del caballo. Entre nosotros el apetito se desborda menos furioso y la llama que nos enciende no traspasa los límites de la naturaleza. ¿Hablaré de Biblis, que concibió por su hermano un amor incestuoso, expiado valerosamente echándose un lazo al cuello? Mirra amó a su padre, no como debía amarle una hija, y convertida en árbol, oculta bajo la corteza su crimen y hoy nos sirven de perfumes las lágrimas que destila el tronco oloroso que aun lleva su nombre. Pacía en los opacos valles del frondoso Ida un toro blanco, gloria del rebaño, señalado por leve mancha negra en la frente; era la única, pues el resto de su cuerpo igualaba la blancura de la leche. Las terneras ardientes de Gnosia y Cidón desearon sostenerlo sobre sus espaldas, y la adúltera Pasifae, que se regocijaba con la ilusión de poseerlo, concibió un odio mortal contra las que consideraba más hermosas. Cuento hechos harto conocidos. Creta, la de las cien ciudades, y nada escrupulosa en mentir, no osará negarlo. Dícese que ella misma cortaba con poca habilidad las hojas recientes de los árboles y las tiernas hierbas de los prados, ofreciéndoselas al toro; ella seguía al rebaño sin que la contuviese el temor de su esposo, y Minos quedó vencido por el cornudo animal. ¿De qué te sirve, Pasifae, ponerte preciosas vestiduras, si tu adúltero amante desconoce el valor de esas riquezas? ¿De qué el espejo que llevas en tus excursiones por las montañas y para qué, necia, cuidas tanto el peinar tus cabellos? Mírate en ese espejo, y te conven-

cerás de no ser una ternera; mas ¿con qué ardor no desearías que te naciesen los cuernos en la frente? Si aun quieres a Minos, renuncia a torpes ayuntamientos, y si pretendes engañar a tu esposo, engáñale con un hombre. Pero la reina, abandonando su tálamo, vaga errante por montes y selvas como la Bacante soliviantada por el dios de Aonia. ¡Ah!, ¡cuántas veces distinguía a una vaca con ceño iracundo y exclamaba!: «¿Por qué ésta agrada a mi dueño? Mira cómo retoza en su presencia sobre la fresca hierba. Sin duda cree en su imbecilidad estar así más bella.» Dice, y al momento ordena separar a la inocente del rebaño y someter su cerviz al pesado yugo, o la obliga a caer ante el ara del sacrificio, como víctima, y alegre recoge en sus manos las entrañas de una rival. Muchas veces aplacó a los númenes con tan cruentos espectáculos y apostrofaba así las carnes palpitantes: «Ea, id a cautivar al que amo. Ya deseaba convertirse en Europa, ya en la ninfa Ío; en ésta porque se transformó en vaca, en la otra porque fué arrebatada sobre la espalda de un toro. El jefe del rebaño se juntó con Pasifae engañado por el cuerpo de una vaca de madera, y el fruto de esta unión descubrió la naturaleza del padre.

Si la otra Cretense hubiera resistido las persecuciones de Tiestes, ¡oh, qué difícil es a la mujer agradar a un sólo varón! Febo no habría detenido su carro y sus corceles en mitad del camino, revolviéndolos hacia las puertas de la Aurora. La hija de Niso, por haberle robado sus purpúreos cabellos, cayó desde la popa de un navío y convirtióse en ave. Agame-

nón, que desafió victorioso los peligros de Marte en la tierra y las borrascas de Neptuno en el piélago, vino a perecer víctima de su adúltera esposa. ¿Quién no ha llorado la suerte de Creusa de Corinto y no ha maldecido a la inicua madre bañada en la sangre de sus hijos? Fénix, la de Amintor, vertió torrentes de lágrimas por sus órbitas privadas de luz, y los caballos espantados destrozaron al infeliz Hipólito. Fíneo, ¿por qué saltas los ojos de tus inocentes hijos? ¡Ay!, tan horrendo castigo caerá un día sobre tu cabeza. Tales crímenes hizo cometer la liviandad femenina, más ardiente que la nuestra y con más furor en sus arrebatos.

Ánimo, y no dudes que saldrás vencedor en todos los combates; entre mil apenas hallarás una que te resista; las que conceden y las que niegan se regocijan lo mismo al ser rogadas, y dado que te equivoques, la repulsa no te traerá ningún peligro. ¿Mas cómo te has de engañar teniendo las nuevas voluptuosidades tantos atractivos? Los bienes ajenos nos parecen mayores que los propios; las espigas son siempre más fértiles en los sembrados que no nos pertenecen y el rebaño del vecino se multiplica con portentosa fecundidad. Ante todo haz por conocer a la criada de la joven que intentas seducir, para que te facilite el primer acceso, y averigua si obtiene la confianza de su señora y es la confidente de sus secretos placeres; inclínala en tu favor con las promesas y ablándala con los ruegos; como ella quiera, conseguirás fácilmente tus deseos. Que ella escoja el momento, los médicos suelen también aprovecharlo,

en que el ánimo de su señora, libre de cuitas, esté mejor dispuesto a rendirse; el más favorable a tu pretensión será aquel en que todo le sonría y le parezca tan bello como la áurea mies en los fértiles campos. Si el pecho está alborozado y no lo oprime el dolor, tiende a dilatarse y Venus lo señorea hasta el fondo. Ilión, embargada de tristeza, pudo defenderse con las armas, y en un día festivo introdujo en su recinto el caballo repleto de soldados. Acomete la empresa así que la oigas quejarse de una rival, y esfuérzate en que no quede sin venganza la injuria. La criada que peina sus cabellos por la mañana, avive el resentimiento y ayude el impulso de tus velas con el remo, y dígale suspirando en tenue voz: «Por lo que veo, no podrás vengarte del agravio.» Después hable de ti con las palabras más persuasivas y júrele que mueres de un amor que raya en locura; pero revélate decidido, no sea que el viento calme y caigan las velas. Como el cristal es frágil, así se calma pronto la cólera de la mujer.

Me preguntas si es provechoso conquistar a la misma sirvienta; en tal caso te expones a graves contingencias; ésta, después que se entregue, te servirá más solícita; aquélla, menos celosa; la una te facilitará las entrevistas con su ama, la otra te reservará para sí. El bueno o mal suceso es muy eventual. Aun suponiendo que ella incite tu atrevimiento, mi consejo es que te abstengas de la aventura. No quiero extraviarme por precipicios y agudas rocas; ningún joven que oiga mis avisos se dejará sorprender; no obstante, si la criada que recibe y vuelve los bi-

lletes te cautiva por su gracia tanto como por los buenos servicios, apresura la posesión de la señora y siga la de la criada; mas no comiences nunca por la conquista de la última. Una cosa te aconsejo, si tienes confianza en mis lecciones y el viento no se lleva mis palabras y las hunde en el mar: o no intentes la empresa, o acábala del todo; así que ella tenga parte en el negocio, no se atreverá a delatarte. El pájaro no puede volar con las alas viscosas, el jabalí no acierta a romper las redes que le envuelven y el pez queda sujeto por el anzuelo que se le clava; pero si te propones seducirla, no te retires hasta salir vencedor. Entonces ella, culpable de la misma falta, no osará traicionarte, y por ella conocerás los dichos y hechos de la que pretendes. Sobre todo, gran discreción; si ocultas bien tu inteligencia con la criada, los pasos de tu dueño te serán perfectamente conocidos.

Grave error el de creer que sólo los pilotos y labriegos deben consultar el tiempo. No conviene arrojar fuera de sazón en el campo la semilla que puede engañar nuestras esperanzas, ni en todo tiempo librar a los embates de las olas una frágil embarcación, ni siempre es de seguros resultados atacar a una tierna beldad; a veces importa aprovechar la ocasión favorable, ya se aproxime el día de un natalicio, ya el de las calendas de marzo, que Venus se goza en prolongar. Si el circo resplandece no adornado como antes con figuras de relieve, sino con los despojos de los reyes vencidos, difiere algunos días tu pretensión. Entonces reina el triste invierno y

amenazan las lluviosas Pléyadas; entonces las tímidas Cabrillas se sumergen en las aguas del Océano; no acometas nada de provecho, pues si alguien se confía entonces a los riesgos de la navegación, apenas podrá salvar los ateridos miembros en la tabla de su bajel hecho piezas. Tus ataques han de comenzar el día funesto en que las ondas del Allia se tiñeron con la sangre de los cadáveres romanos o el último de cada semana que consagra al reposo y al culto el habitante de Palestina. Mira con santo horror el natalicio de tu amada, y como nefastos los días en que es ineludible el ofrecer presentes. Aunque lo evites con cautela, te sonsacará algo; la mujer tiene mil medios para apoderarse del caudal de su apasionado amante. Un vendedor con la túnica desceñida se presentará ante tu dueño deseoso de comprar, y delante de ti expondrá sus mercaderías. Ella te rogará que las examines para juzgar tu buen gusto; después te dará unos besos, y por último te pedirá que le compres lo que más le agrade, jurándote que con eso quedará contenta por largos años, y diciéndote: «Ahora tengo necesidad de ello y ahora se puede comprar a precio razonable.» Si te excusas con el pretexto de que no tienes en casa el dinero necesario, te pedirá un billete, y sentirás haber aprendido a escribir. ¡Cuántas veces te exigirá el regalo que se acostumbra en el natalicio y cuántas renovará esta fecha al compás de sus necesidades! ¿Qué harás cuando la veas llorar desolada por una falsa pérdida y te enseñe las orejas sin los ricos pendientes que ostentaban? Las mujeres piden muchas cosas

en calidad de préstamo, y así que las reciben se niegan a la devolución. Sales perdiendo y nunca se tiene en cuenta tu sacrificio. No me bastarían diez bocas con otras tantas lenguas, si pretendiese referir los astutos manejos de nuestras cortesanas.

Explota el camino por medio de la cera que barniza las elegantes tablillas, y que ella sea la primer anunciadora de la disposición de tu ánimo, que ella le diga tus ternuras con las expresiones que usan los amantes, y seas quien seas, no te sonrojen las más humildes súplicas. Aquiles, movido por las preces, entregó a Príamo el cadáver de Héctor; la voz del suplicante templa la cólera de los dioses. No economices el prometer, que al fin no arruina a nadie, y todo el mundo puede ser rico en promesas. La esperanza acreditada permite ganar tiempo; en verdad, es una diosa falaz; mas nos complace ser por ella engañados. Los presentes que le hubieses hecho podrían incitarla a abandonarte, y por lo pronto se lucraría con tu largueza sin perder nada. Confíe siempre en que le vas a dar lo que nunca pensaste; así un campo estéril burla mil veces la esperanza del labrador, así el jugador empeñado en no perder, pierde a todas horas, y sus ávidas manos no sueltan los dados que le prometen pingües ganancias. Lo principal y más dificultoso es alcanzar de gracia los primeros favores; el temor de darlos sin provecho la inducirá a seguir concediéndolos como antes; dirígele tus billetes impregnados de dulcísimas frases, con el fin de explorar su disposición y tentar las dificultades del camino. Los caracteres trazados sobre

un fruto burlaron a Cidipe, y la imprudente doncella, leyéndolos, se vió cogida por sus propias palabras.

Jóvenes romanos, os aconsejo que no aprendáis las bellas artes con el único objeto de convertiros en defensores de los atribulados reos; la beldad se deja arrebatar y aplaude al orador elocuente, lo mismo que la plebe, el juez adusto y el senador distinguido; pero ocultad el talento, que el rostro no descubra vuestra facundia y que en vuestras tablillas no se lean nunca expresiones afectadas. ¿Quién sino un estúpido escribirá a su tierna amiga en tono declamatorio? Con frecuencia un billete pedantesco atrajo el desprecio a quien lo escribió. Sea tu razonamiento sencillo, tu estilo natural y a la vez insinuante, de modo que imagine verte y oírte al mismo tiempo. Si no recibe tu billete y lo devuelve sin leerlo, confía en que lo leerá más adelante y permanece firme en tu propósito. Con el tiempo los toros rebeldes acaban por someterse al yugo, con el tiempo el potro fogoso aprende a soportar el freno que reprime su ardor. El anillo de hierro se desgasta con el uso continuo y la punta de la reja se embota a fuerza de labrar asiduamente la tierra. ¿Qué más duro que la roca y más leve que la onda? Con todo, las aguas socavan las duras peñas. Persiste, y vencerás con el tiempo a la misma Penélope. Troya resistió muchos años, pero al fin cayó vencida. Si te lee y no quiere contestar, no la obligues a ello; procura solamente que siga leyendo tus ternezas, que ya responderá un día a lo que leyó con tanto gusto. Los favores llegarán por sus pasos

en tiempo oportuno. Tal vez recibas una triste contestación, rogándote que ceses de solicitarla; ella teme lo que te ruega y desea que sigas en las instancias que te prohibe. No te descorazones, prosigue, y bien pronto verás satisfechos tus votos. En el ínterin, si tropiezas a tu amada tendida muellemente en la litera, acércate con disimulo a su lado, y a fin de que los oídos de curiosos indiscretos no penetren la intención de tus frases, como puedas revélale tu pasión en términos equívocos. Si se dirige al espacioso pórtico, debes acompañarla en su paseo, y ora has de precederla, ora seguirla de lejos, ya andar de prisa, ya caminar con lentitud. No tengas reparo en escurrirte entre la turba y pasar de una columna a otra para llegar a su lado. Cuida que no vaya sin tu compañía a ostentar su belleza en el teatro; allí sus espaldas desnudas te ofrecerán un gustoso espectáculo; allí la contemplarás absorto de admiración y le comunicarás tus secretos pensamientos con los gestos y las miradas. Aplaude entusiasmado la danza del actor que representa a una doncella, y más todavía al que desempeña el papel del amante. Levántate si ella se levanta, vuelve a sentarte si se sienta, y no te pese desperdiciar el tiempo al tenor de sus antojos. Tampoco te detengas demasiado en rizarte el cabello con el hierro o en alisarte la piel con la piedra pómez; deja tan vanos aliños para los sacerdotes que aúllan sus cantos frigios en honor de la madre Cibeles. La negligencia constituye el mejor adorno del hombre. Teseo, que nunca se preocupó del peinado, supo conquistar a la hija de Minos; Fedra enloqueció por Hipó-

lito, que no se distinguía en lo elegante, y Adonis, tan querido de Venus, sólo se recreaba en las selvas. Preséntate aseado, y que el ejercicio del campo de Marte solee tu cuerpo envuelto en una toga bien hecha y airosa. Sea tu habla suave, luzcan tus dientes su esmalte y no vaguen tus pies en el ancho calzado; que no se te ericen los pelos mal cortados, y tanto éstos como la barba entrégalos a una hábil mano. No lleves largas las uñas, que han de estar siempre limpias, ni menos asomen los pelos por las ventanas de tu nariz, ni te huela mal la boca, recordando el fétido olor del macho cabrío. Lo demás resérvalo a las muchachas que quieren agradar y para esos mozos que con horror de su sexo se entregan a un varón.

Mas ya llama a su poeta Baco, el que ayuda siempre a los amantes y atiza las llamas en que él mismo se consume. Ariadna erraba loca por la desierta arena que ciñe la isla de Naxos combatida por el mar; apenas sacude el sueño medio cubierta con la sencilla túnica, con los pies descalzos y sueltos los rubios cabellos, se dirige a las sordas olas llamando al cruel Teseo, y un raudal de lágrimas se desliza por sus frescas mejillas; gritaba y lloraba a la vez, y el llanto y las voces, lejos de amenguar su belleza, contribuían a realzarla de un modo extraordinario. Ya golpeándose el pecho sin cesar con mano despiadada, gritaba: «El pérfido ha partido; ¿qué será de mí, qué suerte me espera?» En aquel momento resuenan por el extenso litoral los címbalos y los tímpanos golpeados con frenéticas manos, cae desvanecida, las últimas palabras expiran en sus labios y diríase que en su cuerpo

no quedaba una gota de sangre. De súbito aparecen las Bacantes con los cabellos tendidos por la espalda, y detrás la turba de los Sátiros que preceden al dios; después el viejo Sileno, tan borracho, que gracias si se mantiene en equilibrio cogiéndose a las crines del asno cabizbajo, persigue a las Bacantes que huyen y le acometen de improviso; como es tan pésimo jinete, hostiga con la vara al cuadrúpedo que monta y al fin se apea de bruces por las orejas del paciente animal. Los Sátiros entonces gritan: «Levántate, padre Sileno; levántate.» Preséntase al fin, en su carro ceñido de pámpanos, el dios que gobierna los domados tigres con riendas de oro. Pálida de terror Ariadna, no nombra más a Teseo, porque la voz se le hiela en la garganta; tres veces quiso huir, y el miedo la detuvo inmóvil otras tantas; estremecióse como las espigas estériles agitadas por el viento y la débil caña que tiembla en las orillas del húmedo pantano. El dios la conforta así: «Depón tus temores; yo seré un amante más fiel que Teseo, y tú serás, Ariadna, la esposa de Baco. El cielo premiará tu dolor; como una constelación reinarás en el cielo, y las naves guiarán su rumbo por tu corona de brillantes.» Dijo, y para que los tigres no la espantasen desciende del carro, salta sobre la arena de la playa, que cede a sus pies, y la arrebata en los brazos, sin que ella pugne por defenderse; que no es fácil resistir al poderío de un inmortal. Unos entonan los cantos de Himeneo, otros gritan: «Evoe, Evoe», y entre el común alborozo, el dios y la joven desposada se reclinan en el tálamo nupcial.

Así, cuando asistieres a un festín en que abunden

los dones de Baco, si una muchacha que te atrae se coloca cerca de ti en el lecho, ruega a este padre de la alegría, cuyos misterios se celebran por la noche, que los vapores del vino no lleguen a trastornar tu cabeza. Allí te será permitido dirigir a tu bella insinuantes discursos con palabras veladas que no escaparán a su perspicacia y se los aplicará a sí misma; escribe en la mesa con gotas de vino dulcísimas ternuras, en las que tu amiga adivine tu pasión avasalladora, y clava en los suyos tus ojos respirando fuego: un semblante mudo habla a las veces con singular elocuencia. Arrebata presuroso de su mano el vaso que rozó con los labios, y bebe por el mismo lado que ella bebió. Coge cualquiera manjar que hayan tocado sus dedos, y aprovecha la ocasión para que tu mano tropiece con la suya; ingéniate, asimismo, por ganarte al esposo de tu amada; os será muy útil a los dos el tenerlo por amigo. Si la suerte te proclama rey del festín, concédele la honra de beber primero y regálale la corona que ciñe tu cabeza; ya sea tu igual, ya inferior a ti, déjale que tome de todo antes y no dudes dirigirle las expresiones más lisonjeras. Con el falso nombre de amigo se burla multitud de veces sin riesgo a un marido, y aunque el hecho quede casi siempre impune, no deja de ser un crimen. En tales casos el procurador suele ir más lejos de lo que se le encomienda, y se cree autorizado para traspasar las órdenes que recibió.

Quiero darte la medida a que te atengas en el beber: es aquella que no impide al seso ni a los pies cumplir con su oficio. Evita, en primer término, las

reyertas que provoca el vino, y los puños demasiado prontos a repartir golpes. Eurition murió por haber bebido desatinadamente. Entre el vino y los manjares sólo ha de reinar la alegría. Si tienes buena voz, canta; si tus brazos son flexibles, baila, y no descuides, si las tienes, revelar aquellas dotes que favorecen la seducción. La embriaguez verdadera perjudica, y cuando es fingida puede ser útil. Estropee tu lengua solapada la pronunciación de las voces; así, lo que hagas o digas fuera de lo regular, creerán todos que lo ocasiona el exceso de la bebida. Desea mil felicidades a la señora de tus pensamientos y al que tiene la dicha de compartir su tálamo; mas en lo recóndito del alma profiere contra este último cien maldiciones. Cuando las mesas se levantan y los convidados se retiran, aprovecha las circunstancias del lugar y la confusión de la multitud para aproximarte a ella; mézclate entre la turba, colócate sin sentir a su lado, pásale el brazo por el talle y toca su pie con el tuyo. Esta es la ocasión de abordarla; lejos de ti el agreste pudor; Venus y la Fortuna alientan siempre a los audaces.

No esperes que yo te dicte los preceptos de la elocuencia; rompe atrevido el silencio, y las frases espontáneas y felices acudirán a tus labios. Tienes que representar el papel de un amante y tus palabras han de quemar como el fuego que te devora; te serán lícitos todos los argumentos para persuadirla de tu pasión y serás creído sin dificultad. Cualquiera se juzga digna de ser amada y aun la más fea da gran valor a sus atractivos; mil veces el que simula el amor acaba por sentirlo de veras y termina por ser lo que al prin-

cipio fingía. ¡Oh jóvenes!, tened tolerancia con los que se aprestan a engañaros; muchas veces un falso amor se convierte en verdadero. Esfuérzate por apoderarte de su albedrío con discretas lisonjas, como el arroyo filtra sus claras ondas en las riberas que lo dominan. Prodiga sin vacilación tus alabanzas a la belleza de su rostro, a la profusión de sus cabellos, a sus finos dedos y su pie diminuto; la mujer más casta se deleita cuando oye el elogio de su hermosura, y aun las vírgenes inocentes dedican largas horas a realzar sus encantos. ¿Por qué Juno y Palas se avergüenzan hoy todavía de no haber obtenido el premio en el certamen de los montes de Frigia? El ave de Juno despliega orgullosa su plumaje, viéndolo alabado; si lo contemplas en silencio, recoge sus tesoros. En el certamen de la veloz carrera, los corceles se encienden con los aplausos que se tributan a sus cuellos arrogantes y bien peinadas crines. No seas tímido en prometer; las jóvenes claudican por las promesas, y pon a los dioses que quieras como testigos de tu sinceridad. Júpiter desde lo alto se ríe de los perjurios de los amantes y dispone que los vientos de Eolia los sepulten en las olas; por las aguas de Estigia solía jurar con engaño ser fiel a Juno, y su mal ejemplo alienta hoy a todos los perjuros.

Conviene que existan los dioses, y como conviene creer en su existencia, aportemos a las antiguas aras las ofrendas del incienso y el vino. Ellos no yacen sumidos en quietud reposada y semejante al sueño; vivid en la inocencia y velarán por vosotros. Volved el depósito que se os ha confiado, acatad las piadosas

leyes, aborreced el fraude, y que vuestras manos estén limpias de sangre. Si sois listos, engañad impunemente a las jóvenes; fuera de esto observaréis siempre la buena fe. Burlad a las que pretenden burlaros; casi todas son gente de poca confianza; caigan presas en los lazos que os tienden. Es fama que el Egipto, por la sequía que abrasaba la tierra, vió estériles sus campos durante nueve años. Trasio entonces se presentó a Busiris y le anunció que sería fácil aplacar a Jove con la sangre de un extranjero, y Busiris le contestó: «Tú serás la primer víctima ofrecida al padre de los dioses, y como huésped de Egipto, tú nos traerás el agua.» Fálaris tostó en el toro de bronce los miembros de Perilo, su inventor, que experimentó el primero tan atroz suplicio: uno y otro fueron justos. ¿Qué ley más equitativa que condenar a los artífices de tormentos a morir con su propia invención? Es razonable castigar a las perjuras con el perjurio, y no pueden quejarse más que de ellas mismas, puesto que su ejemplo alienta la falsía.

También son provechosas las lágrimas, capaces de ablandar al diamante: si te es posible, que vea húmedas tus mejillas, y si te faltan las lágrimas, porque no siempre acuden al tenor de nuestros deseos, restrégate los ojos con los dedos mojados. ¿Qué pretendiente listo no sabe ayudar con los besos las palabras sugestivas? Si te los niega, dáselos contra su voluntad; ella acaso resista al principio y te llame malvado; pero aunque resista, desea caer vencida. Evita que los hurtos hechos a sus lindos labios la lastimen y que la oigas quejarse con razón de tu rudeza. El que logra

sus besos, si no se apodera de lo demás, merece por mentecato perder aquello que ya ha conseguido. Después de éstos, ¡qué poco falta a la completa realización de tus votos! La estupidez y no el pudor detiene tus pasos. Aunque diga que la has poseído con violencia, no te importe; esta violencia gusta a las mujeres: quieren que se les arranque por fuerza lo que desean conceder. La que se ve atropellada por la ceguedad de un pretendiente, se regocija de ello y estima su brutal acción como un rico presente, y la que pudiendo caer vencida sale intacta de la contienda, simula en el aspecto la alegría, mas en su corazón reina la tristeza. Febe se rindió a la violencia, lo mismo que su hermana, y los dos raptores fueron de sus víctimas muy queridos.

Una historia harto conocida, y no por eso indigna de contarse otra vez, es la de aquella hija del rey de Sciros, cuyos favores alcanzó el joven Aquiles. Ya la diosa vencedora de sus rivales en el monte Ida había mostrado su reconocimiento a Paris, que la designó como la más hermosa; ya de extraño reino había llegado la nuera al palacio de Príamo y los muros de Ilión encerraban a la esposa de Menelao; los príncipes griegos juraron vengar la afrenta del esposo, que que si bien de uno solo, recaía por igual sobre todos. Aquiles ocultaba su sexo con rozagante vestidura de mujer, cosa torpe en verdad si no obedeciera a los ruegos de una madre. ¿Qué haces, nieto de Éaco? No es ocupación digna de ti el hilar la lana. Arribarás a la gloria siguiendo otra arte de Palas. No convienen los canastillos al brazo que ha de soportar el

escudo. ¿Por qué sostienes la rueca con esa diestra que derribara un día la pujanza de Héctor? Arroja los husos que devanan el estambre laborioso, y empuña en tu recia mano la lanza de Pelias. Por acaso durmieron una noche en el mismo tálamo Aquiles y la real doncella, que descubrió con su estupro el sexo de quien la acompañaba. Ella, no cabe duda, cedió a fuerza mayor, así hemos de creerlo; pero tampoco sintió mucho que la fuerza saliese vencedora, pues cuando el joven apresuraba la partida, después de trocar la rueca por las armas, le dijo repetidas veces: «Quédate aquí.» ¿Dónde está la violencia? Deidamia, ¿por qué detienes con palabras cariñosas al autor de tu deshonra?

Si la mujer por un sentimiento de pudor no revela la primera su intención, se conforma a gusto con que el hombre inicie el ataque. Excesiva confianza pone en las gracias de su persona el mancebo que espera que la mujer se anticipe al ruego. Es él quien ha de comenzar, quien ha de dirigirle la palabra, expresando esas tiernas solicitudes que ella acogerá con agrado. Para obtener su aquiescencia, ruega; es lo único que ella exige; declárale el principio y la causa de tu inclinación. Júpiter se mostraba siempre rendido con las antiguas heroínas, y con todo su poder no consiguió que ninguna se le ofreciese primero. Mas si ves que tus rendimientos sólo sirven para hincharla de orgullo, desiste de tu pretensión y vuelve atrás los pasos. Muchas suspiran por el placer que huye y aborrecen al que se les brinda; insta con menos fervor y dejarás de parecerle importuno. No siempre

han de delatar tus agasajos la esperanza del triunfo; en ocasiones conviene que el amor se insinúe disfrazado con el nombre de amistad. He visto más de una mujer intratable sucumbir a esta prueba, y al que antes era su amigo convertirse por fin en su amante.

Un cutis muy blanco no dice bien al marino, que lo debe tener tostado por las aguas salobres y los rayos del sol, y tampoco al labriego que sin descanso remueve la tierra a la intemperie con la reja o los pesados rastrillos; y sería vergonzoso que tu cuerpo resplandeciese de blancura persiguiendo con afán la corona del olivo. El amante ha de estar pálido; es el color que publica sus zozobras, y el que le cuadra, aunque muchos sigan diferente opinión. Con pálido rostro perseguía Orión por las selvas a Lirice, y pálido estaba Dafnis por los desvíos de una Náyade cruel. Que la demacración pregone las angustias que sufres, y no repares en cubrir con el velo de los enfermos tus hermosos cabellos. Las cuitas, la pena que nace de un sentimiento profundo y las noches pasadas en vela aniquilan el cuerpo de las jóvenes; para lograr tu intento has de convertirte en un ser digno de lástima, tal que quien te vea exclame al punto: «Está enamorado.»

¿Lamentaré la confusión que reina al apreciar lo justo y lo injusto, o más bien os la aconsejaré? La amistad, la buena fe, son entre nosotros nombres sin sentido. ¡Qué dolor!; es peligroso ensalzar a la que amas en presencia del amigo; como estime merecidas tus alabanzas, trata de quitártela. Mas Patroclo — dirás — no mancilló el lecho de Aquiles, y Fedra con-

servó su pudor al lado de Piritoo. Pílades amó castamente a Hermíone, como Febo a Palas, como los gemelos Cástor y Pólux a su hermana Helena. Si alguien espera hoy ejemplos semejantes, espere coger los frutos del tamariz y encontrar la miel en la corriente de un río. Nos atrae con fuerza la culpa; cada cual atiende a sus placeres, y le resultan más intensos gozándolos a costa de un desdichado. ¡Qué maldad!; no es al enemigo al que ha de temer el amante; guárdate de los que consideras adictos a tu persona, y vivirás seguro; desconfía del pariente, del hermano y del caro amigo, porque todos te infundirán graves sospechas.

Iba a terminar, pero como son tan varios los temperamentos de la mujer, hay mil diversas maneras de dominarla. No todas las tierras producen los mismos frutos: la una conviene a las vides, la otra a los olivos, la de más allá a los cereales. Las disposiciones del ánimo varían tanto como los rasgos fisonómicos; el que sabe vivir se acomoda a la variedad de los caracteres, y como Proteo, ya se convierte en un arroyo fugitivo, ya en un león, un árbol o un cerdoso jabalí. Unos peces se cogen con el dardo, otros con el anzuelo, y los más yacen cautivos en las redes que les tiende el pescador. No uses el mismo estilo con mujeres de diferentes edades: la cierva cargada de años ve desde lejos los lazos peligrosos. Si pareces muy avisado a las novicias y atrevido a las gazmoñas, unas y otras desconfiarán de ti, poniéndose a la defensiva. De ahí que la que teme entregarse a un mozo digno, venga tal vez a caer en los brazos de un pelafustán.

He concluído una parte de mi trabajo, otra me queda por emprender: echemos aquí el áncora que sujete la nave.

LIBRO SEGUNDO

Cantad ¡vítor Peán!, cantad por segunda vez ¡vítor Peán!: la presa que acosaba cayó en mis redes. Que el amante risueño ciña mis sienes de verde lauro, y me eleve por encima del cantor de Ascra y el viejo Homero. Tal el hijo de Príamo, huyendo a toda vela de la belicosa Amiclas, arrebató la esposa de su huésped, y tal era, Hipodamia, el que en su carro vencedor te conducía lejos de los patrios confines. Joven, ¿por qué te apresuras?; tu barco navega en alta mar, y el puerto a que te guío está muy lejano. No basta que mis lecciones hayan rendido en tus brazos una bella; por mi arte la conseguiste, y mi arte te ayudará a conservarla. No arguye menos mérito que la conquista el guardar lo conquistado: lo uno es obra del azar, lo otro consecuencia del arte. Ahora, pues, Cupido y Citerea, si alguna vez me fuisteis propicios, venid en mi ayuda; y tú, Erato, cuyo nombre quiere decir amor. Voy a exponer los medios eficaces de fijar los pasos de ese niño vagabundo que recorre por acá y allá el vasto universo. Tiene gran ligereza y dos alas para volar; por consiguiente, es muy difícil sujetarle al freno.

Minos había previsto cuanto pudiese impedir la fuga de su huésped; mas éste con las alas se abrió camino a través de los aires. Apenas Dédalo hubo

encerrado aquel monstruo, medio hombre y medio toro, que concibiera una madre criminal, se presentó al justiciero Minos y le dijo: «Espero que pongas término a mi destierro, y que mi pueblo natal reciba mis cenizas; y ya que no me permitió vivir en mi patria la iniquidad del destino, séame lícito morir en ella. Si consideras mi vejez indigna de tu gracia, pon en libertad a mi hijo; y si rehusas perdonarlo, perdona a su anciano padre.» Así dice, y refuerza éstas con otras mil razones; pero Minos permanecía inflexible, y comprendiendo la inutilidad de los ruegos, se dijo a sí mismo: «Ahora, Dédalo, ahora se te ofrece la ocasión de acreditar tu inventiva. Minos impera en la tierra y domina sobre el mar; la tierra y las aguas se oponen a nuestra fuga; mas la ruta del cielo queda libre, y por ella intento abrirme camigo. ¡Júpiter poderoso, dígnate favorecer mi audaz tentativa; no me propongo escalar las celestes mansiones, pero no encuentro más que esta vía abierta a mi salvación! Si la Estigia me ofrece un pasaje, atravesaré las ondas de la Estigia: séame permitido cambiar mi propia naturaleza.»

Las desgracias avivan a menudo el ingenio. ¿Quién hubiese nunca creído que el hombre llegaría a viajar por el aire? Con plumas hábilmente dispuestas, que enlaza un hilo de lino, y uniendo las extremidades con cera derretida al fuego, termina un día la artística labor. Ícaro, gozoso, maneja la cera y las plumas, ignorando que fuesen las armas que había de cargar en sus hombros. El padre le dijo entonces: «Con estas naves hemos de abordar a la patria, y gracias a su

auxilio escaparemos a la tiranía de Minos. Nos atajó todos los caminos, mas no pudo impedirnos el de los aires; y pues éste se nos permite, aprovecha mi invento para atravesarlo, pero evita aproximarte a la virgen de Tegea y a Orión, que, espada en mano, acompaña al Boyero. Mide tu vuelo por el mío, yo te precederé, y siguiéndome próximo, caminarás con seguridad bajo mi dirección. Si voláramos por el eterno elemento cerca del sol, la cera no soportaría el calor; y si con vuelo humilde nos deslizásemos hasta la superficie de las olas, las plumas, humedecidas por el agua, perderían su movilidad. Vuela entre estos dos peligros; sobre todo, hijo, teme los vientos, y deja que tus alas obedezcan a su impulso.» Después de darle estos avisos, adapta las alas al muchacho, y le enseña a moverlas, como el ave instruye en volar a sus débiles polluelos; en seguida ajusta a sus hombros las que fabricó para sí, y ensaya con timidez el vuelo por la nueva ruta. Ya dispuesto a volar, abraza y besa a su hijo, y las lágrimas resbalan por sus mejillas paternales.

Destacábase no lejos una colina que, sin alzanzar la altura de un monte, dominaba los campos, y desde ella se lanzan los dos a la peligrosa evasión. Dédalo mueve las alas, y no pierde de vista las de su hijo, sosteniendo la marcha con uniforme velocidad. Lo nuevo del viaje les produce indecible satisfacción, y el audaz Ícaro traspasa las órdenes prescritas. Un pescador los vió al tiempo que sorprendía los peces, y del asombro, la flexible caña se le escapó de la mano. Ya habían dejado a la izquierda Samos y Naxos, Pa-

ros y Delos, tan amada de Febo, y a la diestra Lebintos, Calimne, que sombrean los bosques, y Astipalea, ceñida de pantanos abundantes en pesca, cuando el joven, incauto y temerario con exceso, se eleva más alto en el aire y abandona a su padre; al momento se relaja la trabazón de las alas, la cera se derrite a la proximidad del sol, y por más que mueve los brazos, no acierta a sostenerse en la tenue atmósfera; aterrado, desde la celeste altura pone en el mar las miradas, y el espanto que le produce cubre sus ojos de un denso velo. La cera se había derretido; en vano agita los brazos, despojados de las alas; falto de sostén, tiembla, cae, y al caer, exclama: «¡Padre, padre mío, me veo arrastrado!»; y las verdes olas ahogan sus voces lastimeras. El infeliz padre, que ya no lo era, grita: «¡Ícaro, Ícaro!, ¿por qué región del cielo caminas?» Y aun le llamaba, cuando distingue las plumas sobre las ondas: la tierra recibió sus despojos, y el mar todavía lleva su nombre. Minos no pudo impedir que Ícaro volase, y yo me empeño en detener a un dios más voluble que los pájaros.

Se equivoca lastimosamente el que recurre a las artes de las hechiceras de Hemonia y se vale del Hipomanes extraído de la frente de un potro juvenil. Las hierbas de Medea y los ensalmos de los Marsos, con sus acentos mágicos, no consiguen infundir el amor. Si los encantamientos lo pudiesen crear, Medea hubiera retenido al hijo de Esón, y Circe al astuto Ulises. De nada aprovecha a las jóvenes tomar filtros amorosos, que turban la razón y excitan el furor. Rechaza los artificios culpables; si quieres ser amado,

sé amable; la belleza del rostro ni la apostura arrogante bastan a asegurar el triunfo. Aunque fueses aquel Nireo tan celebrado por Homero, o el tierno Hilas, a quien arrebataron las culpables Náyades, si aspiras a la fidelidad de tu dueño y a no verte un día abandonado, has de juntar las dotes del alma con las gracias corporales. La belleza es don muy frágil: disminuye con los años que pasan, y su propia duración la aniquila. No siempre florecen las violetas y los lirios abiertos, y en el tallo donde se irguió la rosa quedan las punzantes espinas. Lindo joven, un día blanquearán las canas tus cabellos, y las arrugas surcarán tus frescas mejillas. Eleva tu ánimo, si quieres resistir los estragos del tiempo y conservar la belleza: es el único compañero fiel hasta el último suspiro. Aplícate al cultivo de las bellas artes y al estudio de las dos lenguas. Ulises no era hermoso, pero sí elocuente, y dos divinidades marinas sufrieron por él angustias mortales. ¡Cuántas veces Calipso se dolió viéndole apresurar la partida, y quiso convencerle de que el tiempo no favorecía la navegación! Continuamente le instaba a repetir los sucesos de Troya, y él sabía relatar el mismo caso con amena variedad. Un día que estaban sentados en la plaza, la hermosa Calipso le pidió que le refiriese de nuevo la trágica muerte del príncipe de Odrisia, y Ulises, con una varilla delgada que al azar empuñaba, trazó en la arena el cuadro del suceso, diciéndole: «Ésta es Troya (y dibujó los muros en el suelo arenoso); por ahí corre el Símois, y aquí estaba mi campamento. Más lejos se distingue el llano (y en seguida lo traza) que regamos

con la sangre de Dolon, la noche que intentó apoderarse de los caballos de Aquiles; por allí cerca se alzaban las tiendas de Reso el de Tracia, y por allí regresé yo la misma noche con los corceles robados a este príncipe.» Proseguía la descripción, cuando una ola repentina destruyó el contorno de Pérgamo y el campo de Reso, con su caudillo. Entonces la diosa dijo: «Ya ves las olas que crees favorables a tu partida cómo destruyen en un momento nombres tan insignes.»

Seas quien seas, pon una débil confianza en el prestigio de tu lindo semblante y adórnate con prendas superiores a las del cuerpo. Una afectuosa complacencia gana del todo los corazones, y la rudeza engendra odios y guerras enconadas. Aborrecemos al buitre, que vive siempre sobre las armas, y a los lobos, siempre dispuestos a lanzarse sobre el tímido rebaño, mientras todos respetan a la golondrina, y la paloma Chaonia habita las torres que levantó la industria humana. Lejos de vosotros las querellas y expresiones ofensivas; el tierno amor se alimenta de dulces palabras. Con las reyertas, la esposa aleja de sí al marido, y el marido a la mujer; obrando así creen devolverse sus mutuos agravios; esto conviene a las casadas: las riñas son el dote del matrimonio; mas en los oídos de una amiga sólo han de sonar veces lisonjeras. No os habéis reunido en el mismo lecho por mandato de la ley; el amor desempeña con vosotros sus funciones; al acercarte a su lado, prodígale blandas caricias, y dile frases conmovedoras si quieres que se regocije en tu presencia. No es a los ricos a

quienes me propongo instruir en el arte amatorio: el que da con largueza no necesita mis lecciones. Se pasa de listo el que dice cuando quiere: «Acepta este regalo», y desde luego le cedo el primer puesto: para vencer, sus dones valen más que mis consejos. Soy el poeta de los pobres porque amé siendo pobre, y como no podía brindar regalos, pagaba con mis versos. El pobre ame con discreción, el pobre huya la maledicencia y soporte resignado muchas cosas que no toleran los ricos. Recuerdo que en cierta ocasión mesé frenético los cabellos de mi querida, y este instante de cólera lo pagué con la pérdida de días deliciosos. Ni me di cuenta, ni creo que le rompiese la túnica; pero ella lo afirmó, y tuve que comprarle otra nueva. Vosotros, si sois cuerdos, evitad los desplantes en que incurrí desatinado, y temed las consecuencias de mi falta. Las guerras, con los parthos; con vuestras amigas vivid en paz, y ayudaos con los juegos y las delicias que mantienen la ilusión. Si fuese dura y un tanto esquiva a tus pretensiones, paciencia y ánimo: con el tiempo se ablandará. La rama del árbol se encorva fácilmente si la doblas poco a poco, y se rompe si la tuerces poniendo a contribución todo tu vigor. Aprovechando el curso del agua, pasarás el río, y como te empeñes en nadar contra la corriente, te verás por ella arrastrado. Con habilidad y blandura se doman los tigres y leones de Numidia, y paso a paso se somete el toro al yugo del arado. ¿Hubo criatura más selvática que Atalanta, la de Arcadia? Pues con toda su fiereza sucumbió a los rendimientos de un joven. ¡Cuántas veces Milanión (así se

dice) lloró a la sombra de los árboles su tormento y la crueldad de la doncella!; ¡cuántas, por obedecerla, cargó sobre los hombros las engañosas redes, y atravesó con los dardos al cerdoso jabalí, hasta que se sintió herido por el arco de su rival Hileo, aunque otro arco más temible había hecho blanco un su corazón!

Yo no te ordeno que así armado recorras las asperezas del Ménalo, ni que lleves las redes en tus espaldas, ni que ofrezcas el pecho a las saetas dirigidas contra ti. Un mozo previsor halla suma facilidad en seguir los preceptos de mi arte. Cede a la que te resista; cediendo cantarás victoria. Arréglate de manera que hagas las imposiciones de su albedrío. ¿Reprueba ella una cosa?; repruébala tú y alábala si la alaba; lo que diga, repítelo, y niega aquello que niegue, ríete si se ríe, si llora haz saltar las lágrimas de tus ojos, y que tu semblante sea una fiel copia del suyo. Si juega, revolviendo los dados de marfil, juega tú con torpeza, y en seguida pásale la mano; si te recreas con las tabas, evítale el disgusto de perder y amáñate por que te toque siempre la fatal suerte del perro, y si os entretenéis a las tablas robándoos las piezas de vidrio, deja que las tuyas caigan en poder de la parte contraria; coge por la empuñadura la sombrilla abierta cuando haya necesidad, y si atraviesa por medio de la turba, ábrele camino; al reclinarse en el blando lecho, no descuides ofrecerle un escabel, y quita o calza las sandalias a su pie delicado. A veces tiritando de frío tendrás que calentar su mano helada en tu seno, y aunque sea vergonzoso

para un hombre libre, no te abochorne sostenerle el espejo: ella te lo agradecerá. El héroe vencedor de los monstruos que le suscitó una madrastra, cuyo odio consiguió vencer; el que ganó por sus méritos el cielo que antes sostuvo en sus recias espaldas, es fama que manejaba los canastillos e hiló la lana entre las doncellas de Jonia. El héroe de Tirinto obedeció los mandatos de una mujer; anda, pues, y quéjate de sufrir lo que aquél sufrió. Si te ordena presentarte en el foro, acude con antelación a la hora que te indique, siendo el último que te retires. ¿Te da una cita en cualquiera otro lugar? Olvida todos los quehaceres, corre apresurado, y que la turba de transeuntes no logre embarazar tus pasos. Si volviendo a casa de noche después de un festín llama a su esclavo, ofrécele tus servicios, y si estás en el campo y te escribe «ven en seguida», el amor odia la lentitud, a falta de coche emprende a pie la caminata, y que no te retrasé ni el tiempo duro, ni la ardiente Canícula, ni la vía cubierta con un manto de nieve.

El amor, como la milicia, rechaza a los pusilánimes y los tímidos que no saben defender sus banderas. Las sombras de la noche, los fríos del invierno, las rutas interminables, la crueldad del dolor y toda suerte de trabajos, son el premio de los que militan en su campo. ¡Qué de veces tendrás que soportar el chaparrón de la alta nube y dormir a la inclemencia sobre el duro suelo! Dicen que Apolo apacentó en Fera las vacas de Admeto y se recogía en una humilde cabaña. ¿Quién no resistirá lo que Apolo lleva

en paciencia? Despójate del orgullo, ya que pretendes trabar con tu amada lazos perdurables. Si en su casa te niegan un acceso fácil y seguro y se te opone la puerta asegurada con el cerrojo, resbálate sin miedo por el lecho o introdúcete furtivamente por la alta ventana. Se alegrará cuando sepa el peligro que corriste por ella, y en tu audacia verá la prenda más segura del amor. Muchas veces pudiste, Leandro, abstenerte de la compañía de Hero; sin embargo, pasabas el estrecho a nado para que conociese los arrestos de tu ánimo.

No menosprecies solicitar la ayuda de las criadas, según el puesto que cada cual ocupe, y si es preciso, el favor de los siervos. Saluda a cada cual con su nombre, esto no te perjudicará, y amante ambicioso, estrecha en las tuyas sus manos serviles. Conforme a tus medios de fortuna, haz algún regalillo de poco coste al que te lo pida, y lo mismo a las sirvientas en el aniversario de aquel día en que disfrazadas de matronas burlaron y exterminaron la hueste de los galos. Créeme, cáptate el favor de la plebe menuda y no te olvides del portero ni del guardián de su dormitorio.

No te incito a dar ricos presentes a tu amada, sino modestos y que los haga valiosos la oportunidad. Cuando la cosecha sea abundante y los árboles rebosen de fruto, ofrécele por tu siervo en un canastillo los dones del campo, y dile, aunque los hayas comprado en la Vía Sacra, que proceden de un huerto vecino a la ciudad. Envíale la cesta de uvas o las castañas tan apetecidas por Amarilis, bien que a las jóvenes de hoy les gustan poco, y una docena de

tordos o un par de palomas le testificarán mejor que la tienes presente en la memoria. Con tales obsequios se conquista también la herencia de un viejo sin prole; pero mala peste destruya a los que ofrecen dádivas con criminal intención.

¿Te recomendaré por igual que le escribas en tus billetes versos delicados? ¡Ay de mí! Los versos gozan ahora poco prestigio; son alabados, eso sí, pero se acogen con más gusto los dones magníficos. Por barbarote que sea un rico, nunca deja de agradar. Hoy vivimos en el siglo de oro, al oro se tributan mil honras, y hasta el amor se consigue a fuerza de oro. Infeliz Homero, si vinieses acompañado de las Musas y con las manos vacías, serías despedido ignominiosamente. Sin embargo, hay un corto número de mujeres instruídas y otras que no lo son y quieren parecerlo; a éstas y aquéllas encómialas en tus versos, y buenos o malos, al leerlos, dales relieve con el primor del recitado; doctas e ignorantes acaso consideren como un pequeño regalo los cantos compuestos en su alabanza.

Avíate de modo que tu amiga te pida en cualquier ocasión aquello mismo que pensabas realizar, creyéndolo conveniente. Si has prometido la libertad a alguno de tus siervos, ordénale que vaya a interponer el favor de la señora de tus pensamientos, y si lo indultas de un castigo o lo libras de las cadenas, deba a su intercesión lo que estabas resuelto a disponer. El honor será de tu amiga, la utilidad tuya, y no perderás nada en que ella crea ejercer sobre ti un dominio absoluto.

Si tienes verdadero empeño en conservar tus relaciones, persuádela que estás hechizado por su hermosura. ¿Se cubre con el manto de Tiro?; alabas la púrpura de Tiro. ¿Viste los finos tejidos de Cos?; afirma que las telas de Cos le sientan a maravilla. ¿Se adorna con franjas de oro?; asegúrale que sus formas tienen más precio que el rico metal. Si se defiende con el abrigo de paño recio, aplaude su determinación; si con una túnica ligera, dile que encienda tus deseos, y con tímida voz ruégale que se precava del frío. ¿Divide el peinado sus cabellos?; alégrente por lo bien dispuestos. ¿Los tuerce en rizos con el hierro?; pondera sus graciosos rizos. Admira sus brazos en la danza, su voz cuando cante, y así que termine, duélete de que haya acabado tan pronto. Admitido en su tálamo, podrás venerar lo que constituye tu dicha y expresar a voces las sensaciones que te embargan, y aunque sea más fiera que la espantosa Medusa, se convertirá en dulce y tierna para su amante. Ten exquisita cautela en que tus palabras no le parezcan fingidas y el semblante contradiga tus razones; aprovecha ocultar el artificio, que una vez descubierto llena de rubor, y con justicia destruye por siempre la confianza.

Al declinar de un año abundantísimo, cuando los maduros racimos se pintan con un jugo de púrpura y el tiempo inconstante ya nos encoge con el frío, ya nos sofoca de calor, y sus bruscas transiciones rinden los cuerpos a la languidez, ella puede rebosar de salud; mas si cae enferma en el lecho y siente la maligna influencia de la estación, entonces has de pa-

tentizar tu amor y solicitud; siembra entonces para recoger después una abundante cosecha; no te enoje el fastidio que produce una larga enfermedad, rindan tus manos los servicios que ella consienta, vea las lágrimas suspensas en tus ojos y no advierta que la repugnancia te impide besar sus yertos labios y humedecerlos con tu llanto. Haz votos por su salud en alta voz, y si se ofrece la ocasión, cuéntale el sueño de feliz augurio que has tenido y ordena que una vieja purifique el dormitorio y el lecho, llevando en las trémulas manos el azufre y los huevos de la expiación. Ella conservará grato recuerdo de tus servicios, y con tal conducta muchos se abrieron camino para conquistar una herencia; pero evita provocar el odio de la enferma por tu excesiva oficiosidad, y guarda la justa medida en tu solícito celo. No le impidas que coma, y si tiene que tomar una poción amarga, que se la sirva tu rival.

El viento que hincha tus velas a la salida del puerto, no te servirá cuando navegues en alta mar. El amor débil en su nacimiento, hecho costumbre, cobra fuerzas, y si lo nutres bien, con el tiempo adquiere gran robustez. El becerrillo que solías halagar con tus caricias, ya hecho toro infunde pavor; el árbol a cuya sombra descansas ahora, fué un débil plantón; el arroyuelo humilde dilata el caudal en su curso, y por donde pasa recibe multitud de corrientes que lo tranforman en río impetuoso. Que se acostumbre a tratarte, tiene gran poder el hábito, y no rehuyas penas o tedios por ganarte su voluntad. Que te vea y escuche a todas horas, y que noche y día

estés presente a su imaginación. Cuando abrigues la absoluta confianza de que sólo piensa en ti, emprendes un viaje, para que tu ausencia la llene de inquietud: déjala que descanse; en los barbechos fructifican abundantes las semillas, y la árida tierra absorbe con avidez el agua de las nubes. Mientras tuvo presente a Demofón, Fílida le atestiguó un amor moderado, y así que aquél se hizo a la vela, ésta se consumió en una llama voraz; el cauto Ulises atormentaba a Penélope con su ausencia, y Laodamia languidecía separada de su caro Protésilas; pero no retardes la vuelta, en obsequio a tu seguridad; el tiempo debilita los recuerdos, el ausente cae en el olvido, y otro nuevo amante viene a reemplazarlo. En la ausencia de Menelao, por no dormir sola, se entregó Helena a las ardientes caricias de su huésped. ¡Qué insensatez la tuya, Menelao, partir solo, y dejar bajo el mismo techo a tu esposa con un extranjero! ¡Imbécil!, confías las palomas a las uñas del milano y entregas tu redil al lobo de los montes. No es culpable Helena ni su adúltero amante por hacer lo que tú, lo que otro cualquiera hubiese hecho en su lugar. Tú la indujiste al adulterio brindándole el sitio y la ocasión; ella es sólo responsable de seguir tus consejos. ¿Qué había de suceder, con el marido ausente, a su lado un amable extranjero, y temiendo dormir sola en el vacío lecho? Que Menelao piense lo que quiera, yo la absuelvo de responsabilidad; no pecó en aprovecharse de la complacencia de su marido.

Mas ni el feroz jabalí, cuando colérico lanza a rodar por el suelo los perros con sus colmillos fulmi-

nantes, ni la leona cuando ofrece las ubres a sus pequeñuelos cachorros, ni la violenta víbora que aplasta el pie del viajero inadvertido, son tan crueles como la mujer que sorprende una rival en el tálamo del esposo: la rabia del alma se pinta en su faz, el hierro, la llama, todo sirve a su venganza, y depuesto el decoro, se transforma en una Bacante atormentada por el dios de Aonia. La bárbara Medea vengó con la muerte de sus hijos el delito de Jasón y los derechos conyugales violados. Esa golondrina que ves fué otra cruel madrastra: mira su pecho señalado con las manchas sangrientas del crimen. Los celos rompen los más firmes lazos, las uniones venturosas, y el hombre cauto no debe provocarlos jamás. Mi censura no pretende condenarte a que te regocijes con una sola bella; líbrenme los dioses; apenas las casadas pueden resistir tal obligación. Diviértete, pero cubre con un velo los hurtos que cometas, y nunca te vanaglories de tus felices conquistas. No hagas a la una regalos que la otra pueda reconocer, y cambia de continuo las horas de tus citas amorosas, y para que no te sorprenda la más suspicaz en algún escondite que le sea conocido, no te reunas con la otra a menudo en el mismo lugar. Cuando le escribas, vuelve a releer de nuevo las tablillas antes de enviárselas: muchas leen en el escrito lo que no dice realmente. Venus, ofendida, prepara con justicia las armas, devuelve los dardos que la hieren, y fuerza al combatiente a soportar los males que ha ocasionado. Mientras Agamenón vivió contento con su esposa, ésta se mantuvo fiel, y sólo el ejemplo del marido

la incitó a claudicar. Clitemnestra había sabido que Crises, con el ramo de laurel en la mano y en la frente las cintas sagradas, no logró rescatar a su hija; había oído hablar, ¡oh Briseida!, del rapto que te causó tan vivos dolores, y de los motivos vergonzo- que retrasaron la conclusión de la guerra. Esto lo había oído, pero con sus propios ojos vió a la hija de Príamo, y al vencedor que volvía sin sonrojo hecho esclavo de su propia cautiva. Entonces la hija de Tíndaro acogió en su pecho y su tálamo a Egisto y vengó con el crimen la infedelidad del esposo.

Si a pesar de las precauciones, tus furtivas aventuras llegan un día a traslucirse, aunque sean más claras que la luz, niégalas rotundamente, y no te muestres ni más sumiso ni más amable de lo que acostumbras: estas mudanzas son señales de un ánimo culpable; pero no economices tu vigor hasta dejarla satisfecha: la paz se conquista a tal precio, y así desarmarás la cólera de Venus. Habrá quien te aconseje el empleo de hierbas nocivas, como la ajedrea o una mezcla de pimienta con la semilla de la punzante ortiga, o la del rojo dragón diluída en vino añejo; todas, a mi juicio, son venenosas, y la divinidad venerada en el monte Erix, poblado de bosque, no consiente que con estas drogas se alcancen sus placeres; puedes aprovecharte del blanco bulbo que nos envía la ciudad de Megara y la hierba estimulante que crece en nuestros jardines, con los huevos, la miel del Himeto y los frutos que produce el arrogante pino.

Docta Erato, ¿a qué te entretienes en discurrir sobre el arte médica? Corramos por el camino de donde

nos hemos separado. Tú, que obediente a mis consejos ocultabas ayer tus infidelidades, modifica la conducta, y por orden mía pregona tus hurtos clandestinos. No culpes mi inconsecuencia; la corva nave no obedece siembre al mismo viento, ya la impulsa el Bóreas de Tracia, ya el Euro; unas veces hincha las velas el Céfiro y otras el Noto. Mira cómo el conductor del carro ora afloja las tendidas riendas, ora reprime con pericia la fogosidad de los corceles. Sirve mal a muchas una tímida indulgencia, pues su afecto languidece si no lo reanima la sospecha de alguna rival; se embriaga demasiado con los prósperos sucesos y le cuesta gran trabajo sobrellevarlos con ánimo sereno. Como un fuego ligero se extingue poco a poco por falta de alimento y desaparece envuelto por la blanca ceniza, mas con el auxilio del azufre vuelve a surgir la llama que despide una nueva claridad; así, cuando el corazón languidece por exceso de seguridad indolente, necesita vivos estímulos que le devuelvan la energía. Infúndele agudas sospechas, vuelve a encender de nuevo el fuego apagado, y que palidezca con los indicios de tus malos pasos. ¡Oh, cien y mil veces feliz aquel de quien se querella su prenda justamente ofendida! Apenas la noticia de la infidelidad llega a lastimar sus oídos, cae desmayada y pierde al mismo tiempo el color y la voz. ¡Ojalá fuese yo la víctima a quien arrancase furiosa los cabellos y cuyas tiernas mejillas sangrasen destrozadas por sus uñas! ¡Ojalá al verme se deshiciese en llanto y me contemplase con torvas miradas, y aunque quisiera no acertase a vivir un mo-

mento sin mí. Si me preguntas cuánto tiempo has de conceder al desahogo de la ofendida, te aconsejaré que el menor posible, para que la dilación no avive la fuerza del resentimiento. Apresúrate a estrechar con tus brazos su marmóreo cuello, y acoge en tu seno su rostro bañado en lágrimas; cúbrelas de besos y enjúgalas con los deleites de Venus; así firmarás las paces y con el rendimiento desarmarás su cólera. Si ella se desatina en extremo y te declara abiertamente la guerra, invítala a las dulzuras del lecho y allí se ablandará, allí depone sus armas la pacífica Concordia, y de allí, créeme, surge pronto el perdón. Las palomas que acaban de reñir, juntan sus picos acariciadores, y diríase que sus arrullos suenan como palabras de ternura.

La naturaleza al principio era una masa confusa y desordenada, donde giraban revueltos los astros, la tierra y el mar; después el cielo se elevó sobre la tierra y ésta quedó ceñida por las olas del Océano y surgieron del informe caos los diversos elementos: el bosque recibió por habitantes a las fieras, el aire a las aves y los peces escogieron las aguas por morada. Entonces el linaje humano erraba en los desiertos campos y la fuerza constituía el don más preciado de sus rudos cuerpos; las selvas les daban habitación, las hierbas comida, las hojas lecho, y por largo tiempo vivió cada cual desconocido de sus semejantes. La voluptuosidad se dice que dulcificó los instintos feroces, el varón y la hembra, reunidos en el mismo lugar, aprendieron lo que debían hacer sin necesidad de maestro, y Venus no tuvo que recurrir al arte para

cumplir su grata misión. El ave ama a su compañera que le llena de gozo, el pez solicita a su hembra en medio de las aguas, la cierva sigue al ciervo, la serpiente se une a la serpiente, la perra se entrega al adulterio con el perro, la oveja recibe los halagos del carnero, la vaca se regocija con el toro, la cabra aguanta al inmundo macho cabrío y las yeguas se agitan furiosas, y por juntarse a los potros que están lejos recorren largas distancias y atraviesan a nado los ríos.

Ánimo, pues; emplea tan eficaz remedio en calmar el enojo de tu amada; es el único que curará su acerbo dolor: esta medicina supera a los jugos de Macaón, y con ella, si hubieses pecado, volverás a ganarte su perdida voluntad. Así cantaba yo. Apolo se me aparece súbitamente, pulsando con sus dedos las cuerdas de la lira de oro, con un ramo de laurel en la mano, ceñida por una guirnalda de sus hojas la divina cabellera, y en tono profético me habla de esta suerte: «Maestro del amor juguetón, guía pronto tus discípulos a mi templo, donde se lee la inscripción conocida en todo el universo que ordena al hombre conocerse a sí mismo: el que se conozca a sí mismo guiará con sabiduría sus pasos por la difícil senda y jamás intentará empresas que sobrepujen a sus fuerzas. Aquel a quien la naturaleza dotó de hermosa cara, saque de ella partido; el que se distingue por el color de la piel, reclínese enseñando los hombros; el que agrada por su trato, evite la monotonía del silencio; cante el hábil cantor, beba el bebedor infatigable; pero el orador impertinente no interrumpa la conversación con sus discursos, ni el poeta vesánico se

ponga a recitar sus ensayos.» Así habló Febo; obedeced sus mandatos: las palabras del dios merecen la mayor confianza. Vuelvo a mi asunto: el que ame con prudencia y siga los preceptos de mi arte, saldrá victorioso y alcanzará cuanto se proponga. No siempre los surcos devuelven con usura las semillas que se les arroja, ni siempre el viento favorece la ruta de las naves. El amante tropieza en su camino más tedios que satisfacciones, y ha de preparar el ánimo a rudas pruebas. No corren tantas liebres en el monte Athos, ni vuelan tantas abejas en el Hibla, ni produce tantas olivas el árbol de Palas, ni se ven tantas conchas a orillas del mar, como penas se padecen en las contiendas amorosas: los dardos que nos hieren están bañados en amarga hiel. Si te dicen que ha salido fuera, aunque la veas andar por casa, cree que ha salido fuera y que tus ojos te engañan. Si te ha prometido una noche y encuentras la puerta cerrada, llévalo en paciencia y reclina tu cuerpo en el duro suelo. Tal vez alguna criada embustera pregunte en tono insolente: «¿Por qué este hombre asedia nuestras puertas?» Ea, dirige a este intratable bicho frases cariñosas desde los umbrales, y adórnalos con las rosas que arrancaste a la guirnalda de tu cabeza. Cuando se digne recibirte, apresúrate a complacerla; si se niega, retírate: un hombre discreto nunca es importuno. ¿Quieres que tu amiga pueda exclamar: «No hallo medio de despedirle»? Como no siempre la mujer da pruebas de buen sentido, no consideres torpe acción aguantar las injurias y si es preciso los golpes, ni besar tiernamente sus lindos pies.

Mas ¿por qué me detengo en minucias insignificantes? Álcese el ánimo a mayores. Cantaré grandes cosas: vulgo de los amantes, préstame dócil atención. El trabajo es arduo, pero no hay esfuerzo sin peligro, y el arte que enseño se recrea en las dificultades. Tolera en calma a tu rival y acabarás por vencer, y aun entrarás triunfante en el templo del sumo Jove. Cree mis vaticinios, que no los profieren labios mortales, sino las encinas de Dódona. Mi enseñanza no conoce preceptos más sublimes. ¿Se entiende por señas con tu rival?; sopórtalo indiferente. ¿Le escribe?; no te apoderes de sus tablillas, déjala ir y volver por doquiera al tenor de su capricho. Algunos maridos tienen esta complacencia con sus legítimas esposas, sobre todo cuando el dulce sueño viene a facilitar los engaños: en este punto, lo confieso, yo no he llegado a la perfección. ¿Qué partido tomar? Los consejos que prescribo rebasan la medida de mis fuerzas. ¿Toleraré que en mis barbas un cualquiera se entienda por gestos con mi amada, sin que estalle el volcán de mi cólera? Recuerdo que cierto día ella recibió un beso de su marido y me quejé amargamente; tan locas eran las exigencias de mi pasión. Este defecto me perjudicó no poco en múltiples ocasiones. Es más ladino el que permite que otros se regodeen con su prenda; pero yo estimo lo mejor ignorarlo todo. Déjala que oculte sus trapacerías, no sea que la obligada confesión de la culpa haga huir el pudor de su rostro. Así, jóvenes, no queráis sorprender a vuestras amigas; consentid que os engañen y que os crean convencidos con sus buenas razones. Los amantes cogidos

infraganti se quieren más desde que su suerte es igual, y el uno y el otro se aferran en seguir la conducta que los pierde.

Se cuenta una hazaña bien conocida en todo el Olimpo: la de Venus y Marte sorprendidos por la astucia de Vulcano. El furibundo Marte, poseído de un amor insensato hacia Venus, de guerrero terrible convirtióse en sumiso amador, y Venus, ninguna diosa es tan sensible a los ruegos, no se mostró huraña y dificultosa al numen de la guerra. ¡Cuántas veces dicen que puso en ridículo la cojera de su marido y las manos callosas de andar entre el fuego y las tenazas! Delante de Marte simulaba la marcha torcida de Vulcano, y en estas burlas realzaba su hermosura con gracia sin rival. Supieron celar bien los primeros deslices, y su trato culpable aparecía lleno de verecundo pudor. Mas el Sol, ¿quién puede ocultarse a sus miradas?, el Sol descubrió a Vulcano la infiel conducta de la esposa. ¡Oh Sol, qué ejemplo diste tan pernicioso! ¿Por qué no reclamaste el premio de tu silencio, ya que ella tenía con qué pagarlo? Vulcano urde en torno del lecho una red imperceptible, que desafiaba la vista más perspicaz, y simula un viaje a Lemnos. Los amantes llegan a la cita, y desnudos uno y otro caen presos en la red. El marido convoca a los dioses y les ofrece en espectáculo a los prisioneros. Venus apenas podía contener las lágrimas; en vano intentaba taparse la cara y cubrir con las manos las partes vergonzosas, y no faltó un chusco que dijese al tremebundo Marte: «Si te pesan esas cadenas, échalas sobre mis hombros.» Obligado por las instancias de Neptuno,

se resolvió Vulcano a libertar a los cautivos. Marte se retiró a Tracia y Venus a Pafos. Vulcano, ¿qué ganaste con tu estratagema? Los que antes celaban el delito, hoy obran con entera libertad y sin átomo de pudor. Muchas veces habrás de arrepentirte de tu necia insensatez y de haber escuchado los gritos de la cólera. Os prohibo estas venganzas, como os las prohibe ejecutar la diosa que fué víctima de tales insidias. No tendáis lazos a vuestro rival, ni penetréis los secretos de una misiva cuya letra os sea conocida: dejad estos derechos a los maridos, si estiman que los deben ejercer, pues a ello les autorizan el fuego y el agua de las nupcias. De nuevo os lo aseguro: aquí sólo se trata de placeres consentidos por las leyes, y no asociamos a nuestros juegos a ninguna matrona.

¿Quién osará divulgar los profanos misterios de Ceres y los sacros ritos instituídos en Samotracia? Poco mérito encierra guardar silencio en lo que se nos manda, y al contrario, revelar un secreto es culpa harto grave. Con justicia Tántalo, por la indiscreción de su lengua, no alcanza a tocar los frutos del árbol suspendidos sobre su cabeza y se ahoga en medio de las aguas. Citerea, sobre todo, recomienda velar sus misterios: os lo advierto para que ningún charlatán se acerque a su templo. Si los de Venus no se ocultan en las sagradas cestas, si el bronce no repercute con estridentes golpes, y todos estamos iniciados en ellos, es a condición de no divulgarlos. La misma Venus, cuantas veces se despoja del vestido, se apresura a cubrir con la mano sus secretas perfecciones.

Con frecuencia los rebaños se entregan en medio del campo a los deleites carnales; mas al verlos, la honesta doncella aparta ruborizada la vista. A nuestros hurtos convienen un tálamo oculto y una puerta cerrada, con nuestros vestidos cubrimos vergonzosas desnudeces, y si no buscamos las tinieblas, deseamos una medio obscuridad; todo menos la luz radiante del día. En aquellos tiempos en que aún no se habían inventado las tejas que resguardasen del sol y la lluvia, y la encina nos servía de alimento y morada, no a la luz del día, sino en las selvas y los antros, se gozaban los placeres de la voluptuosidad: tanto respetaba el pueblo rudo las leyes del pudor. Mas ahora pregonamos nuestras hazañas nocturnas, y nada se paga a tan alto precio como el placer de que las sepa todo el mundo. ¿Vas a reconocer en cualquier sitio a todas las muchachas, para decir a un amigo: «Esa que ves fué mía», y para que no te falte una a quien señalar con el dedo, la comprometes de modo que sea la comidilla de la ciudad? Digo poco: hay sujetos que fingen cosas que negarían si fuesen verdaderas, y se vanaglorian de que ninguna les ha negado su favor, y si no mancillan los cuerpos, afrentan los nombres y ponen en duda la reputación de mujeres honradísimas.

Anda, pues, odioso guardián de una mujer, atranca las puertas y échales por más seguridad cien cerrojos. ¿De qué sirven tus precauciones si la calumnia se ensaña en la honra y el adúltero pregona lo que nunca ha existido? Nosotros en cambio hablamos con reserva de nuestras conquistas verdaderas, y con un

velo tupido encubrimos nuestros hurtos misteriosos. No reprochéis nunca los defectos de una joven; el haberlos disimulado fué a muchos de gran utilidad. Aquel que llevaba un ala en cada pie no reprobó en Andrómeda el color del semblante. Andrómaca sorprendía a todos por su talla desmesurada, pero Héctor encontró que no pasaba de la regular. Acostúmbrate a lo que te parezca mal, y lo conllevarás bien: el hábito suaviza muchas cosas y la pasión incipiente se alborota por una nonada. Cuando el ramillo injerto se nutre en la verdadera corteza, cae al menor soplo del viento; mas con el tiempo arraiga y desafía la violencia del huracán, y ya rama vigorosa, enriquece al árbol que la adoptó con frutos exquisitos. Las deformidades del cuerpo desaparecen un día, y lo que notamos como defectuoso llega por fin a no serlo. Un olfato poco acostumbrado repugna el olor que despiden las pieles de toro, y a la larga concluye por soportarlo sin repugnancia.

Dulcifiquemos con los nombres las macas reconocidas: llamemos morena a la que tenga el cutis más negro que la pez de Iliria; si es bizca, digamos que se parece a Venus; si pelirroja, a Minerva; consideremos como esbelta a la que por su demacración más parece muerta que viva; si es menuda, di que es ligera; si grandota, alaba su exuberancia, y disfraza los defectos con los nombres de las buenas cualidades que a ellas se aproximan. No le preguntes los años que tiene o en qué consulado nació; deja estas investigaciones al rígido censor, máxime si se marchitó la flor de su juventud, si su mejor tiempo ha pasado y ya comienzan

a blanquear las canas entre sus cabellos. Mancebos, esta edad u otra más adelantada cuadra a vuestros placeres, estos campos habéis de sembrar porque producen la mies en abundancia. Mientras los pocos años y las fuerzas os alientan, tolerad los trabajos, que pronto vendrá con tácitos pasos la caduca vejez. Azotad las olas con los remos, abrid la tierra con el arado, o empuñad briosos las sangrientas armas del combate, o entregaos en cuerpo y alma al servicio de las bellas, que como el de la guerra os ofrecerá ricos despojos. Se ha de añadir que las mujeres de cierta edad son más duchas en sus tratos, tienen la experiencia que tanto ayuda a desarrollar el ingenio, saben, con los afeites, encubrir los estragos de los años y a fuerza de ardides borran las señales de la vejez. Te brindarán si quieres de cien modos distintos las delicias de Venus, tanto que en ninguna pintura encuentres mayor variedad. En ellas surge el deseo sin que nadie lo provoque, y el varón y la hembra experimentan sensaciones iguales. Aborrezco los lazos en que el deleite no es recíproco: por eso no me conmueven los halagos de un adolescente; odio a la que se entrega por razón de la necesidad y en el momento del placer piensa indiferente en el huso y la lana. No agradezco los dones hijos de la obligación, y dispenso a mi amiga sus deberes con respecto a mi persona. Me complace oír los gritos que delatan sus intensos goces y que me detenga con ruegos para prolongar su voluptuosidad. Me siento dichoso si contemplo sus vencidos ojos que anubla la pasión y que languidece y se niega tenaz a mis exigencias.

La naturaleza no concede estas dichas a los años juveniles, sino a esa edad que comienza después de los siete lustros. Los que se precipitan demasiado beben el vino reciente; yo quiero que mi tinaja me regale con el añejo que data de los antiguos cónsules. El plátano sólo después de algunos años resiste los ardores del sol, y la hierba recién segada de los prados hiere los desnudos pies. ¡Qué!, ¿osarías anteponer Hermíone a Helena y afirmar que Jorge valía más que su madre? El que pretenda coger los frutos de Venus ya maduros, si tiene constancia alcanzará el debido galardón.

He aquí que recibe a los dos enamorados el lecho confidente de sus cuitas. Musa, no abras la puerta cerrada del dormitorio. Sin tu ayuda las palabras elocuentes brotarán espontáneas de los labios; allí las manos no permanecerán ociosas y los dedos sabrán deslizarse por las partes donde el amor templa ocultamente sus flechas. Así en otros días lo hizo con Andrómaca el valeroso Héctor, cuyo esfuerzo no brillaba sólo en los combates, y así el gran Aquiles con su cautiva de Lirneso, cuando cansado de combatir se retiraba a descansar en el lecho voluptuoso. Tú, Briseida, permitías que te tocasen aquellas manos que aun estaban empapadas con la sangre de los frigios. ¿Acaso no fué esto mismo lo que más te soliviantaba, viendo orgullosa cómo acariciaba tu cuerpo su diestra vencedora? Créeme, no te afanes por llegar al término de la dicha; demóralo insensiblemente, y la alcanzarás completa. Si das en aquel sitio más sensible de la mujer, que un necio pudor no te detenga la

mano; entonces observarás cómo sus ojos despiden una luz temblorosa, semejante al rayo del sol que se refleja en las aguas cristalinas; luego vendrán las quejas, los dulcísimos murmullos, los tiernos gemidos y las palabras adecuadas a la situación; pero ni te la dejes atrás desplegando todas las velas, ni permitas que ella se te adelante. Penetrad juntos en el puerto. El colmo del placer se goza cuando dos amantes sucumben al mismo tiempo. Esta es la regla que te prescribo, si puedes disponer de espacio y el temor no te obliga a apresurar tus hurtos placenteros; mas si en la tardanza se oculta el peligro, conviene bogar a todo remo y hundir el acicate en los ijares del corcel.

Me acerco al fin de la obra: mozos agradecidos, concededme la palma y ceñid mis cabellos perfumados con guirnaldas de mirto. Cuanto sobresalía Podalirio entre los griegos por su arte en curar, Pirro por su pujanza, Néstor por su elocuencia, Calcas por sus veraces vaticinios, Telamón por su destreza en las armas y Automedonte por su habilidad en guiar los carros, tanto sobresalgo yo en el arte de enamorar. Jóvenes, ensalzad a vuestro poeta, cantad sus alabanzas, y que su nombre corra triunfante por la redondez del orbe. Os he provisto de armas como las que Vulcano entregó a Aquiles; éste venció con ellas; venced vosotros con las que os puse en las manos, y el que con mi acero triunfe de una feroz amazona, inscriba sobre su trofeo: «Ovidio fué mi maestro.»

Mas a su vez las tiernas doncellas me suplican les

dé algunas lecciones, que serán el tema del libro siguiente.

LIBRO TERCERO

Armé a los griegos contra las amazonas, y ahora debo armar contra ellos a Pentesilea y su belicosa hueste. Volad al combate con medios iguales y triunfen los protegidos de la encantadora Venus y el niño que recorre en su vuelo el vasto universo. No era justo que las mujeres peleasen desnudas contra enemigos bien armados, y en estas condiciones la victoria de los hombres sería altamente depresiva. Tal vez alguno del montón me objete: «¿A qué suministras ponzoña a la víbora y entregas el rebaño a la loba furiosa?» Respondo que es injusto extender a todas las culpas de unas pocas, y que cada cual debe ser juzgada según los propios méritos. Si Menelao se queja con motivo de Helena, con mucho mayor Agamenón puede acusar a Clitemnestra, la hermana de Helena; si por la maldad de Erifile, la hija de Talaión, Anfiarao descendió vivo a los infiernos sobre sus briosos corceles, tenemos a Penélope casta y fiel a su marido, en los dos lustros de la guerra de Troya y en los otros dos que anduvo errante por los mares. Acuérdate de Laodamia, que acabó sus días en la flor de la edad por unirse a su esposo en la tumba, y de Alcestes, que redimió de la muerte a su marido, Admeto, con el sacrificio de la propia vida. «Recíbeme, Capaneo, y que nuestras cenizas se confundan»,

clama la hija de Ifis, y en seguida se lanza en medio de la hoguera.

La virtud es femenina por el traje y el nombre; ¿qué tiene de extraño que favorezca a su sexo? Pero mi arte no pretende alentar almas tan grandes; a mi humilde bajel convienen velas más reducidas. Con mis lecciones aprenderán amores fáciles y les enseñaré el modo de conseguir sus propósitos. La mujer no sabe resistir las llamas ni las flechas crueles de Cupido; flechas que, a mi juicio, hieren menos hondas en el corazón del hombre. Éste engaña muchas veces; las tiernas muchachas, si las estudias, verás que son pérfidas muy pocas. El falso Jasón abandonó a Medea ya hecha madre, y bien pronto buscó otra desposada que ocupase su lecho. Teseo, ¡cuánto temió por tu causa Ariadna servir de pasto a las aves marinas, abandonada en el desierto litoral! Pregunta por qué Filis corrió nueve veces a la playa, y oirás que, dolidos de su infortunio, los árboles se despojaron de su cabellera. Eneas goza fama de piadoso, y, no obstante, Elisa, en premio de la hospitalidad te dejó la espada y la desesperación, instrumentos de tu muerte. Voy a manifestaros lo que causó vuestra ruina: no supisteis amar, os faltó el arte, sí, el arte que perpetúa el amor. Hoy también lo ignoraríais, mas Citerea me ordenó enseñároslo, deteniéndose delante de mí y diciéndome: «¿Qué mal te han hecho la infelices mujeres, que las entregas como desvalido rebaño a los jóvenes armados por ti? Tus dos cantos primeros los adoctrinaron en las reglas del arte, y el bello sexo reclama a su vez los conse-

jos de tu experiencia. El poeta que llenó de oprobio a la esposa de Menelao, mejor aconsejado, cantó después sus alabanzas. Si te conozco bien, te creo incapaz de ofender a las bellas, y mientras vivas esperan de ti el mismo proceder.»

Dijo, y de la corona de mirto que ceñía sus cabellos arrancó una hoja y varios granos y me los regaló. Apenas recibidos, sentí la influencia de un numen divino, la luz brilló más pura a mis ojos, y el pecho quedó aliviado de su carga abrumadora. Puesto que me alienta el ingenio, aprended, lindas muchachas, los preceptos que me permiten daros el pudor, las leyes y vuestro propio interés. Tened presente que la vejez se aproxima ligera, y no perderéis un instante de la vida. Ya que se os consiente por frisar en los años primaverales, no malgastéis el tiempo, pues los días pasan como las ondas de un río, y ni la onda que pasa vuelve hacia su fuente, ni la hora perdida puede tampoco ser recuperada. Aprovechaos de la juvenil edad que se desliza silenciosa, porque la siguiente será menos feliz que la primera. Yo he visto florecer las violetas en medio del matorral, y recogí las flores de mi corona entre los abrojos de la maleza. Pronto llegará el día en que ya vieja, tú, que hoy rechazas al amante, pases muerta de frío las noches solitarias, y ni los pretendientes rivales quebrantarán tu puerta con sus riñas nocturnas, ni al amanecer hallarás las rosas esparcidas en tu umbral. ¡Desgraciado de mí!, ¡cuán presto las arrugas afean el semblante, y desaparece el color sonrosado que pinta las mejillas! Esas canas que juras tener desde la niñez, se apres-

tan a blanquear súbitamente toda tu cabeza. La serpiente se rejuvenece cambiando de piel, lo mismo que el ciervo despojándose de su cornamenta; a nosotros nada nos compensa de las dotes perdidas. Apresúrate a coger la rosa; pues si tú no la coges, caerá torpemente marchita.

Añádase a esto que los partos abrevian la juventud, como a fuerza de producir se esterilizan los campos. Luna, no te ruborices de visitar a Endimión en el monte Latmos; diosa de los dedos de púrpura, no te avergüences de Céfalo, y por no hablar de ti, Adonis, a quien Venus llora desolada, ¿no se debió al amor el nacimiento de Eneas y Harmonia? Imitad, jóvenes mortales, el ejemplo de las diosas, y no neguéis los placeres que solicitan vuestros ardientes adoradores. Si os engañan, ¿qué perdéis? Todos vuestros atractivos quedan incólumes, y en nada desmerecéis aunque os arranquen mil condescendencias. El hierro y el pedernal se desgastan con el uso; aquella parte de vosotras resiste a todo y no tiene que temer ningún daño. ¿Pierde una antorcha su luz por prestarla a otra? ¿Quién os impedirá que toméis agua en la vasta extensión del mar? Sin embargo, afirmas no ser decoroso que la mujer se entregue así al varón, y respóndeme, ¿qué pierdes sino el agua que puedes tomar en cualquiera fuente?

No pretendo que os prostituyáis, sino libraros de vanos temores; vuestras dádivas no os han de empobrecer. Que el leve soplo de la brisa me ayude a salir del puerto; después en alta mar volaré al impulso de vientos más impetuosos. Comenzaré por los

artificios del adorno. A un excelente cultivo son deudoras las viñas de su fecundidad, y las espigas del grano que en abundancia producen. La hermosura es un don del cielo, mas cuán pocas se enorgullecen de poseerlo; la mayor parte de vosotras está privada de tan rica dote, pero los afeites hermosean el semblante que desmerece mucho si se trata con descuido, aunque se asemeje en lo seductor al de la diosa de Idalia. Si las mujeres de la antigüedad no gastaban su tiempo en el aderezo personal, tampoco los esposos con quienes trataban se distinguían por el aseo. Andrómaca vestía una túnica suelta. ¿De qué maravillarse?; era la esposa de un duro soldado. ¿Había de presentarse cargada de adornos la cónyuge de Ayax, a este héroe que cubría su cuerpo con un escudo de siete pieles de toro? Antes imperaba una rústica sencillez, mas hoy Roma brilla con las espléndidas riquezas del orbe que ha sometido. Considera lo que fué antiguamente el actual Capitolio, y creerás que es otro el Júpiter que veneramos. Esa curia donde se reunen los dignísimos senadores, en el reinado de Tacio era una humilde cabaña. Donde ahora deslumbra el suntuoso templo consagrado a Febo y nuestros insignes caudillos, existía un prado en que se apacentaban los bueyes. Que otros prefieran lo antiguo, yo me felicito de haber nacido en época que conforma con mis gustos; no porque hoy se explota el oro oculto en el seno de la tierra, y las playas remotas nos envían la concha de la púrpura; no porque decrece la altura de los montes a fuerza de extraer sus mármoles, ni porque se rechazan de la costa

las cerúleas olas con los muelles prolongados, sino porque domina el adorno y no ha llegado hasta nosotros la rusticidad primitiva que heredamos de nuestros abuelos. Mas vosotras no abruméis las orejas con esas perlas de alto precio que el indio tostado recoge en las verdes aguas; no os mováis con dificultad por el peso de los recamados de oro que luzcan vuestros vestidos; el fausto con que pretendéis subyugarnos, tal vez nos ahuyenta, y nos cautiva el aseo pulcro y el cabello primorosamente peinado, cuya mayor o menor gracia depende de las manos que se ejercitan en tal faena. Hay mil modos de disponerlo; elija cada cual el que le siente mejor, y consulte con el espejo. Un rostro ovalado reclama que caiga dividido sobre la frente: así lo usaba Laodamia; las caras redondas prefieren recogerlo en nudo sobre la cabeza y lucir al descubierto las orejas: los cabellos de la una caigan tendidos por la espalda, como los del canoro Febo en el momento de pulsar la lira; la otra líguelos en trenzas, como Diana cuando persigue en el bosque las fieras espantadas. A ésta cae lindamente un peinado hueco y vagoroso; la otra gusta más llevándolo aplastado sobre las sienes; la una se complace en sujetarlo con la peineta de concha; la otra lo agita como las olas ondulantes; pero ni contarás nunca las bellotas de la espesa encina, ni las abejas del Hibla, ni las fieras que rugen en los Alpes, ni yo me siento capaz de explicar tantas modas diversas, número que aumenta con otras cada día que pasa. A muchas da singular gracia el descuido indolente; crees que se peinó ayer tarde, y sale ahora mismo del

tocador. Que el arte finja la casualidad; así vió Alcides a Jole en la ciudad que tomaba por asalto, y dijo al instante: «La amo»; y tal aparecía Ariadna abandonada en las playas de Naxos, cuando Baco la arrebató en su carro entre los gritos de los Sátiros que clamaban: «Evoe.» ¡Qué indulgencia tiene la naturaleza con vuestros hechizos, y cuántos medios os brinda para ocultar los defectos! Nosotros los disimulamos bastante mal, y con la edad huyen nuestros cabellos, como las hojas del árbol sacudidas por el Bóreas. La mujer, cuando encanecen los suyos, los tiñe con las hierbas de Germania, y adquieren un color más hermoso que el natural; la mujer se nos presenta con abundantísimos cabellos gracias a su dinero, y de ajenos convertidos en propios, sin avergonzarse de comprarlos en público, a la faz del mismo Hércules y el coro de las Musas.

¿Qué diré de los vestidos? No quiero ocuparme de los bordados ni de la lana dos veces teñida en la púrpura de Tiro. Pudiendo usar tantos colores de precio menos elevado, ¿qué furor os induce a gastar en el traje todas vuestras rentas? Ved el color azulado de la atmósfera transparente y limpia de las nubes lluviosas que impele el viento de Mediodía, o el otro semejante al del carnero que salvó a Frixo y Helle de las astucias de Ino: este verde recibe el nombre de verdemar porque imita sus ondas, y creo que así son los vestidos con que se atavían las Ninfas; aquél se asemeja al azafrán, color de la túnica de la Aurora, que esparciendo rocío apareja en su carro los brillantes corceles: aquí veis el del manto de Pa-

fos y de las purpúreas amatistas, el de la rosa encarnada y del plumaje de la grulla de Tracia. Por otra parte tampoco falta, Amarilis, el color de tus castañas, de las almendras, y de la estofa a que la cera ha dado su nombre.

Cuantas flores produce de nuevo la tierra a la llegada de la primavera, en que brotan las yemas de la vid sin temor del invierno perezoso, tantas y más varias tinturas admite la lana; elige con acierto, pues el mismo color no conviene a todas personas por igual.

El negro dice bien a las blancas como la nieve, a Briseida sentaba admirablemente, y cuando fué arrebatada vestía de negro. El blanco va mejor a las morenas; Andrómeda lo prefería, y vestida de este color descendió a la isla de Serifo. Casi me disponía a advertiros que neutralizaseis el olor a chotuno que despiden los sobacos, y pusierais gran solicitud en limpiaros el vello de las piernas; mas no dirijo mis advertencias a las rudas montañesas del Cáucaso, ni a las que beben las aguas del Caico de Misia. ¿A qué recomendaros que no dejéis ennegrecer el esmalte de los dientes y que por la mañana os lavéis la boca con una agua fresca? Sabéis que el albayalde presta blancura a la piel y que el carmín empleado con arte suple en la tez el color de la sangre. Con el arte completáis las cejas no bien definidas y con los cosméticos veláis las señales que imprime la edad. No teméis aumentar el brillo de los ojos con una ceniza fina o con el azafrán que crece en tus riberas, ¡oh transparente Cidno! Yo he compuesto un libro sobre

el modo de reparar los estragos de la belleza, de pocas páginas, pero donde hallaréis mucha doctrina. Buscad allí los cosméticos de que tenéis necesidad las feas; en mi arte aprenderéis mil útiles consejos, si evitáis que el amante vea expuestos sobre la mesa vuestros frascos: el arte sólo mejora el rostro cuando se disimula. ¿A quién no causan disgusto los mejunjes con que os embadurnáis la cara, que por su propio peso resbalan hasta vuestro seno?; ¿a quién no apesta la grasa que nos envían de Atenas extraída de los vellones sucios de la oveja? Repruebo que en presencia de testigos uséis la medula del ciervo u os restreguéis los dientes: estas operaciones aumentan la belleza, pero son desagradables a la vista. Muchas cosas repulsivas al hacerlas, agradan una vez hechas. Las magníficas estatuas cinceladas por el laborioso Mirón, antes de labrarse fueron bloques informes de pesado mármol. Para formar un anillo, primero se bate el oro, y de la sórdida lana se tejen las vestiduras que os cubren; la que era una tosca piedra, hoy se ha convertido en noble escultura, y es Venus que sale desnuda de las olas destilando el líquido humor de su cabellera. Imaginemos que te hallas durmiendo mientras arreglas tu tocado, y no aparezcas a nuestros ojos hasta después de darte la última mano. ¿Por qué he de reconocer el afeite que blanquea tu tez? Cierra la puerta de tu dormitorio y no dejes ver tu compostura todavía imperfecta. Conviene a los hombres ignorar muchas cosas: la mayor parte les causaría repulsión si no se substrajeran a su vista. ¿Ves los áureos adornos que resplandecen en la es-

cena de los teatros?; pues son hojas delgadas de metal que recubren la madera, y no se permite a los espectadores acercarse a ellos sin estar acabados. Así, no preparéis vuestros encantos ficticios en presencia de los varones; mas no os prohibo ofrecer a la peinadora los hermosos cabellos, porque así los veo flotar sobre vuestras espaldas; os aconsejo, sí, que no eternicéis esta operación, ni retoquéis cien veces los lindos bucles, y que la peinadora no tema vuestro furor. Odio a la que le clava las uñas en la cara y le pincha con la aguja en el brazo, obligándola a maldecir la cabeza de su señora que tiene entre las manos, y a manchar con lágrimas y sangre sus cabellos aborrecidos. La que esté medio calva, ponga un guardia a la puerta o vaya a componerse al templo de la diosa Bona.

Un día se anunció mi súbita llegada a cierta joven, y en su turbación se puso al revés la cabellera postiza. Que tan vergonzoso accidente no ocurra más que a mis enemigos, y caiga sólo tal deshonor sobre las hijas de los parthos. Es repulsivo un animal mutilado, un campo sin verdor, un árbol desprovisto de hojas y una cabeza falta de cabellos. No vienen a oír mis lecciones Semele o Leda o Europa, la que atravesó el mar sobre las espaldas de un falso toro, ni Helena, a quien tú, Menelao, reclamas con tanta razón, y a quien tú, raptor troyano, haces bien en retener. La turbamulta que oye mis palabras se compone de feas y hermosas; estas últimas abundan menos que aquéllas, y se curan poco de los preceptos y recursos del arte; gozan el privilegio de la beldad,

que por sí sólo ejerce un dominio avasallador. Cuando el mar duerme tranquilo, el piloto descansa con seguridad; pero si las olas se encrespan, no deja un momento el timón. Cierto que son pocas las caras sin defectos; atiende a disimularlos, y a serte posible, también las macas del cuerpo. Si eres de corta estatura, siéntate, no crean que estás sentada hallándote de pie; si diminuta, extiende tus miembros a lo largo del lecho, y para que no puedan medirte viéndote tendida, oculta los pies con un traje cualquiera. La que sea en extremo delgada, vístase con estofas burdas y un amplio manto descienda por sus espaldas; la pálida tiña su piel con el rojo de la púrpura, y remédiese la morena con la substancia extraída al pez de Faros. El pie deforme ocúltese bajo un calzado blanco, y una pierna desmedrada manténgase firme, sujeta por varios lazos. Disimula las espaldas desiguales con pequeños cojines, y adorna con una banda el pecho demasiado saliente. Acompaña con pocos gestos la conversación, si tienes gruesos los dedos y toscas las uñas, y a la que le huele la boca le recomiendo que no hable nunca en ayunas, y siempre a regular distancia del que la oye. Si tienes los dientes negros, desmesurados o mal dispuestos, la risa te favorecerá muy poco ¿Quién lo creerá? Las jóvenes aprenden el arte de reír, que presta gran auxilio a la beldad; entreabre ligeramente la boca, de modo que dos lindos hoyuelos se marquen en tus mejillas, y el labio inferior oculte la extremidad de los dientes superiores. Evita las risas continuas y estruendosas, y que suenen en nuestros oídos las tuyas

con un no sé qué de dulce y femenino que los halague. Ciertas mujeres, al reír tuercen con muecas horribles la boca; otras dan suelta a la alegría con tales risotadas, que diríase que lloran o lastiman los oídos con estrépito tan ronco y desagradable como el rebuzno de la borrica que da vueltas a la piedra de moler. ¿En dónde no imperan las reglas del arte? Aprenden a llorar con gracia, a llorar cuando quieren y del modo que les conviene.

¿Qué diré de las que se comen letras indispensables a la inteligencia de las palabras y obligan a su lengua a pronunciarlas tartamudeando? El vicio de estropear las voces lo toman a gracia, y se ingenian en hablar menos bien de lo que podrían. Estudiad estas pequeñeces, que os aprovechará conocerlas. Aprended a andar como os favorezca más; en el movimiento de los pies hay tesoros de gracias inestimables que atraen o alejan a los pretendientes. Ésta mueve con intención las caderas, dejando flotar la túnica a capricho del viento y avanza el pie en actitud majestuosa; aquélla, como la cónyuge rubicunda del habitante de Umbría, en su marcha abre las piernas y da pasos desmesurados. En esto como en otras mil cosas, guárdese un término medio. Os chocará la ordinariez en los pasos de la una, y en los de la otra el excesivo abandono. Realizarás grandes conquistas si dejas al descubierto la extremidad de la espalda y la parte superior del brazo izquierdo, descuido que favorece mucho a las blancas como la nieve; yo, ante tales hechizos, quisiera en mi arrebato cubrir de besos lo que devoran mis ojos.

Las Sirenas eran unos monstruos marinos que detenían el curso de las naves con su voz encantadora; apenas Ulises oyó sus acentos, estuvo a punto de romper los lazos que le sujetaban, mientras sus compañeros, con la cera puesta en los oídos, desconocían el peligro. El canto es cosa muy seductora: muchachas, aprended a cantar; no pocas, con la dulzura de la voz consiguieron que se olvidase su fealdad, y repetid ora las canciones que oisteis en los suntuosos teatros, ora los temas ligeros compuestos en el ritmo de Egipto. La mujer aleccionada por mis avisos sepa manejar el plectro con la derecha, y con la izquierda sostener la cítara. Orfeo, el de Tracia, movió las rocas y las fieras, el lago del Tártaro y el Cancerbero de tres cabezas; y tú, Anfión, justísimo vengador de la afrenta de tu madre, ¿no viste, a los acentos divinos de tu voz, obedecer las piedras que alzaron los muros de Tebas? Es harto conocida la fábula de Arión: un pez, aunque mudo, se sintió conmovido por su canto. Aprende así a tocar con las dos manos las cuerdas del salterio, cuya música despierta las efusiones amorosas. Séante conocidas las poesías de Calímaco, las del cantor de Cos, las del viejo de Teos, tan amante del vino, y no olvides las de Safo, poetisa en extremo voluptuosa, ni las comedias del que nos representa un padre burlado por las astucias del siervo Geta, y puedes leer además los versos del apasionado Propercio, sin excluir los mejores trozos de Galo, del dulce Tibulo o el poema que compuso Varrón sobre el Vellocino de Oro, ¡oh Frixo!, tan funesto a tu hermana y al cantor del fugitivo Eneas,

que echó los cimientos de la soberbia Roma, obra maestra con la cual ninguna se atreve a competir. Y acaso mi nombre se mezcle con los de tan egregios poetas, librando mis escritos de las aguas del Leteo, y tal vez alguno dirá: «Lee los elegantes versos del maestro que ha instruído por igual a los dos sexos, y de los tres libros que intituló *Los Amores*, escoge el que hayas de recitar con voz suave y conmovedora, o declama en tono elevado una de sus Heroidas, género desconocido del cual se tiene por inventor.» Así accedan a mis votos Febo; Baco, el de los cuernos en la frente, y las nueve hermanas, diosas propicias a los poetas.

¿Quién dudará que exijo de una hermosa que sepa la danza, y que mueva, dejando la copa del festín, los torneados brazos al compás de la música? Se aplaude con estrépito a las que saben cimbrear las caderas en los espectáculos teatrales: tanta seducción encierra su movilidad sugestiva. Casi me sonroja detenerme en estas minuciosidades, mas quiero que las jóvenes sean hábiles en echar los dados y calcular la fuerza con que los arrojan en la mesa, y ya sepan sacar el número tres, ya adivinar con viva penetración el lado que se ha de evitar y el que se les demanda; que discurran, si juegan al ajedrez, y comprendan que un peón no puede resistir a dos enemigos; que el rey, cuando pelea sin ayuda de la reina, se expone a caer prisionero, y que el contrario a menudo tiene que volver sobre sus pasos. Si diviertes las horas jugando a la pelota con ancha raqueta, no toques más que la que debes lanzar. Hay

otro juego que divide una superficie en tantos cuadritos como meses tiene el año; sobre la pequeña mesa se ponen tres piedras en cada uno de sus lados, y vence quien los coloca en la misma línea. Aprende estos juegos tan divertidos; es de mal tono que una joven los desconozca, y muchas veces jugando suele brotar el amor. No requiere gran talento el aprenderlos a la perfección; más difícil es al jugador aparecer dueño de sí mismo. A veces por falta de prudencia la pasión nos arrebata, y un accidente cualquiera deja ver nuestro carácter al desnudo; estalla la cólera, siempre aborrecible, el afán de lucro suscita cuestiones y produce quejas amargas, se apostrofan los contendientes unos a otros, el aire resuena con los clamores, y cada cual invoca en su favor a los dioses irritados, piérdese la confianza entre los que juegan, y piden que se cambien los tableros; hasta muchas veces noté que las lágrimas humedecían sus mejillas. Que Júpiter preserve de tales torpezas a la que solicita parecer agradable.

Estos son los juegos que os permite la debilidad de vuestro sexo; los hombres se ejercitan en otros más esforzados, como el de la pelota, el dardo, el aro de hierro, las armas y el manejo de la rienda que obliga a caracolear al caballo. No tenéis cabida en el campo de Marte, ni acudís a nadar en las aguas heladas de la fuente Virginal o las plácidas ondas del Tíber; en cambio se os consiente, y os resultará de provecho, pasear a la sombra del pórtico de Pompeyo, así que los ardientes corceles del Sol llegan al signo de la Virgen, visitar el suntuoso palacio con-

sagrado a Febo, que ganó sus laureles sumergiendo en el abismo las naves egipcíacas, y los monumentos que alzaron la esposa y la hermana de Augusto con su yerno ceñido por la corona naval. Visitad también las aras donde se quema el incienso en honor de la vaca de Menfis y los tres teatros ocupando los sitios más visibles. Acudid a la arena del circo, húmeda todavía con la tibia sangre, y fijaos en la ardiente rueda que pasa al ras de la meta. Lo oculto permanece ignorado, y nadie desea lo que no ve. ¿Qué partido sacarás de tu hermosura si ninguno la contempla? Aunque superes en el canto a Tamiris y Amebea, no conseguirá el aplauso tu lira desconocida. Si Apeles, el de Cos, no hubiese pintado a Venus, aun yacería ésta sepultada en el fondo de las aguas. Los poetas sagrados, ¿qué piden a los dioses sino la fama? Este es el galardón que esperan de sus trabajos. En otros días los vates eran amados de héroes y reyes, y los antiguos coros alcanzaban magníficos premios: el título de poeta infundía veneración como el de la majestad, y con el honor se le prodigaban cuantiosas riquezas. Ennio, nacido en los montes de Calabria, mereció juntar sus cenizas a las del gran Scipión; mas al presente las coronas de hiedra yacen sin honor y los frutos de las vigilias laboriosas de las Musas se desprecian como productos de la holgazanería. A pesar de ello, aspiramos con tesón a la fama. ¿Quién conocería a Homero si no sacase a luz *La Ilíada*, su poema inmortal? ¿Quién tendría noticias de Dánae si, siempre encerrada, hubiera llegado a la vejez encerrada en la torre?

Jóvenes hermosas, os será útil de vez en cuando mezclaros con la turba y dirigir los inciertos pasos lejos de vuestras moradas. El lobo asedia muchas ovejas para sorprender a una, y el ave de Júpiter persigue a muchos pájaros; así la mujer hermosa ofrézcase a las miradas del pueblo; entre tantos no dejará de encontrar uno a quien sorprenda. Véasela en todas partes deseosa de agradar y ponga los cinco sentidos en aquello que contribuya al realce de sus prendas. Por doquiera reina el azar; ten siempre dispuesto el anzuelo, y el pez acudirá a morderlo donde menos te figures. Mil veces los perros olfatean en vano los escondrijos de la selva, y el ciervo viene a caer en las redes sin que ninguno lo acose. ¿Quién menos que Andrómeda, sujeta a una roca, podía esperar que sus lágrimas moviesen la compasión de nadie? Tampoco es raro en el funeral de un esposo encontrar el sucesor, y entonces nada sienta a la mujer como el caminar con el cabello en desorden y dar libre rienda al llanto; pero huya más que a la peste de esos mozos que se pagan de su gallardía y elegancia, y temen descomponer el artificio de sus cabezas. Lo que te dicen ya lo han dicho a otras mil, y sin norte fijo corren vagabundos de acá para allá. ¿Qué hará la mujer con un mozalbete más afeminado que ella, y que acaso sostenga tratos con mayor número de amantes? Apenas me creeréis, y debéis creerme. Troya permanecería en pie si hubiese aprovechado los consejos de su rey Príamo. Algunos se insinúan con los agasajos de un falso rendimiento, y por tales medios aspiran a ganancias deshonrosas. No os se-

duzca su cabellera perfumada de líquido nardo, ni el estrecho ceñidor que sujeta los pliegues de su túnica, ni la toga de hilo fino, ni la multitud de anillos que casi les cubren los dedos. Acaso el más elegante de éstos sea un ratero que se encienda en el deseo de apoderarse de vuestros ricos vestidos. «Vuélveme lo mío», gritan a todas horas las muchachas despojadas, y el foro resuena en repetidas exclamaciones: «Vuélveme lo mío.»

Desde sus templos rutilantes de oro, Venus y las diosas de la vía Appia oyen sin inmutarse tales querellas. Entre estos sujetos hay algunos de fama tan vil, que la mujer engañada por ellos merece entrar a la parte de su oprobio. Aprended en las quejas de otras a temer vuestro daño, y no abráis nunca la puerta a un falaz seductor. Hijas de Cecrops, no fiéis en los juramentos de Teseo; lo que hizo antes, lo hará mañana poniendo a los dioses por testigos de su perjurio. Y tú, Demofón, que heredaste la perfidia de Teseo, ¿qué confianza mereces después de haber engañado a Filis? Si os dan buenas promesas, pagad en la misma moneda; si las cumplen, no rehuséis vuestros favores. Sería capaz de extinguir el fuego siempre encendido de Vesta, arrebatar los objetos del culto en el templo de la hija de Ínaco y brindar a su esposo el acónito mezclado en la infusión de cicuta, la que después de aceptar regalos del amante le niega la satisfacción de Venus.

Mas he ido harto lejos; Musa, refrena los corceles y evita que en su impetuosidad se desboquen. Si tu amante sondea el vado con las frases que escribió en

las tablillas de abeto, encarga a una cauta sirviente recoger sus misivas; reflexiona al leerlas, y colige de su propia confesión si es fingida o nace de un alma realmente enamorada. Contéstale tras breve demora: el retraso, como no se prolongue mucho, aguijonea al amor. Ni te muestres demasiado asequible al que te solicita, ni te niegues a sus pretensiones con excesiva dureza; condúcete de modo que tema y espere a la vez, y a cada repulsa crezcan las esperanzas y el temor disminuya. Redacta las contestaciones en estilo sencillo y natural: el lenguaje corriente es el que mejor impresiona. ¡Cuántas veces una carta bien escrita produjo el incendio de un corazón vacilante, y, al contrario, un lenguaje bárbaro echó por tierra el influjo de la beldad! Mas puesto que renuncian vuestras frentes al honor de las sagradas cintas, y a toda costa os proponéis engañar a vuestros maridos, entregad las tablillas a la criada o al siervo más redomado, y no confiéis tan caras prendas a un amante novicio. Yo he visto mujeres, pálidas de terror por tal imprudencia, pasar la mísera vida en continua esclavitud. Es pérfido de veras el que se reserva pruebas semejantes, pero tiene en su poder armas tan terribles como los rayos del Etna. En mi sentir, debe rechazarse el fraude con el fraude, y las leyes nos permiten ofender a los que nos acometen armados. Procurad que vuestra mano se ejercite en trazar diferentes formas de letra. ¡Ah!, perezcan los traidores que me obligan a tales consejos. No es prudente responder en las tablillas sino después de borrar los signos anteriores, por que la escritura no denuncie

dos manos distintas. Las misivas al amante han de parecer dirigidas a una amiga, y en sus frases, el pronombre *él* debe substituirse por *ella*.

Ya es hora de renunciar a pequeñeces; tratemos asuntos de mayor importancia, desplegando al viento todas las velas. El refrenar las violencias del carácter favorece los atractivos físicos; ingenua paz conviene a los hombres, la cólera brutal a las fieras. La cólera deforma los rasgos del semblante, hincha las venas de sangre y enciende los ojos con las siniestras miradas de las Górgonas. «¡Lejos de mí, flauta; no te estimo en tanto!», dijo Palas, viendo en los cristales del río sus mejillas desfiguradas. Vosotras, si en los arrebatos de la furia os miráis al espejo, apenas habrá quien reconozca su propia cara. Tampoco la hagáis antipática con humos de soberbia; el amor se alimenta de dulcísimas miradas. Creed en mi experiencia: el desdén orgulloso es aborrecible, y un aspecto altanero lleva consigo los gérmenes del odio. Mirad al que os contempla, sonreíd afectuosas al que se sonríe, y a sus gestos responded con señales de inteligencia; así, tras los preludios, el niño vendado renuncia a los dardos inocentes, y prueba las flechas más agudas de su aljaba.

También aborrecemos a las melancólicas. Ame Ayax enhorabuena a Tecmesa; nosotros, turba regocijada, nos dejamos vencer por mujeres de genio alegre. Nunca hubiera yo rogado a Andrómaca ni a Tecmesa que una y otra me dispensasen su íntima amistad, y hasta me resistiría a creer, si los hijos no atestiguasen lo contrario, que se ofrecieron en el tálamo

a sus respectivos esposos. La compañera sombría de Ayax ¿pudo decirla nunca «luz de mi vida», ni esas frases que tanto nos seducen? ¿Quién me prohibirá aplicar el ejemplo de las grandes a las cosas menores, y compararlas a las disposiciones de un hábil caudillo? El jefe experto entrega a un oficial el mando de cien infantes, a otro un escuadrón de caballos, al tercero la defensa de las águilas; vosotras del mismo modo examinad para qué sirve cada uno de nosotros, y dadnos el empleo que nos corresponda. Pedid al rico valiosos presentes y no rechacéis al jurisconsulto que con su elocuencia defiende vuestra causa. Los que componemos versos, solamente versos podemos enviar; pero sabemos amar como ninguno y cubrimos de gloria el nombre de la que supo conquistarnos. Grande es la fama de Némesis y no menor la de Cintia; a Licoris se la conoce desde el Occidente a las regiones de la Aurora, y son muchos los que desean saber quién se oculta bajo el seudónimo de Corina. Además, la perfidia es aborrecida por los hijos de Apolo, y el arte que cultivan dulcifica sus costumbres. No nos dejamos sobornar por la ambición o la sórdida codicia, y amantes del reposo y la sombra, despreciamos los pleitos del foro. Se nos vence con facilidad, nos encendemos en el fuego más vivo y sabemos amar con sobra de buena fe: la dulzura del arte suaviza el temperamento rudo, y nuestros hábitos conforman con la inclinación al estudio. Muchachas, sed complacientes con los vates de Aonia: el numen les inspira, las Musas les conceden su favor, un dios vive en ellos, traban relaciones con el cielo,

y de la bóveda celeste desciende sobre sus cabezas el genio creador. Es un crimen exigir el pago del placer a los doctos vates; pero, ¡ay de mí!, un crimen que ninguna teme perpetrar.

Valeos del disimulo, encubrid por algún tiempo vuestra codicia; si no, el amante novel escapará pronto a la vista de las redes: el hábil jinete no gobierna lo mismo al potro que las riendas acaban de someter, que al acostumbrado a tascar el freno. No te has de conducir de igual modo para dominar a un mancebo en la flor de la juventud, que a un hombre cuya razón han madurado los años. Aquél, campeón bisoño que ejercita sus primeras armas en la milicia del amor, y presa recientemente caída en los lazos de tu tálamo, no debe conocer otra que tú, ni separarse un momento de ti; es una débil planta que se ha de resguardar con alta cerca; teme a las rivales, vencerás mientras seas la única: el imperio de Venus y el de los reyes no consiente división: éste, como soldado viejo, amará sin despeñarse, usará de cautela y conllevará prudente lo que un novicio no sabe soportar. No romperá ni intentará incendiar la puerta, ni te clavará las uñas en las tiernas mejillas, ni desgarrará su túnica ni la tuya, ni serán motivo de llanto los cabellos que te arranque: tales excesos son propios de un jovenzuelo en el arrebato de la pasión y la edad. El hombre ya hecho aguanta resignado los golpes crueles, se enciende en fuego más lento, como la leña húmeda todavía, o el ramaje recién cortado en la selva del monte; su amor es más seguro; el del otro, más vivo y pasajero, coge con presteza el fruto que se te escapa de la mano.

Que todo se rinda de golpe, que las puertas se abran al enemigo y se crea seguro en medio de la traición; lo que se alcanza de modo tan fácil no alienta la perseverancia, y de vez en cuando precisa mezclar la repulsa a la condescendencia; que no traspase los umbrales, que llame cruel a la puerta, y ya ruegue sumiso, ya amenace colérico. Nos disgusta lo dulce y renovamos el apetito con jugos amargos. Más de una vez perdió a la barca el tiempo favorable; por esta razón no aman los maridos a sus mujeres, porque disponen de ellas como les place. Cierra la puerta, y que el encargado de vigilarla me diga en tono adusto: «No se puede pasar»; la prohibición exaltará mis deseos. Arrojad, ya es tiempo, las armas embotadas, y substituidlas por otras más agudas; aunque temo se vuelvan contra mí los dardos de que os he provisto. Cuando caiga en el lazo el amante novel, será de gran efecto que al principio se imagine único poseedor de tu tálamo, mas luego mortifícale con un rival que le robe parte de su conquista: la pasión languidece si le faltan estos estímulos. El potro generoso vuela por la arena del circo, viendo los otros que se le adelantan o le siguen detrás. Cualquier dosis de celos resucita el fuego extinguido; yo mismo, lo confieso, no sé amar si no me ofenden; pero cuida no se patentice demasiado la causa de su dolor; importa que sospeche más de lo que realmente sepa; exacérbalo con la enfadosa vigilancia de un supuesto guardián o la molesta presencia de un esposo severo; la voluptuosidad que se goza sin riesgo tiene pocos incentivos; finge temor aun siendo más libre que Tais, y aunque pue

das abrirle de par en par las puertas, dile que salte por la ventana; lea en tu semblante indicios de terror, y que una astuta sierva entre apresurada y grite. «Somos perdidos», y oculte en cualquier escondite al joven lleno de espanto. En compensación, permítele que te acompañe algunas noches libre de miedos, no vaya a creer que no valen los sustos que le cuestan:

Quisiera pasar en silencio las estratagemas que burlan a un marido astuto o un guardián incorruptible. Casadas, temed a vuestros esposos, que tienen el derecho de espiar vuestros pasos: es lo justo, y así lo demandan las leyes, la equidad y el pudor; mas ¿quién tolera ver sometida a esta vigilancia la liberta que ha poco redimió la varilla del pretor? Ven a mi escuela, y aprenderás el arte de los engaños. Aunque te vigilen tantos como ojos tenía Argos, si te empeñas con decisión te reirás de todos. ¿Podrá ningún guardián impedirte que escribas tus billetes en las horas que dedicas al baño, y que la confidenta los lleve ocultos en el seno cubierto por un chal, o que los substraigas a la vista metidos en el calzado o bajo la planta del pie? Y demos que se descubran tus ardides; la misma confidenta te prestará sus espaldas a guisa de tablillas, y en la piel de su cuerpo volverá las respuestas. Los signos que se trazan con leche recién ordeñada burlan la perspicacia de un lince, y se leen claramente echándoles un polvillo de carbón. El mismo efecto obtendrás con la punta de la caña del húmedo lino, y en las tablillas, al parecer intactas, quedarán grabados caracteres invisibles.

Grande empeño demostró Acrisio en guardar a su

hija Dánae; ésta, sin embargo, con su falta le hizo pronto abuelo. ¿Qué conseguirá impedir un guardián cuando hay en Roma tantos teatros, cuando la mujer puede asistir, si lo desea, a las carreras del circo, o acude a las fiestas celebradas en honra de Isis, donde no se permite la entrada a los vigilantes de sus pasos, porque la diosa Bona excluye de su recinto a los varones, fuera de aquellos que le place admitir; cuando los siervos quedan a la guarda de los vestidos de la señora, a la puerta del baño, y dentro se oculta el amante libre y seguro? Siempre que ella quiera, encontrará una amiga que se finja enferma y le ceda por complacerla su lecho. El nombre de adúltera que damos a una llave falsa indica bien claro su uso, y la puerta no es el único medio de penetrar en la casa que se solicita. Se adormece la vigilancia del más taimado haciéndole beber en demasía, aunque sea el jugo de la vid cosechada en tierra española; también hay brebajes que lo sumen en profundo sopor y obscurecen sus ojos con la negra noche del Leteo. La confidenta, de acuerdo contigo, puede detener al odioso Cerbero con sus caricias, y ella a la vez regodearse largas horas. ¿Mas a qué andar con rodeos y consejos de tan poco fuste, si con cualquier regalo se consigue comprar su aquiescencia? Los regalos, no lo dudes, sobornan a los hombres y los dioses, y el mismo Júpiter se aplaca con las ofrendas. ¿Qué hará el sabio cuando el idiota se regocija con las dádivas? El mismo marido cerrará la boca desde el momento que las reciba; pero basta que compres el silencio una vez al año, pues el guardián

se dispone a alargar a todas horas la mano que alargó la primera vez.

Me quejaba, bien lo recuerdo, de que no se pudiese fiar nadie de los amigos, y este reproche no alcanza exclusivamente a los hombres. Si eres crédula con exceso, gozarán otras las dichas que se te deben, y la liebre que levantaste irá a caer en las redes ajenas. Esa amiga que solícita te proporciona las citas y te cede su lecho, en más de una ocasión hizo suyo a tu amante. No te sirvas tampoco de criada muy hermosa, porque algunas veces ésta ocupó conmigo el lugar de su señora. ¿Adónde me despeña la insensatez? ¿Por qué descubro el pecho a los dardos del enemigo y me hago traición a mí mismo? No enseña el ave al cazador el modo de sorprenderla, ni la cierva a la traílla de perros cómo la han de perseguir; mas si resultan útiles, continuaré explicando mis lecciones con fidelidad, aunque en mi daño suministre las armas a las mujeres de Lemnos. Arreglaos de manera, la cosa es fácil, que nos juzguemos amados por vosotras: se cree con facilidad lo que se desea ardorosamente. Trastornad al doncel con vuestras miradas, arrojad hondos suspiros, y reprobadle el haber venido tan tarde; acudid a las lágrimas por los fingidos celos de una rival, y señaladle la cara con vuestras uñas; él, compadeciendo tanto dolor, exclamará persuadido: «Esta mujer está loca por mí.» Sobre todo, si tiene lindas facciones y se lo advierte el espejo, se sentirá capaz de infundir amor a las mismas diosas.

Seas quien seas, que la ofuscación no te lleve muy lejos, ni llegues a perder el seso oyendo el nombre

de una rival. No creas con ligereza: Procris te ofrece un lastimoso ejemplo de lo perjudicial que resulta el creer sin reflexión. Cerca de los collados que matizan de púrpura las flores del Himeto brota una fuente sagrada cuyas márgenes están cubiertas de césped; los árboles y arbustos, sin formar bosque, defienden del sol, y esparcen sus perfumes el laurel, el romero y el obscuro mirto; crecen allí los bojes recios, las frágiles retamas, el humilde cantueso y el pino arrogante, y las flexibles ramas con las altas hierbas se balancean al blando impulso del Céfiro y las auras saludables. Allí descansaba el joven Céfalo, lejos de los criados y sabuesos, y extendiendo en el suelo los miembros fatigados, solía decir: «Aura voladora, ven, alivia mi calor y refresca mi ardiente seno.» Un malintencionado que oyó sus inocentes palabras, corre y advierte a la suspicaz esposa, la cual, tomando el nombre de Aura por el de una concubina, se desploma abrumada al peso de tan súbito dolor. Palidece como después de la vendimia las hojas tardías de la vid que el próximo invierno destruye, o como los maduros membrillos que doblan las ramas que los sustentan, o los frutos del cornejo aun no sazonados para que se puedan comer. Así que vuelve del desmayo, rompe la túnica que viste su cuerpo, y se ensangrienta la cara con las uñas. Precipitada, furibunda, con los cabellos sueltos, corre a través del campo, cual una Bacante que agita el tirso en su delirio, y no bien llega al lugar indicado, deja a las compañeras en el valle y penetra decidida en la selva evitando que se sienta el rumor de sus pasos. ¿Cuáles eran, Procris, tus de-

signios cuando así te ocultabas? Insensata, ¿qué volcán estallaba en tu pecho alborotado? Sin duda temías que iba a llegar esa Aura que te mortificaba y ver con tus propios ojos la traición de que eras víctima. Ya quisieras no haber emprendido tal viaje, ni sorprender a los culpables; ya te confirmas en tu resolución, y los celos te anegan en cruel incertidumbre. El lugar, el nombre y el delator incitan tu crueldad, por esa inclinación de los amantes a creer siempre lo que temen, y así que nota en la hierba las señales del cuerpo que la había hollado, siente acelerarse los trémulos latidos de su corazón.

Ya el sol en la mitad de su carrera acortaba las tenues sombras, y partía por igual la distancia del Oriente al Ocaso, cuando he aquí que Céfalo, el hijo de Cileno, vuelve a descansar en la selva y apaga la sed que le devora en la fuente vecina. Procris, escondida y llena de ansiedad, le ve tenderse en la hierba y oye que llama de nuevo al Aura y los blandos Céfiros: entonces se da cuenta la mísera del error a que la indujo aquel nombre, vuelve a mejor acuerdo y su faz recobra los perdidos colores. Álzase ligera, con el movimiento del cuerpo agita el follaje y corre a precipitarse en los brazos del esposo; y éste, creyendo que se le acerca una fiera, coge con presteza el arco y toma en la diestra el dardo fatal. ¡Infeliz!, ¿qué haces? No es una fiera, detente; ¡oh, qué desgracia!, tu esposa cae muerta a tus manos. «¡Ay de mí!—grita la mísera—, has atravesado el corazón de tu amante en el sitio profundo siempre herido por Céfalo. Muero prematuramente, mas sin afrenta de ningún rival, y

esto hará que la tierra pese más leve sobre mi cuerpo: ya mi alma vuela en las alas del Aura que me engañó con su nombre; ven, y que tu querida mano cierre mis ojos.» Él, aterrado, recoge en los brazos el moribundo cuerpo de Procris y con su llanto riega la mortal herida, por donde exhala el alma, víctima de funesta imprudencia, y en los labios recibe su último suspiro.

Pero volvamos a nuestro camino; tengo que explicar sin ambages, porque mi barca fatigada desea arribar al puerto. Sin duda esperáis que os conduzca a la sala del festín, y deseáis oír todavía mis lecciones. Acude allí tarde y no hagas ostentación de tus gracias hasta que se enciendan las antorchas: el esperar favorece a Venus y la demora es una gran seducción. Si eres fea, parecerás hermosa a los que están ebrios y la noche velará en las sombras tus defectos. Toma los manjares con la punta de los dedos, la distinción en comer tiene gran precio, y cuida que tu mano poco limpia imprima señales de suciedad en tu boca. No pruebes nada antes de ir al festín, y en la mesa modera tu apetito, y aun come algo menos de lo que te pida la gana. Si el hijo de Príamo viera a Helena convertida en una glotona, la hubiese aborrecido, diciendo: «¡Qué rapto tan estúpido el mío!» Mejor sienta a una joven el exceso en la bebida; Baco y el hijo de Venus fraternizan amigablemente; pero no bebas más de lo que soporte tu cabeza, y no se enturbien tus razones, ni vacilen tus pies, ni veas dobles los objetos. Repugna la mujer entregada a la embriaguez; en tal situación merece ser la presa del primero que lle-

ga; y de sobremesa tampoco se rendirá sin peligro al sueño, que es muy propicio a los ultrajes hechos al pudor.

Me avergüenza proseguir mis enseñanzas, mas la hermosa Dione me alienta y dice: «Eso que te sonroja es lo principal de mi culto.» Cada cual se conozca bien a sí misma y preste a su cuerpo diversas actitudes: no favorece a todas la misma postura. La que sea de lindo rostro, yazga en posición supina, y la que tenga hermosa la espalda, ofrézcala a los ojos del amante. Milanión cargaba sobre sus hombros las piernas de Atalanta: si las tuyas son tan bellas, lúcelas del mismo modo. La mujer diminuta cabalgue sobre los hombros de su amigo. Andrómaca, que era de larga estatura, nunca se puso sobre los de su esposo Héctor. La que tenga el talle largo, oprima con las rodillas el tálamo y deje caer un poco la cabeza; si sus músculos incitan con la frescura juvenil y sus pechos carecen de máculas, que el amante en pie la vea ligeramente inclinada en el lecho. No te sonroje soltar, como una Bacante de Tesalia, los cabellos y dejarlos flotar sobre los hombros, y si Lucina señaló tu vientre con las arrugas, pelea como el ágil partho, volviendo las espaldas. Venus se huelga de cien maneras distintas; la más fácil y de menos trabajo es acostarse tendida a medias sobre el costado derecho.

Nunca los trípodes de Febo ni los oráculos de Júpiter Amnón os responderán las verdades que os dicta mi Musa. Si merece alguna confianza el arte de que hice larga experiencia, creed que mis cantos

nunca os engañarán. Siéntase la mujer abrasada hasta la medula de los huesos, y el goce se dividirá por igual entre los dos amantes; que no cesen las dulces palabras, los suaves murmullos y los deseos atrevidos que estimulan el vigor en tan alegres combates. Y tú, a quien la naturaleza negó la sensación de los placeres de Venus, finge sus gratos deliquios con falsas palabras. Desgraciada de aquella que tiene embotado el órgano en que deben gozar lo mismo la hembra que el varón, y cuando finjas, procura que tus movimientos y el brillo de tus ojos ayuden al engaño, y lo acrediten de verdadero frenesí, y que la voz y la respiración fatigosa solivianten el apetito. ¡Oh vergüenza!, la fuente del placer oculta misteriosos arcanos. La que al dejar los brazos del amante le exige el pago de sus complacencias, ella misma priva de todo valor a los ruegos. No consientas que la luz penetre por las ventanas abiertas: hay cosas en tu cuerpo que parecen mejor vistas entre sombras. Aquí terminan mis juegos: ya es hora de soltar los cisnes sujetos a la lanza de mi carro, y que las lindas muchachas, como antes lo hicieron los jóvenes, inscriban en sus trofeos: «Tuvimos a Nasón por maestro.»

FIN DE «EL ARTE DE AMAR»

NOTAS

LIBRO PRIMERO

Verso 5. *Automedon.* — Automedonte, el cochero de Aquiles y Pirro, que aun designa a todos los del oficio.

V. 6. *Tiphys.*—El piloto de la nave de los Argonautas.

V. 11. *Phillyrides.* — El centauro Quirón, maestro de Aquiles e hijo de la ninfa Filira.

V. 27. *Clío.* — La musa de la Historia.

V. 28. *Ascra.* — *No guardé en Ascra los ganados* como Hesíodo.

V. 31. *Este procul vittae tenues.*—Las doncellas, como las vestales, recogían sus cabellos con graciosa cinta, y Ovidio las designa por este distintivo, y les advierte que sus escabrosas lecciones van dirigidas a otra clase de mujeres menos correctas, como esclavas, libertas, extranjeras y cortesanas, dando pruebas del respeto que le merecen el candor y la modestia de las hijas de familia y la severidad de las matronas que ocultan casi los pies con la franja, *instita,* que bordea su vestido, recatándolos de miradas impertinentes y procaces.

V. 61. *Gargara.* — Cima meridional del Ida, en la Tríada.

V. 61. *Methymna.* — Ciudad de Lesbos al Norte de la isla, en que se cosecha el exquisito vino de su nombre.

V. 71. *Tu modo Pompeya lentus.* — Cuando el sol de

estío lanzaba rayos de fuego, los pórticos ofrecían paseos agradabilísimos a los ociosos, principalmente el de Pompeyo, tan frecuentado por su magnificencia, la frescura de sus caídas de agua y sus filas de plátanos; el cual se alzaba próximo al teatro para que en él hallasen refugio los espectadores si una lluvia repentina e imprevista interrumpía la representación. Había otros muchos pórticos, como el de Agripa, el de Octavia, el de Livia, etc.; todos ellos concurridos por la gente desocupada en los días que apretaba el calor.

V. 76. *Cultuque Iudaeo.* — Los romanos tuvieron con la religión de los hebreos una tolerancia que negaron a los cristianos, tal vez porque los sectarios de Moisés no aspiraban a catequizar y dominar el linaje humano.

V. 77. *Neu fuge linigerae.* — Había varios templos consagrados a Isis; aquí alude al edificado en el campo de Marte, y las palabras del poeta, junto con otros testimonios, prueban que sus misterios favorecían las intrigas amorosas, las citas convenidas y las aventuras locas que tanto seducen a la juvenil edad.

V. 112. *In medio plausu.* — Dichosos los tiempos de Rómulo, que no conocieron en el teatro todavía rudimentario la *claque* insolente que hoy se impone al público sensato, y decreta los éxitos escénicos según conviene al empresario, al autor o a los comediantes. En los albores de Roma no existía esta plaga, que en los días del imperio de Nerón llegó a constituir un oficio lucrativo, y ¡ay del que asistiese a las lecturas imperiales, y no se entusiasmara y aplaudiera a rabiar los cantos y poemas del César semidiós!

V. 147. *At quum pompa frequens.* — Antes de comenzar los juegos del circo dados en honor de Cibeles y Ceres, paseábanse procesionalmente las estatuas de dichas diosas con las de otras divinidades, y no había de

faltar la de Venus, madre de Eneas y numen predilecto de los amantes.

V. 159. *Fuit utile multis.* — Estos finos obsequios con que el galanteador se insinuaba en el ánimo de la que pretendía, nos advierten que el uso de los abanicos para defenderse del calor, y el de los cojines para no sentirse los espectadores molestados por la dureza de los asientos, se habían casi generalizado, y también el de los taburetes, que lo alto de las gradas hacía indispensables a las personas de corta estatura, ya que sin ellos debían tener forzosamente los pies al aire, posición incómoda y fastidiosa en espectáculos de largas horas.

V. 171. *Belli navalis.* — Describe una de esas naumaquias que enloquecían a los romanos como a nuestro pueblo los toros, y que al principio se realizaron en espaciosos lagos a orillas del Tíber, y con el tiempo llegaron a consumir cuantiosas sumas por el lujo y esplendidez que en ellas se derrochaba. Después estos combates se verificaron en la arena de los anfiteatros, inundada con tal prontitud por medio de canales subterráneos, que el espectador apenas se daba cuenta del tiempo transcurrido en convertir el suelo firme donde luchaban los gladiadores, en la móvil superficie que sustentaba las naves prestas a chocar y destrozarse desesperadamente, para satisfacer con la sangre vertida a raudales los instintos feroces de aquel pueblo inaccesible a la compasión.

V. 194. *Nunc juvenum princeps.* — Llamábase príncipe de la juventud al que figuraba en primer lugar en el censo de los caballeros.

V. 234. *Purpureus... Amor.* — Le da el epíteto de *purpureus*, o por ser éste su natural color, o porque la sangre encendía sus mejillas a causa de las frecuentes libaciones. En cuanto a los cuernos que los antiguos pusieron en la frente de Baco, como signos de fortaleza y

arrogancia, acaso respondan a su costumbre de viajar cubierto con la piel de un macho cabrío, animal que se sacrificaba en las Dionisíacas en conmemoración del que rumiaba las cepas de Icario, que dió origen al himno que entonaron los vendimiadores, convertido más tarde por Tespis en un diálogo del cual surgió, andando el tiempo, la tragedia de Esquilo, llena de fuego y espíritu religioso.

V. 257. *Quid referam Baias.* — Bayas, en el golfo de Nápoles, alcanzó gran predicamento por sus aguas sulfurosas, y allí se daban cita en primavera la riqueza, la elegancia y la disipación, ansiosas de agotar la copa de los placeres, aun a costa de la salud tan ardorosamente buscada en sus cálidos manantiales.

V. 285. *Byblida.* — Biblis, hija de Mileto, se enamoró de su hermano Cauno, y le persiguió a través de varias comarcas, hasta que, rendida a la fatiga, según unas tradiciones, quedó convertida en fuente, y según otras, se echó un lazo al cuello.

V. 287. *Myrrha.* — Mirra, esposa de Teias, metamorfoseada por su inclinación criminal en el árbol que lleva el mismo nombre.

V. 329. *Cressa Thyesteo.* — Aeropa, esposa de Atreo, a la cual sedujo Tiestes, hermano de aquél.

V. 336. *Conjugis Attrides.* — Clitemnestra, enamorada de Egisto.

V. 337. *Creusa.* — La hija de Creón, rey de Corinto, abrasada por el fatal regalo de boda que le envió Medea el día de su desposorio con Jasón.

V. 339. *Phoenix.* — Fenix, el hijo de Amíntor, acusado por una concubina de su padre de haber pretendido violentarla, fué condenado a la ceguera sin más averiguaciones.

V. 341. *Phineu.* — Fineo privó de la vista a sus hijos por las imputaciones calumniosas de una madrastra, y

las Harpías le atormentaron horriblemente hasta que Zeto y Cálais vinieron en su auxilio.

V. 457. *Cydippen.* — Calímaco escribió un poema totalmente perdido sobre las desdichas de esta doncella ateniense, que causó profunda impresión al mancebo Aconcio en el templo de Diana, cuya fiesta se conmemoraba. Sabedor de que todo juramento en este sitio pronunciado debía cumplirse por necesidad, escribió sobre una manzana el suyo, reducido a desearla por legítima esposa, y echó rodando el fruto a sus pies. Cogiólo Cidipe, leyó la inscripción en alta voz, y luego lo arrojó con desdén; pero cuantas veces se dispuso a dar la mano de esposa a otros pretendientes, le acometía grave enfermedad, impidiendo la realización del pacto marital, hasta que supo el padre la causa de sus misteriosos dolores, y la concedió al enamorado Aconcio.

V. 479. *Legerit et nolit rescribere.* — El consejo es de hombre experimentado; en las contiendas de Venus nadie se deje abatir al primer aparente revés de la fortuna.

V. 505. *Torquere capillos.*—Usábanse diferentes formas de peinado entre los jóvenes, ya en rizos, ya en trenzas sueltas, ya recogidas en nudo, usurpando a las doncellas los atributos y gracias de una bien compuesta y artística cabellera; vanidad que apenas, según el autor, conviene a los eunucos sacerdotes de Cibeles, o a esos entes afeminados que denuncian el error más craso de la naturaleza al crearlos casi hombres por el organismo, y menos que mujeres por sus gustos e inclinaciones.

V. 524. *Quaerit habere virum.* — En medio de la libertad que respiran los dísticos de *El Arte de Amar,* tres atenuantes poderosas disminuyen en grado máximo la responsabilidad en que incurre Ovidio con tan poco ejemplares lecciones. Es la primera, que su obra se dirige a las muchachas de vida alegre, respetando el decoro

de las matronas y el poder de las doncellas criadas en el recogimiento del hogar doméstico; la segunda, que a pesar de las escabrosidades del terreno que pisa, jamás se deslizan vocablos torpes o frases nauseabundas, licencia indisculpable en la que incurren a menudo otros poetas, porque su distinción y finura le impedían descender al lenguaje soez de la abyecta plebe; y la tercera, que constituyendo en aquel tiempo el amor de los mancebos un vicio casi general, del que nadie se recataba, y muchos lo pregonaban con cierta orgullosa satisfacción, Ovidio lo repugna con asco, abomina los placeres de Venus que no sean recíprocos y se revuelve contra la aberración de la pederastia, que sin convertir a los hombres en mujeres, los pone muy por debajo de las bestias irracionales.

V. 543. *Ebrius... Silenus.* — Sileno, el ayo y pedagogo de Baco, era un viejo de cabeza calva, chata nariz, vientre panzudo, genio alegre y casi siempre borracho, que por la debilidad de piernas y ser pésimo jinete, montaba sobre un asno, acompañando en sus correrías al dios de las cepas, y con frecuencia se apeaba por las orejas del paciente animal, provocando la hilaridad de los Sátiros y las Bacantes.

V. 581. *Huic si sorte bibes.* — Por la suerte de los dados se elegía el rey del festín con autoridad para prescribir lo concerniente a la bebida de los comensales, y constituía una deferencia delicada renunciar al nombramiento y ofrecerlo a otra persona, de lo cual se valían muchas veces los libertinos en menoscabo de los maridos.

V. 593. *Eurition.*—En el duodécimo libro de *Las Metamorfosis* refiere con su brillantez acostumbrada la descomunal batalla de los Centauros y Lapitas, que provocó la embriaguez y lujuria de Euritión, hasta el punto de arrebatar a Piritoo la hermosísima Hipodamia, y cogerla

por los cabellos; hazaña que imitaron los suyos apoderándose por fuerza de las mujeres que asistían al festín de tan célebres y luctuosas nupcias. Peró Teseo vuelve por su amigo Piritoo, arrebata al ladrón la presa, rechaza su acometida, le arroja una enorme copa a la cabeza y se la parte en pedazos, dejándolo cadáver sobre el charco de sangre y de vino que en sus últimos instantes arrojaba por la boca.

V. 679. *Vim passa est Phoebe.* — No alude a Febe, la hermana de Apolo, sino a la hija de Leucipo que, con su hermana Hilaira, estaba prometida la primera a Idas y la segunda a Linceo. Cástor y Pólux, enamorados de ellas, las raptaron, y fueron perseguidos por sus rivales, con quienes trabaron enconada lucha, muriendo Cástor a manos de Linceo y éste a las de Pólux. Ovidio relata esta leyenda trágica al final del libro quinto de *Los Fastos.*

V. 696. *Pelias hasta.* — La llama *Pelias,* porque Palas se la entregó a Peleo el día de sus nupcias, o bien porque el centauro Quirón, maestro de Aquiles, la tuvo oculta en el monte Pelión.

V. 731. *Pallidus... Orion.*—Nada sabemos de los amores de Lirice con Orión, diestro e infatigable cazador que acompañaba a Diana en las selvas, y que a su muerte fué transformado en una constelación.

V. 732. *Daphnis.* — Pastor siciliano, hijo de Mercurio, y ciegamente enamorado de una Náyade, que se vengó más tarde de su infidelidad dejándole ciego.

LIBRO SEGUNDO

Verso 1. *Paean.* — Grito en que estallaba la satisfacción de los cazadores cuando caía en tierra la presa perseguida, y sobrenombre dado a Apolo como dios de la caza.

V. 8. *Hippodamia.* — La hija de Oenomeno, rey de Pisa y Élida, arrebatada por Pelops.

V. 21. *Hospitis effugio.* — La fábula de Dédalo y su primer vuelo por las regiones aéreas es tan conocida, que no insistimos en su relato, perfectamente desempeñado por el poeta; mas como observa un sagaz comentador, es algo dudoso que venga a cuento en esta ocasión, por la poca similitud entre las congojas del hombre que ve cerrados los caminos de su libertad y decide romper sus prisiones, fabricándose con plumas unidas por cera las alas que facilitasen su audaz evasión, y los vuelos de Cupido que nacen de la versátil edad juvenil, demasiado fogosa para que su llama no se extinga más o menos presto en los corazones donde arde potente y amenazadora.

V. 43. *Quis crederet unquam?* — Levantando los ojos al cielo, vemos cómo las aves atraviesan la atmósfera que nos envuelve con la ligereza y soltura peculiar de las que se encuentran en su propio elemento, y nos sentimos envidiosos de no poseer sus raudas alas que nos permitan el vuelo. La fábula del ingenioso Dédalo personifica esta eterna aspiración, y los primeros ensayos de aviación, seguidos de inevitable catástrofe. Cuando la fantasía de los poetas cede el lugar a la ciencia, Dédalo se transforma en el insigne Leonardo de Vinci, que consagra su genio y talento a tan arduo problema, sin que los repetidos fracasos entibiaran el fervor que puso en llegar a una feliz resolución; pero estaba reservado a nuestros días progreso tan sorprendente, y hoy los dirigibles, monoplanos y biplanos patentizan en su viajes que el fabuloso prisionero de Minos y el sabio italiano no eran unos locos visionarios, sino los precursores que anunciaban de lejos lo que el retraso de las ciencias impidió realizar en sus respectivas edades.

V. 49. *Tractabat ceramque.* — En el séptimo libro de

Las Metamorfosis vuelve a relatar la trágica ascensión de Dédalo e Ícaro, exornando la leyenda con pormenores que le dan infinita gracia, como el de la ingenua curiosidad del mancebo, que toca maravillado las plumas y la cera, y retrasa la ejecución del novísimo artefacto que su padre fabricaba.

V. 55. *Virgo Tegeaea.* — La *Virgen de Tegea,* ciudad de la Arcadia fundada por el hijo de Licaón.

V. 56. *Ensiger Orion.*—La leyenda refiere de diversos modos los hechos del cazador Orión, puesto a su muerte entre las constelaciones celestes, donde aparece con la figura de un gigante blandiendo la espada.

V. 66. *Ut sua mater aves.* — Felicísima comparación que Valerio Flacco imita en el poema de *Los Argonautas.*

V. 100. *A teneri fronte.* — El Hipomames que excitaba el apetito sexual, según la opinión más generalizada, consistía en una excrecencia nacida en la frente de los potros, con la que se confeccionaban filtros de maravillosos efectos.

V. 102. *Naenia marsa.* — Los Marsos de Italia, descendientes de Marso, hijo de la encantadora Circe, gozaban fama de hábiles confeccionadores de brebajes que trastornasen los sentidos y potencias.

V. 107. *Ut ameris, amabilis esto.* — Es el filtro más poderoso y eficaz. Nada nos atrae tanto a una persona como el saber que no le somos indiferentes, y nada cautiva a ésta como los agasajos y asiduidades, reveladores de la estimación en que la tenemos.

V. 109. *Nireus.*—El hijo de Caropo y Aylaya, el más hermoso de los soldados griegos que pelearon en el sitio de Troya.

V. 110. *Raptus Hylas.* — Teócrito, en su idilio XIII, narra el sentimiento de Hércules por el rapto de Hilas,

y los latinos trasladaron a sus poemas tan bellísimo y conmovedor episodio.

V. 122. *Et linguas edidicisse duas.* — El conocimiento del griego era indispensable a los sujetos medianamente instruídos. Desde la toma de Tarento los maestros griegos se trasladaron a la capital de Italia para iniciar a la juventud romana en las ciencias y las letras, y el transcurso de dos siglos no les restó un átomo del prestigio que gozaban en su calidad de pedagogos, antes se cimentaba más sólido cada día en la conciencia del pueblo vencedor. De aquí que el estudio del griego fuera en absoluto preciso a los que aspiraban a recibir una brillante instrucción, y que como corolario emprendiesen un viaje a la Grecia, para beber en la misma fuente la sabiduría, aquellos que poseían medios de realizarlo con aprovechamiento.

V. 130. *Odrysii fata cruenta.* — Reso, rey de Tracia, llamado Odrisio por este monte de la región, a quien Ulises y Diomedes dieron muerte cuando acudía en socorro de los troyanos y le arrebataron los blancos corceles, de los que pendía la suerte de la ciudad.

V. 150. *Chaonis ales.* — La Caonia, comarca del Epiro, donde reinó el príncipe troyano Caón. En ella radicaba la selva de Dódona con un templo erigido a Júpiter, y en las encinas que le rodeaban tenían su albergue las palomas que proferían oráculos con voces semejantes a las humanas. Aquí *ales Chaonis* se aplica a cualquiera especie de palomas.

V. 191. *Sensit et Hylaei.* — El centauro Hileo, según unos, murió a manos de Atalanta; según otros, en la contienda de los Lapitas, y no falta quien le supone aplastado por la clava de Hércules.

V. 209. *Ipse tene distenta.* — Los parasoles o sombrillas de aquel tiempo consistían, como las nuestras, en

una tela extendida sobre las varillas, y agradecíase como fina atención el desplegarla en obsequio de la mujer amada, lo cual permitía al galanteador acercarse a ella lo justo y un poco más, velando el atrevimiento con la delicadeza del servicio.

V. 258. *Gallica... manus.* — Las sirvientas celebraban su fiesta especial el aniversario del famoso día en que salvaron a Roma sitiada por los galos, vistiéndose los trajes de sus señoras, entregándose a los enemigos y aniquilándolos a mansalva cuando dormían hartos de placer y de vino.

V. 267. *Quas Amaryllis amabat.*—Alude a la segunda égloga de Virgilio; pero bien pronto se le ocurre la observación de que si las zagalas apreciaban este rústico ofrecimiento, las cortesanas no eran tan candorosas que quedasen satisfechas con un puñado de nueces.

V. 271. *Spes mortis et orba senectus.*—Horacio y Juvenal se desatan en improperios contra los captadores de pingües herencias, que se prestaban voluntarios a mil bajezas y humillantes servicios, con esperanza de heredar a los viejos sin descendencia, o cuyos vástagos enfermizos tuviesen probabilidades de fenecer antes que los autores de sus días, y Ovidio considera un crimen el regalo que oculta tan dañada intención, salvo cuando se propone conquistar la gratitud femenina, como avance de más decisivas victorias.

V. 309. *Torva... Medusa.* — La única mortal de las Górgonas que degolló Perseo, y cuya horrible cabeza erizada de serpientes petrificaba a los que tenían la desgracia de mirarla. En la *logia* de la plaza de Florencia se admira la magnífica estatua, atribuída a Benvenuto Cellini, que reproduce este fabuloso suceso.

V. 329. *Lustret anus.* — Las lustraciones en los críticos momentos del peligro corrían a cargo de las viejas

que traían los huevos de la purificación y el azufre que pasaban encendido por la cabeza del enfermo tres veces consecutivas, porque el número tres tenía un poder de mágicos efectos.

V. 353. *Fyllida Demophoon.* — Enamorado Demofón de la hermosa Filis, hija del rey de Tracia, antes del desposorio pidióle permiso para arreglar en Ática sus asuntos particulares, y como tardase más de lo convenido en volver, la infelíz doncella, creyéndose abandonada y víctima de una traición, se suicidó y quedó convertida en árbol que un día, al sentir los abrazos de su prometido, se cubrió de flores, hojas y frutos.

V. 356. *Laodamia.*— Laodamia obtuvo de los dioses permiso para conversar algunos instantes con su amado Protésilas, muerto en el sito de Troya, y cuando este héroe descendió por segunda vez a la región de las sombras, ella le siguió por no vivir en la soledad y desventura de la viudez.

V. 420. *Altus Erix.* — En el Erix, monte de Sicilia, tenía Venus un suntuoso templo.

V. 457. *Candida jamdudum.* — Este cuadro de la reconciliación de los amantes, después del altercado que provoca la sospecha de una rival, casi convertida en certidumbre, es gracioso y patético a la vez, irónico y tierno como un idilio, y los consejos que da el poeta a la víctima cogida entre la espada y la pared son tan oportunos como podían prometerse de su experiencia en los negocios femeniles.

V. 468. *Unaque erant facies.* — En *Los Fastos* y *Las Metamorfosis* sostiene la misma teoría de los átomos que formaban el Caos, hasta que las atracciones y repulsiones de los mismos crearon los elementos del universo.

V. 477. *Blanda... voluptas.* — Hesíodo y Lucrecio, como Ovidio, atribuyen al Amor, contemporáneo del

Caos, la generación de los distintos seres que pueblan el mundo; y aunque no desatan el nudo de la dificultad, acaso insoluble, hay que reconocer el ingenio con que explican el origen de las especies, ascendiendo a las fuentes de la vida universal.

V. 491. *Machaonios.* — Macaón, hijo de Esculapio y médico de los griegos durante el sitio de Troya, murió a manos de Euripilo, el hijo de Telefo.

V. 561. *Fabula narratur.* — ¡Con qué dañina complacencia relata los hurtos amorosos de Marte y Venus, sorprendidos por la astucia de Vulcano, y con qué humorismo sazona anécdota tan poco edificante la sal y pimienta de su travieso ingenio, para exponer al ridículo al esposo ultrajado, que con las manos callosas, el pie cojo y la cara tiznada, se atrevió a tomar por cónyuge a la diosa de la hermosura, cuya tiranía dominará eternamente a los hombres, por las delicias y placeres que acompañan la ejecución de sus imperiosos mandatos! ¡Qué satisfacción experimentaría el poeta al considerar que sus audacias se quedaban tamañitas en comparación de las que se permitían los dioses del Olimpo, que con tales ejemplos guiaban a las gentes por la senda de la rectitud y el honor! Nunca el juez se atreve a ser riguroso con el culpable de un delito en que él mismo ha incurrido, y la seguridad de la absolución divina alentaba los desafueros que la juventud maleante se permitía sin escrúpulos ni miramientos.

V. 598. *Quos faciunt justos.*—En las ceremonias nupciales, los prometidos dispuestos a forjar lazos indisolubles, tocaban el agua y el fuego, los dos elementos más necesarios a la vida, para que llevasen entendido que en adelante todo debía ser común entre ellos, única manera de asegurar la dicha recíproca; por consiguiente, el esposo legítimo adquiría el derecho de interceptar las

misivas que se dirigiesen a su esposa, ya que entre marido y mujer no cabía el secreto, sin quebrantar los deberes de la mutua fidelidad a que venían obligados.

V. 644. *Cui penna fuit.*—Perseo.

V. 657. *Fusca vocetur.* — A los ojos del enamorado siempre resplandecen con brillo deslumbrante las perfecciones de su amada, y los defectos pasan inadvertidos, y aun los considera tal vez prendas dignas de singular estimación, y este optimismo que tanto contribuye a la felicidad humana, quisiera Horacio que reinase por igual en los vínculos de la amistad, para no reparar en las flaquezas del que con ella nos distingue, o disimularlas con términos suaves que atenuaran su gravedad; la pasión y la injusticia tienen próximo parentesco y viven en íntimas relaciones, ya las impulse el amor, ya las ofusque el aborrecimiento.

V. 699. *Hermionen.* — Hija de Helena y Menelao, casada en primeras nupcias con Pirro y después con Orestes.

V. 700. *George.* — Hija de Oeneo y Altea y hermana de Deyanira.

V. 736. *Aeacides dextra.* — Llamado Pirro por su cabellera rubia, y Neoptolemo por haber sido de los últimos en acudir al sitio de Troya, donde se reveló digno vástago de su padre, sacrificando al viejo Príamo y la infeliz Polixena: fué muerto por Orestes, a quien estaba prometida su esposa Hermíone.

V. 737. *Calchas.* — El adivino griego que declaró a Agamenón la causa de la peste que diezmaba el ejército.

V. 737. *Telamonius.* — Hijo de Eaco y Eudeis y hermano de Peleo.

LIBRO TERCERO

V. 2. *Pentesilea.*—La hermosísima reina de las Amazonas, muerta por Aquiles, quien al ver destruídas de golpe tanta belleza, juventud y bravura, derramó amargo llanto sobre su cadáver.

V. 13. *Si scelere.* — Anfiarao, hijo de Oicleo, esposo de Erífile y dotado de la inspiración adivinatoria, negóse a complacer a Adrasto siguiéndole a la guerra de Tebas, cuyos funestos resultados preveía; mas su esposa, sobornada por el collar de perlas que le regaló Polinices, le indujo a formar parte de la desastrosa expedición que le costó la vida a la proximidad del río Ismeno. Después de muerto se le reverenció como a un dios.

V. 21. *Capaneu.* — Uno de los siete contra Tebas víctima de las iras de Jove, a quien desafió su impiedad. Cuando la pira devoraba sus despojos mortales, su fiel esposa Evadne se arrojó a las llamas y pereció abrasada con él.

V. 23. *Ipsa quoque et cultus.* — El poeta, que parecía no tener otra preocupación que la de seducir mujeres, considerando las conquistas de Venus preferibles a las que a costa de ríos de sangre alcanzaban los ejércitos de su patria, acaba por reconocer que nos aventajan en la abnegación y la virtud, femenina por naturaleza, por el nombre y por el traje, y los ejemplos de Penélope, Evadne y Alcestes le arrancan gritos de asombro, como otros tantos himnos elevados en honor y gloria del sexo capaz de tan heroicos sacrificios.

V. 53. *Dixit et e myrto.*—Alude a Hesíodo en el momento de morder algunas hojas de laurel cogidas en el Helicón, que le infundieron el numen poético revelado en sus inmortales poemas.

V. 71. *Nec tua frangetur.* — No es extraño que lea-

mos este mismo pensamiento en Lucrecio, Horacio, Tibulo y Propercio, ni que Ovidio lo repita en otros lugares, pues los amantes coléricos provocaban a diario el escándalo golpeando con estrépito las puertas cerradas a sus deseos ardorosos, rompiendo contra ellas las antorchas que iluminaban el camino de sus trapisondas, y lanzándoles terribles maldiciones si se veían burlados por la astucia o el recato de la mujer que solicitaban.

V. 83. *Latmius Endimion.* — El arrogante Endimión dormía con sueño no interrumpido sobre el monte Latmos de Caria; la Luna lo vió, y hechizada por su gentil apostura, descendió del cielo, le abraza efusivamente y reposa junto a él, persuadiendo a los mortales de que no era tan helada como se presumía la condición de la reina de la noche.

V. 84. *Nec Cephalus.* — La Aurora con su espléndida belleza no pudo vencer la resistencia de Céfalo, esposo de Procris, y hubo de recurrir a criminales estratagemas que la desembarazasen de su rival.

V. 86. *Harmonienque.* — Harmonía, hija de Marte y Venus, y esposa de Cadmo.

V. 121. *Prisca juvent alios.* — Le sobra razón al anteponer los presentes a los pasados tiempos. Los buenos patriotas, sin embargo, opinaban de diferente modo, y no se prestaban a reconocer que las virtudes bélicas de los siglos anteriores, como indeclinable consecuencia, trajeron el absolutismo imperial, y con él se entronizó el fausto, el libertinaje y el refinamiento que agotaron las energías del pueblo-rey, hasta entonces venturoso en sus audaces empresas.

V. 152. *Adjicit ornatus.* — La fiebre de novedades que trastornaba el juicio del mundo elegante romano tenía que envidiar bastante poco a la edad actual, abrumada con el insufrible bagaje de sus modas estrafalarias, sus

pelucas de colorines y las cuentas de sus modistos y modistas, que infunden en los mozos de limitados recur- un santo horror al matrimonio, más por las exigencias intolerables de la vanidad que por los gastos que reclama el sustento y educación de la familia.

V. 156. *Jolem.* — La hija de Eurito, amada por Hércules.

V. 163. *Femina canitiem.* — Los galos y germanos se teñían el pelo con los jugos de hierbas especiales. Tibulo, para disimular las canas, aconseja el empleo de la corteza de nuez, y es verosímil que también se les ocurriese a las romanas el uso de pelucas de diversos colores con que falsifican sus cabezas en nuestros días las damás de alto copete, exponiéndose como bichos raros a la expectación de la curiosidad y a las críticas de la sensatez.

V. 165. *Crinibus emtis.* — La moda de las pelucas, si como ornato de la elegancia es ridícula, como recurso de la necesidad que repare al menos en la apariencia los estragos del tiempo o las dolencias, es harto disculpable, y antes que ver calva la cabeza de una mujer, espectáculo a que los ojos vienen poco acostumbrados, preferimos verla cubierta de trenzas ajenas, por parecernos repulsivo un cráneo femenino que a la falta de seso añada la del cabello.

V. 172. *Quis furor est.* — Se dispara contra las que se presentaban en público llevando sobre su cuerpo en joyas y vestidos una fortuna, tal vez amasada por el padre o el marido con artes vituperables.

V. 175. *Frixon et Hellem.* — Frixo estuvo a punto de perecer a consecuencia de las intrigas de su madrastra Ino, debiendo la salvación a Nefele, gracias al carnero de áureos vellones que le transportó por los aires lejos de su ingrata tierra, acompañado de su hermana Helle.

Esta infeliz, desvanecida por la rapidez de la marcha, cayó al mar, que recibió el nombre de Hellesponto, y Frixo arribó a la Cólquida, sacrificó a Jove el carnero y regaló a Etes su dorada piel, que más tarde le arrebataron los Argonautas.

V. 192. *Seriphos.* — Pequeña isla del grupo de las Cicladas, que en tiempo de la dominación romana servía de lugar de destierro.

V. 196. *Caice.* — El Caico, río de Misia, cuya fuente surge en el monte Temno.

V. 201. *Arte supercilii.*—Las cejas poco pronunciadas se unían y alargaban con polvos de hollín y otros ingredientes del mismo jaez, hasta que pareciesen casi juntas, al contrario de lo que reclama la estética moderna, que las prefiere bien definidas y correctas, pero guardando la justa separación.

V. 224. *Nuda Venus.* — La Venus Anadiómene, atribuída a Escopas, que se admiraba en la galería próxima al templo de Júpiter, es fama que sobrepujaba en perfección a la esculpida por Praxiteles.

V. 270. *Ad Pharii... piscis opem.* — El pez de Faros es el cocodrilo, de cuyo excremento se valían las morenas para blanquearse el cutis, suciedad atestiguada por Horacio en uno de sus epodos.

V. 273. *Conveniunt tenues analectides.*—Los *analectides* eran pequeños cojines que disimulaban la imperfecta disposición de las espaldas.

V. 293. *Quid quum legitima fraudatur littera voce.* — Las damas acostumbraban a comerse algunas letras de las palabras, especialmente las que hallaban difíciles de pronunciar; afectación ridícula que ha tenido imitadores en otros tiempos y países, y que si procede de la monería y el prurito de distinción, resulta atrozmente antipática. No se ha de confundir con este vicio, que

estropea el lenguaje, la natural tendencia a suprimir sonidos que no sean indispensables para el conocimiento de las voces, en virtud de la ley del menor esfuerzo, en todos los idiomas observada, que señala la diferencia entre su pronunciación y escritura, más o menos sensible, pero siempre real y necesaria.

V. 307. *Pars humeri.*—El consejo de salir a la calle con el hombro descubierto y el brazo desnudo, a fin de provocar ardientes deseos, lo dirige a las cortesanas y mozuelas de vida tumultuosa, no a las doncellas y matronas, en quienes el recato es el verdadero escudo del pudor.

V. 318. *Et modo Niliacis.* — Aires ligeros con que se acompañaban las danzas voluptuosas de las bailarinas egipcias.

V. 332. *Luditur arte Getae.*—Quiénes presumen que alude a Terencio, quiénes al griego Menandro, del que el primero tomó prestado el argumento de la comedia *Formión,* donde los viejos Cremes y Demofón quedan burlados por la astucia del siervo Geta.

V. 365. *Nec vos campus habet.*—La fuente Virginal era llamada así, en opinión de Frontino, porque se debió a una virgen el descubrimiento del sitio en que brotaba; pero Plinio sostiene que se le dió tal nombre por correr en parte de su curso próximo el riachuelo de Hércules, y separarse en seguida, como si huyese de un enemigo: en sus aguas casi heladas se limpiaban el polvo y el sudor los atletas del campo de Marte.

V. 390. *Paraetonias rates.*—Las naves de Paretonio, ciudad marítima del Egipto, cuya escuadra huyó destrozada en las aguas de Accio. En conmemoración de la victoria, Augusto ordenó levantar en el Palatino un templo a Apolo Naval, que resplandecía con los tesoros de la riqueza y el arte. Propercio describe su magnífica suntuosidad en la elegía XXXI del libro segundo.

V. 391. *Quaeque soror conjuxque.* — Octavia, la hermana de Augusto, y Livia, su esposa; ésta mandó levantar sobre el Esquilino el pórtico de su nombre, que rodeaba al templo de la Concordia, y aquélla, o más bien su hermano, erigió en el campo de Marte una soberbia construcción, enriquecida con admirables obras de arte, y una copiosa biblioteca, donde se reunía el Senado para tratar los negocios trascendentales de gobierno; de aquí que se la llamase Curia Octavia.

V. 392. *Gener cinctus.*—Marco Agripa, casado con Julia, la hija de Augusto, por su victoria sobre la flota de Sexto Pompeyo, obtuvo la corona naval, y hermoseó la ciudad con magníficos edificios, termas, acueductos y el pórtico vecino del Panteón, templo que hoy guarda los restos mortales de Víctor Manuel y de Humberto, y monumento el mejor conservado de la antigüedad.

V. 399. *Tamiris y Amebea.* — Tamiris, antiguo cantor tracio, hijo de Filamnón y la ninfa Argíope, por desafiar presuntuoso a las Musas sufrió la pérdida de la voz y los ojos. Se le representa con la lira rota en las manos. Amebea, citarista ateniense.

V. 401. *Si Venerem Cous.* — Cree al pintor Apeles nacido en la isla de Cos; pero Estrabón lo supone natural de Éfeso. Pintó la Venus Anadiómene, esto es, saliendo de las olas, tabla por Augusto colocada en el templo de Julio César.

V. 446. *Annulus in digitis.* — Los afeminados y disolutos cubrían sus dedos con profusión de anillos; hoy los petimetres y tenorios de menor cuantía no abusan del número, pero sí del tamaño de las piedras preciosas en ellos engarzadas, que den una alta idea de su brillante posición, aunque todo sea farsa y bambolla, con que intentan pescar a las incautas y desvanecidas.

V. 452. *Appiadesque deae.*—Los templos de Palas, Ves-

ta, la Paz y la Concordia, próximos a la fuente Appia.

V. 457. *Cecropides.*—Hijas de Cecrops, primer rey de Ática y fundador de Atenas.

V. 483. *Quanvis vittae careatis honore.* — Las mujeres de libre condición, doncellas y matronas, gozaban el derecho de anudar con una cinta sus cabellos; las extranjeras, esclavas y libertas estaban privadas de tal honor, y a ellas se dirige el vate en sus diabólicas enseñanzas.

V. 506. *Ut vidit vultus Pallas.* — En otro lugar expusimos lo que cuenta Ovidio en *Los Fastos* sobre la invención de la flauta, atribuída a Minerva, la cual, viendo que el tañerla descomponía sus mejillas sonrosadas, la arrojó con desdén por el daño que ocasionaba a su celestial belleza.

V. 519. *Tecmessa.*—La cautiva de Ayax, hija de Telentas, rey de Frigia, cuyo territorio devastaron los griegos.

V. 527. *Vite regendos.* — Los centuriones empuñaban como signo de autoridad un recio sarmiento, que sacudían sobre las espaldas de los soldados, si trabajaban remisos en los campamentos o no obedecían con presteza las órdenes recibidas.

V. 536. *Nomen habet Nemesis.* — Como no le era posible llenar de oro las manos de su amiga, insiste en el valor de los dones poéticos que dieron a Némesis, Lesbia y Cintia la fama en vida y después la inmortalidad.

V. 550. *Sedibus aetheriis.* — Los cantos de los sublimes vates supónense inspirados por un numen divino que les dicta desde el cielo estrofas arrebatadoras, y es innegable que la excitación y calor del alma en presencia de lo bello, heroico y grandioso tiene no poca similitud con la de un iluminado que da excelsa forma a sus ideas y sentimientos, como si surgiesen de un cerebro

sobrenatural que llega hasta la eterna fuente de la belleza y la sabiduría.

V. 564. *Non bene cum sociis regna Venusque manent.*— En cuestiones de amor y autoridad es antiguo el adagio de que *no hay amigo para amigo*, y ni los reyes renuncian voluntarios a su dominio absoluto, ni el que vive en posesión de una mujer adorada consiente en dividir con nadie los goces que saborea. El amor es tan exclusivista como el príncipe persuadido del derecho divino que le asiste para gobernar su pueblo sin cortapisas que contengan las extralimitaciones del poder.

V. 613. *Nupta virum timeat.* — Las leyes autorizaban al marido a poner un guardián que vigilara los pasos de su consorte, y la suspicacia de los celos extendió la jurisdicción a las amigas, a quienes el poeta se dirige para cegar los ojos del Argos que velaba a todas horas por su conducta.

V. 627. *Fallitque oculos.*— La estratagema de escribir simuladamente, de modo que no acierte a descifrar lo escrito más que la persona que esté en el secreto, por lo que se deduce de aquí, es bastante antigua, aunque no llegase a la perfección que alcanza en la actualidad, que ha multiplicado las tintas simpáticas al compás de los descubrimientos químicos.

V. 672. *Lemniasi gladios.* — Las mujeres de Lemnos degollaron una noche a todos los varones, sin exceptuar a los propios maridos, hazaña que Estacio refiere en el libro quinto de *La Tebaida* por boca de Ipsitila, reina de la isla.

V. 686. *Procris.* — La tragedia de Procris la hemos narrado en nota anterior.

V. 725. *Cyllenia proles.* — Céfalo, así llamado por ser hijo de Mercurio, que vió la luz en el monte Cileno, de Arcadia.

V. 769. *Ulteriora pudet docuisse.* — No se avergonzó, pero debía haberse avergonzado, rechazando las instancias de Venus, que lo conducían por camino tan escabroso, sin añadir leña al fuego ni manchar las páginas, harto atrevidas, de su poema con una conclusión tan cínica y escandalosa.

FIN DE «EL ARTE DE AMAR»

EL REMEDIO DEL AMOR

Habiendo leído el Amor el título de esta obra, dijo: «Es la guerra, lo veo, es la guerra con lo que se me amenaza.» ¡Oh Cupido!, no achaques semejante maldad al poeta que, sumiso a tus órdenes, enarboló en cien ocasiones el estandarte que le habías confiado. Yo no soy aquel Diomedes, cuya lanza hirió a tu madre, cuando los caballos de Marte la arrebataban a las etéreas regiones. Otros jóvenes no se abrasan a todas horas en tu fuego; mas yo amé siempre, y si me preguntas mi actual ocupación, te diré que es la de amar. Hay más: enseñé el arte de obtener tus mercedes y sometí al dictado de la razón lo que antes fué un ímpetu ciego. No te soy desleal, amado niño; no desautorizo mis lecciones, ni mi nueva Musa destruye su antigua labor.

El amante recompensado, ebrio de felicidad, gócese y aproveche el viento favorable a su navegación; mas el que soporta a regañadientes el imperio de una indigna mujer, busque la salud acogiéndose a las reglas que prescribo. ¿Por qué algún amador se echa un lazo al cuello y suspende de alta viga la triste carga de su cuerpo, o ensangrienta sus entrañas con el

hierro homicida? Tú deseas la paz y miras las muertes con horror. El que ha de perecer víctima de pasión contrariada, si no se sobrepone a ella, cese de amar, y así no habrás ocasionado a nadie la perdición. Eres un niño, y nada te sienta tan bien como los juegos; juega, pues, ya que las diversiones son propias de tus años. Podrías lanzarte a la guerra armado de agudas flechas, pero tus armas jamás se tiñen en la sangre del vencido. Marte, tu padre, pelee con la espada o la aguda lanza, y vuelva del combate vencedor y ensangrentado con la atroz carnicería. Tú cultivas las artes poco peligrosas de Venus, por cuyos dardos ninguna madre quedó huérfana de su hijo. Haz que caiga hecha pedazos una puerta al rigor de las contiendas nocturnas, y que otra se adorne con multitud de guirnaldas. Encubre las citas secretas de los mozos y sus tímidas amantes, y permite que con cualquier estratagema burlen a un marido receloso. Que el enamorado dirija ya tiernas súplicas, ya violentas imprecaciones, y cante, si se le niega la entrada, en tono quejumbroso. Te bastan las lágrimas que obligas a verter, sin que te reprochen ninguna muerte, y tu antorcha no merece alumbrar el horror de la pira. Así dije, el Amor batió sus alas cuajadas de oro y piedras preciosas, y respondióme: «Termina la obra comenzada.»

Acudid a mis lecciones, jóvenes burlados que encontrasteis en el amor tristísimos desencantos. Yo os enseñaré a sanar de vuestras dolencias, como os enseñé a amar, y la misma mano que os causó la herida os dará la salud. La misma tierra alimenta hierbas

saludables y nocivas, y a menudo la ortiga crece junto a la rosa. La lanza de Aquiles sanó la herida que ella misma infirió al hijo de Hércules. Cuanto advierto a los mancebos, creed que lo digo también a las muchachas; doy armas a las dos partes contrarias.

Si entre mis preceptos se desliza alguno que no convenga a vuestro modo de ser, a lo menos os servirá de provechoso ejemplo. El fin que me propongo es de suma utilidad: extinguir las llamas crueles y libertar los corazones que gimen en vergonzosa esclavitud. Filis hubiese vivido a ser yo su maestro, y si descendió nueve veces a orillas del mar, hubiera vuelto otras tantas, o más todavía; Dido, a punto de morir, no habría visto desde la alto de su palacio cómo la flota de los troyanos daba las velas al viento, ni la desesperación hubiese armado contra el fruto de sus entrañas a la madre cruel que se vengó de su esposo en la sangre de los comunes hijos. Gracias a mi arte, Tereo, tan apasionado por Filomena, no habría por su crimen merecido convertirse en ave. Sea mi alumna Pasífae, y dejará de amar al toro; séalo Fedra, y ahogará su pasión incestuosa. Entrégame a Paris, y Menelao será dueño de Helena, y Pérgamo no caerá vencida por la hueste de los Dánaos. Si la infame Escila alcanzase a leer mis libros, ¡oh Niso!, no despojará tu cabeza de los cabellos de púrpura que la ornaban. Mortales, oíd mis advertencias; siendo yo el piloto, la barca llegará incólume al puerto. Debisteis leer a Nasón cuando comenzasteis a amar, y al mismo Nasón debéis leer ahora. Como defensor público, quiero libertar al que gime en la esclavitud; cada cual

secunde los esfuerzos que hago por su salvación. ¡Oh Febo, inventor de la Poesía y la Medicina!, yo te invoco al principio de mi empresa; ciñe mis sienes de laureles, ven y socorre al que escribe como poeta y como médico, pues las dos artes están bajo tu divina tutela.

Si te arrepientes cuando aún no has entregado del todo tu corazón, entonces será el momento de detener los primeros pasos; destruye los gérmenes recientes de la súbita enfermedad, y que desde el principio de la carrera tu caballo se resista a pasar adelante. Todo cobra fuerzas con el tiempo: el tiempo madura los racimos y convierte la hierba en altas espigas; el árbol que ofrece a los paseantes opaca sombra, al tiempo que se plantó fué una débil vara que podía arrancarse de la tierra con las manos; ahora ha cobrado fuerzas y resiste con sus vigorosas raíces. Que un examen rápido y certero te dé a conocer el objeto de tu predilección, si quieres sacudir el yugo que se apresta a cargar sobre tu cuello. Rebélate desde el primer instante; la medicina no surte efecto si el mal se agrava con la negligencia. Apresúrate y no difieras día tras día la curación; de no emprenderla hoy, mañana te será más difícil.

El Amor es fecundo en pretextos y encuentra su alimento en demorar las resoluciones; el día más próximo es el mejor para romper sus lazos. Verás pocos ríos caudalosos en la proximidad de sus fuentes, y muchos que engruesan con las aguas recogidas de cien arroyos. Si hubieras reflexionado sobre la enormidad de tu crimen, ¡oh Mirra!, no ocultaría tu rostro la vergüenza bajo la corteza de un árbol. Yo he visto

heridas fáciles de cicatrizar al principio, que llegaron a ser incurables por la dilación y el abandono. Nos gusta coger las flores de Venus y decimos de continuo: «Mañana aún será tiempo.» En el ínterin y a la callada el incendio nos quema la sangre y el árbol maléfico echa hondas raíces. Si pasa el momento de aplicar el remedio, y el amor ya antiguo señorea tu débil corazón, el caso ofrecerá enormes dificultades: con todo, no desahuciaré al enfermo porque me llame demasiado tarde.

El héroe hijo de Peán debió cortarse con enérgica mano la parte herida de su cuerpo; no obstante, se dice que sanó años después y con su valor puso término a la guerra de Troya. Yo que ha poco te aconsejaba atacar presto la enfermedad naciente, ahora más reposado te brindo remedios tardíos. Intenta, si puedes, extinguir el incendio al producirse las llamas o así que, cansado, disminuya su propia violencia. Cuando veas un hombre que enloquece de furor, deja pasar su arrebato, difícil de contenerse en el primer ímpetu de la cólera. Es un temerario el que, pudiendo descender en línea oblicua, se empeña en nadar contra la bravía corriente. El ánimo impetuoso y rebelde a los preceptos del arte rechaza y mira con odio a su mejor consejero: sólo será fácil curarle cuando se deje tocar las heridas y se disponga a oír las voces de la razón.

¿Quién que no esté demente impedirá a la madre llorar en los funerales de su hijo? No son propias tales circunstancias para inculcarle resignación. Después que vierta abundantes lágrimas y alivie el corazón

atribulado, será el momento de moderar su dolor con persuasivas palabras. La medicina es el arte de aprovechar el tiempo: el vino que se receta a su debido tiempo es saludable, y dañoso si se pierde la oportunidad. Si no combates los defectos en la ocasión propicia, sólo conseguirás irritarlos y encenderlos mucho más. Apenas te sientas necesitado de los recursos de mi arte, escucha mis consejos, rehuye la ociosidad que favorece al amor, lo sustenta una vez nacido y es la causa y el alimento de mal tan delicioso. Si vences la ociosidad romperás el arco de Cupido, y blanco de tu desprecio, caerán por el suelo sus antorchas apagadas. Como el plátano ama las vides, el álamo las aguas y las cañas del pantano las tierras cenagosas, así Venus se complace en la ociosidad. ¿Quieres ahuyentar al amor? El amor odia al trabajo; ocupa las horas, y tu salud quedará asegurada. La indolencia y el sueño no interrumpido durante largas horas, el juego de los dados y el exceso en el beber que trastorna la cabeza, sin producir hondas llagas, quebrantan las energías del ánimo, que falto de prevención se rinde a las asechanzas amorosas. Cupido es el compañero de los holgazanes y odia a los que trabajan. Da a tu ociosidad cualquier ocupación que la entretenga; dedícate al foro, a las leyes o a defender a los amigos; frecuenta los sitios en que los candidatos se disputan las dignidades urbanas, o vuela a conquistar los laureles del sanguinario Marte, que tanto honran a la juventud, y la voluptuosidad te volverá pronto las espaldas. Ahí tienes al partho que pelea huyendo, nueva ocasión de magníficos triunfos, que

ya ve las armas de César resplandecer en sus propios campos. Vence simultáneamente las saetas de Cupido y las de los parthos, y ofrece a los dioses tutelares de la patria un doble trofeo. No bien fué herida Venus por la lanza del rey de Etolia, ordenó a su amador que se encargase de los cuidados de la guerra. Me preguntáis ¿por qué Egisto incurrió en el adulterio? La razón se adivina pronto: estaba ocioso, mientras los demás príncipes peleaban en guerra interminable frente a las murallas de Ilión, adonde la Grecia había transportado todas sus fuerzas. Si hubiese querido lanzarse a los peligros de la guerra, no tenía con quién sostenerla; si dedicarse al foro, en Argos se desconocían los procesos. Hizo lo que pudo a fin de entretener el tiempo, y se dedicó al amor. Así se apodera de nosotros Cupido y así reina en los corazones.

Los campos y sus diferentes cultivos producen sumo deleite al ánimo, y las cuitas más graves ceden a tales ocupaciones. Doma los toros, oblígalos a doblar el cuello bajo la carga del arado, y con la aguda reja hiende el suelo endurecido; deposita en los abiertos surcos las semillas de Ceres, que el campo te pagará un día con usura; observa las ramas encorvadas con el peso de los frutos, tanto que apenas el árbol resiste las copiosas riquezas que ha producido; mira los arroyos cuál se deslizan con suave murmullo, y el rebaño de las ovejas que pace la fértil grama. Allí las cabras trepan por los montes, escalan las agudas rocas y presto ofrecerán las ubres llenas de leche a los cabritos; aquí el pastor modula sus cantos con la

flauta de cañas desiguales, y cerca descansan sus fieles compañeros, los perros guardianes del rebaño. Más lejos, en las profundas selvas, óyense los mugidos de la vaca que llama al becerro extraviado. ¿Qué decir de las abejas dispersas por el humo del tejo, cuando les castran la miel de las rebosantes colmenas? El otoño nos regala sus frutos, el estío se engalana con las mieses, la primavera se ciñe de flores y el fuego del hogar nos defiende del invierno. Todos los años en época fija el vendimiador coge los maduros racimos, que se convierten en mosto bajo sus desnudos pies; en época señalada el gañán corta las hierbas, recoge los haces y con los dientes del rastrillo limpia de broza la pradera que segó. Tú mismo puedes sembrar las plantas en el húmedo huerto y conducir allí las aguas tranquilas del arroyo. ¿Ha llegado la sazón de injertar? Haz que la rama adopte otra distinta y el árbol se vista de hojas que no son suyas. Así que estos placeres embargan la atención, el amor pierde su violencia y huye con débiles alas.

Si no, dedícate a la caza. En mil ocasiones se entregó Venus a vergonzosa fuga, vencida por la hermana de Febo. Ahora persigas la tímida liebre con el perro de sutil olfato, ahora tiendas las redes en la maleza de los bosques, y espantes al ágil ciervo con tus estratagemas, y veas caer al jabalí herido por tus dardos, sin acordarte de las bellas, te entregarás por la noche al sueño que alivia las fatigas y darás a tus miembros un saludable descanso.

Es ocupación más tranquila, pero muy entretenida, la de perseguir a los pájaros, caza de poca entidad,

ya con las redes, ya con la liga, ó la de ocultar bajo el cebo el corvo anzuelo, que por su daño se clava en la boca del ávido pez. Con estos u otros medios debes engañar las horas, hasta que rompas los lazos que te oprimen. Sobre todo huye, por fuertes que sean los vínculos que te encadenan, huye lejos y emprende viajes de larga duración. Llorarás al solo recuerdo de la amiga que abandonas, y tus pasos se detendrán a menudo en la mitad del camino; pero cuanto más esfuerzo te cueste la separación, ponlo mayor en realizarla; insiste, y que tus pies rebeldes prosigan adelante. No temas las lluvias, ni la fiesta extranjera del sábado, o el funesto aniversario de la batalla de Allia; no inquieras las millas que has recorrido, sino las que te faltan por recorrer, ni busques pretextos que te detengan en un lugar próximo; no cuentes los días, no vuelvas con frecuencia las miradas hacia Roma, huye sin descanso: gracias a la fuga, el partho vive aún seguro de sus enemigos. Alguien calificará de duros mis preceptos, y confieso que lo son; ¿mas a qué remedios dolorosos no nos sometemos por recobrar la salud? Enfermo bebí muchas veces pociones amargas que me repugnaban, y con ganas de comer se me negaban los alimentos que pedía. Por sanar tu cuerpo resistirás el hierro y el fuego, o muerto de sed, no darás a tus secos labios una gota de agua; ¿y no tolerarás por salvar tu alma la dureza del remedio? Esta parte de nuestro ser tiene valor más crecido que la corporal. El principio de mi arte exige grandes sacrificios, mas sólo cuesta trabajo vencer los primeros momentos. Observa cómo el yugo oprime al toro que

lo sufre por vez primera, y cómo duele al potro volador la silla que nunca aguantó. Acaso dejas con pena el hogar paterno; sin embargo lo dejarás, deseando en seguida volver a pisarlo; y no te llaman los Lares de tu abuelos, sino el afecto hacia tu amiga que encubre su flaqueza con pomposas palabras. Así que hayas partido, el campo, los compañeros de viaje y las sorpresas del camino proporcionarán mil solaces a tus cuitas. No pienses que basta huir; prolonga la ausencia hasta que el fuego pierda toda su fuerza y no se oculte una brasa bajo las cenizas. Si te apresuras a volver antes de la completa curación, el amor rebelde probará de nuevo en tu pecho sus armas crueles, y en vez de aprovecharte la ausencia, te sentirás más febril, más ardoroso, y con tu alejamiento habrás agravado los males que padeces.

Deja a otros la creencia de que son útiles las hierbas nocivas de Hemonia y los secretos de la magia: el recurso de los maleficios está de puro antiguo desacreditado. Mi inspiración en versos religiosos te brinda remedios inocentes. Por consejo mío no se evocarán las sombras del sepulcro, ni una vieja hechicera con sus infames cantos conseguirá que la tierra se entreabra, ni traspasará de unos campos a otros las doradas mieses, ni hará palidecer súbitamente el disco del sol. Como de costumbre, el Tíber correrá a sepultarse en las olas del Océano y la luna proseguirá su curso arrastrada por blancos corceles. Ningún pecho calmará sus zozobras con los encantamientos y el Amor no se dará a la fuga por la pestilencia del azufre encendido. Princesa de Colcos,

¿de qué te sirvieron las plantas cogidas en la ribera del Fasis, cuando querías permanecer en la mansión de tus padres? ¿Qué te aprovecharon, Circe, las hierbas de Persa, al impulsar un viento bonancible las naves de Ítaca? Echaste mano de cien ardides para impedir la marcha del astuto huésped, mas no por eso dejó de huir a toda vela con la mayor seguridad. Nada perdonaste para matar el fuego que te abrasaba, pero el amor reinó largo tiempo en el alma que pretendía rechazarlo. Pudiste mudar a los hombres en mil formas diferentes, no substraerte a las leyes que dominaban tu corazón. Cuando ya se disponía a partir el rey de Ítaca, dícese que pretendiste detenerle con tales razones: «No te suplico ahora lo que antes, bien lo recuerdo; sostenía mi esperanza, que quieras ser mi consorte, y eso que me imaginaba digna de llamarme tuya, por ser una diosa y la hija del potente Febo; sólo te ruego que no apresures la partida, como merced te pido la dilación; ¿qué menos pueden demandarse mis votos? ¿Ves el mar alborotado? Teme su furia; dentro de poco el viento soplará más favorable a tus velas. ¿Qué causa te mueve a la fuga? Aquí no resurge una segunda Troya, ni un nuevo Reso llama al combate a sus compañeros. Aquí reinan el amor y la paz; ¡ay!, yo sola sufro crueles heridas y toda la tierra se someterá gustosa a tu dominio.» Así habló; pero Ulises levó las áncoras y el viento que impelía las naves desvanece las inútiles quejas de Circe, que recurre a los medios acostumtumbrados sin atenuar la violencia de su pasión. Por consiguiente, tú que solicitas de mi arte el alivio de

tus males, no tengas confianza en los sortilegios ni en los cantos mágicos.

Si un motivo poderoso te obliga a permanecer en Roma, oye la conducta que en ella te aconsejo seguir. Alma grande la de aquel que rompió las cadenas que le sujetaban, perdiendo el sentimiento del dolor. Si alguien revela tan supremo esfuerzo, yo me declaro su admirador, y digo que no necesita mis consejos; mas tú que no aciertas a separarte del ídolo amado, tú que quieres ser libre y no puedes, habrás de recibir mis lecciones. Ten presentes a todas horas las infidelidades de tu aviesa amiga, y no borres de tu memoria las pérdidas que te ocasiona. «Ella me ha quitado esto y lo otro, y no contenta de tales rapiñas, me ha forzado su avaricia a vender en almoneda la casa de mis padres. ¡Qué juramentos me hizo la pérfida y cuántas veces los violó, y cuántas permitió que yaciese tendido en su puerta! Ella ama a otro, le fastidian mis agasajos, y un mercachifle goza las noches que me son debidas.» Padezcan todos tus sentidos al recuerdo de las injurias siempre vivas, que han de desarrollar los gérmenes del odio, y pluguiese al cielo que estuvieras elocuente al reprocharle sus maldades; pero no, quéjate sólo, y la elocuencia sin pretensiones acudirá a tus labios. En otro tiempo llegó a ser objeto de mi solicitud una joven cuyo carácter no se avenía con mi modo de ser; como Podalirio, curaba mi enfermedad con mis propios remedios, y, lo confieso, el médico anduvo bastante torpe en la curación del enfermo. Sólo me aprovechó reflexionar día tras día sobre los defectos

de mi amiga, y continuando en el mismo tema logré recuperar la salud. «¡Qué mal formadas tiene mi amiga las piernas!», exclamaba, y, a decir verdad, no eran tan despreciables. «¡Cuán poco hermosos sus brazos!», y realmente eran hermosísimos. «¡Qué corta de talle!», y no había tal. «¡Qué impertinente en sus continuas peticiones!», y esta fué la principal causa de mi odio. Los males se tocan con los bienes y, víctimas del error, convertimos a veces las virtudes en gravísimos defectos.

Cuanto puedas, mira desde el punto de vista más desfavorable las dotes de tu amada, y que turbe tu buen juicio la línea que separa el mal del bien. Llámala rechoncha si está llena de carnes; si es morena, califícala de negra, y puedes notar de flaca a la que alardea de su esbeltez; si no te ofenden sus toscas maneras, tenla por desvergonzada, y si aparece modesta, despréciala por insípida. Más todavía: exhórtala con frases persuasivas a lucir las habilidades que menos posea. Si carece de voz, exígele que cante, o que baile, si no sabe mover los brazos; enrédate con ella en larga conversación, si habla como un ganapán; pídele que taña la lira, si ignora pulsar sus cuerdas; si anda sin garbo, invítala a moverse, y si sus glándulas excesivamente voluminosas le cubren el pecho, quítale la faja que te las disimula. ¿Tiene feos los dientes?; cuéntale historietas que la provoquen a risa. ¿Lagrimean sus ojos?; háblale de cosas que la hagan llorar. Darás un golpe decisivo si corres por la mañana a su casa y la sorprendes antes de preparar su tocado. Los adornos nos seducen;

con el oro y las piedras preciosas se ocultan las macas, y la joven viene a ser una mínima parte de su propia persona. Entre tantos perifollos, apenas adviertes lo que de veras hayas de admirar. El amor se vale de la riqueza como de una égida que fascina nuestros ojos. Preséntate de improviso, sorpréndela desarmada, y la infeliz patentizará los defectos que le roben tu admiración. Mas no fíes demasiado en este aviso: la belleza cautiva a muchos con su aparente abandono y desprecio del arte. Tampoco impide el decoro que te presentes a la vista de tu amada en el momento de embadurnarse la cara con las drogas que al efecto preparó. Allí descubrirás sus frascos con mejunjes de mil colores, y verás fluir la grasa sobre su cálido seno. Aquellas drogas, ¡oh Fineo!, apestan como los manjares de tu mesa, y más de una vez han revuelto con las náuseas mi estómago. Ahora voy a indicarte lo que te será muy útil en el mismo instante del placer: para ahuyentar el amor precisa recurrir a todo. La vergüenza me prohibe descender a ciertas minuciosidades, pero tu agudeza suplirá lo que falte en mis palabras.

Días atrás se revolvía contra mis escritos un criticastro porque, a su juicio, mi Musa se pasaba de libertina; mas en tanto que agrade al lector y mi nombre recorra el Universo, me importa poco que éste y aquél digan pestes de mi obra. La envidia deprimió el ingenio del sublime Homero; seas quien seas, Zoilo, tienes el nombre de envidioso. Lenguas sacrílegas se ensañaron contra tus versos, ¡oh poeta, que condujiste a Italia los dioses vencidos de Troya!

La envidia persigue al que descuella, los vientos alborotan las alturas, y los rayos fulminantes de Jove hieren las cumbres elevadas. Tú, censor adusto, que te escandalizas de mi licencia, si tienes un adarme de sentido, aprende a juzgar las cosas en su justo valor. Las guerras heroicas piden el metro del cantor Meonio, que no se acomoda a la expansión de las delicias voluptuosas. El tono de la tragedia es robusto; a su fuerza conviene el elevado coturno; al zueco de la comedia sienta mejor un estilo llano. El yambo libre por demás, ora rápido, ora arrastrando el último pie, láncese como un dardo contra los enemigos; la blanda elegía cante los amores provistos de la aljaba, y como dulce amiga retoce a su capricho. La fama de Aquiles rechaza los versos de Calímaco, y Cidipe no merece los cantos de Homero. ¿Quién sufrirá que Tais represente el papel de Andrómaca? Pues lo mismo desatina el que da a Andrómaca el papel de Tais. Tais inspira mis cantos que rebosan libertad. Renuncio a la venda de las vestales; Tais es mi heroína. Si mi numen responde a la alegría del asunto, logré la victoria, y faltarán al acusador las pruebas de mi delito.

Revienta de despecho, mordaz envidia; ya he conquistado gran fama, y aun será mayor si continúo del modo que comencé. Te apresuras demasiado; como yo viva tendrás que dolerte en mil ocasiones, porque en mi cerebro bullen proyectos de otros muchos poemas. Amo la gloria, y el honor conquistado estimula mi genio. Nada más se fatiga mi corcel al comenzar la ascensión de la montaña. La elegía se

reconoce tan deudora a mis esfuerzos como la noble epopeya a los de Virgilio. Con esto respondemos a la envidia. Poeta, refrena tu corcel y gira en el círculo que te has trazado. Así que te inciten los placeres tan gratos a la juventud y se acerque el momento de la noche prometida, a fin de que no te dominen los transportes de la amiga que estrechas ardoroso en tus brazos, quiero que antes busques y tropieces una cualquiera que satisfaga tus anhelos de voluptuosidad. El placer que sigue inmediato a otro es menos intenso, y diferido tiene menos aliciente. Con el frío buscamos el sol; si éste nos quema, la sombra, y el agua deleita a la boca angustiada por la sed. Me sonroja, pero lo diré: en tus luchas pasionales, elige la postura que creas menos favorable a tu amiga. La cosa no es difícil; pocas se confiesan a sí mismas la verdad y reconocen lunar alguno en su belleza. Entonces, te lo ordeno, abres todas las ventanas y a plena luz contempla las máculas de su cuerpo. Mas así que hayas agotado el placer hasta las heces, y tu cuerpo y tu alma se derrenguen de lasitud, tanto que, lleno de hastío, quisieras no haber tocado jamás a ninguna mujer, y te prometas no tocarla en mucho tiempo, graba en tu memoria las macas físicas notadas, y no apartes un instante de ellas tu consideración. Tal vez alguien me objete, y no sin fundamento, que estos medios sirven de poco. Cierto; pero si aislados son ineficaces, ayudan mucho reunidos. La pequeña víbora mata con su mordedura al toro corpulento, y un perro de escaso poder contiene a veces la embestida del jabalí. Apro-

vecha, pues, la fuerza del número, reune las advertencias que te dirijo, y forma con todas un haz apretado. Mas como son tan distintos los caracteres y fisonomías de las personas, no todas se han de guiar por mis prevenciones. El hecho que no ofende a tu conciencia, a juicio de otro acaso constituye un delito. Éste sintió paralizarse su amor en mitad de la carrera, porque el cuerpo desnudo de su amiga dejó al descubierto las partes vergonzosas, aquél porque al incorporarse cansada de los deleites de Venus notó señales repulsivas en el inmundo lecho. Los que pudisteis mudar de conducta por tan leves motivos, jugabais con el fuego: tan débil era la llama que encendía vuestros pechos. Mas que el niño alado ponga bien tirante la cuerda de su arco; presto la turba de los heridos vendrá a pedir eficacísimos auxilios. ¿Qué diré del que se oculta y sorprende a su amada en el momento de hacer sus necesidades, y ve lo que la decencia siempre ha prohibido que se vea? No quieran los dioses que aconsejemos a nadie este atrevimiento; tales recursos, aunque provechosos, no deben ponerse en práctica; pero apruebo que tengáis al mismo tiempo dos queridas, y el que pueda aumentar el número aun se sentirá más fuerte. Cuando la inclinación se divide entre dos personas, la influencia de la una debilita el poder de la otra. Los ríos caudalosos menguan divididos en multitud de arroyos, y la llama se extingue quitándole la leña de que se alimenta. Una áncora no basta a sujetar las barnizadas naves, ni un solo anzuelo a quien pesca en las corrientes aguas. El que de antemano se preparó un

doble solaz, desde entonces aseguró su victoria sobre la fortaleza enemiga. Ya que te entregaste con tan poca cautela a una sola, busca al menos desde ahora su nueva rival. El infiel Minos, subyugado por Procris, tracionó a Pasífae, y la primera esposa vencida cedió el puesto a la segunda. El hermano de Anfíloco sepultó en el olvido a la hija de Fegea desde el momento que Calirroe le admitió en su lecho, y Enone hubiese dominado a Paris muchos años si no se lo arrebatara la concubina de Esparta. La hermosura de Procne habría satisfecho al tirano de Odrisia, a no palidecer ante la de su hermana, a quien retenía prisionera.

¿Mas a qué me detengo con tan innumerables ejemplos que producen fatiga? Siempre un nuevo amor acaba con el precedente. La madre de varios hijos soporta mejor la pérdida de uno de ellos que la que exclama llorosa: «Tú eras mi único consuelo.» No vayas a figurarte que te alecciono con nuevas máximas: ojalá me perteneciese la gloria de esta invención. El hijo de Atreo ya las conoció, ¿y cómo no creerlas lícitas el que disponía a su arbitrio de toda la Grecia? Vencedor del enemigo, cautivó y amó a la joven Criseida; pero su anciano padre alborotaba el campo a fuerza de lamentos. Viejo estólido, ¿por qué lloras así? Los dos amantes son felices, y con tu empeño por rescatarla, vas a perder a tu hija.

Calcas, seguro de la protección de Aquiles, pide que se restituya la cautiva, que por fin volvió a la casa paterna, y entonces exclama el hijo de Atreo: «Hay otra que compite con su beldad, y lleva el

mismo nombre variando la primer sílaba; exijo que Aquiles me la ceda de buen grado, poniéndose en lo justo; de lo contrario sentirá la fuerza de mi poder. Aqueos, si alguien de vosotros vitupera mi resolución, sabrá lo que vale el cetro empuñado por mi mano vigorosa; pues si siendo yo el rey no consigo que Briseida participe de mi lecho, habré de dar licencia a Tersites para que me suplante en el reino.» Así dijo, recibió a esta joven en compensación de la primera, y olvidó la antigua cuita en sus brazos amorosos; del mismo modo, imitando a Agamenón, abrásate en dos llamas a la vez, y que tu pecho se divida entre dos mujeres. ¿Dónde encontrarlas?, me preguntas. Anda, déjate guiar por mis reglas, y bien pronto tu nave se llenará de lindas jóvenes.

Si mis preceptos se estiman de algún valor, y Apolo por mi boca enseña algo que sea útil a los mortales, aunque te tuestes, desdichado, en el fuego del Etna, haz por aparecer en presencia de tu amada más frío que el hielo; simula hallarte sano aunque te aflija la dolencia, y ríe estrepitosamente cuando tengas motivos para llorar. No te ordeno romper los lazos que te sujetan en los críticos momentos de la exaltación desbordada, no soy capaz de imponerte leyes tan duras, sino que disfraces tus sentimientos, que afectes haber recuperado la tranquilidad, y lo que finjas bien hoy, mañana será una verdad. Cien veces, por evitar la embriaguez, quise parecer dormido, y fingiendo dormir, acabé por rendirme al sueño; y me reí otras tantas del mancebo que se engañaba a sí mismo fingiéndose enamorado, y caía pre-

sa, cual torpe cazador, en sus propias redes. El amor se nos introduce en el alma por la costumbre, y por la costumbre llega a olvidarse. El que tenga brío y se imagine libre, acabará siéndolo realmente. Si tu prenda te dice que vayas a gozar la noche que te ha prometido, no faltes; si acudes y encuentras la puerta cerrada, llévalo en paciencia. No recurras a las súplicas o las amenazas, ni por eso vayas a tenderte desesperado en el frío umbral; y a la mañana siguiente no la recrimines por el engaño, ni le dejes ver las señales del dolor impresas en tu aspecto. Ya depondrá su altivez observando tu indiferencia, y éste será un beneficio que debas a mis lecciones. Procura, en fin, engañarte de veras hasta que logres verte libre del cautiverio. El potro rechaza con frecueacia los frenos que pretenden sujetarlo. Oculta la utilidad de tus designios, y vendrá a suceder lo que te propones. El pájaro se burla de las redes que se descubren demasiado. Por que no viva tan satisfecha que te abrume a fuerza de desprecios, muéstrate altivo con ella, y su arrogancia cederá a tu entereza. ¿Su puerta se halla por casualidad abierta?; pues, aunque te llame, pasa sin entrar. ¿Te concede una noche?; duda si podrás acudir en la que te indica. A poca paciencia que tengas, esto es fácil de soportar, y por ende te permito distraerte en los brazos de cualquier mujerzuela.

¿Quién osará tachar mis preceptos de excesivamente severos, cuando represento el papel de un hábil conciliador? Cuanto varían los caracteres humanos, tanto varían mis reglas, y a las mil especies de enfermedades acudo con mil distintos remedios. Hay

dolencias que apenas alcanza a curar el rigor del hierro, y otras que se aplacan con los jugos de ciertas hierbas saludables. Si eres débil, y no tienes resolución para huir y librarte de tus cadenas, y el Amor, cruel, oprime tu cerviz con su planta, cesa de luchar, deja que los vientos impulsen tus velas, y sigue, ayudado del remo, la dirección que te imponen las olas. Necesitas templar la sed ardiente que te devora, lo reconozco, y te permito calmarla en medio del río; pero bebe mucho más de lo que reclama tu ansiedad, hasta que arrojes por la boca el agua que acabaste de sorber. Goza sin descanso de tu amada, sin que nadie te lo prohiba; dedícale tus noches y tus días; apura el placer hasta la saciedad, y ésta se encargará de la curación de tus males; permanece junto a ella aunque puedas vivir sin tenerla delante, y así que te hayas hartado de placeres, y los excesos te produzcan hastío, ya no te agradará pisar los umbrales de su casa aborrecida. El amor perdura largo tiempo alimentado por los celos; si quieres ahogarlo en tu pecho, ahoga la desconfianza. Toda la ciencia de Macaón sería impotente para sanar al que teme perder su querida o que un rival se la quite. La madre de dos hijos siempre sufre más por aquel que sirve en el ejército, cuya vuelta es tan insegura.

Junto a la puerta Colina álzase un templo venerable, al que dió su nombre el elevado monte Erix; allí reina el Olvido del Amor, que sana los corazones enfermos sumergiendo sus antorchas en las frías ondas del Leteo; y allí corren los jóvenes a pedirle el alivio de sus penas, y las doncellas locamente enamoradas

de un hombre insensible. Este numen me habló así (dudo si fué el verdadero Cupido o la ilusión de un sueño, pero me inclino a lo último): «¡Oh tú, que, solícito, ya enciendes, ya extingues las llamas de Venus, Ovidio!; añade a tus lecciones este precepto mío: represéntese cada cual el cuadro de sus males, y olvidará sus amoríos. El cielo los ha repartido a todos en cantidad más o menos considerable. Aquel que ha tomado dinero en préstamo, tema el puteal, tema a Jano y la pronta vuelta de las calendas. El que tenga un padre duro de condición, aunque todo le salga a medida del deseo, lleve siempre por delante la dureza de su progenitor. El otro que vive en la estrechez con una esposa sin dote, atribuya al matrimonio el principio de sus desdichas. Si posees en tu fértil heredad una viña de exquisitos racimos, concibe el temor de que éstos se sequen al nacer. El que espera su nave de arribada, represéntese la violencia del oleaje y el litoral cubierto con los restos del naufragio. Al uno llena de angustia el hijo que salió a campaña, al otro la suerte de su hija núbil; ¿y a quién no afligen mil causas de inquietud? ¡Oh Paris, cómo hubieses aborrecido a tu Helena reproduciéndote en la imaginación el desastroso fin de tus hermanos!» El dios hablaba todavía, cuando su imagen infantil se desvaneció con mi sueño, si en verdad aquello fué un sueño. ¿Qué hacer? Palinuro abandona el barco al furor de las ondas, y navega a la fuerza por rutas desconocidas. ¡Oh tú que amas, evita la soledad, siempre funesta! ¿Adónde huyes? Entre la turba estarás bien seguro. No tienes necesidad de aislarte;

el aislamiento agravaría tus zozobras, que hallarán grande alivio en las reuniones numerosas. Si permaneces solo, te dominará la tristeza, y la cara de tu prenda abandonada se ofrecerá a tu vista como si fuese su misma persona; la noche es más triste que la claridad del día, porque en ella le falta al desdichado el consuelo de los amigos que distraen las penas. No rehuyas la conversación, no cierres la puerta de tu casa, ni sepultes el atribulado semblante en las tinleblas; ten siempre cerca de ti un Pílades que consuele a Orestes; en tales casos la amistad es un bálsamo que cicatriza profundas llagas. La soledad de las selvas, ¿no puso el colmo a la desesperación de Filis? La verdadera causa de su muerte se explica por el abandono. Vagaba con los cabellos alborotados, como la turba de las Bacantes que suelen ir cada tres años a celebrar las orgías de Baco en el monte Edón, y ya tendía la vista a lo lejos por la inmensa llanura del mar, ya muerta de fatiga se desplomaba en la arenosa playa. «¡Pérfido Demofonte!», gritaba a las insensibles olas, y los sollozos interrumpían sus quejas lastimeras. Una estrecha senda, cubierta de opacas sombras, conducía hasta el litoral, y la desdichada lo recorre ya por la novena vez. «Sabrá mi resolución», dice, y cubierta de palidez, mira la faja que ciñe su pecho, mira las ramas de los árboles, vacila, condena el hecho que se apresta a realizar, tiembla y se lleva las manos al cuello. ¡Desgraciada Filis!, ojalá no te encontraras sola en aquel trance; los árboles de la selva, desnudándose de sus hojas, no habrían llorado tu suerte lamentable.

Joven que sientes los rigores de tu amiga, doncella que sufres los desvíos del mancebo, huid de la soledad, aleccionados por el ejemplo de Filis. Un mozo que obedeció fielmente los consejos de mi Musa, consiguió arribar a puerto de salvación; mas tropezando una turba de amantes fervorosos, vino a recaer, víctima de los dardos que Cupido llevaba ocultos. Si amas y quieres verte libre, evita la compañía de los enamorados: este contagio alcanza al hombre lo mismo que a los rebaños. Mientras los ojos contemplan las heridas ajenas, siéntense heridos a su vez, y al ponerse los cuerpos en contacto, se transmiten muchas dolencias. En un campo de áridas glebas suele suceder que mane el agua filtrada de próximo río; así resurge el amor que parecía extinguido, si no evitamos la compañía de los que aman; pues en este particular todos somos ingeniosos para engañarnos. Tal que por fin estaba sano, recayó por la vecindad de un enfermo; otro se sintió desfallecer a la presencia de la que fué su amiga; la cicatriz, mal curada, descubrió la antigua herida, y mis lecciones no le sirvieron de ningún provecho. Con dificultad te defenderás del incendio que destruye la casa vecina; te será, pues, conveniente no frecuentar los sitios donde pase tu amada. No acudas al pórtico en que ella suele distraerse, y evita tropezarla en las visitas que la educación te prescribe. ¿Qué sacarás de reanimar a su vista la llama casi apagada? Si puedes, trasládate a otro hemisferio. El estómago hambriento no es dueño de contenerse ante una mesa bien surtida, y el arroyo que salta

incita la congoja del sediento. Difícil empresa la de detener al toro que ve a la ternera, y el potro generoso relincha cuando divisa la yegua.

Aunque me obedezcas, no es bastante que abandones a tu dueño, si quieres pisar indemne la playa; exijo que te despidas de su madre, de su hermana, de la nodriza que le sirvió de confidente, y de cuantas personas tengan con ella la menor conexión. Teme que un siervo o una criada con fingidas lágrimas se te acerque suplicante a saludarte en nombre de su señora, y no le preguntes cómo se encuentra, por más que te interese el saberlo. Echa un candado a la lengua, y tu discreción alcanzará el debido premio. Tú, que pregonas los cien motivos que tuviste para romper definitivamente con ella, y las muchas razones que provocaron tus fundadas quejas, cesa en las lamentaciones, véngate mejor callando, y así llegarás a olvidarla sin sentimiento. Preferible es que calles a manifestar que la desprecias. El que confiesa a todos que no ama, ama todavía. Se extingue la llama con más seguridad poco a poco que pretendiendo ahogarla de súbito. Retírate con paso lento, y será cierta tu libertad. El torrente suele precipitarse con más violencia que el curso sosegado del río; mas la carrera del uno es breve, y la del otro incesante. Que tu pasión efímera se desvanezca como nube en los aires, y se aplaque por grados sin esfuerzo. Es un crimen aborrecer hoy a la que amabas ayer: tan rápidas mudanzas sólo convienen a caracteres violentos y atroces; basta que no te preocupes de ella: el que trueca el amor en odio, o ama o siente el fin de

sus males. Espectáculo torpe el de dos amantes ayer unidos tiernamente, que se aborrecen de pronto como dos irreconciliables enemigos. La misma Venus desaprueba semejantes querellas. Es cosa común acusar a la delincuente y quererla. Cuando el resentimiento desaparece, el amor, libre de lazos, se aleja con prontitud.

Serví un día de testigo a cierto joven cuya amiga acudió al juicio en litera, y sus palabras todas fulminaban contra ella horrendas amenazas. Ya se disponía a formalizar la querella, cuando dice: «Que salga de la litera.» Sale, y a la vista de su prenda, quédase mudo, los brazos se le caen y las tablillas se le escapan de las manos; corre a abrazarla, y exclama: «Has vencido.» Creo más seguro y conveniente separarse sin reñir que desde el tálamo pasar a los litigios forenses. Deja que se aproveche tranquila de los regalos que le hiciste; tan pequeño sacrificio te reportará bienes sinnúmero. Cuando la casualidad os reuna en el mismo sitio, no olvides emplear las armas que puse a tu disposición. Si el trance te obliga a pelear, lucha valerosamente; Pentesilea caerá al rigor de tus dardos. Piensa entonces en tu rival, en la puerta cerrada a tus pretensiones y los falsos juramentos en que puso por testigos a los dioses. No perfumes tu cabello porque vayas a visitarla; no te esmeres en componer los pliegues ondulantes de la toga, ni pongas tanto empeño en agradar a la que ya no te pertenece, y arréglate, en fin, de modo que ella no sea para ti más que una de tantas.

Voy a revelarte los obstáculos que se oponen prin-

cipalmente a nuestros designios, y que cada cual se instruya por la propia experiencia. Abandonamos tarde nuestras pretensiones, porque confiamos ser amados todavía. A todos nos embriaga el amor propio, y nos infunde una necia credulidad. No fíes en juramentos; ¿hay cosa más falsa?; los mismos dioses inmortales les niegan todo valor; ni te conmuevas por el llanto de las que enseñan a sus ojos a llorar con oportunidad. El albedrío de los amantes se ve combatido por mil estratagemas, como la piedrezuela de la playa resbala de aquí para allá, arrastrada por las ondas marinas. No declares qué motivos tienes para desear la ruptura, ni confieses la causa de los dolores que padeces en secreto; no le reproches sus deslealtades, porque te abrumará con sus razones; al revés, procura que su causa parezca mejor que la tuya: el que calla da pruebas de entereza, y el que llena de oprobios a su amada, le pide una contestación que le satisfaga. No me atrevo, imitando al rey de Ítaca, a sumergir en el río las furiosas saetas y las antorchas del Amor; no intento cortarle las alas de púrpura, ni aflojar las cuerdas de su arco divino con mis lecciones. Mis cantos se limitan a daros consejos; seguidlos, amantes. Tú, Febo, numen de la salud, como siempre lo has hecho, favorece mi empresa. Ya te veo, ya oigo sonar tu lira, y las flechas de tu aljaba; por estas señales reconozco al dios que me ayuda. Coteja con la púrpura de Tiro la lana teñida en la caldera de bronce de Amiclas, y ésta te parecerá más grosera; así vosotros comparad vuestras amigas con las más hermosas, y cada cual comenzará por

avergonzarse de la suya. Juno y Palas resplandecieron igualmente hermosas a la vista de Paris; mas comparadas con Venus, las dos quedaron vencidas. Y no sólo la compares por el cuerpo, sino también por su genio y habilidades, y, sobre todo, que la obcecación no ofusque tu entendimiento.

De poca entidad es lo que me queda por advertiros; sin embargo, fué útil a muchos, entre los cuales me cuento. No te entretengas en leer las misivas que guardes de tu dulce amiga: el temple más firme vacila con tan peligrosa lectura. Aun a tu pesar, entrégalas al fuego, y exclama: «Que este fuego devore mi ardor.» La hija de Testio abrasó con un tizón a su hijo ausente, ¿y tú vacilas en arrojar a las llamas esos pérfidos billetes? Si puedes, aparta de ti su imagen; ¿qué placer sacarás de una muda representación? Este delirio perdió a Laodamia. Asimismo te afligirá la vista de muchos sitios; huye de aquellos que por haber sido testigos de tus dichas, té produzcan impresiones dolorosas. «Aquí estuvo, aquí se acostó; éste es el tálamo en que dormimos, aquí me harté de placer durante larga noche.» Con las memorias se renueva el amor, se abre la cicatriz reciente, y los enfermos recaen a la menor imprudencia. Como si aplicas azufre al fuego casi extinguido, vuelve a tomar cuerpo, hasta producirse un gran incendio, del mismo modo, si no evitas lo que recrudece tu pasión, se convertirá en hoguera la llama que fué casi nada. Las naves de Argos hubiesen querido alejarse del promontorio de Cafarea y del faro que encendió Nauplio por vengar la muerte de su hijo; el cauto

marinero se regocija de haber pasado el estrecho de Escila; así tú huye de frecuentar los sitios que un día te fueron tan agradables; en ellos están tus Sirtes, tus rocas Acroceranias, y desde ellos vomita la implacable Caribdis las olas que acaba de tragar.

Hay otros remedios cuyo empleo no debe ordenarse a nadie, que son infalibles recursos si los aconseja el azar. Que Fedra pierda sus riquezas, y Neptuno salvará a su nieto, conteniendo al monstruo que espantó sus temerosos corceles. Reduce a Pasífae a la indigencia, y amará con más seso: las riquezas alientan el desenfreno de la lujuria. ¿Por qué ninguno sedujo a Hécale y ninguna a Iro? Porque éste era indigente y aquélla pobre. La pobreza no tiene con qué alimentar el amor; sin embargo, no es suficiente razón para que la desees. Más conveniente te será no asistir a las representaciones teatrales, mientras no hayas vencido del todo la dolencia que angustia tu pecho. Allí se enerva el ánimo a los acordes de la cítara, al son de la flauta y la lira, del canto y la danza con sus movimientos cadenciosos; allí se representan a diario ficticias pasiones, y el actor, con arte maravilloso, te enseña los peligros que has de precaver y los placeres que labran la felicidad.

Lo digo a mi pesar, no leáis a los poetas eróticos; autor desnaturalizado, me revuelvo contra mis propios escritos. Huye de Calímaco, que no es enemigo del amor, y del poeta de Cos, tan nocivo como el primero. Safo, en verdad, me inspiró gran ternura hacia mi amiga, y en el viejo de Teos no aprendí la mayor rigidez de costumbres. ¿Quién leerá sin pe-

ligro los versos de Tibulo, o los del vate dominado sólo por Cintia? ¿Quién puede permanecer indiferente después de la lectura de Galo? Hasta mis versos no sé qué tienen de sugestivos, y si Apolo que me los dicta no me engaña, siempre es un rival la causa primera de nuestros daños. No te imagines nunca que lo tienes, y cree que tu amada descansa sola en el lecho. Orestes amó con febril vehemencia a Hermíone desde el instante que ella aceptó la compañía de otro varón. ¿De qué te quejas, Menelao? Pasaste a Creta sin tu esposa, permaneciste allí largo tiempo privado de sus caricias, y así que Paris te la arrebató, juzgaste insoportable vivir un instante sin su compañía, y el amor de otro exacerbó el tuyo. Lo que más lloró Aquiles al perder a Briseida fué verla conducir al lecho del hijo de Plistenes; y creedme, no lloraba sin razón. El vástago de Atreo hizo con ella lo que forzosamente había de hacer, a menos de declarar su vergonzosa impotencia. Yo hubiera hecho otro tanto, porque no soy más sabio que él, y esto dió motivo a su funesta rivalidad con Aquiles. Cuando juraba por su cetro no haber tocado nunca a Briseida, seguramente no creía que su cetro fuese un dios.

Quiera el cielo que tengas el valor de pasar sin detenerte por el umbral de tu abandonada amiga; y los pies no desmientan tu resolución; lo tendrás, si lo quieres con firmeza; mas entonces es preciso que aceleres el paso, y claves las espuelas en los ijares del rápido corcel. Figúrate su casa como el antro de los Lotófagos o las Sirenas, y ayuda las velas con el empuje de los remos. Desearía también que cesases

de mirar como un enemigo al rival de quien antes te dolías con amargura; aunque el odio te embargue, salúdale afectuoso, y el día que puedas abrazarle estarás curado del todo.

Por último, cumpliendo las obligaciones de un médico advertido, os prescribiré los manjares de que habéis de absteneros y los que podéis tomar. Reputo nociva cualquiera planta bulbosa, provenga de Daunia, de la costa de Libia o de Megara; conviene no probar la raqueta estimulante y lo que predisponga el cuerpo a los deleites de Venus: más saludable te será la ruda, que enciende el brillo de los ojos, y lo que adormezca en tu sangre los impulsos de la sensualidad.

Me preguntas qué te prescribo con respecto al vino, y voy a darte la contestación antes de lo que esperas. El vino predispone el ánimo al placer, si no se apura con abundancia; mas la embriaguez entorpece nuestros ardientes deseos. Con el viento se aviva la llama, y con el viento se extingue; si es ligero la alimenta, si huracanado la destruye. O no te embriagues, o, si lo hicieres, sea tan grande la borrachera, que te libre de todos los cuidados: en tal alternativa, el justo medio es siempre dañoso.

He acabado mi obra: coronad de guirnaldas mi cansada nave; por fin llega al puerto adonde dirigía su rumbo. Hombres y mujeres, que sanasteis por la bondad de mis avisos, algún día daréis a vuestro poeta piadosas acciones de gracias.

FIN DE «EL REMEDIO DEL AMOR»

NOTAS

Verso 5. *Tydides.* — Diomedes, hijo de Tideo y Deipile, que ocupó a la muerte de Adrasto el trono de Argos, acudió a la guerra troyana con ochenta naves, conduciéndose en ella como uno de los campeones más intrépidos y resueltos, pues luchó contra Héctor y con los mismos dioses y diosas que favorecían la causa de Troya, hiriendo con la lanza a Venus, ultraje que ésta vengó más tarde arrojando en los brazos de un adúltero a su esposa Egiatea.

V. 55. *Vixisset Phylis.*—En nota anterior dijimos que Filis, locamente enamorada de Demofón, en cuanto perdió la esperanza de su regreso, se mató y quedó transformada en árbol.

V. 59. *Contra sua viscera.* — Juzgamos casi ocioso advertir que esta madre desnaturalizada es la que vengó la infidelidad de Jasón en la sangre de sus propios hijos, y huyó a través de los aires en un carro conducido por dragones alados.

V. 61. *Arte mea Tereus.* — En el libro sexto de *Las Metamorfosis* narra el autor la leyenda de Tereo, esposo de Procne y seductor de su cuñada Filomela; brutal hazaña que ocasionó la desgracia de toda la familia.

V. 63. *Da mihi Phasiphaen.* — La bestialidad de Pasífae y sus consecuencias se han anotado al tratar de *Los Amores.*

V. 73. *Publicus adsertor.* — El pretor que daba libertad a las esclavas con la varilla llamada *vindicta.*

V. 100. *Myrrha.* — Mirra, la hija de Ciniro, metamorfoseada en el árbol balsámico así llamado, por el incesto que cometió con su padre, la cual dió a Alfieri el argumento de una de sus mejores tragedias.

V. 111. *Paeantius heros.* — Filotectes, hijo de Peán y compañero de Hércules, aceptó de éste las flechas bañadas en la sangre de la Hidra de Lerna, el más funesto don que pudo recibir, pues habiéndosele caído una de ellas sobre el pie, le produjo herida de hedor tan insoportable, que los griegos le abandonaron en Lemnos.

V. 152. *Vade per... candida castra.*—Recomienda como distracción poderosa el acudir a las reuniones donde se presentaban a solicitar las magistraturas urbanas los candidatos revestidos de blancas togas, emblema de la pureza de sus intenciones, no siempre en consonancia con los actos ejecutados en el desempeño de los cargos populares que obtenían.

V. 156. *Caesaris arma.* — Octavio encomendó a Cayo, hijo de Agripa, la dirección de la guerra contra los parthos, que había de restaurar en el lejano Oriente el honor de las armas romanas, vengando la derrota de Craso.

V. 213. *Tu tantum, i.* — Vale la pena de no echar en saco roto el consejo. Ojos que no ven, corazón que no llora, reza el adagio, y nada rompe tan presto los lazos de Cupido como el huir lejos, muy lejos, del sitio de nuestro cautiverio.

V. 220. *Allia nota.* — En las inmediaciones del Allia, afluente del Tíber, los galos, con su caudillo Brenno, destrozaron el ejército romano, y siempre se tuvo por nefasto el aniversario de tan desastroso combate.

V. 249. *Haemoniae... terrae.* — La Tesalia, fértil en plantas venenosas.

V. 260. *Vivo sulfure.*—Alude a las purificaciones hechas con el azufre encendido, que se pasaba tres veces en torno de la cabeza.

V. 261. *Phasiacae... terrae.*—La región de Colcos, regada por el Fasis.

V. 263. *Perseides.*—Persa, hija del Océano, esposa del Sol y madre de Circe, Pasífae y Perseo.

V. 264. *Neritias rates.*—Las naves de Ulises, construídas con las maderas del monte Nerito en Ítaca.

V. 272. *Dulichium.*—Sobrenombre del mismo Ulises, como rey de la isla Duliquio.

V. 282. *Rhesus.*—El rey de Tracia muerto por Ulises y Diomedes al llegar en socorro de los troyanos.

V. 290. *Deme... fidem.*—Ovidio acredita discernimiento no vulgar rebelándose contra la creencia del poder de los encantos y maleficios.

V. 302. *Sub titulum.*—Así se llamaba el anuncio de la finca que se vendía en pública subasta.

V. 313. *Podalirius.*—El hijo de Esculapio, tan entendido como su padre en el conocimiento de las hierbas medicinales.

V. 355. *Phineu.*—Sobre el bárbaro y hediondo suplicio que los dioses impusieron a Fineo, ya hemos dicho lo bastante en nota anterior.

V. 366. *Zoile.*—Zoilo, natural de Anfípolis, en Tracia, según Vitrubio, se distinguió en la república de las letras por sus críticas acerbas contra Homero, pretendiendo convertir este nombre glorioso en objeto de befa e irrisión; y tan satisfecho estaba de sus abortos censorios, y tan oprimido a la vez por la miseria, que tuvo la audacia de presentarse a Ptolomeo y leerle tan desalmadas críticas, con la esperanza del premio que recompensara sus desvelos; pero el monarca de Alejandría, más atento al decoro real que a los ladridos de aquel mise-

rable, le contestó que sabiendo más que Homero, no necesitaba el favor de nadie, puesto que en su ingenio tenía la mina capaz de enriquecerle, y le despidió con enojo de su presencia. Acusado un día del crimen de parricidio, sufrió el suplicio de la cruz y pasó a la posteridad con el calificativo de Homeromastix, o azote de Homero.

V. 367. *Et tua... carmina.* — Tampoco faltaron a Virgilio detractores, y entre ellos se cuenta a Carvilio Picto, que escribió una sátira feroz contra *La Eneida,* sin que le detuviese la consideración de que el autor quiso entregarla al fuego por impedirle la muerte su corrección escrupulosa, y que a pesar de esta falta de lima, es el poema heroico sin rival de la literatura latina.

V. 372. *Maeonio... pede.* — El verso Meonio o el exámetro, propio del heroísmo.

V. 376. *Usibus e mediis.* — La vida ordinaria y su correspondiente lenguaje, que no se permite alzar el tono con el arrebato de las violentas pasiones ni la elevación de las empresas heroicas. Excusado creemos advertir que por el zueco se sobrentiende la comedia, y el coturno representa la tragedia.

V. 382. *Cydippe.* — Sobre la estratagema de Aconcio para obtener la mano de Cidipe, Calímaco escribió un poema erótico del que nos quedan escasos fragmentos esparcidos en las páginas de los gramáticos.

V. 383. *Andromaches.*—Los razonamientos de Andrómaca en *La Ilíada,* propios de la esposa verecunda y madre amantísima, no se parecen nada, ni deben parecerse, a los de la cortesana Tais, que con sus astucias burlaba la sagacidad de los siervos más bellacos y trapalones.

V. 396. *Quantum Virgilio.* — La comparación adolece de inmodesta, y poco exacta además. Virgilio no admite

competidor en la epopeya y la didáctica; Ovidio, sin menoscabo de su gloria, vese forzado a compartirla con elegíacos como Tibulo, Galo y Propercio.

V. 453. *Minos.* — Hijo de Licasto, rey y legislador de Creta y esposo de Pasífae, tuvo relaciones con Procris, fugada de su tierra por temor a la venganza de Céfalo.

V. 455. *Amphilochi frater.* —Alcmeón el parricida huyó a Fegea, dominio de Psopis, quien después de purificarlo, le dió en matrimonio a su hija Arsinoe; pero la nueva tierra le rechazaba por su crimen; tuvo que huir; llegó a las márgenes del Aqueloo, y el dios de este río le entregó en segundas nupcias a Calirroe.

V. 457. *Oenone.* — La esposa de Paris antes de cometer el rapto de Helena, a quien llama Ebalia, de Ebalio, uno de los primeros reyes de Laconia.

V. 459. *Odrysio.* — Tereo dominaba la región de Tracia denominada Odrisia.

V. 467. *Atrides.* — El hijo de Atreo, Agamenón.

V. 482. *Thersites.* — El campeón más flojo, charlatán y risible de la hueste aquea.

V. 546. *Machaonia.* — Macaón, hijo de Esculapio y médico celebérrimo.

V. 549. *Est prope Collinam.* — Cerca de la puerta Colina y próximo al Quirinal alzábase el templo de Venus Ericina, así llamada por recibir especial culto en el famosísimo monte Erix, de Sicilia.

V. 561. *Qui puteal Janumque.* — El Puteal, del pozo en cuya proximidad administraban los pretores justicia; los usureros y negociantes se reunían en la plaza vecina del templo de Jano, lugares ambos poco gratos a los que estrechaba con la ley en la mano un acreedor implacable.

V. 577. *Palinurus.* —Piloto de la nave de Eneas, que cayó al mar y encontró la muerte en el promontorio de

Lucania, desde entonces conocido por el nombre de este desdichado marinero.

V. 593. *Adomio... Baccho.* — Epíteto de Baco por el monte Edón, de la Tracia, donde fué en extremo reverenciado; sus orgías se celebraban con estruendo y algazara cada tres años, *trieterica,* en memoria de la expedición a la India.

V. 660. *Appias.* — Sobrenombre con que se conocía a Venus Genitrix, por su templo cercano a la fuente Appia.

V. 676. *Penthesilea.* — Toma a la reina de las Amazonas por la joven contra la cual se revuelve el amante, como Aquiles contra Pentesilea, para caer rendido en presencia de su soberana hermosura.

V. 707. *Amyclaeis.* — Amiclas, ciudad del Peloponeso, a las márgenes del Eurotas, cuyos tintes de púrpura no resistían el parangón con los de Tiro.

V. 735. *Caphárea.* — Las rocas de Cafarea, al pie de un promontorio de la isla Eubea, ofrecían escollos difíciles a la navegación. Nauplio, ansioso de vengar la muerte de su hijo Palamedes, encendía por las noches un faro en sitio tan peligroso con el propósito de atraer las naves de los griegos para que se estrellasen miserablemente, como lo consiguió, realizando tan siniestra venganza.

V. 739. *Syrtes... Acrocerania.* — Las Sirtes, dos golfos del Norte de África, el uno mayor que el otro, y los dos igualmente peligrosos. Los montes Acroceranios, en el Epiro, y cuyas estribaciones baña el Adriático, recibieron tal nombre por la frecuencia con que azotaban sus cimas las descargas del rayo.

V. 740. *Charybdis.* — A este pavoroso escollo del estrecho de Mesina le dió nombre una mujer glotona que robó los toros de Hércules y sucumbió a los rayos de

Jove, cayendo precipitada en el mar, donde obedece a su natural famélico, tragándose y vomitando las naves que se ponen a sus alcances.

V. 747. *Hecalen... Iron.* — Hecale, una vieja pobrísima, en cuya casa halló Teseo hospitalidad. Iro, el mendigo que se atrevió a luchar con Ulises, antes de que se diera a conocer como el rey de Ítaca, tantos años ausente de su tierra.

V. 760. *Coe.* — El poeta de Cos, Filetas.

V. 762. *Teia Musa.*—Las canciones de Anacreonte.

V. 778. *Plisthenio.* — Agamenón, hijo de Plistenes, quien al morir lo recomendó, junto con Menelao, a su hermano Atreo, que educó a los dos sobrinos con solícito celo.

V. 789. *Lotophagos.* — Este pueblo que habitaba las islas Zerbi, al Norte de África, se alimentaba con el fruto del loto, de sabor tan delicioso que, según Homero, los que una vez lo comían se olvidaban al momento de la patria, como aconteció a los compañeros de Ulises.

V. 797. *Daunius... bulbus.* - La Daunia de Apulia, una de las regiones de Italia que producían en abundancia las plantas bulbosas.

FIN DE «EL REMEDIO DEL AMOR»

LOS COSMÉTICOS

Aprended, lindas jóvenes, los solícitos cuidados que reclama un rostro seductor, y los medios que contribuyen a conservar su belleza. El cultivo fuerza al suelo estéril a producir los dones de Ceres, destruyendo las malezas dañosas; el cultivo endulza el áspero sabor de los frutos, y el árbol adopta los jugos que le transmiten las yemas injertadas. El arte lo hermosea todo. Los soberbios artesones deslumbran con el oro, y la tierra desaparece bajo los árboles que la abruman; la púrpura de Tiro tiñe la lana con frecuentes inmersiones en la caldera de bronce, y la India nos ofrece el marfil que, cortado, sirve a la fabricación de caprichosos objetos. Tal vez las antiguas Sabinas, en la época del rey Tacio, preferían trabajar los campos de sus padres, a cuidarse de sí mismas; cuando la matrona de cara encendida oprimía el alto asiento, hilaba sin cesar los vellones con los dedos, metía en el redil los corderos apacentados por su hija, y echaba al fuego las ramas y la leña partida; pero vuestras madres dieron a luz jovencitas muy tiernas, gozáis en adornaros el cuerpo con trajes recamados de oro, os deleita variar el artificio del cabello perfumado, queréis que vuestras manos des-

lumbren con la profusión de piedras preciosas, y rodeáis el cuello con las sartas de piedras que el Oriente nos envía, tan gruesas que gracias si las orejas pueden soportarlas.

No seríamos justos reprobando tan nimia solicitud por agradar, ya que los hombres del día lo gastan en acicalarse; siguen los maridos los usos femeniles, y sus esposas apenas tienen que añadir nada al lujo del tocador. En resumen: cada cual se atavíe como mejor le plazca, no importa el modo de seducir, a nadie disgusta el aseo elegante. Las que habitan en la soledad de los campos, peinan con gracia sus cabellos, y si las alturas del Athos las robasen a todas las miradas, el Athos las vería compuestas y airosas. Experimentan cierta satisfacción en agradarse a sí mismas, y en el alma de toda virgen se anida el afán de sorprender con su hermosura.

Al oír las alabanzas del hombre, el pavón de Juno despliega las plumas de la cola, y bien que mudo, se enorgullece de sus tesoros. Así nos abrasa el amor con más intensidad, que con las hierbas mágicas que elabora la mano temible de una hechicera. No deis crédito a las plantas ni a los filtros de ellas extraídos, ni recurráis al nocivo Hipomanes de una yegua en celo. No se parten las culebras por mitad con los ensalmos de los Marsos, ni las aguas del riachuelo vuelven atrás hacia su fuente, y aunque alguien haga resonar los bronces de Temesa, no conseguirá que la luna descienda de su carro. Doncellas, poned el mayor empeño en la dulzura de las costumbres; un bello carácter presta mil atractivos al rostro. El amor

fundado en las prendas morales, es siempre firme; la edad menoscaba la belleza, y las arrugas surcan al fin la cara que tanto sedujo. Llegará el día en que os arrepintáis de haberos contemplado al espejo, y el dolor grabará nuevas arrugas en vuestras frentes. La virtud fortalece y perdura hasta el fin de la existencia, soporta en calma los años y mantiene la constancia del amor.

Ea, ven y aprende en mi arte de qué modo brillará tu cuerpo con blancura deslumbrante, así que tus miembros delicados sacudan el sueño. Limpia de paja y cascarilla los granos de la cebada que los labriegos de Libia cargan en nuestras naves, reune de ellos hasta dos libras, y añádeles igual peso de granos de algarroba humedecidos por una docena de huevos, y luego que el viento seque estos ingredientes, haz que una calmosa borrica los triture con la muela de piedra. Machaca el cuerno que se le cae al ciervo a la llegada de la primavera, pon la sexta parte de una libra en la masa, y cuando la hayas reducido a finísima harina, ciérnela en seguida en el cóncavo tamiz, añadiendo doce bulbos de narciso sin corteza, que una mano vigorosa desmenuce en el mortero de mármol, y dos onzas de goma y espelta de Toscana mezcladas con una cantidad nueve veces mayor de miel. La que pula su cara con este cosmético la pondrá más resplandeciente que un espejo.

No vaciles en tostar los pálidos altramuces y las habas que hinchan el cuerpo, y de unas y otras toma seis libras por partes iguales, y échalas en la muela que las reduzca a polvo. Tampoco olvides el alba-

yalde, la espuma del nitro rojo y el iris que procede de Iliria, que deben macerar brazos fuertes y robustos, sin que pesen más de una onza después de triturados, y mezclándolos a la materia con que el alción quejumbroso traba su nido, y que se llama alcionea, conseguirás que desaparezcan las manchas del semblante. Si me preguntas qué cantidad estimo necesaria, te contestaré que basta la mitad de una onza, y para ligarlas y que se adhieran a la piel, conviene que las aderece la miel de Ática, como se coge de los áureos panales.

Aunque el incienso complace a los dioses y aplaca sus iras, no todo se ha de consumir quemado en los altares; cuando lo revuelvas con el nitro, a fin de secar las granulaciones de la tez, emplearás un peso igual a cuatro onzas del uno y del otro, menos de una cuarta parte de goma arrancada a la corteza del árbol, con el volumen de un dado de crasa mirra, y después que tritures la confección, pásala por espeso tamiz y traba su polvo con un poco de miel. Así da gran resultado revolver el hinojo y la mirra bien oliente; nueve escrúpulos de ésta piden cinco de aquél, con un puñado de rosas secas, sal de amoníaco e incienso macho; rocía la mezcla con la crema de cebada, y que el peso del amoníaco y el incienso iguale al de las rosas. Frota breves momentos tu cara con tal cosmético, y en seguida la hermoseará un brillante color. Yo vi a una muchacha que humedecía las adormideras en agua fresca, las reducía a polvo, y suavizaba con ellas sus tiernas mejillas...

(Falta el resto.)

NOTAS

Verso 30. *Athos.* — Península montañosa que se extiende desde la Calcidica hasta la Macedonia, en la que Jerjes abrió el canal que asegurase el tránsito de su flota; hoy la pueblan multitud de edificios religiosos y monasterios, donde se ha descubierto buen número de códices antiguos.

V. 38. *Nocens virus amantis equae.* — El *virus dañoso* de una yegua en celo. Alude al Hipomanes, que, según la versión más autorizada, consistía en el virus que destilaban las yeguas en celo por las partes genitales; pero no faltan quienes lo consideraban como una excrecencia nacida en la frente de los potros, que las madres devoraban al darlos a luz, y el mismo Ovidio acepta esta opinión cuando escribe en *El Arte de amar: Datque quod a teneri fronte revellet equi.*

V. 41. *Temeseia... aera.* — En Temesa, ciudad italiana del Abruzo, se trabajaba el bronce con suma habilidad, y los supersticiosos golpeaban con violencia los vasos y utensilios de este metal durante los eclipses de luna hasta que descubría su disco.

V. 53. *Libyci... coloni.* — La Libia exportaba a Italia tal cantidad de trigo, cebada, etc., que se la consideraba como uno de sus principales graneros.

V. 78. *Halcyonea.* — Según Plinio, los nidos del alción eran tan duros y resistentes, que sólo se rompían golpeándolos con el hierro.

ÍNDICE

Páginas.

Los poemas eróticos de Ovidio 5
Los Amores 73

LIBRO PRIMERO

Elegía I 73
— II 74
— III 76
— IV 77
— V 80
— VI 81
— VII 84
— VIII 86
— IX 90
— X 92
— XI 95
— XII 96
— XIII 97
— XIV 99
— XV 101

LIBRO SEGUNDO

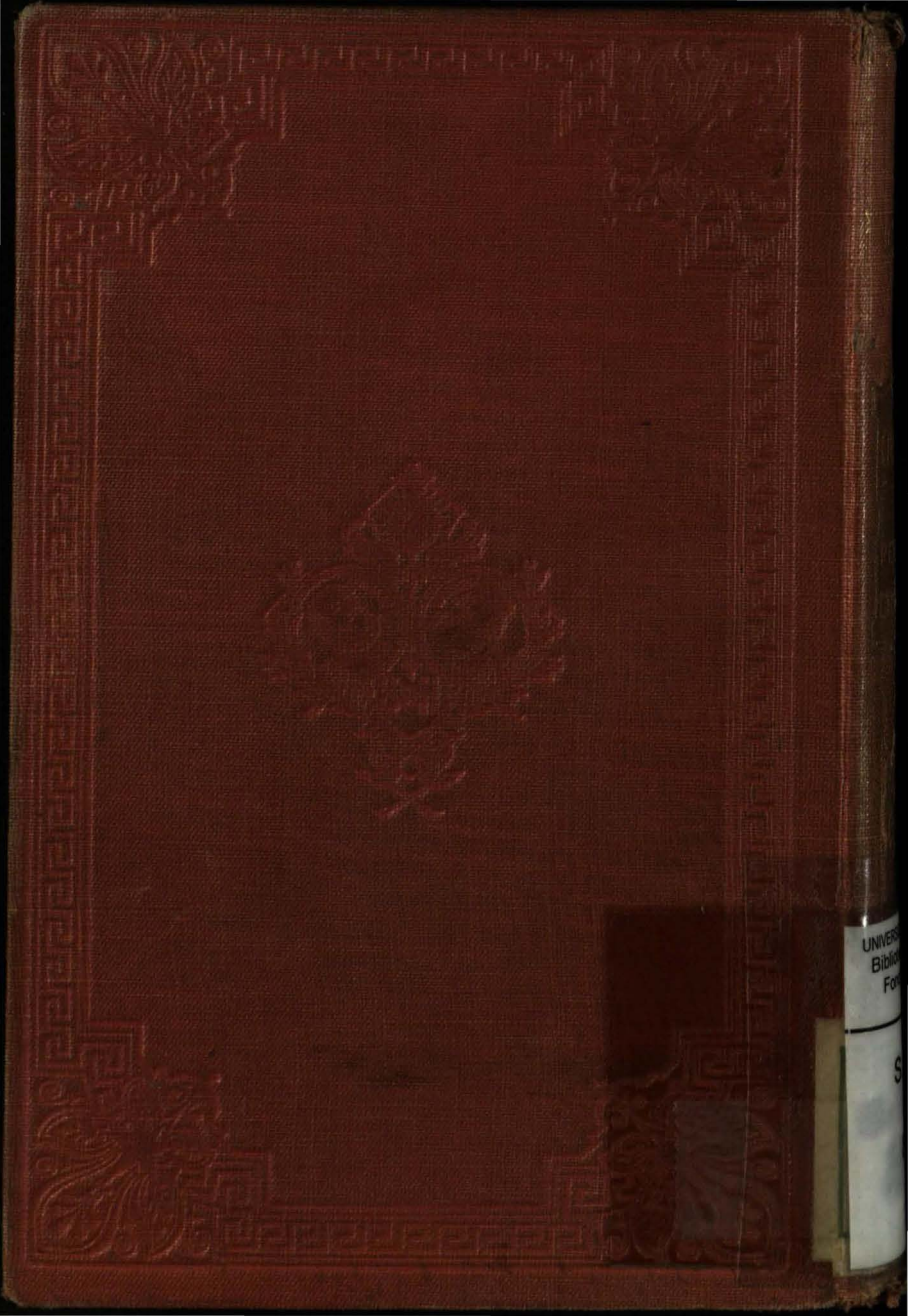
Elegía I 103
— II 104
— III 107
— IV 108
— V 109
— VI 112
— VII 114
— VIII 115
— IX 117
— X 119

Páginas.

Elegía XI 120
— XII 122
— XIII 123
— XIV 125
— XV 126
— XVI 127
— XVII 129
— XVIII 131
— XIX 132

LIBRO TERCERO

Elegía I 135
— II 137
— III 141
— IV 142
— V 144
— VI 146
— VII 150
— VIII 153
— IX 156
— X 158
— XI 160
— XII 162
— XIII 164
— XIV 165
— XV 167
Notas 169
El Arte de amar 191
Notas 281
El Remedio del amor 305
Notas 337
Los Cosméticos 345
Notas 349

Universidad de Murcia
S-XIX 830
277781

UNIVERSIDAD DE MURCIA
1507658
277781